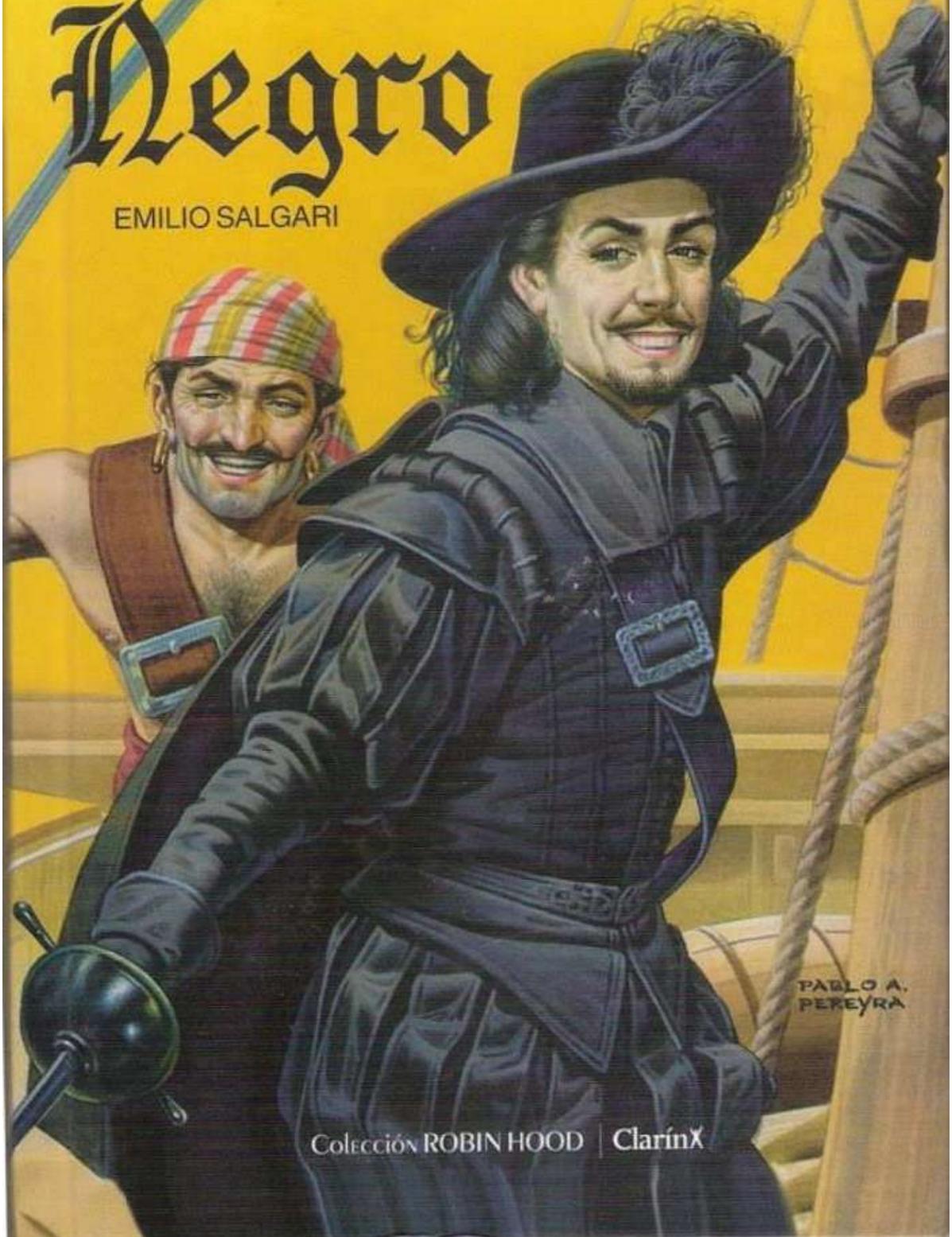


El Corsario Negro

EMILIO SALGARI



PABLO A. PEREYRA

Colección ROBIN HOOD | ClarínX



El noble y apuesto **Emilio de Roccanera**, más conocido como **El Corsario Negro**, ha jurado una terrible venganza por la muerte de sus hermanos, el *Corsario Verde* y el *Corsario Rojo*, a manos del gobernador de Maracaibo, el flamenco **Wan Guld**. Y en su cruzada personal, el destino pone en su camino los ojos grises de una mujer de innegable belleza que será su perdición...

El Corsario Negro

Corsarios de las Antillas

Emilio Salgari

PlanetaLibro.net

Título original: *Il Corsaro Nero*
Emilio Salgari, 1898
Diseño de portada: cortesía de Colección Robin Hood

CAPÍTULO I

LOS FILIBUSTEROS DE LAS ISLAS DE LAS TORTUGAS



Entre las tinieblas y alzándose del mar, resonó una voz robusta que vibraba con timbre ligeramente metálico, lanzando estas amenazadoras palabras:

—¡Los de la canoa! ¡Alto, u os echo a pique!

Como si huyese de un grave peligro, se alejaba de la alta costa, que se delineaba confusamente sobre las aguas de color de tinta, una barquilla tripulada por dos hombres, y avanzaba muy fatigosamente. Al oír la voz, ambos marineros retiraron en el acto los remos, miraron inquietos ante ellos, y aguzaron la vista al descubrir una sombra que no parecía sino que hubiera surgido de improviso del seno del mar.

Tenían como unos cuarenta años, y sus facciones, enérgicas y angulosas, parecíanlo más aún, a causa de lo enmarañado de sus incultas barbas, de las cuales pudiera creerse que no habían conocido jamás el peine ni el cepillo.

Llevaban cubierta la cabeza con amplios sombreros, agujereados en varias partes, y cuyas alas aparecían rotas y como dentelladas; unas camisas de franela, rasgadas, descoloridas y sin mangas, medio les resguardaban el robusto pecho, y ceñidas a la cintura llevaban fajas rojas, reducidas a miserable estado, pero que sostenían un par de aquellas grandes y pesadas pistolas que se usaban en los últimos años del siglo decimosexto. No menos desgarrados tenían los calzones, y en las pantorrillas y los pies desnudos mostraban manifiestas señales de haber caminado por lugares fangosos.

Aquellos dos hombres, al ver ante ellos la gran sombra que se destacaba sobre el sombrío azul del horizonte y entre el cabrilleo de las estrellas, cambiaron entre sí una mirada de inquietud.

—¡Carmaux, mira bien —dijo el que parecía más joven—; tú tienes mejor vista que yo! ¡Se trata de la vida o de la muerte!

—Veo que es un gran barco; y aun cuando no está más que a una distancia de tres tiros de pistola, no sé decir si viene de las Tortugas o de las colonias españolas.

—¿Serán amigos? ¡Hum! ¡Atreverse a venir hasta aquí, casi al alcance de los cañones de los fuertes y corriendo el peligro de encontrar alguna escuadra de navíos de alto bordo, de los que escoltan los galeones cargados de oro!

—Sean quienes fueren, nos han visto, Wan Stiller, y no nos dejarán escapar. Si lo intentásemos, bastaría con un metrallazo para que nos enviasen a presencia de Belcebú.

La misma voz de antes, potente y sonora, volvió a resonar por segunda vez y entre las tinieblas, yendo a perderse su eco en las aguas del gran Golfo:

—¿Quién vive?

—¡El Diablo! —murmuró el llamado Wan Stiller.

En cambio, su compañero se subió en uno de los bancos, y con toda la fuerza de sus pulmones gritó:

—¿Quién es el audaz que quiere saber de dónde venimos? ¡Si tanta curiosidad tiene, que venga junto a nosotros, y se lo diremos a pistoletazos!

Esta baladronada, en lugar de incomodar al que los interrogaba desde la cubierta del barco, pareció complacerle, porque contestó:

—¡Avancen los valientes, y vengan a abrazar a los hermanos de la costa!

Los dos hombres de la canoa lanzaron un grito de alegría.

—¡Los hermanos de la costa! —exclamaron.

En seguida, Carmaux añadió:

—¡Que me trague el mar si esa voz que nos ha dado tan buena noticia no es una voz conocida!

—¿Quién crees que pueda ser? —preguntó su compañero, que había vuelto a coger el remo y lo manejaba con extraordinario brío.

—Un solo hombre, entre todos los valientes de las Tortugas, puede atreverse a venir hasta ponerse bajo los cañones de los fuertes españoles.

—¿Quién?

—El Corsario Negro.

—¡Truenos de Hamburgo! ¡Él! ¡El mismo!

—¡Qué noticia tan triste para ese marino audaz! —murmuró Carmaux, dando un suspiro—. ¡Y ha muerto; no hay duda!

—¡Y quizá creería llegar a tiempo para arrancarle vivo de las manos de los españoles! ¿No es verdad, amigo?

—¡Sí. Wan Stiller!

—¡Y es el segundo que le ahorcan!

—¡Sí; el segundo! ¡Dos hermanos, y los dos colgados de una infame horca!

—¡Se vengará, Carmaux!

—¡Lo creo; y nosotros estaremos a su lado! ¡El día que vea ahorcar a ese condenado gobernador de Maracaibo será el más feliz de mi vida, y daré fin de las dos esmeraldas que llevo cocidas en los calzones! ¡Por lo menos, comeré y beberé mil piastras con los camaradas!

—¡Ya estamos! ¿No te lo decía yo? ¡Es la nave del Corsario Negro!

Hallábanse a medio cable de distancia del barco, y ya podía vérselo bien. Era este un barco de carrera, de los que utilizaban los filibusteros de las Tortugas para dar caza a los grandes galeones españoles que traían a Europa los tesoros de América Central, de México y de las regiones ecuatoriales.

Buenos veleros, alta arboladura, con objeto de poder aprovechar la más ligera brisa, de carena estrecha y de proa y popa elevadísimas, como se usaban entonces, iban formidablemente armados.

Doce bocas de fuego, doce carroñadas asomaban a un lado y al otro, amenazando a babor y estribor, en tanto que en lo alto de la cubierta de cámara, los gruesos cañones de caza parecían destinados a barrer a metrallazos el puente de los barcos enemigos.

El buque corsario se había puesto al paio para esperar a la canoa; pero sobre la proa y a la luz de un farol se veían diez o doce hombres armados de fusiles, dispuestos a hacer fuego ante la más leve sospecha.

Así que llegaron al costado del velero, los dos marineros de la canoa cogieron un cabo que les habían echado juntamente con una escala de cuerda, aseguraron la embarcación, retiraron los remos y se izaron con sorprendente agilidad sobre la cubierta.

Dos hombres, ambos con fusiles, apuntaron sobre los recién llegados, mientras que un tercero, proyectando sobre ellos la luz de una linterna, les preguntó:

—¿Quiénes sois?

—¡Por Belcebú, mi patrón! —exclamó Carmaux—. ¿Ya no se conoce aquí a los amigos?

—¡Que me trague un tiburón si no es este Carmaux! —gritó el hombre de la linterna—. ¿Cómo estás vivo todavía, si en las Tortugas todos te creían muerto? ¡Tate! ¡Otro resucitado! ¿No eres el hamburgués Wan Stiller?

—¡En carne y hueso! —repuso este.

—Es decir, ¿que también tú has escapado del dogal?

—¡La muerte no me quería, y, en vista de eso, pensé que era mejor vivir todavía unos cuantos años más!

—¿Y el jefe?

—¡Silencio! —dijo Carmaux.

—Puedes hablar. ¿Ha muerto?

—¡Bandada de cuervos! ¿Habéis concluido de graznar? —grito la voz metálica que dirigiera palabras amenazadoras a los hombres de la canoa.

—¡Truenos de Hamburgo! ¡El Corsario Negro! —barbotó Wan Stiller, estremeciéndose.

Carmaux, alzando la voz, respondió:

—¡Aquí estamos, Comandante! Del puente de órdenes descendió un hombre, que se dirigió hacia ellos con una mano apoyada en la culata de una de las pistolas que le pendían

del cinto.

Iba vestido completamente de negro, con una elegancia que no era frecuente ver entre los filibusteros del Golfo de México, hombres que se contentaban con un par de calzones y una camisa, y que se cuidaban más de las armas que de la indumentaria.

Llevaba una rica casaca de seda negra, adornada con encajes del mismo color; las vueltas de piel eran negras también; el calzón, de la misma seda y tono que la casaca, lo ceñía una amplia faja franjeada; calzaba altas botas a la escudera, y cubría su cabeza con un gran chambergo de fieltro, en el cual lucía una gran pluma negra que le caía sobre la espalda.

Como en el vestido, también en el aspecto de aquel hombre había algo de fúnebre, pues su rostro pálido, marmóreo, se destacaba de un modo extraordinario entre la negrura del colete y las largas guedejas de sus cabellos; llevaba la barba partida, como la de los nazarenos, y la tenía un poco rizada.

Sus facciones eran hermosísimas: la nariz, de gran regularidad; los labios, pequeños y rojos como el coral; la frente, amplia, surcada por ligeras arrugas, que imprimían en aquel rostro un sello de melancolía; ojos de perfecto diseño, negros como carbunclos y animados por una luz tal, que en ciertos momentos debían de asustar incluso a los más intrépidos filibusteros de todo el Golfo.

Lo elevado de su estatura, su porte elegante, sus manos aristocráticas, todo le denunciaba al primer golpe de vista como hombre de alta condición social y, sobre todo, acostumbrado a mandar.

Al verle acercarse, los dos marineros de la canoa se habían mirado con cierta inquietud, murmurando:

—¡El Corsario Negro!

—¿Quiénes sois? ¿De dónde venís? —preguntó el Corsario, parándose ante ellos, siempre con la diestra en la culata de la pistola.

—Somos filibusteros de las Tortugas; dos hermanos de la costa —contestó Carmaux.

—¿Y venís...?

—De Maracaibo.

—¿Habéis escapado de las manos de los españoles?

—¡Sí, Comandante!

—¿A qué barco pertenecíais?

—Al del Corsario Rojo.

Al oír estas palabras, el Corsario Negro se estremeció y estuvo un momento silencioso, mirando a los dos filibusteros con ojos que arrojaban llamas.

—¡Al barco de mi hermano! —contestó.

Agarró bruscamente a Carmaux por un brazo y le condujo hacia popa, llevándole casi a la fuerza.

Llegados bajo el puente de órdenes, levantó la cabeza hacia un hombre que se veía allá arriba, derecho y como si esperase algún mandato, y le dijo:

—¡Cruzaremos siempre al largo, señor Morgan! ¡Sobre las armas todos; los artilleros, con las mechas encendidas, y usted advertirá cualquier cosa que pueda suceder!

—¡Muy bien. Comandante! —contestó el otro—. ¡No se acercará barco ni chalupa alguna sin que os lo advierta!

El Corsario Negro descendió al corredor y penetró en una camareta amueblada con mucha elegancia e iluminada por una lámpara dorada, a pesar de que a bordo de los barcos filibusteros no podía encenderse luz alguna después de las nueve de la noche. El Corsario señaló a Carmaux una silla, y le dijo lacónicamente:

—¡Ahora puedes hablar!

—¡Estoy a sus órdenes, Comandante!

En lugar de interrogarle, el Corsario le miró fijamente, con los brazos cruzados sobre el pecho. Estaba más pálido que de costumbre, casi lívido y su pecho se alzaba bajo el impulso de frecuentes suspiros.

Por dos veces había abierto los labios como para hablar; pero volvió a cerrarlos otras tantas, como si tuviese miedo de hacer una pregunta cuya respuesta sospechaba que había de ser terrible.

Por fin, haciendo un esfuerzo, preguntó:

—Le han matado, ¿verdad?

—¿A quién?

—A mi hermano, al que llamábamos el Corsario Rojo.

—¡Sí, Comandante! —contestó Carmaux dando un suspiro—. ¡Le han matado, lo mismo que mataron al otro hermano, al Corsario Verde!

Un grito ronco, que tenía algo de salvaje y de desgarrador al propio tiempo, salió de la garganta del Comandante.

Carmaux le vio palidecer horriblemente, llevarse una mano al corazón y dejarse caer en una silla, ocultándose el rostro con la ancha ala del sombrero.

El Corsario permaneció en tal postura algunos minutos, durante los cuales el marinero de la canoa le oyó sollozar; pero en seguida se puso en pie, como si se hubiera avergonzado de aquel momento de debilidad. La tremenda emoción que le acometiera había desaparecido por completo; tenía tranquilo el rostro; la frente, serena, y el color, no más marmóreo que antes; mas, en cambio, animaba sus miradas una luz tan tétrica, que daba miedo. Dio dos vueltas por la camareta, como si hubiera querido tranquilizarse por completo antes de proseguir el diálogo, y en seguida volvió a sentarse, diciendo:

—¡Ya temía yo que llegaría demasiado tarde; pero me queda la venganza! ¿Le han fusilado?

—Ahorcado, señor.

—¿Estás seguro?

—Yo le he visto con mis propios ojos pendiente de la horca levantada en la plaza de Granada.

—¿Cuándo le mataron?

—Hoy, a medio día.

—¿Y cómo murió?

—¡Como un héroe, señor! ¡No podía morir de otro modo el Corsario Rojo! Así...

—¡Prosigue!

—Cuando ya el lazo le apretaba, tuvo todavía fuerza de ánimo bastante para escupir en la cara al Gobernador.

—¿A ese perro de Wan Guld?

—Sí, al duque flamenco.

—¡Siempre él! ¡Me ha jurado un odio feroz, por lo visto! ¡Un hermano muerto a traición, y dos ahorcados por él!

—Eran ambos los corsarios más audaces del Golfo, señor, y natural, por tanto, que los odiase.

—¡Pero me queda la venganza! —gritó el filibustero con voz terrible—. ¡No; no moriré sin antes haber exterminado a ese Wan Guld y a toda su familia, y entregado a las llamas la ciudad que gobierna! ¡Maracaibo, me has sido fatal, y yo también seré fatal para ti! ¡Aun cuando tenga que llamar en mi socorro a todos los filibusteros de las Tortugas y a todos los de Santo Domingo y de Cuba, no dejaré de ti piedra sobre piedra! ¡Ahora, habla, amigo; cuéntamelo todo! ¿Cómo os han preso?

—No nos prendieron por la fuerza de las armas, sino por sorpresa, a traición, cuando estábamos inermes, Comandante.

»Como usted ya sabe, su hermano de usted se había dirigido a Maracaibo para vengar la muerte del Corsario Verde.

»Éramos ochenta, todos resueltos y decididos a cualquier evento, incluso a hacer frente a una escuadra; pero no habíamos contado con el mal tiempo.

»En la embocadura del Golfo de Maracaibo nos sorprendió un huracán tremendo, y las furiosas olas hicieron pedazos nuestro barco. Al cabo de infinitos peligros y fatigas, solamente pudimos alcanzar la costa veintiséis hombres; todos estábamos en tan deplorable situación, que no podíamos oponer resistencia alguna si nos atacaban; además, íbamos sin armas.

»Vuestro hermano nos animó y nos guió lentamente a través de los pantanos, por temor a que nos hubieran visto los españoles y nos siguieran.

»Cuando creímos haber encontrado un refugio seguro en lo espeso de la floresta, caímos en una emboscada. Trescientos españoles, guiados por Wan Guld en persona, cayeron sobre nosotros, nos encerraron en un círculo de hierro, mataron a los que oponían resistencia, y, por último, nos condujeron prisioneros a Maracaibo.

—¿Estaba mi hermano en el número de los prisioneros?

—Sí, Comandante. Aunque no llevaba más arma que un puñal, se había defendido como un león, prefiriendo morir en el campo antes que en la horca; pero el flamenco le reconoció, y, en lugar de hacerle matar de un tiro o de una estocada mandó que lo respetaran.

»Conducidos a Maracaibo, nos condenaron a la horca. Pero ayer mañana, mi compañero

Wan Stiller y yo, más afortunados, logramos escaparnos estrangulando a nuestro centinela.

»Desde la cabaña de un indio, al lado de la cual nos habíamos refugiado, asistimos a la muerte de vuestro hermano y de sus animosos filibusteros; después, por la noche, y ayudados por un negro, nos embarcamos en una canoa, decididos a atravesar el Golfo de México para poner pie en las islas de las Tortugas.

»Esto es todo, Comandante.

—¡Y ha muerto mi hermano! —dijo el Corsario con calma terrible.

—Le he visto como os veo ahora.

—¿Y todavía colgará de la horca infame?

—Allí estará pendiente tres días.

El Corsario se había levantado bruscamente, y acercándose al filibustero:

—¿Tienes miedo? —le preguntó con extraña voz.

—¡Ni a Belcebú, Comandante!

—Entonces, ¿no temerás a la muerte?

—¡No!

—¿Me seguirás?

—¿Adónde?

—A Maracaibo.

—¿Cuándo?

—Esta noche.

—¿Vamos a asaltar la ciudad?

—No; no somos bastantes en número ahora; pero más adelante Wan Guld tendrá noticias mías. Iremos nosotros dos y tu compañero.

—¿Solos? —preguntó Carmaux estupefacto.

—Solos.

—Pero ¿qué pretendéis hacer?

—Recoger el cadáver de mi hermano.

—¡Cuidado, Comandante! ¡Corréis el peligro de que os prendan!

—¿Sabes tú quién es el Corsario Negro?

—¡Rayos y truenos! ¡Es el filibustero más audaz de las Tortugas!

—¡Ve, pues, a esperarme sobre cubierta, y manda que preparen una chalupa!

—¡Es inútil, Comandante; tenemos nuestra canoa, que es una verdadera barca de carrera!

—¡Anda!

CAPÍTULO II

UNA EXPEDICIÓN AUDAZ



Carmaux se apresuró a obedecer, pues sabía que era peligrosa toda vacilación con el Corsario.

Ante la escotilla le esperaba Wan Stiller en compañía del contraamaestre, de la tripulación y de algunos filibusteros, quienes le interrogaban acerca del desgraciado fin del Corsario Rojo y de sus gentes, manifestando propósitos terribles de venganza contra los españoles de Maracaibo y, sobre todo, contra el Gobernador. Cuando el hamburgués supo que había que disponer la canoa para regresar a la costa, de la cual habían podido alejarse precipitada y milagrosamente, no pudo disimular su asombro y sus recelos.

—¡Volver otra vez allá abajo! —exclamó—. ¡Dejaremos allí el pellejo, Carmaux!

—¡Bah! ¡Por esta vez no iremos solos!

—Entonces, ¿quién va a acompañarnos?

—El Corsario Negro.

—¡En ese caso, no temo nada! ¡Ese diablo de hombre vale por cien filibusteros!

—Pero vendrá solo.

—¡No importa, Carmaux; no hay nada que temer con él!

—¿Y volveremos a entrar en Maracaibo?

—Sí, amigo mío, y seremos unos héroes si logramos llevar la empresa a buen fin. Tú, contraamaestre, manda que pongan tres fusiles en la canoa, las municiones correspondientes, un par de hachas de abordaje para nosotros dos, y algo que comer. ¡Nunca sabe uno lo que puede suceder, ni nadie adivinará cuándo volveremos!

—Ya está hecho eso —respondió el contraamaestre—. ¡Ni siquiera me he olvidado del tabaco!

—¡Gracias, amigo; eres la perla de los contraamaestres!

—¡Ahí está! —dijo en aquel momento Wan Stiller.

Sobre la cubierta apareció el Corsario. Vestía un fúnebre traje; pero se había ceñido una espada muy larga, y puesto en el cinto un par de grandes pistolas y un puñal de los que llamaban los españoles de «misericordia». Terciado en el brazo llevaba un amplio ferreruelo, negro como el traje.

Se acercó al hombre que estaba en el puente de órdenes, y que debía de ser el segundo comandante; cambió con él algunas palabras, y en seguida, dirigiéndose a los dos filibusteros, dijo brevemente:

—¡En marcha!

Bajaron a la canoa los tres. El Corsario se envolvió en el ferreruelo y se sentó a proa, y los filibusteros, echando mano a los remos, volvieron a comenzar con grandes alientos la fatigosa maniobra.

El barco filibustero apagó las luces de posición, orientó las velas y empezó a seguir a la canoa, dando bordadas para no adelantarse. Probablemente habría querido el segundo comandante escoltar a su jefe hasta la costa para protegerle en caso de una sorpresa.

El Corsario, medio tendido en la proa y con la cabeza apoyada en un brazo, permanecía silencioso; pero su mirada, tan perspicaz como la de un águila, escrutaba atentamente el negro horizonte, como si tratase de distinguir la costa americana, envuelta en las tinieblas.

De tiempo en tiempo volvía la cabeza hacia su barco, que le seguía siempre a una distancia de siete u ocho cables; después volvía a mirar hacia el Sur.

Wan Stiller y Carmaux bogaban con gran brío, haciendo volar sobre las negras aguas al sutil y esbelto botecillo. Ni a uno ni a otro parecía que les preocupaba el regreso hacia aquellas costas, pobladas por sus implacables enemigos: tanta era la confianza que tenían en la audacia y el valor del formidable Corsario, cuyo solo nombre bastaba para esparcir el terror en todas las ciudades marítimas del gran Golfo mexicano.

El mar interior de Maracaibo, tan tranquilo como si fuese de aceite, permitía avanzar a la veloz embarcación sin gran fatiga de los remeros. Como en aquel sitio la costa no es dura, y, además, hállase resguardada por dos cabos que la protegen contra los oleajes del gran Golfo, no hay nunca marejada, y, por tanto, sólo de cuando en cuando se encrespan las aguas.

Hacía una hora que bogaban los dos filibusteros, cuando el Corsario Negro, que hasta entonces había conservado una absoluta inmovilidad, se puso en pie, como si quisiera abarcar con la mirada mayor espacio.

Una luz, que no podía confundirse con una estrella, brillaba a flor de agua hacia el Sudoeste y con intervalos de un minuto.

—¡Maracaibo! —dijo el Corsario con sombrío acento, en el cual se advertía un movimiento de furor.

—¡Sí! —contestó Carmaux, que se había vuelto.

—¿A qué distancia estamos?

—A unas tres millas quizá, Capitán.

—Entonces, ¿llegaremos a media noche?

—Sí.

—¿Hay algún crucero?

—El de los aduaneros.

—¡Es preciso que no nos vea!

—Nosotros conocemos un sitio donde podremos desembarcar con tranquilidad y esconder la canoa.

—¡Adelante!

—¡Una palabra, Capitán!

—¡Habla!

—Sería bueno que ya no se acercase más el barco.

—Ya ha virado de bordo, y nos esperará al largo —contestó el Corsario.

Estuvo silencioso algunos instantes, y añadió luego:

—¿Es cierto que hay una escuadra en el lago?

—Sí, Comandante; la del contralmirante Toledo, que vigila a Maracaibo y Gibraltar.

—¡Ah! ¿Tienen miedo? ¡Pero entre el *Olonés*, la *Tortuga* y nosotros, la echaremos a pique! ¡Hay que tener paciencia por algunos días; después, ya sabrá Wan Guld de lo que somos capaces!

Se envolvió de nuevo en la capa, se echó el sombrero hacia los ojos y tornó a sentarse, siempre con la mirada fija en aquel punto luminoso que indicaba el faro del puerto.

La canoa reanudó su carrera, desviando la proa de la embocadura de Maracaibo, pues querían evitar un encuentro con el crucero de los aduaneros, quienes, sin duda alguna, los habrían detenido, prendiéndolos en el acto.

Media hora después se divisaba perfectamente la costa del Golfo, la cual estaba distante unos tres o cuatro cables. Descendía con suavidad la playa, compuesta de paletuvios, plantas que crecen en las bocas de los ríos y que producen fiebres terribles, entre ellas el vómito negro, o, por otro nombre, la fiebre amarilla.

Además, veíase recortarse sobre el estrellado cielo una vegetación compacta y oscura, entre la cual se destacaban enormes haces de hojas plumeadas y de gigantescas dimensiones.

Carmaux y Wan Stiller aminoraron el impulso de los remos y se volvieron para mirar a la costa. Avanzaban con grandes precauciones, procurando no hacer ruido alguno y mirando con extremo cuidado hacia todas partes, como si temieran alguna sorpresa.

En cambio, el Corsario Negro no se había movido; pero colocó delante de sí los tres fusiles, para saludar con una descarga a la primera chalupa que se atreviera a acercarse.

Debía de ser ya media noche cuando embarrancó la canoa en medio de la manigua, ocultándose entre las plantas.

El Corsario se había levantado. Inspeccionó rápidamente la costa, y en seguida saltó a

tierra ágilmente, atando a una rama la barquilla.

—¡Dejad los fusiles! —dijo a Wan Stiller y a Carmaux—. ¿Tenéis pistolas?

—Sí, Capitán —contestó el hamburgués.

—¿Sabéis dónde estamos?

—A diez o doce millas de Maracaibo.

—¿Está situada la ciudad detrás de ese bosque?

—Al otro lado.

—¿Podemos entrar esta noche?

—Eso es imposible, Capitán. El bosque es espesísimo, y no conseguiríamos atravesarle antes de mañana por la mañana.

—Es decir, que nos vemos obligados a esperar hasta mañana por la noche.

—Si no queréis arriesgaros a entrar en Maracaibo de día, será preciso resignarse a esperar.

—Mostrarnos de día en la ciudad sería una imprudencia —contestó el Corsario como si hablara consigo mismo—. Sí tuviera aquí mi barco dispuesto para apoyarnos y recogerlos, me atrevería; pero *El Rayo* cruza ahora las aguas del Golfo.

Estuvo silencioso e inmóvil durante algunos instantes, como si reflexionara profundamente, y al cabo, dijo:

—¿Podremos hallar todavía a mi hermano?

—Estará expuesto tres días en la plaza de Granada —contestó Carmaux—. Creo habérselo dicho ya.

—Entonces, tenemos tiempo. ¿Conoces a alguien en Maracaibo?

—Sí, a un negro; el que nos ofreció la canoa para escapar. Vive en las lindes de este bosque, en una cabaña aislada.

—¿No nos hará traición?

—Respondemos de él.

—¡Pues andando!

Subieron a la playa, Carmaux, delante; el Corsario, en medio, y detrás, Wan Stiller, y se metieron por entre la oscura selva, marchando con gran cautela, con el oído atento y con las manos en la culata de las pistolas, pues podían caer en una emboscada.

Tenebroso como una caverna alzábase ante ellos el inmenso bosque. Levantábanse a grandes alturas troncos de todas formas, que sostenían desmesuradas hojas, las cuales impedían en absoluto ver ni una sola estrella.

Las ramas caían en festones por todas partes, cruzándose y entrecruzándose de mil modos y en mil direcciones, en tanto que por el suelo, retorcidas unas con otras, se deslizaban desmesuradas raíces, las cuales dificultaban no poco la marcha de los tres filibusteros, obligándolos a dar grandes rodeos para encontrar un paso, o a poner mano en las hachas de abordaje para cortarlas.

Varios resplandores como de grandes puntos luminosos, que a veces proyectaban verdaderos haces de luz, corrían por en medio de aquellos millares y millares de troncos, danzando, ya al nivel del suelo, ya en medio de las hojas.

Se apagaban bruscamente, y en seguida volvían a encenderse, formando como oleadas resplandecientes de incomparable belleza, que tenían un no sé qué de fantástico.

Eran las grandes luciérnagas de la América meridional, las *vaga lume*, las cuales despedían una luz tan viva, que a su claridad podría leerse la escritura más pequeña a distancia de algunos metros, y que, encerradas tres o cuatro en un vaso de cristal, bastan para alumbrar perfectamente una habitación; el mismo fenómeno lo producen las *lampyris occidentalis*, bellísimos insectos fosforescentes, que se encuentran en grandes cantidades en los bosques de la Guayana y del Ecuador.

Los tres filibusteros, siempre silenciosos, proseguían su marcha sin abandonar las precauciones, pues, además de los hombres, tenían que temer a los habitantes de la floresta, como son los sanguinarios jaguares y, sobre todo, las serpientes, especialmente las llamadas *jaravas*, reptiles venenosísimos, muy difíciles de ver, aun en pleno día, pues tienen la piel del color de la hoja seca.

Habrían recorrido como unas dos millas, cuando Carmaux, que iba siempre delante, pues era el más práctico en aquellos lugares, se detuvo de repente, montando precipitadamente una de sus pistolas.

—¿Un jaguar, o un hombre? —preguntó el Corsario sin mostrar la menor aprensión.

—Puede haber sido un jaguar; pero también un espía —contestó Carmaux—. ¡En este país nunca se está seguro de ver el día de mañana!

—¿Por dónde ha pasado?

—A veinte pasos de mí.

El Corsario se inclinó a tierra y escuchó atentamente, conteniendo la respiración. A sus oídos llegó un ligero crujir de hojas; pero tan débil, que únicamente un oído muy ejercitado y muy fino podía oírlo.

—Puede ser un animal —contestó, levantándose—. ¡Bah! ¡Nosotros no somos hombres que nos asustamos! ¡Empuñad los sables y seguidme!

Dio vuelta en derredor del tronco de un árbol enorme que se erguía por encima de las palmas, y se detuvo en medio de un grupo de hojas gigantescas, escudriñando las tinieblas.

Cesó el crujir de las hojas; pero, en cambio, escuchó un ligero tintineo metálico, y a poco un golpe seco, como si amartillasen un fusil.

—¡Quietos! —murmuró con un soplo de voz no más, volviéndose a sus compañeros—. ¡Aquí hay alguien que nos espía y que espera el momento oportuno para hacer fuego sobre nosotros!

—¿Nos habrán visto desembarcar? —murmuró con inquietud Carmaux—. ¡Los españoles tienen espías en todas partes!

El Corsario había empuñado la espada con la diestra, y con la siniestra una pistola, y procuraba dar vuelta en derredor de la masa de hojas sin producir el menor ruido. De repente, Carmaux y Wan Stiller le vieron lanzarse hacia adelante y caer sobre una forma humana, que se irguió de repente entre la maleza.

El salto del Corsario había sido tan rápido e impetuoso, que el hombre que estaba emboscado había ido rodando con las piernas por alto, por efecto de un golpe recibido en pleno rostro con la guarda de la espada.

Carmaux y Wan Stiller se lanzaron sobre él, y mientras el primero se apresuraba a recoger el fusil que el emboscado había dejado caer, sin haber tenido tiempo de descargarlo, el otro le apuntaba con una pistola, diciendo:

—¡Si te mueves, eres hombre muerto!

—¡Es uno de nuestros enemigos! —dijo el Corsario, que se había inclinado.

—¡Un soldado de ese maldito Wan Guld! —contestó Wan Stiller—. ¿Qué era lo que hacías emboscado en este sitio? ¡Tengo necesidad de saberlo!

El español, que había quedado aturdido con el golpe, comenzaba a recobrar el sentido y trataba de levantarse.

—¡Caray! —masculló, con un ligero temblor en la voz—. ¿Habré caído en manos del diablo?

—¡Lo has adivinado —dijo Carmaux—, ya que a vosotros os gusta llamarnos así a los filibusteros!

El español se estremeció fuertemente.

—¡Por ahora, no hay para qué tener tanto miedo! —le dijo, riendo—. ¡Consérvalo para más adelante, cuando bailes en el vacío un fandango con el extremo de un buen pedazo de sólida cuerda de cáñamo anudado al cuello!

En seguida, volviéndose hacia el Corsario, que miraba silenciosamente al prisionero, le dijo:

—¿Le mato de un pistoletazo?

—¡No! —contestó el Capitán.

—¿Prefiere usted ahorcarle de una rama de alguno de estos árboles?

—¡Tampoco!

—¡Quizá sea uno de los que han ahorcado a los hermanos de la costa y al Corsario Rojo, mi Capitán!

Ante este recuerdo, una luz terrible iluminó los ojos del Corsario Negro; pero en seguida se extinguió.

—¡No quiero que muera! —dijo con voz sorda—. Vivo puede sernos más útil que ahorcado.

—¡Entonces; le ataremos bien! —dijeron ambos filibusteros.

Se quitaron las fajas de lana roja que llevaban ceñidas a la cintura, y sujetaron fuertemente los brazos del prisionero, sin que este se atreviese a hacer resistencia.

—¡Ahora vamos a ver quién eres! —dijo Carmaux.

Encendió un pedazo de mecha de cañón que llevaba en el bolsillo, y lo acercó al rostro del español.

Aquel pobre diablo, que, por desgracia suya, había ido a caer en las manos de los formidables corsarios de las Tortugas, era un hombre que apenas tendría treinta años, largo

y flaco como su compatriota Don Quijote; de cara angulosa, cubierta con una barba rojiza; de ojos grises, dilatados por el espanto.

Vestía casaca de piel amarilla y con algunos arabescos, calzones anchos y cortos, a rayas negras y rojas, y calzaba altas botas de cuero negro. En la cabeza llevaba un casco de acero, que adornaba una pluma vieja y casi sin barbas, y de la cintura le pendía una larga espada, cuya vaina estaba muy estropeada por su extremidad.

—¡Por Belcebú, patrón! —exclamó Carmaux riendo—. ¡Si el gobernador de Maracaibo tiene valientes como este, tampoco los mantiene con capones, porque está más seco que un arenque ahumado! ¡Creo, Capitán, que no vale la pena de ahorcarle!

—¡Yo no he dicho que se le ahorque! —contestó el Corsario.

En seguida, tocando al prisionero con la punta de la espada, le dijo:

—¡Si aprecias en algo el pellejo, hablarás!

—¡El pellejo ya le tengo por perdido! —contestó el español—. ¡De vuestras manos no sale nadie con vida; y aun cuando yo os hubiese contestado cuanto deseáis saber, seguiría pensando que no he de ver el día de mañana!

—¡El español tiene agallas! —repuso Wan Stiller.

—Y su respuesta vale bien su perdón —añadió el Corsario—. ¡Pronto! ¿Vas a hablar?

—¡No! —contestó el prisionero.

—Te he prometido la vida.

—¿Y quién es el que va a creerlo?

—¿Quién? Pero ¿sabes quién soy?

—Un filibustero.

—Sí; pero que se llama el Corsario Negro.

—¡Por Nuestra Señora de Guadalupe! —exclamó el español, que se puso lívido—. ¿El Corsario Negro aquí? ¿Habéis venido para exterminarnos a todos y vengar la muerte de vuestro hermano el Corsario Rojo?

—¡Sí, si no hablas! —contestó el filibustero con voz sombría—. ¡Os exterminaré a todos, y de Maracaibo no quedará piedra sobre piedra!

—¡Por todos los santos! ¿Vos aquí? —repitió el prisionero, que no había vuelto todavía de su sorpresa.

—¡Habla!

—¡Es inútil; me doy por muerto!

—¡El Corsario Negro es un noble caballero, y un noble no falta nunca a su palabra! —contestó el Capitán con voz solemne.

—¡En ese caso, podéis interrogarme!

CAPÍTULO III

EL PRISIONERO



una seña del Capitán, Wan Stiller y Carmaux levantaron al prisionero y lo sentaron al pie de un árbol, aun cuando sin desatarle las manos, a pesar de hallarse seguros de que no habría cometido la locura de intentar la fuga.

El Corsario se sentó enfrente, en una enorme raíz que salía del suelo como una serpiente gigantesca, y, por su parte, los dos filibusteros se pusieron de centinela en los extremos de la espesura, pues no tenían completa seguridad de que el prisionero estuviera solo.

—Dime —le dijo el Corsario al cabo de algunos momentos de silencio—. ¿Está todavía expuesto mi hermano?

—Sí —contestó el prisionero—; el Gobernador ha mandado que esté colgado tres días y tres noches.

—¿Crees que será posible robar el cadáver?

—Quizá, puesto que por la noche no hay más que un centinela en la plaza de Granada. Los quince ahorcados ya no pueden escaparse.

—¡Quince! —exclamó el Corsario con voz sombría—. ¿Es decir, que ese feroz Wan Guld no ha respetado a ninguno?

—A nadie.

—¿Y no teme la venganza de los filibusteros de las Tortugas?

—Maracaibo está bien abastecida de tropas y de cañones.

Una sonrisa de desprecio plegó los labios del fiero Corsario.

—¿Qué son para nosotros los cañones? —dijo—. ¡Nuestras hachas de abordaje valen bastante más; ya lo habéis visto en el asalto de San Francisco de Campeche, de San Agustín de La Florida y en otros combates!

—Es verdad; pero Wan Guld se considera seguro en Maracaibo.

—¡Ah! ¿Sí? ¡Está bien; ya lo veremos en cuanto yo me presente con el *Olonés*!

—¡Con el *Olonés*! —exclamó el español—. ¡Con el más cruel de los piratas!

El Corsario no debió de haberse hecho cargo de las palabras del prisionero, porque prosiguió, cambiando de tono:

—¿Qué es lo que hacías en este bosque?

—Vigilar la playa.

—¿Solo?

—Sí, solo.

—¿Temían quizá alguna sorpresa de nuestra parte?

—No lo niego, pues habían señalado un barco sospechoso que anclaba en el Golfo.

—¿El mío?

—Estando vos aquí, claro es que ese barco debe de ser el vuestro.

—¿Y el gobernador se habrá apresurado a fortificarse?

—Ha hecho más: ha mandado algunos avisos a Gibraltar para prevenir al Almirante.

Esta vez fue el Corsario el que se sobresaltó, si no de espanto, por lo menos lleno de inquietud.

—¡Ah! —exclamó, mientras su tez pálida se ponía lívida—. ¿Correrá quizá algún peligro grave mi barco?

Pero en seguida añadió, encogiéndose de hombros:

—¡Bah! ¡Cuando lleguen a Maracaibo los barcos del Almirante, ya estaré yo a bordo de *El Rayo*!

Se levantó bruscamente, dio un silbido para llamar a los dos filibusteros, y les dijo brevemente:

—¡En marcha!

—¿Y qué es lo que hacemos con este hombre? —preguntó Carmaux.

—Traerle con nosotros. ¡Me respondéis de él con vuestra vida si se escapa!

—¡Truenos de Hamburgo! —exclamó Wan Stiller—. ¡Le llevaré por el cinturón, para que no le dé la idea de poner pies en polvorosa!

Se pusieron en camino, marchando en hilera; Carmaux, delante, y Wan Stiller, el último, detrás del prisionero, para no perderle de vista un solo instante.

Comenzaba a alborear. Las tinieblas desaparecían rápidamente ante la luz rosada que invadía el cielo y que penetraba bajo los árboles del bosque.

Los monos, tan abundantes en la América meridional, especialmente en Venezuela, despertaban, llenando la floresta con sus extraños gritos.

En las copas de las preciosas palmeras llamadas *assai*, o entre las verdes frondas de los enormes *erio-dendron*, o en medio de los *sipos*, ramas muy gruesas que rodean los árboles, o agarradas a las raíces aéreas de las *aroidéas*, o en mitad de las espléndidas *bromelias*, cuyas lindas ramas están siempre cargadas de flores de color de escarlata, se agitaban como energúmenos toda clase de cuadrumanos.

Allí estaba una pequeña familia de *micos*, los más graciosos monos, al propio tiempo, que los más esbeltos e inteligentes, aun cuando son tan pequeños que pueden esconderse en un bolsillo; más lejos veíase un pelotón de *sahuis* rojos, adornados con una melena lindísima, que los asemeja a leoncillos; después saltaban bandadas de *monos*, los simios más delgados de todos, y cuyos brazos y piernas son tan largos, que parecen arañas descomunales; por último, tropas de los llamados *pregos*, cuadrumanos que tienen la manía de devastarlo todo y que son el terror de los plantadores, daban enormes brinco de unas ramas en otras.

No faltaban pájaros; habíalos en abundancia, y sus gritos se mezclaban con los de los simios.

Entre las grandes hojas de los *pomponasses*, que producen las delicadísimas fibras con que se fabrican los lindísimos y ligeros sombreros de Panamá, o entre los bosquecillos de *laransias*, cuyas flores exhalan un aroma muy fuerte, o sobre las *cuaremas*, palmas preciosas que dan flores purpúreas, chillaban a voz en cuello los diminutos *mahitacos*, especie de papagayos con la cabeza azul turquí; los grandes *arás*, papagayos también, completamente rojos, y que con una constancia maravillosa están gritando sin cesar desde la mañana a la noche «¡ará!, ¡ará!», o los *choradeiras*, así llamados porque parece que lloran y que siempre tienen de qué lamentarse.

Los filibusteros y el español, acostumbrados a recorrer las grandes florestas del Continente americano y de las islas del Golfo de México, no se detenían para admirar los árboles, ni los monos, ni los pájaros. Caminaban lo más rápidamente que podían, buscando pasos fáciles abiertos por las fieras o por los indios, pues deseaban salir de aquel laberinto de vegetales y llegar a Maracaibo.

El Corsario había caído en una tétrica meditación, como lo tenía por costumbre aún a bordo de su barco y en los momentos de alegría de los festines a que se entregaban los filibusteros en las islas de las Tortugas. Envuelto en su amplio ferreruelo negro, con el sombrero echado sobre los ojos, la siniestra mano apoyada en la guarda de la espada y la cabeza inclinada sobre el pecho, caminaba detrás de Carmaux, sin mirar a sus compañeros ni al prisionero; lo mismo, en fin, que si recorriera solo el bosque.

Los dos filibusteros, que conocían sus costumbres, se guardaban muy bien de interrogarle, sacándole de sus meditaciones. Cuando más, cambiaban entre sí, en voz baja, unas cuantas palabras para aconsejarse acerca de la dirección que debían seguir; en seguida alargaban el paso, metiéndose camino adelante por entre aquellas redes gigantescas de desmesurados *sipos*, troncos de palmeras, de *jacarandós* o de *massarándubas*, poniendo en fuga bandadas de esos pajarillos llamados *troquíldos* o pájaros moscas, cuyas plumas son de matices muy brillantes, y que tienen el pico rojo, color de fuego.

Llevaban caminando ya dos horas, siempre con rapidez, cuando Carmaux, después de un momento de vacilación y de haber mirado más veces a los árboles que al suelo, se detuvo, señalando a Wan Stiller una espesura de *cujueiros*, planta que tiene las hojas corráceas y

que producen sonidos muy agradables cuando sopla el viento.

—¿Es aquí, Wan Stiller? —preguntó—. ¡Me parece que no me equivoco!

En aquel mismo instante resonaron en medio de la espesura unos sonidos melódicos, dulcísimos, que parecían salir de una flauta.

—¿Qué es eso? —preguntó el Corsario, levantando de pronto la cabeza y desembozándose.

—Es la flauta de Moko —contestó, sonriendo, Carmaux.

—¿Y quién es Moko?

—El negro que nos ayudó para que pudiésemos huir. Tiene la cabaña en medio de esta espesura.

—¿Y por qué toca?

—Estará ocupado en domesticar a sus serpientes.

—¡Qué! ¿Es un encantador de reptiles?

—Sí, Capitán.

—Pero esa flauta puede descubrirnos.

—Se la cogeré, y a las serpientes las enviaremos a pasear por el bosque.

El Corsario hizo seña para seguir adelante; pero desenvainó la espada, como si temiera una sorpresa desagradable.

Carmaux ya se había introducido por entre la espesura, avanzando por un senderito apenas visible; pero volvió a detenerse, lanzando un grito de estupor, acompañado de un escalofrío de espanto.

Ante una cabaña de ramas entretrejidas, y cuyo techo estaba cubierto de grandes hojas de palma, cabaña que casi ocultaba una enorme *cujera*, hallábase sentado un negro de hercúleas formas. Era uno de los más bellos ejemplares de la raza africana, pues tenía elevada estatura, anchas y robustas espaldas, pecho amplio, y brazos y piernas musculosos, que debían desarrollar una fuerza enorme.

Su rostro, aun cuando de labios gruesos, nariz ancha y pómulos salientes, no era feo; había en él cierta cosa de bueno, de ingenuo, de infantil, sin que se vislumbrase la menor traza de la expresión de ferocidad que se observa en muchas razas africanas.

Sentado en un tronco de árbol tocaba una flauta, hecha con una caña delgadita de bambú, arrancando del rústico instrumento dulces y prolongados sonidos, que producían una sensación extraña de molicie, mientras que ante él se deslizaban dulcemente ocho o diez de los más peligrosos reptiles de la América meridional.

Veíanse algunas *jararacás*, serpientes pequeñas, de color de tabaco, de cabeza aplastada y triangular; de sutilísimo cuello, y que son tan venenosas, que los indios las llaman «las malditas»; algunas *rojas*, llamadas también *ay-ay*, negras por completo, y que inyectan un veneno casi fulminante; la *boicinega* o serpiente de cascabel, y algunos *urutús*, reptiles rayados de blanco, cuya mordedura produce la parálisis del miembro lesionado.

Al oír el grito de Carmaux, el negro fijó en él sus grandes ojos, que parecían de porcelana, y apartando la flauta de los labios, dijo, asombrado:

—¿Vosotros? ¿Todavía aquí? ¡Yo los creía en el Golfo y seguros ya de los españoles!

—Sí, nosotros somos; pero... ¡que el diablo me lleve si doy un paso por entre esos reptiles que te rodean!

—¡Mis animales no hacen daño a los amigos! —contestó el negro, riendo—. Espera un momento, compadre blanco: los enviaré a dormir.

Cogió un cesto hecho con hojas trenzadas, metió dentro a las serpientes, sin que estas se rebelasen, lo cerró con gran cuidado, y para mayor seguridad le puso encima una piedra. Hecho esto, dijo:

—Ahora, ya puedes entrar sin cuidado alguno, compadre blanco. ¿Vienes solo?

—No; conmigo viene el capitán de mi barco, el hermano del Corsario Rojo.

—¿El Corsario Negro? ¿Él aquí? En cuanto lo sepa Maracaibo, temblará toda ella.

—¡Silencio, negrito! Necesitamos tener tu cabaña a nuestra disposición. ¡No te pesará!

El Corsario llegaba en aquel momento, juntamente con el prisionero y Wan Stiller. Saludó con la mano al negro, que le esperaba ante la cabaña, y en seguida entró detrás de Carmaux.

—¿Es este el que te ha ayudado a escapar?

—Sí, Capitán.

—¿Odia acaso a los españoles?

—Tanto como nosotros.

—¿Conoce Maracaibo?

—Como conocemos nosotros las islas de las Tortugas.

El Corsario se volvió para mirar al negro, contemplando con admiración la poderosa musculatura de aquel hijo de África, y en seguida, como hablando consigo mismo, dijo:

«¡Este es un hombre que podrá serme útil!».

Echó una mirada por la cabaña, y como viera en un ángulo una especie de silla hecha con ramas entretrejidas, se sentó, volviendo a sumergirse en un profundo mutismo.

Entretanto, el negro se había apresurado a llevar un poco de harina de *manioca*, que se extrae de ciertos tubérculos venenosísimos, pero que pierde esa cualidad tan pronto como se le muele y exprime; piñas que se diferencian de las que se producen en las Antillas en que son siempre de color verde, y unas docenas de perfumados plátanos llamados de oro, más pequeños que los demás, pero más sabrosos y nutritivos.

A todos estos manjares añadió una calabaza llena de *pulque*, bebida fermentada hecha del agave o pita, planta que produce gran cantidad de zumo.

Como los tres filibusteros no habían probado ni un solo bizcocho durante la noche, hicieron los honores a la comida, no olvidando al prisionero; después se tumbaron sobre algunos brazados de hojas secas que llevó el negro, y se durmieron tranquilamente, como si se encontraran en plena seguridad.

Sin embargo, Moko se puso de centinela, después de atar bien al soldado, como se lo recomendó el compadre blanco.

Ninguno de los filibusteros se movió en todo el día; pero apenas sobrevino la noche, el Corsario se levantó.

Estaba más pálido que de costumbre, y en sus negros ojos fulguraba una luz sombría.

Dio dos o tres vueltas por la cabaña con paso agitado, y de pronto, deteniéndose ante el prisionero, le dijo:

—Te he prometido no matarte, cuando tenía derecho para mandar que te ahorcasen en el primer árbol del bosque; así, pues, es preciso que me digas si podré entrar sin que me descubran en el palacio del Gobernador.

—¿Queréis asesinarle para vengar así la muerte del Corsario Rojo?

—¡Asesinarle! —exclamó con ira el filibustero—. ¡Yo me bato; no mato a traición, porque soy un noble, un caballero! ¡Un duelo entre él y yo es lo que deseo, no un asesinato!

—El Gobernador es viejo, mientras que vos sois joven; además, no podréis introducirlos en sus habitaciones sin que os prendan los muchos soldados que hacen la guardia de su persona.

—Sé que es valiente.

—Como un león.

—¡Está bien; espero encontrarle!

Se volvió hacia los dos filibusteros, que se habían levantado, y dijo a Wan Stiller.

—Tú permanecerás aquí, custodiando a este hombre.

—Bastaba el negro, Capitán.

—No; el negro es fuerte como un hércules, y lo necesito para que me ayude a transportar el cadáver de mi hermano. ¡Ven, Carmaux; iremos a beber una botella de vino de España en Maracaibo!

—¡Mil tiburones! ¿A estas horas, Capitán? —exclamó Carmaux.

—¿Tienes miedo?

—¡Con vos bajaría al Infierno a coger por las narices al señor Belcebú; pero temo que nos descubran!

Una sonrisa burlona contrajo los sutiles labios del Corsario.

—¡Lo veremos! —dijo—. ¡Ven!

CAPÍTULO IV

UN DUELO ENTRE CUATRO PAREDES



un cuando Maracaibo no tenía más de diez mil almas, era por entonces una de las ciudades más importantes que poseía España en las costas del Golfo de México.

Situada en una espléndida posición en el extremo meridional del golfo de su nombre, ante el estrecho que desemboca en el lago de Maracaibo, el cual se interna muchas leguas en el continente, se convirtió rápidamente en un puerto comercial importantísimo, y servía de almacén a todas las producciones de Venezuela.

Los españoles la habían fortificado con un poderoso fuerte, artillado con gran número de cañones, y en las dos islas había guarniciones numerosas.

Los primeros aventureros que pusieron el pie en aquellas playas, erigieron hermosas casas y no pocos palacios, construidos por arquitectos que habían ido de España en busca de fortuna al Nuevo Mundo; sobre todo, abundaban los sitios de pública reunión, donde se citaban los ricos propietarios de minas, y donde se solía disfrutar con el espectáculo de los bailes nacionales de la época, en recuerdo de la patria lejana.

Cuando el Corsario y sus dos compañeros, Carmaux y el negro, entraron en Maracaibo, las calles todavía estaban muy concurridas, y las tabernas, en las cuales se despachaban vinos del otro lado del Atlántico, veíanse llenas, pues los españoles ni en las colonias habían renunciado a beber un óptimo vaso del jugo de las viñas de Málaga o de Jerez.

El Corsario aminoraba la velocidad de su paso. Con el sombrero calado hasta los ojos, envuelto en su ferreruelo, aun cuando la noche era bastante calurosa, con la mano izquierda puesta fieramente en las guardas de la espada, miraba con gran atención calles y casas, cual si quisiera que le quedasen impresas en la mente.

Llegados que fueron a la plaza de Granada, que era el centro de la ciudad, se detuvo, apoyándose en la esquina de una casa, cual si súbita debilidad se hubiera apoderado del fiero merodeador del Golfo.

La plaza ofrecía un aspecto lúgubre. De quince horcas erguidas formando semicírculo, pendían quince cadáveres.

Todos estaban descalzos y tenían los vestidos hechos jirones, exceptuando uno, que lucía un traje de color de fuego y calzaba altas botas de mar.

Sobre aquellas quince horcas revoloteaban numerosos grupos de *zopilotes* y de *urubúes*, pájaros de plumas negras, que son los encargados de la policía de las ciudades de la América central, esperando la putrefacción de aquellos desgraciados para arrojarse en seguida sobre ellos.

Carmaux se acercó al Corsario, diciéndole en voz baja y conmovida:

—¡Aquí están los compañeros!

—¡Sí! —respondió el Corsario con voz sorda—. ¡Piden venganza, y pronto la tendrán!

Se separó del muro haciendo un violento esfuerzo, inclinó la cabeza sobre el pecho como si hubiese querido ocultar la terrible emoción que descomponía sus facciones, y se alejó a grandes pasos, entrando a poco en una posada donde acostumbraban reunirse los noctámbulos y toda clase de trasnochadores para vaciar cómodamente varios vasos de vino. Encontraron una mesa vacía, y el Corsario se dejó caer en un taburete, sin levantar la cabeza, mientras que Carmaux gritaba:

—¡A ver, un vaso de tu mejor jerez, hostelero de los demonios! ¡Ten cuidado de que sea legítimo, porque si no, no respondo de tus orejas! ¡El aire del Golfo me ha producido tanta sed, que sería capaz de dejar en seco la cantina!

Estas palabras hicieron acudir más que de prisa al tabernero llevando un frasco del excelente vino.

Carmaux llenó tres vasos; pero el Corsario estaba tan absorto en sus téticos pensamientos, que ni siquiera miró el suyo.

—¡Por mil tiburones! —murmuró Carmaux dando con el codo al negro—. ¡El patrón está en plena tempestad, y te aseguro que no quisiera encontrarme en el pellejo de sus enemigos! ¡El venir aquí, por vida de, que ha sido un atrevimiento de los más grandes! ¡Pero ya no tengo miedo!

Miró en derredor suyo con curiosidad no exenta de un vago temor, y sus ojos se encontraron con los de cinco o seis individuos armados con desmesuradas navajas, los cuales le miraban con particular atención.

—¡Parece como si me escuchasen! —dijo al negro—. ¿Quiénes son esos?

—Vascos al servicio del Gobernador.

—¡Bah! ¡Si creen que me asustan con sus navajas, se equivocan!

Aquellos individuos habían tirado los cigarrillos que estaban fumando, y después de haberse bebido algunos vasos de vino de Málaga, se pusieron a charlar en voz tan alta, que Carmaux los oía perfectamente.

—¿Habéis visto a los ahorcados? —preguntó uno.

—Esta tarde también he ido a verlos —contestó otro—. ¡Es un hermoso espectáculo el que ofrecen esos bellacos!

Un formidable puñetazo dado en la mesa, y que hizo bailar vasos y botellas, le cortó la palabra.

Carmaux, impotente para contenerse, y antes de que el Corsario Negro hubiera pensado en detenerle, se había levantado de un salto y dio en la mesa vecina aquel tremendo puñetazo.

—¡Rayos de Dios! —exclamó—. ¡Bonita proeza es reírse de los muertos! ¡Lo bonito es burlarse de los vivos, *mis queridos* caballeros!

Los cinco bebedores, estupefactos ante aquel improvisado estallido de ira, se levantaron precipitadamente con la navaja en la diestra; y uno de ellos, el más atrevido sin duda, le preguntó, mirándole de través:

—*Caballero*, ¿quién sois?

—¡Uno que respeta a los muertos, pero que sabe agujerear el vientre a los vivos!

Al oír esta respuesta, que podía tomarse por una simple bravata, los cinco bebedores se echaron a reír y enviaron al filibustero a freír espárragos.

—¡Ah! ¿También eso? —dijo Carmaux, pálido de ira.

Miró al Corsario, que no se había movido, como si todo aquello no tuviese nada que ver con él, y en seguida, alargando una mano hacia el que le había interrogado, le rechazó furiosamente, gritando:

—¡El lobo de mar se merienda en el acto el lechoncillo de tierra!

El hombre cayó encima de una mesa; pero inmediatamente volvió a ponerse en pie, sacó con la rapidez del rayo la navaja que llevaba en el cinturón, y la abrió con un golpe seco.

Sin más preámbulos iba a caer sobre Carmaux para pasarle de parte a parte, cuando el negro, que hasta entonces había sido simple espectador, a una seña del Corsario se puso de un salto entre ambos contendientes blandiendo una pesada silla de madera y hierro.

—¡Quieto, o te aplasto! —le gritó al hombre de la navaja.

Al ver a aquel gigante, negro como el carbón, cuya poderosa musculatura parecía como que iba a saltar, los cinco vascos retrocedieron para no quedar hechos pedazos bajo aquella silla, que describía en el aire círculos amenazadores.

Quince o veinte bebedores que se encontraban en una habitación contigua, al oír aquel estrépito se apresuraron a acudir, precedidos por un hombrazo gordo, armado con un espadín, un verdadero tipo de espadachín, con el amplio sombrero de plumas inclinado sobre una oreja, y cubierto el pecho por una coraza vieja de cuero de Córdoba.

—¿Qué es lo que sucede? —preguntó rudamente aquel hombrazo, desenvainando con aire trágico la espada.

—¡Sucede, señor *caballero* —contestó Carmaux inclinándose con aire burlesco—, cosas que a vos no os importan!

—¡Cómo! ¡Por todos los santos! —gritó el bravucón arrugando el entrecejo—. ¡Ya se ve

que usted no conoce a don Gamara y Miranda, conde de...!

—¡De casa del Diablo! —dijo el Corsario Negro levantándose de pronto y mirando fijamente al bravucón—. ¿También el *caballero* es marqués, duque, etcétera?

El señor de Gamara se puso rojo como una peonía, y en seguida palideció, diciendo con voz ronca:

—¡Por todos los malditos del infierno! ¡No sé quién va a ser el que pueda enviarme al otro mundo a hacer compañía a ese perro de Corsario Rojo, que tan bien resulta colgado en la plaza de Granada, juntamente con sus catorce compañeros!

Esta vez fue el Corsario el que palideció de un modo horrible. Con un gesto contuvo a Carmaux, se quitó el ferreruelo y el sombrero, y con un rápido movimiento desnudó la espada, diciendo con temblorosa voz:

—¡Tú eres el perro, y tu alma la que va a ir hacer compañía a los ahorcados!

Hizo seña a los espectadores para que dejaran sitio, y se puso enfrente del aventurero, cayendo en guardia con una elegancia y una seguridad que desconcertó a su adversario.

—¡Vamos, conde de casa del Diablo! —dijo con los dientes apretados—. ¡Dentro de poco habrá aquí un muerto!

El aventurero se había puesto a su vez en guardia; pero de pronto se irguió diciendo:

—¡Un momento, *caballero*! ¡Cuando se cruza el hierro, se tiene derecho a saber quién es el adversario!

—¡Soy más noble que tú! ¿Te basta?

—No; el nombre es lo que quiero saber.

—¿Lo quieres? ¡Sea; pero peor para ti, porque ya no podrás decírselo a nadie!

Se le acercó y murmuró a su oído algunas palabras.

El aventurero lanzó un grito de asombro, dando dos pasos atrás como si hubiera querido refugiarse entre los espectadores y traicionar el secreto; pero el Corsario Negro comenzó a atacarle vivamente, obligándole a defenderse.

Los bebedores formaron un amplio círculo en derredor de los contendientes. En primera línea estaban Carmaux y el negro; pero no parecían preocuparse por el éxito de aquel encuentro, sobre todo el primero, que sabía de lo que era capaz el fiero Corsario.

Al parar los primeros golpes, el aventurero se hizo cargo en seguida de que tenía delante un adversario formidable, decidido a matarle al primer golpe falso que tirase, y ponía en juego todos los recursos de la esgrima para parar la granizada de estocadas que le caía encima.

Pero aquel hombre no era un espadachín cualquiera. De elevada estatura, grueso y robusto, de pulso firme y vigoroso brazo, podía oponer una larga resistencia, y se veía que no se cansaría fácilmente.

Sin embargo, el Corsario, esbelto, ágil, de mano rápida, no le dejaba un momento de tregua, como si temiese que se aprovechara del más pequeño descanso para hacerle traición.

Su espada le amenazaba constantemente, obligándole a continuas paradas. La brillante punta relampagueaba por todas partes, batía el hierro del aventurero, arrancándole chispazos, y se iba a fondo con una velocidad tan grande, que lo desconcertaba.

Al cabo de dos minutos, y a pesar de su fuerza, poco menos que hercúlea, el aventurero comenzó a soplar y a romper. Se sentía casi imposibilitado para contestar a todos los ataques del Corsario, y había perdido la calma. Comprendía que su vida corría grave peligro y que podía concluir por ir de veras a hacer compañía a los ahorcados de la plaza de Granada.

En cambio, el Corsario parecía que acababa de desenvainar la espada.

Saltaba hacia adelante con una agilidad de jaguar, acometiendo siempre al enemigo con vigor creciente: Únicamente denunciaba su cólera la mirada ardiente y sombría que brillaba en sus ojos.

No los apartaba ni un solo instante de los de su adversario, cual si pretendiera fascinarle y turbarle. El círculo de los espectadores se había abierto para dejar sitio al aventurero, el cual seguía retrocediendo y acercándose a la pared. Carmaux, siempre en primera fila, comenzaba a reír, previendo el final de aquel encuentro terrible.

De pronto, el aventurero se encontró con el muro; palideció, y gruesas gotas de sudor inundaron su frente.

—¡Basta! —dijo con voz anhelante y ronca.

—¡No! —dijo el Corsario con acento siniestro—. ¡Mi secreto tiene que morir contigo!

El adversario intentó un ataque desesperado. Se agazapó cuanto pudo, y en seguida se

lanzó sobre su enemigo, asestándole tres o cuatro estocadas, una tras otra.

El Corsario, firme como una roca, las paró con igual rapidez.

—¡Ahora voy a clavarte en la pared! —le dijo.

Loco de espanto, el aventurero, comprendiendo ya que estaba perdido, empezó a gritar:

—¡Socorro! ¡Es el Cor...!

No pudo concluir: la espada del Corsario le atravesó el pecho, clavándole en la pared y cortándole la palabra.

Un chorro de sangre que le salió de los labios le manchó la coraza de cuero, que no había sido suficiente para resguardarle de aquella terrible estocada; abrió desmesuradamente los ojos, miró con terror a su adversario por última vez, y en seguida cayó pesadamente al suelo, partiendo en dos pedazos la hoja que le sostenía clavado en la pared.

—¡Ese se ha ido! —dijo Carmaux en tono de mofa.

Se inclinó sobre el cadáver, le quitó de la mano la espada, y alargándosela al Capitán, que miraba al aventurero de un modo tétrico, le dijo:

—¡Ya que se ha roto la otra, tome usted esta! ¡Por Baco! ¡Es una verdadera hoja de Toledo; se lo aseguro, señor!

El Corsario tomó la espada del vencido sin decir palabra, cogió el sombrero y el ferreruelo, tiró sobre la mesa un doblón de oro, y salió de la posada, seguido por Carmaux y el negro, sin que los otros se hubieran atrevido a detenerlos.

CAPÍTULO V

EL AMORCADO



uando el Corsario y sus acompañantes llegaron a la plaza de Granada, era tan grande la oscuridad, que a veinte pasos de distancia no se podía distinguir una persona.

En la plaza reinaba un silencio profundo, interrumpido únicamente por el desapacible graznido de algún *urubú* de los que acechaban las horcas de que pendían los quince filibusteros. Ni siquiera se oían los pasos del centinela que guardaba la casa del Gobernador.

Marchando siempre a lo largo de las paredes de las casas o por detrás de los troncos de las palmeras, el Corsario, Carmaux y el negro avanzaban lentamente, atentos el oído y la mirada, y con las manos sobre las armas, procurando llegar hasta los ajusticiados sin que nadie pudiese verlos.

De cuando en cuando, y siempre que algún rumor turbaba la quietud de la vasta plaza, deteníanse bajo la sombra de algún árbol o en la oscura arcada de alguna puerta, esperando con cierta ansiedad a que el silencio se restableciera.

Hallábanse ya a muy pocos pasos de la primera horca, en la cual se mecía, movido por la brisa de la noche, un pobre diablo casi desnudo, cuando el Corsario indicó con el dedo a sus compañeros una sombra humana que se movía ante el ángulo del palacio del Gobernador.

—¡Por mil tiburones! —barbotó Carmaux—. ¡Ah! ¡Está el centinela! ¡Ese hombre va a estropearnos la empresa!

—¡Pero Moko es fuerte! —dijo el negro—. ¡Iré y degollaré a ese soldado!

—¡Y te agujerearán el vientre, compadre!

El negro sonrió, mostrando dos filas de dientes blancos como el marfil, y tan agudos, que podían causar envidia a un tiburón, diciendo:

—¡Moko es astuto y sabe deslizarse como las serpientes que domestica!

—¡Anda! —le dijo el Corsario—. ¡Antes de llevarte conmigo, quiero tener una prueba de tu audacia!

—¡La tendrás, patrón! ¡Cogeré a ese hombre como en otro tiempo cogía los caimanes en la laguna!

Se desenrolló de la cintura una cuerda muy fina de cuero trenzado, que terminaba en un anillo —un verdadero lazo, semejante al que usan los vaqueros mexicanos para atrapar a los toros—, y se alejó en silencio, sin producir el menor ruido.

El Corsario se ocultó detrás del tronco de una palmera; le miraba atentamente, admirando quizá la resolución de aquel negro, que casi inerme iba a hacer frente a un hombre bien armado y seguramente resuelto.

—¡El compadre tiene hígados! —dijo Carmaux.

El Corsario hizo un signo afirmativo con la cabeza, pero sin despegar los labios. Seguía mirando al africano, el cual se deslizaba por el suelo como una serpiente, acercándose con lentitud al palacio del Gobernador.

En aquel momento, el soldado se alejaba del ángulo, dirigiéndose hacia el portalón. Llevaba una alabarda, y del cinto le pendía una espada.

Al ver que le volvía la espalda, Moko se deslizó con mayor rapidez, llevando en la mano el lazo. Así que estuvo a diez o doce pasos, se levantó rápidamente, hizo voltear en el aire la

cuerda dos o tres veces, y en seguida la lanzó con mano firme.

Se oyó un ligero silbido, en seguida un grito ahogado, y el soldado rodó por tierra, dejando caer la alabarda y agitando desesperadamente piernas y brazos.

Dando un salto de león, Moko se le echó encima. Amordazarle fuertemente con la faja roja que llevaba a la cintura, atarle bien y llevárselo como si se tratara de un niño, fue obra de pocos instantes.

—¡Aquí está! —dijo, echándole rudamente a los pies del Capitán.

—¡Eres un valiente! —respondió el Corsario—. Átate a ese árbol y sígueme.

El negro, ayudado por Carmaux, obedeció, y en seguida fueron a reunirse con el Corsario, que examinaba uno por uno a los ahorcados, que se mecían impulsados por la brisa.

Ya en medio de la plaza, el Capitán se detuvo ante un ajusticiado vestido de rojo.

Al verle, el Corsario lanzó un grito de horror.

—¡Los malditos! —exclamó.

Su voz, que parecía el lejano rugido de una fiera, quedó ahogada por un sollozo desgarrador.

—¡Señor —dijo Carmaux, conmovido—, haceos fuerte!

El Corsario hizo una seña con la mano, señalándole el ahorcado.

—¡En seguida, mi Capitán! —contestó Carmaux.

El negro trepó por la horca, llevando sujeto con los dientes el cuchillo del filibustero. De un tajo cortó la cuerda, y en seguida fue dejando caer poco a poco el cadáver.

Carmaux se colocó debajo. Aun cuando la putrefacción comenzaba a descomponer las carnes del Corsario Rojo, el filibustero le cogió entre los brazos con gran delicadeza y le envolvió en el negro ferreruelo que le alargaba el Capitán.

—¡Vámonos! —dijo el Corsario, lanzando un suspiro—. ¡Nuestra misión ha terminado, y el Océano espera los despojos del valiente!

El negro cogió el cadáver, lo cubrió cuanto pudo con la capa, y en seguida los tres salieron de la plaza, tristes y taciturnos. Al llegar al extremo de ella, el Corsario se volvió para mirar por última vez a los catorce ahorcados, cuyos cuerpos se destacaban lúgubramente entre las tinieblas, y dijo con voz opaca:

—¡Adiós, valientes y desgraciados; adiós, compañeros del Corsario Rojo! ¡Los filibusteros vengarán muy pronto vuestra muerte!

Y clavando los ojos en el palacio del Gobernador, que se agigantaban en el fondo de la plaza:

—¡Entre tú y yo, Wan Guld, está la muerte! —dijo con acento sombrío.

Se pusieron en camino, apresurándose a salir de Maracaibo para llegar al mar y volver a bordo de su barco. Ya nada tenían que hacer en aquella ciudad, en cuyas calles no estaban seguros después de lo ocurrido.

Habían recorrido tres o cuatro callejas desiertas, cuando Carmaux, que iba delante, creyó distinguir algunas sombras, como ocultas en la oscura arcada de una puerta.

—¡Espacio! —murmuró, volviéndose hacia sus compañeros—. ¡Si no me he vuelto ciego, allí hay gente que me parece que espera!

—¿En dónde? —preguntó el Corsario.

—¡Allá abajo!

—¿Serán quizá los hombres de la posada?

—¡Ah, tiburones! ¿Serán, en efecto, los cinco vascos con sus navajas?

—¡Cinco no son demasiado para nosotros, y les haremos pagar cara la emboscada! —dijo el Corsario, desenvainando la toledana.

—¡Y un sable de abordaje puede más que sus navajas! —agregó Carmaux.

Tres hombres envueltos en grandes capas se destacaron del ángulo de un portón obstruyendo la acera de la derecha, en tanto que otros dos, que habían estado ocultos detrás de un carro abandonado, cerraban la salida de la izquierda.

—¡Son los cinco vascos —dijo Carmaux—; veo relucir las navajas en los cinturones!

—¡Tú te encargas de los dos de la izquierda, y yo, de los tres de la derecha —dijo el Corsario—; y tú, Moko, echa a andar con el cadáver, y nos esperas en las lindes del bosque!

Los cinco vascos se habían quitado las capas, y doblándolas en cuatro dobleces, se las colocaron en el brazo izquierdo. En seguida abrieron las largas navajas, de punta aguda como las de las espadas.

—¡Ah, ah! —dijo el que había recibido el empujón de Carmaux—. ¡Por lo visto, no nos hemos equivocado!

—¡Paso! —gritó el Corsario, que se había puesto delante de sus compañeros.

—¡Despacito, caballero! —dijo el vasco, avanzando.

—¿Qué es lo que quieres?

—¡Satisfacer una ligera curiosidad!

—¿Cuál?

—¡Saber quién sois!

—¡Un hombre que mata a quien le incomoda! —contestó con fiereza el Corsario, avanzando con la espada desnuda.

—¡Entonces, caballero, le diré que no somos hombres que tengamos miedo a nadie, y que no nos dejaremos matar como aquel pobre diablo a quien habéis clavado en el muro! ¡El nombre, vuestros títulos, o no salís de Maracaibo! ¡Estamos al servicio del señor Gobernador, y tenemos que dar cuenta de las personas que pasean por las calles a horas tan avanzadas!

—¡Si queréis saberlo, venid a preguntarme aquí cómo me llamo! —dijo el Corsario, poniéndose en guardia velozmente—. ¡Tú, con los dos de la izquierda, Carmaux!

El filibustero había desenvainado el sable de abordaje, y se dirigió resueltamente contra los dos adversarios, que le cerraban el paso por el lado izquierdo.

Los cinco vascos no se habían movido, esperando la acometida de ambos filibusteros. Firmes sobre las piernas, que tenían un poco abiertas para hallarse más prontos a toda evolución, con la mano izquierda apoyada fuertemente en el cinto, la diestra en el mango de la navaja y el dedo pulgar tendido en la parte más ancha de la hoja, esperaban el momento oportuno para descargar golpes mortales.

Debían de ser cinco *diestros*, esto es, *valientes*, para los cuales seguramente eran conocidos los golpes más peligrosos, como el *jabeque*, herida ignominiosa que se da en el rostro, y el terrible *desjarretazo*, que se da por detrás, bajo la última costilla, y que secciona la columna vertebral.

Al ver que no se decidían, el Corsario, impaciente por abrirse paso, cayó sobre sus tres adversarios, tirando estocadas a derecha e izquierda con una velocidad fulmínea, mientras que, por su parte, Carmaux cargaba sobre los otros dos, acuchillándolos como un loco.

Los cinco *diestros* no se asustaron por eso; dotados de prodigiosa agilidad, saltaban hacia atrás, parando los golpes, ya con la larga hoja de sus armas, ya con el *serapé* formado con la capa enrollada que llevaban en el brazo izquierdo.

Los dos filibusteros atacaron con prudencia al hacerse cargo de que tenían que habérselas con peligrosos adversarios.

Sm embargo, en cuanto vieron que el negro se alejaba con el cadáver, volvieron a cargar furiosamente, deseosos de acabar antes de que cualquier ronda, atraída por el ruido de los hierros, llegara en socorro de los vascos.

El Corsario, cuya espada era mucho más larga que las navajas, y cuya habilidad en la esgrima era también extraordinaria, podía arreglárselas bastante bien; no así Carmaux, que se veía obligado a estar siempre en guardia, a causa de que su sable era demasiado corto.

Luchaban con furor los siete hombres, pero sin lanzar un grito, atentos todos a parar y tirar tajos y estocadas. Ya avanzaban, ya retrocedían, ora saltaban a la derecha, ora a la izquierda, batiendo con fuerza los hierros.

De pronto el Corsario, al ver que uno de sus tres adversarios perdía el equilibrio, daba un paso en falso, y se descubría el pecho, se tiró a fondo con la rapidez del relámpago.

La hoja le tocó, y el hombre cayó sin lanzar ni un gemido.

—¡Uno! —dijo el Corsario, revolviéndose sobre los otros—. ¡Dentro de pocos momentos tendré también vuestro pellejo!

Ambos vascos, a quienes no atemorizaba lo sucedido, siguieron firmes, haciéndole frente sin dar un paso atrás. De improviso, el más ágil se le fue encima inclinándose hasta tocar el suelo, y adelantando el *serapé* con que se resguardaba el brazo, hizo ademán de tirarle un golpe bajo, que si le alcanza le abre el vientre; pero en seguida se irguió, y apartándose bruscamente, intentó darle el tajo mortal del *desjarretazo*.

Con la misma rapidez, el Corsario se echó a un lado y partió a fondo; pero su espada quedó embotada en el *serapé* del valiente.

Intentó volver a la guardia para parar los golpes que le tiraba el otro vasco, cuando, de pronto, lanzó un grito de rabia.

La hoja de su espada saltó por la mitad, rota en el brazo del hombre que pretendió tirarle el *desjarretazo*. Dio un salto atrás, agitando el trozo de espada y gritando:

—¡A mí, Carmaux!

El filibustero, que todavía no había podido deshacerse de sus adversarios, aun cuando los había obligado a retroceder hasta la esquina de la calle, se le reunió en tres saltos.

—¡Por mil tiburones! —gritó—. ¡Este sí que es un apuro! ¡Felices seremos si logramos quitarnos de encima esta trailla de perros rabiosos!

—¡Tenemos en nuestra mano la vida de dos de esos bribones! —contestó el Corsario, amartillando precipitadamente la pistola que llevaba al cinto.

Iba a hacer fuego sobre el más próximo, cuando vio que encima de los cuatro vascos, que se habían reunido y que ya creían segura la victoria, caía una sombra gigantesca.

Aquel hombre que llegaba tan oportunamente tenía en las manos un gran garrote.

—¡Moko! —exclamaron a un tiempo el Corsario y Carmaux.

En vez de contestar, el negro levantó el palo y empezó a descargar garrotazos sobre los adversarios, con tal furia, que los desgraciados rodaron por tierra en un abrir y cerrar de ojos, unos con la cabeza rota y otros con las costillas hundidas.

—¡Gracias, compadre! —dijo Carmaux—. ¡Mil rayos! ¡Qué granizada!

—¡Huyamos! —dijo el Corsario—. ¡Aquí ya no tenemos nada que hacer!

Despertados por la gritería de los heridos, algunos vecinos comenzaban a abrir las ventanas para ver qué sucedía.

Los dos filibusteros y el negro, desembarazados ya de los cinco asaltantes, volvieron a escape la esquina de la calle.

—¿Dónde has dejado el cadáver? —preguntó el Corsario al africano.

—¡Ya está fuera de la ciudad! —contestó el negro.

—¡Gracias por tu socorro!

—Pensé que mi intervención podría serles útil y me apresuré a volver.

—¿Has visto a alguien en los arrabales?

—No he visto a nadie.

—¡Entonces, apresurémonos a batir retirada antes de que lleguen otros enemigos! —dijo el Corsario.

Iban a emprender la marcha, cuando Carmaux, que se había adelantado para registrar una calle lateral, volvió rápidamente atrás, diciendo:

—¡Capitán, ahí viene una patrulla!

—¿Por dónde?

—¡Por aquella calleja!

—¡Nos iremos por otra! ¡Armas en mano, mis valientes, y adelante!

—¡Pero vos, mi Capitán, vais sin armas!

—Pues ve a quitarle la navaja al vasco que maté. ¡A falta de otra, buena es esa!

—Con vuestro permiso, me atrevo a ofreceros mi sable, Capitán; yo se manejar esos cuchillos.

El valiente marinero alargó al Corsario su propio sable, retrocedió y recogió la navaja de uno de los vascos, arma formidable también en sus manos.

La ronda se aproximaba a toda prisa. Probablemente, habría oído los gritos de los combatientes y el chocar de los aceros, y se apresuraba a acudir al lugar de la lucha.

Los filibusteros, precedidos por Moko, echaron a correr, siempre arrimados a los muros de las casas. Apenas recorrieron ciento cincuenta pasos, cuando oyeron el andar cadencioso de otra patrulla.

—¡Truenos! —exclamó Carmaux—. ¡Van a cogernos en medio!

El Corsario Negro se detuvo, empuñando el corto sable del filibustero.

—¿Nos habrán hecho traición? —murmuró.

—¡Capitán —dijo el africano—, veo avanzar hacia nosotros ocho hombres armados con alabardas y mosquetes!

—¡Amigos —dijo el Corsario—, aquí se trata de vender cara la vida!

—¡Diga, Comandante, lo que hay que hacer, pues estamos dispuestos a todo! —contestaron el filibustero y el negro, con acento resuelto.

—¡Moko!

—¡Patrón!

—A ti te confío el encargo de llevar a bordo el cadáver de mi hermano. ¿Serás capaz de hacerlo? ¡En la playa encontrarás la chalupa! ¡Ponte en salvo, juntamente con Wan Stiller!

—¡Está bien, patrón!

—Nosotros haremos lo posible por desembarazarnos de nuestros enemigos; pero si al fin nos vencen, ya sabe Morgan lo que tiene que hacer. ¡Anda: lleva a bordo el cadáver, y después vienes a ver si todavía estamos vivos o si hemos muerto!

—¡No me decido a dejarles, patrón; yo soy vigoroso y puedo serles útil!

—¡Me interesa mucho que sepulsen en el mar a mi hermano! ¡Y, además, tú puedes prestar más útiles servicios a bordo de *El Rayo* que aquí!

—¡Volveré con refuerzos, señor!

—¡Estoy seguro de que vendrá Morgan! ¡Vete; ahí está la patrulla!

El negro no se hizo repetir la orden; pero como el camino estaba tomado por ambas patrullas, se ocultó en un callejón que cerraba la tapia de un jardín.

Así que el Corsario le vio desaparecer, se volvió hacia el filibustero, diciendo:

—¡Preparémonos para caer sobre la patrulla que está ahí! ¡Si logramos abrirnos paso con un ataque de improviso, quizá podamos llegar al campo, y enseguida, al bosque!

Hallábanse en aquel momento en la esquina de la calle. La segunda patrulla que vio el negro no estaba más de treinta pasos, mientras que todavía no se divisaba la primera, la cual parecía como que se había detenido.

—¡Dispongámonos! —dijo el Corsario.

—¡Yo ya lo estoy! —contestó el filibustero, que se escondió detrás de la esquina.

Los ocho alabarderos habían aminorado la velocidad de su marcha, como si temieran alguna sorpresa, pues uno de ellos, probablemente el que los mandaba, dijo:

—¡Espacio, muchachos! ¡Esos bribones deben de andar muy cerca de aquí!

—Somos ocho, señor Elvárez —dijo un soldado—, y el tabernero nos manifestó que los filibusteros eran dos tan sólo.

—¡Ah, tunante! —murmuró Carmaux—. ¡Nos ha vendido! ¡Si me cae entre las manos alguna vez, le prometo abrirle un ojal en el vientre, y tan grande, que se le salga por él todo el vino que haya bebido en una semana!

El Corsario Negro levantó el sable, dispuesto a lanzarse.

—¡Adelante! —gritó.

Ambos filibusteros cayeron impetuosamente y con empuje irresistible sobre la patrulla que iba a revolver la esquina, dando tajos a derecha e izquierda con sin igual furor y con la rapidez del rayo.

Sorprendidos por tan inesperado ataque, los alabarderos no pudieron resistirlos, y se echaron unos hacia una parte y otros hacia otra, procurando hurtar el cuerpo a aquella granizada de golpes.

Cuando se repusieron de su estupor, el Corsario y su compañero se hallaban muy lejos; mas, advirtiendo que no habían sido más que dos hombres los acometedores, se lanzaron a la carrera tras ellos gritando desafortunadamente:

—¡Detenedlos! ¡Detenedlos! ¡Son los filibusteros!

El Corsario y Carmaux corrían como desesperados, pero sin saber por dónde iban. Se habían metido en medio de un dédalo de calles, y daban vueltas y más vueltas, doblando esquinas a cada paso, pero sin lograr llegar al campo.

El vecindario, desesperado por los gritos de la patrulla y alarmado con la presencia de los merodeadores del mar, comenzó a asomarse a puertas y ventanas, abriéndolas y cerrándolas con estrépito; al mismo tiempo se oía alguno que otro tiro de arcabuz.

La situación de los fugitivos iba siendo desesperada por instantes; aquellos gritos y aquellos disparos podían llevar la alarma al centro de la ciudad y poner en movimiento a la guarnición entera.

—¡Truenos! —exclamó Carmaux, corriendo con extrema ligereza—. ¡Esos gritos concluirán por ser nuestra perdición! ¡Si no encontramos el modo de poder escaparnos al campo, vamos a ir a parar en lo alto de una horca, con una buena cuerda por corbatín!

Sin dejar de correr, habían llegado al extremo de una callejuela, que no parecía tener salida alguna.

—¡Capitán! —gritó Carmaux, que iba delante—. ¡Nos hemos metido en una trampa!

—¿Qué estás diciendo? —preguntó el Corsario.

—¡Que esta calle no tiene salida!

—¿No se puede escalar ninguna pared?

—¡Todas son casas demasiado altas!

—¡Volvámonos, Carmaux! ¡Nuestros perseguidores están lejos todavía, y quizá podamos encontrar alguna otra calle que desemboque en las afueras!

E iba a volver a emprender la carrera, cuando se detuvo bruscamente, diciendo:

—¡No, Carmaux! ¡Se me ha ocurrido una idea! ¡Creo que con un poco de astucia podríamos hacerles perder nuestro rastro!

Se había dirigido rápidamente hacia la casa que cerraba el otro extremo de la calle.

Era una vivienda modesta, de dos pisos, construida parte con mampostería y parte con madera, y que en lo alto tenía una azotea con tiestos de flores.

—¡Carmaux —dijo el Corsario—, ábreme esta puerta!

—¿Vamos a escondernos en esta casa?

—¡Me parece el medio mejor para desorientar a los soldados que vienen siguiéndonos!

—¡Perfectamente, Capitán!

Abrió la navaja e introdujo la punta en las hendiduras de las tablas, y haciendo fuerza, obligó a saltar el pestillo.

Ambos filibusteros se apresuraron a entrar, cerrando la puerta inmediatamente, en tanto que por el otro extremo de la calle pasaban los soldados gritando a voz en cuello:

—¡Detenedlos! ¡Detenedlos!

A tientas, en la oscuridad, los dos filibusteros llegaron en seguida a una escalera, que comenzaron a subir en el acto, sin vacilación de ninguna especie, deteniéndose solamente cuando llegaron al rellano superior.

—¡Es preciso ver adónde vamos —dijo Carmaux— y conocer qué clase de inquilinos son! ¡Vaya una sorpresa la de estos pobres diablos!

Sacó del bolsillo un pedazo de mecha de cañón, un eslabón y un pedernal, y sopló para producir llama:

—¡Calla! ¡Una puerta abierta! —dijo.

—¡Y alguien que ronca! —añadió el Corsario.

—¡Buena señal! Ese que así duerme es una persona pacífica.

El Corsario abrió la puerta sin hacer ruido, y penetró en una habitación amueblada con modestia, en la cual había una cama ocupada.

Cogió la mecha y encendió una vela que había sobre una caja, la cual hacía oficios de cómoda o de baúl, y se acercó al lecho, levantando resueltamente el cobertor.

Era un hombre el que allí dormía; un vejete, ya calvo, arrugado, de epidermis apergaminada y de color de ladrillo, con una barbilla de cabra y unos bigotes lacios. Dormía tan profundamente, que ni se movió, a pesar de que se había iluminado la habitación.

—¡No ha de ser este hombre quien nos produzca molestias! —dijo el Corsario.

Le cogió de un brazo y le sacudió rudamente, sin lograr despertarle.

—¡Necesita que le disparen un cañonazo al lado! —dijo Carmaux.

A la tercera sacudida, más vigorosa que las otras, el viejo abrió los ojos. Al divisar dos hombres armados, se sentó en la cama y los miró con ojos espantados, exclamando con voz ahogada por el terror:

—¡Muerto soy!

—¡Eh, amigo! ¡Tiempo sobrado hay para morir! —dijo Carmaux—. ¡Y ahora me parece que estás más vivo que hace un momento!

—¿Quién eres? —preguntó el Corsario.

—¡Un pobre hombre que jamás ha hecho daño a nadie! —contestó el viejo, castañeteando los dientes.

—Nosotros no tenemos intención de hacerte daño alguno si contestas a cuanto queremos saber.

—Entonces, ¿su excelencia no es un ladrón?

—Soy un filibustero de las islas de las Tortugas.

—¡Un filibustero! ¡Entonces, no hay duda: soy hombre muerto!

—Ya te he dicho que no te haremos daño alguno.

—En ese caso, ¿qué es lo que quieren de un pobre viejo como yo?

—Ante todo, saber si vives solo en esta casa.

—¡Solo, señor!

—Y en la vecindad, ¿quiénes viven?

—Honrados burgueses.

—¿A qué te dedicas?

—¡Soy un pobre viejo!

—¡Sí; un pobre hombre que posee una casa, mientras que yo no tengo ni una cama siquiera! —dijo Carmaux—. ¡Vaya, zorro viejo, tú tienes miedo a quedarte sin el dinero!

—¡Excelencia, yo no tengo dinero!

Carmaux se echó a reír.

—¡Un filibustero que se convierte en excelentísimo señor! ¡Este hombre es el compadre más alegre que me he echado a la cara en toda mi vida!

El viejo le lanzó una mirada de través, pero guardándose mucho de mostrarse ofendido.

—¡Acabemos! —dijo el Corsario con tono de amenaza—. ¿Qué es lo que haces en Maracaibo?

—¡Soy un pobre Notario, señor!

—¡Está bien! Pues sabe que nosotros nos alojaremos en esta casa hasta que llegue el momento de marcharnos. No te haremos daño alguno; pero ¡mucho cuidado, porque si nos delatas o nos haces traición, te quedas sin cabeza! ¿Me has comprendido?

—Pero ¿qué es lo que quieren de mí? —preguntó, casi llorando, el desgraciado.

—Por ahora, nada. Vístete sin dar el menor grito, o ponemos por obra la amenaza.

El Notario se apresuró a obedecer; pero estaba tan asustado y temblaba tanto, que tuvo que ayudarle Carmaux.

—¡Ahora, ata a ese hombre! —dijo el Corsario—. ¡Ten cuidado de que no se escape!

—¡Respondo de él como de mí mismo, Capitán! ¡Le ataré tan bien, que no podrá hacer el más pequeño movimiento!

Mientras el filibustero reducía a la impotencia al viejo, el Corsario había abierto una ventana que daba a la callejuela, para ver lo que sucedía.

Al parecer, las patrullas se alejaron, pues no se oían sus gritos; pero las personas despertadas por las voces se asomaban a las ventanas y hablaban en alta voz.

—¿Habéis oído? —gritó un hombretón, armado con un gran arcabuz—. ¡Parece que los filibusteros han intentado un golpe de mano en la ciudad!

—¡Es imposible! —contestaron algunas voces.

—He oído gritar a los soldados.

—¿Los habrán puesto en fuga?

—Eso creo, porque ya no se oye nada.

—¡Vaya un atrevimiento! ¡Entrar en la ciudad, habiendo tantos soldados como hay!

—Seguramente querrían salvar al Corsario Rojo.

—Y, ¡claro!, le han encontrado ahorcado ya.

—¡Vaya una sorpresa endiablada para esos ladrones!

—¡Hay que esperar que los soldados echen la mano a algunos más para colgarlos! —dijo el hombre del arcabuz—. ¡Todavía hay madera con qué levantar horcas! ¡Buenas noches, señores; hasta mañana!

—¡Sí —murmuró el Corsario—, todavía tenéis madera; pero en nuestros barcos tenemos también las balas necesarias para dejar en ruinas a Maracaibo! ¡Ya llegará el día en que tengáis noticias mías!

Volvió a cerrar prudentemente la ventana, y entró en la habitación del Notario.

Carmaux se dedicaba a registrar toda la casa, y había metido mano a la despensa.

El buen muchacho recordó que no tuvieron tiempo de cenar la noche anterior; y como encontrase un ave y un magnífico pescado frito, que probablemente se reservaba el pobre Notario para comer al otro día, se apresuró a poner una y otra cosa a disposición del Capitán.

Además de aquellos alimentos, descubrió en el fondo de un armario varias botellas cubiertas de polvo, con las marcas de los mejores vinos: Jerez, Oporto, Alicante y Madera.

—Señor —dijo Carmaux dirigiéndose al Corsario—, mientras los españoles corren detrás de nuestra sombra, pruebe un trozo de este pescado, que es una magnífica tenca de lago, y de este ánade salvaje. Después traeré algunas botellas que nuestro Notario guardaba, de seguro, para las grandes ocasiones, y que le pondrán del mejor humor. ¡Ya se ve que el amigo es aficionado a los líquidos del otro lado del Atlántico! ¡Veremos si tenía buen gusto!

—¡Gracias! —contestó el Corsario, el cual volvió a su tétrico recogimiento.

Se sentó; pero hizo muy poco honor a la comida.

Quedó silencioso y triste, como le vieron siempre los filibusteros. Probó el pescado, bebió unos cuantos vasos de vino, y en seguida se levantó y empezó a pasear por la sala.

Por su parte, Carmaux no tan sólo se lo comió todo, sino que vació un par de botellas, con gran desesperación del pobre Notario, que no concluía de lamentarse al ver que se consumían tan de prisa aquellos vinos, que había hecho llevar de la lejana patria a costa de mucho dinero. Pero el marinero, a quien pusieron de excelente humor los tragos, llevó su galantería hasta ofrecerle un vaso, con objeto de hacerle pasar el susto que experimentaba y la ira que le roía.

—¡Truenos! —exclamó—. ¡No creía yo que iba a pasar la noche tan alegremente! Encontrarse entre dos fuegos, a punto de perder la vida y con una cuerda al pescuezo, y, en vez de morir, verse ante estas botellas deliciosas... ¡Vamos, ni en sueños lo habría imaginado!

—Pero el peligro no ha pasado todavía, amigo mío —dijo el Corsario—. ¿Quién nos asegura que mañana los españoles no vendrán a sacarnos de este refugio? ¡Aquí se está bien; pero mucho mejor estaríamos a bordo de mi *Rayo*!

—¡A vuestro lado, mi Capitán, no temo nada! ¡Vos solo valéis por cien hombres!

—Por lo visto, has olvidado que el Gobernador de Maracaibo es un zorro viejo y que sería capaz de todo por echarme mano. ¡No ignora que entre él y yo se ha empeñado una guerra a muerte!

—¡Aquí nadie sabe quién sois!

—Podría sospecharse. Y además, ¿te has olvidado de los vascos? ¡Nadie me quita de la cabeza que han sabido que el matador de aquel Conde bravucón es el hermano del pobre Corsario Rojo y del Corsario Verde!

—Puede ser que estéis en lo cierto, señor. ¿Creéis que Morgan nos enviará socorros?

—¡Mi segundo no es capaz de abandonar a su Comandante en manos de los españoles! Es un valiente, y no me sorprendería que intentase forzar el paso para lanzar sobre la ciudad una tempestad de balas.

—¡Eso sería una locura que podría costarle cara, señor!

—¡Cuántas no hemos cometido nosotros, y siempre, casi siempre con buen éxito!

—¡Es verdad!

El Corsario se sentó, tomó unos sorbos de un vaso de vino, y en seguida volvió a levantarse y se dirigió hacia una ventana desde la cual se veía toda la callejuela.

Hacía como media hora que se había puesto allí en observación, cuando Carmaux le vio entrar precipitadamente.

—¿Es de confianza el negro?

—¡Comandante, es un hombre fiel!

—¿Incapaz de vendernos?

—¡Por él pondría una mano en el fuego!

—¡Pues está aquí!

—¿Lo habéis visto?

—¡Está rondando la calleja!

—¡Es preciso hacerle subir, Comandante!

—¿Qué será lo que habrá hecho del cadáver de mi hermano? —preguntó el Corsario arrugando el entrecejo.

—Así que esté aquí, lo sabremos.

—¡Ve a llamarle; pero ten prudencia! ¡Si te ven, ya no respondo de nuestra vida!

—¡Dejadme pensar, señor! —dijo Carmaux sonriendo—. ¡Le pido tan sólo diez minutos de tiempo para convertirme en el Notario de Maracaibo!

CAPÍTULO VI

LA SITUACIÓN DE LOS FILIBUSTEROS SE HACE GRAVE



o transcurrieron diez minutos, cuando ya Carmaux había salido de casa del Notario para ir en busca del negro, al cual vio el Corsario rondar por la calleja.

En tan breve tiempo, el valiente filibustero había logrado transformarse de tal modo, que no le reconocería nadie. Con unos cuantos tijeretazos se recortó la inculta barba y los largos cabellos; se puso un traje español que debía de tener reservado el Notario para los días solemnes, y que le sentaba de un modo admirable, pues ambos eran de la misma estatura.

Vestido de aquel modo, el terrible merodeador del mar podía pasar por un tranquilo y honrado burgués gibraltareño, si no por el Notario mismo. Como hombre prudente, metióse en uno de los comodísimos y amplios bolsillos una pistola, no fiándose enteramente del disfraz.

Así transformado, salió de la casa como si fuera un ciudadano pacífico que va a respirar unas cuantas bocanadas de aire matinal, mirando a lo alto para ver si el alba, que no debía de tardar ya mucho, se decidía a poner en fuga a las tinieblas.

La callejuela estaba desierta; pero el Comandante había visto al negro pocos momentos antes, y este no debía de andar muy lejos.

—¡Lo encontraré! —murmuró el filibustero—. ¡Si el compadre *Saco de carbón* se ha decidido a volver, muy graves motivos le habrán obligado a no salir de Maracaibo! ¿Habrás sabido ese condenado de Wan Guld que ha sido el Corsario Negro el que ha dado el golpe? ¿Estará escrito que los tres valientes hermanos deben caer en las manos de ese siniestro viejo? ¡Por Cristo vivo! ¡Pero nosotros saldremos de aquí para cobrarle ojo por ojo, diente por diente y vida por vida!

Monologando así, salió de la callejuela, y se disponía a volver la esquina de una casa, cuando un soldado, armado con un arcabuz, y que estaba escondido en una puerta, le cortó el paso de repente, diciéndole con voz amenazadora:

—¡Alto ahí!

—¡Muerte y condenación! —murmuró Carmaux metiendo la mano en el bolsillo y empuñando una de sus pistolas—. ¿Estamos ya?

Pero tomando el aspecto y la expresión de un buen burgués, dijo:

—¿Qué es lo que queréis, señor soldado?

—Saber quién sois.

—¡Cómo! ¿No me conoce? ¡Soy el Notario del barrio, señor soldado!

—Dispensadme; hace poco que he llegado a Maracaibo, señor Notario. ¿Adónde vais, si es que se puede saber?

—A casa de un pobre hombre que se está muriendo, y, como comprenderéis, cuando uno se dispone a irse al otro mundo es preciso pensar en los herederos.

—¡Verdad, señor Notario; pero tened cuidado de no tropezar con los filibusteros!

—¡Dios mío! —exclamó Carmaux fingiendo un gran susto—. ¿Están aquí los filibusteros? ¿Cómo se han atrevido a desembarcar esos canallas en Maracaibo, que es una ciudad tan bien guardada, y que está gobernada por un soldado tan valiente como Wan Guld?

—No se sabe cómo han logrado desembarcar, pues no se ha visto barco alguno filibustero, ni cerca de las islas, ni en el Golfo de Coro; pero de que han venido no hay duda

alguna. Bástele saber que han matado a tres personas y herido a cuatro, y que han llevado su atrevimiento hasta apoderarse del cadáver del Corsario Rojo, el cual había sido ahorcado ante el palacio del Gobernador, juntamente con los que le acompañaban.

—¡Qué bribones! ¿Y dónde están?

—Se cree que han huido al campo, y ya se han mandado tropas a diferentes sitios con la esperanza de capturarlos, para que hagan compañía a los ahorcados.

—¿No se habrán escondido en la ciudad?

—¡No es posible! Los han visto escapar en dirección del campo.

Carmaux ya sabía bastante, y creyó oportuno marcharse, para no perder las huellas del negro.

—¡Procuraré no encontrarme con ellos! —dijo—. ¡Buena guardia, señor soldado! ¡Me voy, pues si no, no llegaré a tiempo para cumplir mi misión con el cliente moribundo que me espera!

—¡Buena suerte, señor Notario!

El filibustero se caló el sombrero hasta los ojos y se alejó apresuradamente, fingiendo mirar en derredor de sí para simular un miedo que no tenía.

«¡Vamos! —exclamó en cuanto se hubo alejado—. ¡Creen que hemos salido de la ciudad! ¡Muy bien, queridos! ¡Seguiremos pacíficamente en casa del óptimo Notario hasta que los soldados hayan vuelto de su expedición, y en seguida nos iremos nosotros! ¡Qué magnífica idea ha tenido el Comandante! ¡Al *Olonés*, que se envanece de ser el filibustero más astuto de las Tortugas, no se le habría ocurrido cosa mejor!».

Doblaba ya la esquina de la calle para seguir marchando por otra más ancha y que flanqueaban bonitas viviendas rodeadas de elegantes barandales, sostenidos por postes de madera de varios colores, cuando vio una sombra negrísima y de gigantesca estatura, inmóvil, al lado de una palmera que crecía ante un gracioso palacete.

—¡Si no me equivoco, ese es mi compadre *Saco de carbón*! —murmuró el filibustero—. Por esta vez, tenemos en nuestra ayuda una fortuna extraordinaria; pero ya se sabe que nos protege el diablo; por lo menos tal dicen los españoles.

El hombre que se hallaba medio escondido detrás del tronco del árbol, al ver acercarse a Carmaux, procuró ocultarse bajo el pórtico del palacete, pensando que tenía que habérselas con algún soldado; pero no creyéndose seguro allí, volvió rápidamente la esquina de la casa, con la intención, sin duda, de meterse en alguna de las callejuelas vecinas.

El filibustero había tenido tiempo de asegurarse de que, en efecto, era el negro.

De unos cuantos saltos se puso cerca del palacete, y dobló la esquina, diciendo a media voz:

—¡Eh! ¡Compadre! ¡Compadre!

El negro se detuvo, y al cabo de unos instantes de duda, retrocedió. Al reconocer a Carmaux bajo su magnífico disfraz, lanzó una exclamación de alegría y de asombro:

—¡Tú, compadre blanco!

—¡No tienes mala vista, compadre *Saco de carbón*! —dijo riendo el filibustero.

—¿Y el Capitán?

—Por ahora, no te cuides de él; está a salvo, y eso basta. ¿Por qué has vuelto? El Comandante te ordenó que llevases el cadáver a bordo.

—¡No he podido, compadre! Han invadido el bosque muchos grupos de soldados, que probablemente habrán ido hasta la costa.

—¿Se habrán dado cuenta de nuestro desembarco?

—¡Eso temo, compadre blanco!

—¿Y dónde has escondido el cadáver?

—En mi cabaña, en medio de un montón de hojas frescas.

—¿No darán con él los españoles?

—He tenido la precaución de dejar sueltas a las serpientes. Si los soldados quisieran entrar en la cabaña, huirán al ver los reptiles.

—¡No está mal eso, compadre!

—¡Se hace lo que se puede!

—Es decir, ¿que tú no crees que se pueda tomar el portante por ahora?

—Ya te he dicho que hay soldados en el bosque.

—¡La cosa es grave! Morgan, el segundo comandante de *El Rayo*, puede cometer alguna imprudencia al ver que no volvemos —murmuró el filibustero—. ¡Vamos a ver cómo concluye esta aventura! Compadre, ¿a ti te conocen en Maracaibo?

—Todo el mundo, porque vengo a menudo a vender hierbas para curar las heridas.

—¿No sospecharán de ti?

—No, compadre.

—Entonces, sígueme; vamos a ver al Comandante.

—¡Un momento, compadre!

—¿Qué quieres?

—He traído conmigo a vuestro compañero.

—¿A quién? ¿A Wan Stiller?

—Corría el peligro de que le prendiesen, y he pensado que podría ser más útil aquí que estando de guardia en la cabaña.

—¿Y el prisionero?

—Le hemos atado; de modo que allí le encontraremos, si es que antes no le han dado libertad sus camaradas.

—¿Y dónde está Wan Stiller?

—¡Espera un momento, compadre!

El negro se puso ambas manos en la boca y dio un ligero grito, que podía confundirse con el de un vampiro, uno de esos murciélagos grandes que tan abundantes son en América.

Instantes después un hombre aparecía en la tapia del jardín, y de un salto caía al lado de Carmaux, diciendo:

—¡Cuánto me alegro de verte vivo todavía, camarada!

—¡Y yo me alegro más que tú, amigo Wan Stiller! —contestó Carmaux.

—¿Crees que el Capitán desaprobará que haya venido? Yo no podía estar escondido en el bosque, sabiendo el peligro que corríais.

—El Comandante se alegrará, amigo. ¡Un valiente más en estos instantes es demasiado necesario para que no se vea con satisfacción!

—¡Vámonos!

Comenzaba a alborear. Las estrellas palidecían rápidamente. En aquellas regiones no hay crepúsculo: a la noche sucede casi de repente el día. El sol despunta, pudiéramos decir que de improviso, y con sus poderosos rayos deshace las tinieblas en un momento.

Los habitantes de Maracaibo, casi todos madrugadores, comenzaban a despertar. Las ventanas se abrían; aquí y allá se oían sonoros estornudos y bostezos, y comenzaba el ruido en las casas.

Seguramente se comentaban los acontecimientos de la noche, los cuales esparcieron cierta inquietud en todos, pues los filibusteros eran temidos en todas las colonias del inmenso Golfo de México.

Carmaux, que no quería tener encuentros, por temor de que le reconociese alguno de los bebedores de la taberna, alargaba el paso, seguido por el negro y el hamburgués.

Llegados a la callejuela, encontró todavía al soldado, que paseaba de una esquina a la otra de la calle, con la alabarda al brazo.

—¿De vuelta ya, señor Notario? —preguntó al ver a Carmaux.

—¡Sí, amigo! —contestó el filibustero—. ¡Mi cliente tenía prisa por dejar este valle de lágrimas, y se las ha guillado en el acto!

Volvieron la esquina a escape, se metieron en la callejuela y entraron en la casa del Notario, cerrando la puerta con cerrojos y barras.

El Corsario Negro esperaba en el balcón, lleno de una impaciencia que no podía ocultar.

—¿Qué hay? —preguntó—. ¿Por qué ha vuelto el negro? ¿Y el cadáver de mi hermano? ¿Está también aquí Wan Stiller?

En pocas palabras le informó Carmaux de los motivos que obligaron al negro a volver a Maracaibo, y decidieron a Wan Stiller a correr en ayuda de ellos, diciéndole además lo que le contestó el soldado.

—¡Esas noticias son graves! —dijo el Capitán, volviéndose hacia el negro—. Si, en efecto, los españoles están dando batidas por el bosque y la costa, no sé cómo vamos a poder ir a bordo de *El Rayo*. ¡No temo por mí, sino por mi barco, al cual puede sorprenderle la escuadra del almirante Toledo!

—¡Truenos! —exclamó Carmaux—. ¡No nos faltaba más que eso!

—¡Comienzo a temer que concluya mal esta aventura! —murmuró Wan Stiller—. ¡Bah! Hace dos días que podíamos haber sido ahorcados; aún tenemos que alegrarnos por haber vivido otras cuarenta y ocho horas más.

El Corsario Negro paseaba por la habitación, dando vueltas en derredor de la caja que les había servido de mesa. Parecía preocupado y nervioso; de tiempo en tiempo interrumpía sus paseos y se detenía bruscamente ante sus hombres; después volvía a pasear, inclinando

la cabeza.

De pronto se detuvo delante del Notario, que yacía tendido en la cama y fuertemente atado, y mirándole de un modo amenazador, le dijo:

—¿Tú conoces los alrededores de Maracaibo?

—¡Sí, excelencia! —contestó el pobre hombre con voz temblorosa.

—¿Podrías hacernos salir de la ciudad sin que nos sorprendieran tus compatriotas, y llevarnos a algún sitio seguro?

—¿Cómo voy a poder hacer eso, señor? ¡Apenas salierais de mi casa, os reconocerían y os prenderían, y a mí con vosotros; me culparían por haber querido salvaros, y el Gobernador, que es un hombre que no gasta bromas, mandaríá que me ahorcasen!

—¡Ya! ¿Teméis a Wan Guld? —dijo el Corsario apretando los dientes y con los ojos brillantes de ira—. ¡Sí, es un hombre enérgico y fiero, tan fiero como despiadado y sabe hacerse temer de todos! ¡No; de todos, no! ¡A él será a quien veré yo temblar algún día! ¡Entonces pagará con la vida la muerte de mis hermanos!

—¿Queréis matar al Gobernador? —preguntó el Notario con tono de incredulidad.

—¡Silencio, viejo, si es que aprecias el pellejo! —dijo Carmaux.

El Corsario no pareció haber oído a uno ni a otro.

Había salido de la habitación para dirigirse al balcón contiguo, desde donde, como ya se ha dicho, se veía perfectamente toda la callejuela.

—¡Este sí que es un bonito aprieto! —dijo Wan Stiller volviéndose hacia el negro—. Nuestro compadre *Saco de carbón*, ¿no tiene algún medio ni se le ocurre idea alguna que nos saque de esta situación tan poco alegre? ¡Porque yo no me siento muy seguro en esta casa!

—¡Quizá haya un medio! —contestó el negro.

—¡Desembucha, compadre! —dijo Carmaux—. Si es realizable tu proyecto, te prometo un abrazo; yo, que no he abrazado a hombre alguno negro, amarillo ni encarnado.

—Es preciso esperar hasta la noche.

—¡Por ahora no tenemos prisa!

—Vestíos de españoles, y salid tranquilamente de la ciudad.

—¿Es que yo no estoy vestido con la ropa del Notario?

—No basta eso.

—Entonces, ¿qué más se necesita?

—Un traje de mosquetero o de alabardero; porque si salís de la ciudad vestidos de paisano, no tardaréis en caer en manos de las tropas que recorren las afueras.

—¡Relámpagos! ¡Qué magnífica idea! —exclamó Carmaux—. ¡Tienes razón, compadre *Saco de carbón*! Vestidos de soldados, no se le ocurrirá a nadie la tontería de detenernos y preguntarnos adónde vamos, especialmente por la noche. Nos tomarán por una ronda, y podremos marcharnos tranquilamente y embarcarnos.

—¿Y dónde vamos a encontrar los trajes? —preguntó Wan Stiller.

—¿Dónde? Cogemos a un par de soldados, y los desnudamos —dijo Carmaux con aire resuelto—. ¡Ya sabes que nosotros somos listos de manos!

—No es preciso exponerse a ese peligro —dijo el negro—. Como soy conocido en la ciudad, y nadie sospecha de mí, puedo ir a comprar dos trajes, incluso las armas.

—¡Compadre *Saco de carbón*, eres un gran hombre, y quiero darte un abrazo de hermano!

Así diciendo, el filibustero había abierto los brazos para estrechar al negro; pero no tuvo tiempo: un sonoro golpe dado en la puerta de la calle, vibró en la escalera.

—¡Relámpagos! —exclamó Carmaux—. ¡Alguien llama en la puerta!

Al mismo tiempo entró diciendo el Corsario Negro:

—¡Notario, ahí hay un hombre que viene a buscarte!

—Será algún cliente mío —contestó el prisionero lanzando un suspiro—; algún cliente que quizá me haría ganar un buen jornal, mientras que yo...

—¡Cállate! —dijo Carmaux—. ¡Ya sabemos bastante, charlatán!

Un segundo golpe, más fuerte que el primero, hizo retemblar la puerta, acompañándole estas palabras:

—¡Abrid, señor Notario! ¡No hay tiempo que perder!

—Carmaux —dijo el Corsario, que había tomado una resolución—, si nos obstinamos en no abrir, puede sospechar algo ese hombre, o temer que le haya sucedido algo al Notario, e ir a prevenir al alcalde del barrio.

—¿Qué es lo que hay que hacer, Comandante?

—¡Abrir, atar bien al importuno y enviarle a que haga compañía al Notario!

No había concluido de decirlo, cuando ya Carmaux estaba en la escalera, seguido del negro.

Al oír que daban un tercer golpe, tan violento que por poco hace saltar las tablas de la puerta, se apresuró a abrir diciendo:

—¡Uf! ¡Qué furia, señor!

Un jovencito de dieciocho años, vestido señorialmente y armado con un elegante puñal, que llevaba suspendido del cinturón, entró apresuradamente, gritando:

—¿Es así como se obliga a esperar a las personas que tienen prisa?

Al ver a Carmaux y al negro, se detuvo, mirándolos con asombro y con cierta inquietud.

—¿Quiénes sois? —preguntó.

—Dos criados del señor Notario —contestó Carmaux, haciendo una reverencia burlesca.

—¡Ah! —exclamó el jovencito—. ¿Don Turillo se ha enriquecido de repente y puede permitirse el lujo de tener dos criados?

—Sí; ha heredado a un tío que se le murió en el Perú —dijo, riendo, el filibustero.

—¡Pues conducidme en seguida a su presencia! Ya le habían advertido que hoy debía casarme con la señorita Carmen de Vasconcellos. ¡Por lo visto, se hace rogar ese...!

Una de las manos del negro, cayéndole de improviso entre los hombros, le cortó la palabra. El joven, medio estrangulado por una presión rápida, cayó de rodillas, con los ojos fuera de las órbitas y el rostro amoratado.

—¡Eh! ¡Despacio, compadre! —dijo Carmaux—. ¡Si aprietas un poco más, me lo ahogas por completo! ¡Es preciso ser un poco más correcto con los clientes del Notario!

—¡No temas, compadre blanco! —contestó el encantador de serpientes.

El jovencito, que estaba tan asustado que ni pensaba en oponer la menor resistencia, fue conducido al piso alto, desarmado del puñal, atado y echado al lado del Notario.

—¡Esto ha concluido, Capitán! —dijo Carmaux.

El Corsario aprobó con un movimiento de cabeza el golpe de mano del marinero; en seguida, acercándose al jovencito, que le miraba medio muerto, le preguntó:

—¿Quién sois?

—Es uno de mis mejores clientes, señor —dijo el Notario—. Este buen muchacho me habría dado a ganar hoy lo menos...

—¡Callaos! —dijo el Corsario con voz seca.

—¡Este Notario se ha convertido en un verdadero papagayo! —exclamó Carmaux—. ¡Si continúa así, será preciso cortarle un pedazo de lengua!

El lindo jovencito se había vuelto hacia el Corsario, y después de mirarle con cierto asombro contestó:

—Soy hijo del juez de Maracaibo, don Alfonso de Convexio. Ahora, espero que me expliquéis el motivo de este secuestro personal.

—Es inútil que lo sepáis; pero podéis estar tranquilo: no os sucederá nada, y mañana, si no ocurren acontecimientos imprevistos, quedaréis libre.

—¡Mañana! —exclamó el jovencito con doloroso asombro—. ¡Pensad, señor, que hoy tengo que casarme con la hija del capitán Vasconcellos!

—¡Os casaréis mañana!

—¡Cuidado! ¡Mi padre es amigo del Gobernador y podríais tener que pagar caro este proceder misterioso, por lo que a mí atañe! ¡En Maracaibo hay soldados y cañones!

Una desdeñosa sonrisa se dibujó en los labios del hombre del mar.

—¡No los temo! —dijo—. ¡Yo tengo hombres más temibles que los que guardan Maracaibo, y cañones también!

—Pero ¿quién sois?

—¡Es inútil que lo sepáis!

Dicho esto, el Corsario le volvió la espalda y salió, poniéndose de centinela en la ventana, mientras que Carmaux y el negro registraban la casa, desde la bodega al tejado, para ver si era posible disponer algo que comer, y Wan Stiller se colocaba junto a los dos prisioneros, con objeto de impedirles la menor tentativa de fuga.

El compadre blanco y el compadre negro, después de haber revuelto las habitaciones, llegaron a descubrir una cecina ahumada y cierta especie de queso bastante picante, que debía poner a todo el mundo de buen humor y en condiciones de gustar el excelente vino del Notario; por lo menos, así lo aseguraba el amable filibustero.

Advirtieron al Corsario que estaba dispuesto el almuerzo, y ya habían destapado algunas botellas de Oporto, cuando oyeron llamar nuevamente a la puerta.

—¿Quién será? —se preguntó Carmaux—. ¿Otro cliente que desea hacer compañía al Notario?

—¡Ve a ver! —dijo el Comandante, que ya se había sentado a la improvisada mesa.

El marinero no se hizo repetir la orden, y asomándose a la ventana y sin levantar la persiana, vio delante de la puerta a un hombre que tanto parecía un criado como un alguacil.

—¡Demonio! —murmuró—. ¿Vendrá en busca del jovencillo? ¡La misteriosa desaparición del novio habrá preocupado a la novia, a los padrinos y los invitados! ¡Hum! ¡El asunto comienza a embrollarse!

Mientras tanto, el criado, como no le contestaban, seguía llamando con más fuerza, produciendo tal estrépito, que atrajo a la ventana a todos los vecinos.

Era preciso abrir y apoderarse también de aquel importuno antes de que el vecindario sospechase algo y echara abajo la puerta o llamase a los soldados.

Carmaux y el negro se apresuraron a bajar y abrir; pero apenas el criado o alguacil penetró en el pasadizo que hacía veces de portal, quedó sujeto por el cuello de modo que no podía dar un grito; y en seguida, atado, amordazado y subido a la habitación, en compañía de su desgraciado amo y del no menos infortunado Notario.

—¡El demonio se los lleve! —exclamó Carmaux—. ¡A poco que esto continúe, vamos a hacer prisioneros a todos los habitantes de Maracaibo!

CAPÍTULO VII

UN DUELO ENTRE CABALLEROS



El almuerzo, muy al contrario de las previsiones de Carmaux, tuvo poco de alegre, y el buen humor faltó, a pesar del excelente vino, de la magnífica cecina y del queso picante del pobre Notario.

Todos empezaban a estar inquietos ante el mal cariz que iban tomando las cosas por causa de aquel desgraciado jovencillo y de su matrimonio. Lo misterioso de su desaparición, juntamente con la del criado, debía de haber puesto en cuidado a los parientes y eran de esperar muy pronto nuevas visitas de criados, de amigos, o lo que era peor, del juez o del alguacil.

Aquel estado de cosas no podía durar de ninguna manera. Los filibusteros harían todavía algunos prisioneros más; pero después acudirían soldados, y no uno a uno, para que los prendiesen.

El Corsario y sus dos marineros expusieron y discutieron varios proyectos; pero ninguno pareció bueno. Por el momento era imposible huir: los reconocerían en seguida, les echarían mano y los ahorcarían como al desventurado Corsario Rojo y a sus hombres. Era preciso esperar la noche; pero también había que suponer que los parientes del jovencito no los dejasen tranquilos.

Los tres filibusteros, generalmente tan fecundos en astucias, se encontraban en aquel momento en un atolladero.

A Carmaux se le ocurrió la idea de vestirse con los trajes de los prisioneros y salir audazmente; pero en seguida se hizo cargo de la imposibilidad de realizarla, pues no era posible hacer uso de la capa del jovencito, porque, además de que ninguno de ellos podía ponérsela, la cosa era demasiado peligrosa si se encontraban con los soldados que recorrían la campiña. A su vez el negro había vuelto a su primera idea; esto es, ir a comprar trajes de alabarderos o de mosqueteros; también esto quedó descartado por el momento, puesto que era preciso esperar a la noche para poder ponerlo en práctica con alguna probabilidad de buen éxito.

Hallábanse en esta perplejidad, pensando y dándole vueltas al magín para encontrar un medio que los sacase de aquella situación, la cual de minuto en minuto se hacía más embarazosa y arriesgada, cuando fue a llamar a la puerta del Notario una tercera persona.

Esta vez no era un criado, sino un caballero castellano, armado de espada y puñal; probablemente algún pariente del jovencito o alguno de los testigos.

—¡Truenos! —exclamó Carmaux—. ¡Es una procesión de gentes la que viene a esta condenada casa! ¡Primero, el jovencito; después, un criado; ahora, un caballero; luego, quizá venga el padre del novio, y detrás, los padrinos, los amigos! ¡Vamos a concluir por celebrar aquí el matrimonio!

Viendo que nadie se apresuraba a abrir, el castellano redoblaba los golpes, levantando y dejando caer sin cesar el pesado llamador de hierro. Aquel hombre no tenía la virtud de la paciencia, y probablemente sería más peligroso que el jovencito y el criado.

—¡Ve, Carmaux! —dijo el Corsario.

—¡Comandante, creo que no va a ser cosa fácil sujetarle y atarle! ¡Es un hombre fuerte, y de seguro hará una resistencia desesperada!

—¡Iré yo también; ya sabes que mis brazos no son flojos!

El Corsario, que vio en un rincón de la sala una espada, quizá una antigua arma de familia que el Notario conservaba, la cogió, y después de haber probado la elasticidad de la hoja, se la puso al costado, murmurando:

—¡Acero de Toledo! ¡Le dará que hacer al castellano!

Entretanto, Carmaux y el negro habían abierto la puerta, que amenazaba hundirse bajo los golpes furiosos e incesantes del llamador, y el caballero entró con la mirada amenazadora, el entrecejo fruncido y la mano izquierda en las guardas de la espada, diciendo con voz colérica:

—¡Aquí, por lo visto, se necesita un cañón para que abran la puerta!

El recién llegado era un hombre arrogante, como de unos cuarenta años, de alta estatura, tipo varonil y altivo, ojos negríssimos y espesa barba, negra también, que le daba cierto aspecto marcial.

Vestía un elegante traje español de seda negra, y calzaba altas botas de piel amarilla, con las cañas dentelladas en la parte superior, y espuelas.

—¡Perdone, caballero, si hemos tardado —contestó Carmaux inclinándose grotescamente ante él—; pero estábamos ocupadísimos!

—¿En qué? —preguntó el castellano.

—En curar al señor Notario.

—¿Acaso está malo?

—Tiene una fiebre elevadísimá, señor.

—¡Llámame conde, tunante!

—¡Perdonad, señor conde; pero yo no tenía el honor de conocerle!

—¡Vete al demonio! ¿Dónde está mi sobrino? ¡Hace dos horas que ha venido!

—Nosotros no hemos visto a nadie.

—¡Tú quieres burlarte de mí! ¿Dónde está el Notario?

—En la cama, señor.

—¡Guíame hasta él!

Carmaux, que quería atraerle hasta el fondo del corredor antes de hacer seña al negro para que pusiera en juego su prodigiosa fuerza, echó a andar delante del castellano como si le guiase, y en cuanto llegaron al pie de la escalera, se volvió de repente, diciendo:

—¡Tú, compadre!

El negro cayó con rapidez sobre el castellano; pero este, que debía de estar muy sobre sí y que poseía una agilidad capaz de dar punto y raya a un marinero, de un solo brinco saltó a los primeros escalones, apartando con un violento golpe a Carmaux, y tiró de la espada, gritando:

—¡Hola! ¡Ladrones! ¡Canallas! ¿Qué significa esto? ¡Ahora voy a cortaros las orejas!

—¡Si queréis saber qué significa esto, yo os lo explicaré, señor mío! —dijo una voz.

El Corsario Negro apareció, casi de improviso, en el corredor alto con la espada en la mano, y comenzó a bajar la escalera.

El castellano se había vuelto, sin dejar por eso de mirar a Carmaux y al negro, que se había retirado al fondo del portal, poniéndose de guardia en la puerta. El primero empuñaba la navaja, y el segundo se apoderó de una tranca de madera, arma formidable en sus manos.

—¿Quién sois, señor mío? —preguntó el castellano sin manifestar el más mínimo temor—. ¡Porque por el traje se os podría tomar por un noble; pero no siempre el hábito hace al monje, y también podríais ser un bandido!

—Esa es una palabra que podría costaros cara, noble señor —contestó el Corsario.

—¡Bah! ¡Ya lo veremos!

—¿Vos sois un valiente, señor? ¡Tanto mejor! Sin embargo, os aconsejo que depongáis la espada y que os rindáis.

—¿A quién?

—A mí.

—¿A un bandido que tiende un lazo para asesinar a traición a las personas?

—No; al caballero Emilio de Roccabruna, señor de Ventimiglia.

—¡Ah! ¿Vos sois noble? ¡Entonces, quisiera saber, por lo menos, por qué el señor de Ventimiglia intentaba hacerme asesinar por sus criados!

—Esa es una suposición que os habéis hecho: nadie ha pensado en asesinaros. Se quería desarmaros y; reteneros prisionero algunos días, y nada más.

—¿Y por qué razón?

—Para impedir que advirtieseis a las autoridades de Maracaibo que yo estoy aquí —

contestó el Corsario.

—¿Es decir, que el señor de Ventimiglia tiene que saldar cuentas con las autoridades de Maracaibo?

—No me quiere mucho Wan Guld, quien sería muy feliz si me tuviera en sus manos; tanto como yo me alegraría de tenerle a él en mi poder.

—¡Pues, señor, no lo comprendo! —dijo el castellano.

—Eso no os importe. ¡Vamos ya! ¿Os entregáis? ¿Sí, o no?

—¡Cómo! Pero ¿habéis pensado en eso? ¡Quien ciñe espada no cede sin defenderse!

—¡Entonces, me veré obligado a mataros! No puedo permitir que os vayáis, porque mis compañeros y yo nos veríamos perdidos.

—Pero, en fin, ¿quién sois?

—Debíais haberlo adivinado: somos filibusteros de las islas de las Tortugas. ¡Señor mío, defendeos, porque ahora os mataré!

—¡Lo creo, teniendo que hacer frente a tres adversarios!

—¡No os preocupéis de aquellos! —dijo el Corsario indicándole a Carmaux y al negro—. ¡Cuando se bate su Comandante, tienen la costumbre de no mezclarse en la lucha!

—En ese caso, espero que os pondré muy pronto fuera de combate. ¡Todavía no conocéis el brazo del conde de Lerma!

—¡Como vos tampoco conocéis el del señor de Ventimiglia! ¡Conde, defendeos!

—¡Permitidme una palabra! ¿Qué es lo que habéis hecho de mi sobrino y de su criado?

—Están presos, juntamente con el Notario. No es inquietéis por ellos: mañana estarán en libertad, y podrá casarse su sobrino.

—¡Gracias, caballero!

El Corsario Negro se inclinó ligeramente, y en seguida, descendiendo a escape la escalera, atacó con tal furia al castellano, que este se vio obligado a retroceder dos pasos.

Durante algunos instantes no se oyó en el corredor otro ruido que el estridente de los hierros. Carmaux y el negro, apoyados en la puerta y con los brazos cruzados, asistían mudos al duelo, procurando en vano seguir con la vista el vertiginoso voltear de las espadas.

El castellano se batía de un modo admirable, como un tirador valiente; paraba con mucha sangre fría y tiraba estocadas directísimas; pero muy pronto hubo de convencerse de que tenía delante un adversario de los más temibles, que poseía músculos de acero.

Después de los primeros botes recobró la calma el Corsario Negro. No atacaba más que de tarde en tarde, limitándose a defenderse, como si quisiera cansar al enemigo y estudiar su juego. Firme sobre las nerviosas piernas, con el torso derecho, levantando horizontalmente la mano izquierda y los ojos brillantes, parecía jugar.

En vano el castellano había procurado empujarle hacia la escalera, con la secreta esperanza de hacerle caer; a pesar de la tempestad de estocadas que le tiraba, el Corsario no había retrocedido ni un solo paso y permanecía inmovible, rechazando los golpes con prodigiosa rapidez y sin perder ni una línea.

De improviso se lanzó a fondo. Batir en tercia la hoja del adversario con un golpe seco, ligarla de segunda y hacerla caer al suelo, fue todo uno.

Al verse desarmado, el castellano se puso pálido y dejó escapar una exclamación. La brillante punta de la hoja de la espada del Corsario siguió tendida un momento amenazándole el pecho, y en seguida se levantó.

—¡Sois un valiente! —dijo, saludando al adversario—. No queríais ceder el arma: ahora yo me la tomo; pero os dejo la vida.

El castellano se había quedado parado, con el más profundo asombro retratado en el rostro. Le parecía imposible que se encontrase vivo todavía.

De pronto avanzó rápidamente dos pasos y tendió la diestra al Corsario, diciendo:

—Mis compatriotas dicen que los filibusteros son hombres sin fe y sin ley, dedicados tan sólo al robo en el mar; ahora puedo decir que entre ellos también se encuentran valientes que, en lo que atañe a la caballerosidad y a la generosidad, pueden dar punto y raya a los más cumplidos caballeros de Europa. Señor caballero, he aquí mi mano. ¡Gracias!

El Corsario se la estrechó cordialmente, y en seguida, recogiendo la espada caída y alargándosela al conde, contestó:

—Conservadla, señor; a mí me basta con que me prometáis no esgrimirla contra nosotros hasta mañana.

—¡Os lo prometo por mi honor, caballero!

—Ahora, dejaos atar sin oponer resistencia. Me disgusta mucho tener que recurrir a este

extremo, pero no puedo hacer otra cosa.

—¡Haced lo que queráis!

A una seña del Corsario, Carmaux se acercó al castellano, le ató las manos y en seguida se lo confió al negro, quien apresuradamente lo condujo al piso superior, a hacer compañía al sobrino, al criado y al Notario.

—Es de esperar que ahora habrá terminado la procesión —dijo Carmaux volviéndose hacia el Corsario.

—¡Al contrario; creo que dentro de poco vendrán a importunarnos otras personas! —contestó el Capitán—. Todas estas desapariciones misteriosas no tardarán en producir su efecto entre los familiares del Conde y del jovencito, y las autoridades de Maracaibo tomarán cartas en el asunto. Por lo cual haremos muy bien en levantar una barricada detrás de la puerta y prepararnos para la defensa. ¿Has visto si hay armas de fuego en esta casa?

—En el granero he encontrado un arcabuz y municiones, además de una alabarda vieja y llena de orín, y una coraza.

—El arcabuz puede sernos útil.

—Pero, Comandante, ¿cómo vamos a poder resistir si vienen los soldados a tomar la casa por asalto?

—¡Eso ya se verá! ¡Te aseguro que Wan Guld no me cogerá vivo! ¡Vamos; preparémonos a defendernos! ¡Después, si hay tiempo, pensaremos en comer!

El negro había vuelto, dejando a Wan Stiller de guardia al lado de los prisioneros. Una vez al corriente de lo que había que hacer, se puso a la obra afanosamente.

Ayudado por Carmaux, llevó al portal todos los muebles más pesados y voluminosos de la casa, no sin que el Notario protestase, aun cuando inútilmente. Cajas, armarios y mesas quedaron acumuladas ante la puerta, de modo que la obstruían por completo.

No contentos con esto, los filibusteros levantaron una segunda barricada en la parte baja de la escalera, con objeto de hacer imposible el paso a los asaltantes en el caso de que la puerta no pudiera resistir.

Apenas habían terminado los preparativos de defensa, cuando vieron que Wan Stiller bajaba corriendo la escalera.

—Comandante —dijo—, se han agrupado en la calleja varios vecinos, que miran atentamente hacia esta casa. Yo creo que ya se han dado cuenta de lo que sucede aquí.

—¡Ah! —exclamó el Corsario, sin que se alterara un solo músculo de su rostro.

Subió tranquilamente la escalera y se asomó a la ventana que daba a la calle, pero ocultándose tras la persiana.

Wan Stiller había dicho la verdad. Formando varios grupos, había como unas cincuenta personas en el extremo de la calleja.

Aquellas gentes hablaban con gran animación señalando la casa del Notario, y en las ventanas se veía aparecer y desaparecer a los vecinos.

—¡Va a suceder lo que temía! —murmuró el Corsario arrugando el entrecejo—. ¡Por lo visto, estaba escrito que yo debía morir también en Maracaibo! ¡Pobres hermanos míos, muerto sin que quizá pueda vengarlos! ¡Oh! ¡Sin embargo, no está aún la muerte tan cerca, y la fortuna protege siempre a los filibusteros de las Tortugas! ¡Carmaux!

Al oír que le llamaban, el marinero fue corriendo.

—¡Aquí estoy, mi Comandante!

—¿Me has dicho que habías encontrado municiones?

—¡Sí; un barrilito de pólvora como de ocho o diez libras!

—Colócalo en el portal, detrás de la puerta, y ponle una mecha.

—¡Relámpagos! ¿Vamos a volar la casa?

—¡Sí; va a ser preciso!

—¿Y los prisioneros?

—¡Peor para ellos si los soldados quieren prendernos! ¡Tenemos el derecho de defendernos, y lo haremos sin vacilar!

—¡Ah! ¡Allí están! —exclamó Carmaux, que tenía los ojos clavados en la calleja.

—¿Quién?

—¡Los soldados, Comandante!

—¡Anda! Ve a coger ese barril, y en seguida vuelve a buscarme, juntamente con Wan Stiller. ¡No hay que olvidarse del arcabuz!

En el extremo de la calle apareció un pelotón de arcabuceros mandados por un Teniente, y seguidos por un grupo de curiosos. Eran dos docenas de soldados, perfectamente equipados, como si fuesen a la guerra, con arcabuces, espadas y puñales de *misericordia*.

Al lado del Teniente vio el Corsario a un señor viejo, de barba blanca, con una espada, y sospechó en seguida que sería algún pariente del Conde o del jovencillo.

El pelotón se abrió paso por entre los curiosos que llenaban la callejuela, e hizo alto a diez o doce pasos de la casa del Notario, colocándose en triple línea y preparando los arcabuces como si fuesen a romper el fuego sin más preámbulos.

El Teniente miró durante algunos instantes a las ventanas, cambió algunas palabras con el viejo, y en seguida se acercó resueltamente a la puerta y dejó caer el pesado aldabón, gritando:

—¡En nombre del Gobernador, abrid!

—¿Estáis dispuestos, mis valientes? —preguntó el Corsario.

—¡Sí, señor, mi Comandante! —contestaron Carmaux, Wan Stiller y el negro.

—¡Vosotros permaneceréis conmigo; y tú, mi bravo africano, sube al piso alto y mira si se puede encontrar algún sitio que nos permita escapar por los tejados!

Dicho esto, abrió las maderas, e inclinándose sobre el alféizar, preguntó:

—¿Qué es lo que deseáis, señor?

Al ver que en lugar del Notario apareció aquel hombre de enérgicas facciones y cubierto con amplio sombrero negro, que adornaba una gran pluma del mismo color, el Teniente se quedó parado mirándole con asombro.

—¿Quién sois? —le preguntó al fin, al cabo de algunos instantes—. ¡Yo pregunto por el Notario!

—Contesto yo por él, puesto que el Notario en este momento no puede moverse.

—Entonces, abrid: ¡orden del Gobernador!

—¿Y si yo no quiero abrir?

—¡En ese caso, no respondo de las consecuencias! En esta casa han sucedido cosas muy extrañas, caballero, y tengo la orden de averiguar qué es lo que ha pasado al señor don Pedro Convexo, a su criado y a su tío, el conde de Lerma.

—Si os interesa saberlo, os diré que están todos vivos y sanos en esta casa, y que tienen un excelente humor.

—¡Mandadlos bajar!

—¡Señor, eso es imposible! —contestó el Corsario.

—¡Os intimo a obedecer, o mandaré echar la puerta abajo!

—Hacedlo; pero debo advertiros que he mandado colocar detrás de ella un barril de pólvora, y que a la primera tentativa que hagáis para forzarla, pondré fuego a la mecha y volaré la casa con el señor Convexo, el Notario, el criado y el conde de Lerma. ¡Ahora, haced la tentativa, si es que os atrevéis!

Al oír esto, dicho con voz tranquila, fría y cortada y en un tono que no dejaba lugar a duda alguna acerca de la terrible amenaza, corrió por los soldados y curiosos un escalofrío de terror, y varios de los últimos se apresuraron a marcharse más que a paso, temiendo que la casa volara de un momento a otro. El mismo Teniente dio algunos pasos atrás.

El Corsario permaneció tranquilamente en la ventana, como si fuera un simple espectador, no perdiendo de vista, sin embargo, los arcabuces de los soldados, mientras que Carmaux y Wan Stiller, que estaban detrás de él, espían las idas y venidas de los vecinos, los cuales corrieron en dirección a las terrazas.

—Pero ¿quién sois? —volvió a preguntar de nuevo el Teniente.

—Un hombre que no quiere que le moleste nadie, sea quien fuere, y mucho menos los oficiales del Gobernador —contestó el Corsario.

—¡Os intimo a que me digáis vuestro nombre!

—A mí no me parece que debo decirlo.

—¡Os obligaré a ello!

—Y yo haré saltar la casa.

—Pero ¿estáis loco?

—¡Tan loco como vos!

—¿También un insulto?

—Nada de eso, señor mío: contesto.

—¡Concluyamos! ¡La broma ha durado demasiado!

—¿Lo queréis? ¡Eh, Carmaux; anda a poner fuego a la pólvora!

CAPÍTULO VIII

UNA FUGA PRODIGIOSA



Al oír aquel mandato se alzó un clamoreo de terror, no solamente entre la multitud de curiosos, sino también entre los soldados. Sobre todo, los vecinos gritaban a cuello herido; y con razón, pues ya creían verse volando, porque saltando la casa del Notario, con seguridad se derrumbarían las suyas también.

Curiosos y soldados se apresuraron a desalojar la callejuela y ponerse a salvo al extremo de esta y por su parte, los vecinos bajaban como locos las escaleras llevando consigo los objetos más preciosos que poseían. Todos tenían ya la seguridad de que aquel hombre, un loco según algunos, pondría en ejecución la terrible amenaza.

Sólo el Teniente permaneció animosamente en su puesto; pero por la ansiedad de sus miradas se comprendía que si estuviera solo y no llevara las insignias de su grado, seguramente no se habría quedado allí.

—¡No! ¡Deteneos, señor! —gritó—. ¿Estáis loco?

—¿Deseáis algo? —le preguntó el Corsario con su tranquila voz de costumbre.

—¡Os digo que no pongáis en ejecución tan desastrosa amenaza!

—Con mucho gusto, pero siempre que me dejen tranquilo.

—¡Pues dejad en libertad al conde de Lerma y a los demás prisioneros, y os prometo no molestaros!

—Así lo haría si quisierais aceptar mis condiciones.

—¿Qué condiciones son esas?

—Ante todo, mandar que se retire la tropa.

—¿Y después?

—Proporcionarme para mí y para mis compañeros un salvoconducto firmado por el Gobernador con objeto de poder salir de la ciudad sin que nos incomoden los soldados que están dando batidas por el campo y por el bosque.

—Pero ¿quién sois, que necesitáis de un salvoconducto? —dijo el Teniente, cuyo asombro aumentaba, como asimismo sus sospechas.

—Un noble de Ultramar —contestó el Corsario con arrogante fiereza.

—¡Entonces, no necesitáis ningún salvoconducto para salir de la ciudad!

—¡Al contrario!

—En ese caso, tendréis algún delito sobre la conciencia. ¡Señor, dígame cómo se llama!

En aquel momento se acercó al Teniente un hombre que llevaba vendada la cabeza con un pedazo de lienzo, manchado de sangre en varios sitios; avanzaba con trabajo, como si tuviese mala una pierna.

Carmaux, que seguía detrás del Corsario mirando a los soldados, al verle dio un grito.

—¡Relámpagos! —exclamó.

—¿Qué tienes, valiente? —preguntó el Corsario volviéndose con viveza.

—¡Que van a delatarnos, Comandante! ¡Aquel hombre es uno de los vascos que nos acometieron con las navajas!

—¡Ah! —dijo el Corsario.

El vasco —pues era, en efecto, uno de los que habían asistido al duelo en la taberna y después acometido a los filibusteros en la calle— se dirigió al Teniente, diciendo:

—¿Queréis saber quién es aquel caballero del sombrero negro?

—Sí —contestó el Teniente—. ¿Le conoces tú?

—¡Caray! ¡Como que uno de esos hombres es el que me ha puesto de este modo! ¡Señor teniente, que no se os escape! ¡Es uno de los filibusteros!

Un grito, pero no de espanto, sino de furor, estalló por todas partes, siguiendo un disparo y un gemido doloroso.

A una señal del Corsario, Carmaux levantó rápidamente el mosquete, y con una bala admirablemente dirigida tumbó al vasco.

Aquello era demasiado. Veinte arcabuces se levantaron apuntando a la ventana que ocupaba el Corsario Negro, y la multitud gritaba a voz en cuello:

—¡Aplastad a ese canalla!

—¡No; prendedlos y ahorcadlos en la plaza!

—¡Quemadlos vivos!

—¡Matadlos! ¡Matadlos!

Por medio de una rápida seña, el Teniente mandó bajar los arcabuces, y adelantándose hasta debajo de la ventana, dijo al Corsario, que no se había movido de su sitio, como si todas aquellas amenazas no le interesaran:

—¡Caballero, ha terminado la comedia! ¡Rendíos!

El Corsario contestó encogiéndose de hombros.

—¿Me habéis oído? —gritó el Teniente, rojo de cólera.

—¡Perfectamente, señor!

—¡Rendíos, o mando echar la puerta abajo!

—¡Mandad! —contestó fríamente el Corsario—. Solamente os advierto que está dispuesto el barril de pólvora, y que volaré la casa con los prisioneros dentro.

—¡Volaréis vosotros también!

—¡Bah! ¡Morir en medio del estruendo de las ruinas humeantes es preferible a la muerte ignominiosa que me haríais sufrir tan pronto como me rindiese!

—¡Os prometo la vida!

—De vuestras promesas no sé qué decir, porque no sé lo que valen. Señor, son las seis de la tarde, y yo no he comido nada. Mientras decidís lo que hayáis de hacer, voy a tomar un bocado con el conde de Lerma y su sobrino, y haremos lo posible por beber un vaso a vuestra salud, si es que antes no vuela la casa.

Dicho esto, el Corsario se quitó el sombrero, saludando con perfecta cortesía, y se entró, dejando al Teniente, a los soldados y a la multitud más asombrados y confusos que antes.

—¡Venid, mis valientes! —dijo el Corsario a Carmaux y a Wan Stiller—. ¡Creo que tendremos tiempo para cenar y cambiar unas cuantas palabras!

—¿Y esos soldados? —preguntó Carmaux, que no estaba menos asombrado que los españoles por la sangre fría y el atrevimiento de su Comandante.

—¡Dejémoslos gritar si quieren!

—¡Entonces, vamos a hacer la última cena, mi Capitán!

—¡Quiá! ¡Nuestra última hora está más lejana de lo que crees! —contestó el Corsario—. ¡Espera a que venga la noche, y ya verás qué milagros hace ese barrilito de pólvora!

Entró en la habitación, y sin más explicaciones cortó las ligaduras que sujetaban al conde de Lerma y al jovencillo, y los invitó a tomar asiento ante la improvisada comida, diciéndoles:

—Acompáñenme; pero cuento con su palabra de no intentar nada contra nosotros.

—¡Sería imposible hacer nada, caballero! —contestó sonriendo el Conde—. Mi sobrino no tiene armas, y yo sé muy bien lo peligrosa que es vuestra espada. ¿Qué hacen mis compatriotas? He oído un vocerío ensordecedor.

—Por ahora se limitan a sitiarnos.

—Siento decírselo; pero temo, caballero, que terminarán por echar abajo la puerta.

—Pues yo, Conde, creo lo contrario.

—Entonces seguirán el asedio, y, más pronto o más tarde, no tendréis más remedio que rendiros. ¡Vive Dios! ¡Le aseguro que sería para mí un disgusto ver a un hombre tan valiente y amable como vos en las manos del Gobernador! ¡Ese hombre no perdona a los filibusteros!

—¡No me cogerá Wan Guld! Es preciso que yo viva, porque tengo que saldar una cuenta antigua con ese flamenco.

—¿Le conocéis?

—¡Por mi desgracia le he conocido! —dijo el Corsario lanzando un suspiro—. Ha sido un hombre fatal para mi familia, y si me he hecho filibustero, a él se lo debo. ¡Vamos; no

hablemos más de esto! ¡Siempre que pienso en él siento que mi sangre se satura de un odio implacable, y me pongo excesivamente triste! ¡Bebed, Conde! Carmaux, ¿qué hacen los sitiadores?

—Están conferenciando entre sí, Comandante —contestó el filibustero, que venía de la ventana—. ¡Parece que no se deciden a acometernos!

—¡Lo harán; pero cuando lo hagan, probablemente ya no estaremos aquí! ¿Sigue vigilando el negro?

—Está en el tejado.

—Wan Stiller, llévale algo de beber.

Dicho esto, el Corsario pareció sumergirse en hondos pensamientos, a pesar de seguir comiendo. Se había puesto más triste que nunca; y tan preocupado estaba, que ni siquiera oía las palabras que le dirigía el conde de Lerma.

La cena terminó en silencio, sin que nada la hubiese interrumpido. Los soldados, a pesar de su ira y del vivísimo deseo que tenían de ahorcar o de quemar vivos a los filibusteros, no se atrevían a tomar ninguna determinación. No les faltaba valor, ni los espantaba el estallido del barril, importándoles muy poco que la casa fuese por los aires; pero temían por el conde de Lerma y su sobrino, dos personas muy respetables de la ciudad, a quienes había que salvar a toda costa.

Ya se había hecho de noche cuando Carmaux advirtió al Corsario que un pelotón de arcabuceros, reforzado por una docena de alabarderos, había llegado y ocupado la bocacalle.

—Pues eso significa que se disponen a intentar algo —contestó el Corsario—. ¡Llama al negro!

Al cabo de unos minutos estaba en su presencia el africano.

—¿Has reconocido con cuidado todo el desván? —le preguntó.

—¡Sí, patrón!

—¿No hay ningún hueco?

—Ninguno; pero he hundido una parte del techo, y por allí podemos pasar.

—¿No has visto enemigos?

—¡Ni uno siquiera, patrón!

—¿Sabes adónde podemos descender?

—Sí, y apenas hay que andar.

En aquel momento resonó en la callejuela tan formidable descarga que hizo retemblar los vidrios. Algunas balas atravesaron las persianas de los balcones, penetraron en la casa, horadaron las paredes y se clavaron en el techo.

El Corsario se puso en pie de un salto y desenvainó la espada con un movimiento rápido. Aquel hombre, tan tranquilo hacía un instante, se transfiguró al sentir el olor de la pólvora: se iluminaron sus ojos, y en sus pálidas mejillas apareció una ligera tinta rosácea.

—¡Ya comienzan! —exclamó con tono burlón.

En seguida, volviéndose hacia el Conde y su sobrino, añadió:

—Les he prometido la vida, y suceda lo que quiera, sostendré mi palabra; pero tienen que obedecerme y jurar que no se rebelarán.

—¡Hablad, caballero! —dijo el Conde—. Siento mucho que los acometedores sean mis compatriotas; si no lo fuesen, os aseguro que tendría un placer en combatir a vuestro lado.

—Tienen que seguirme, si no quieren volar.

—¡Qué! ¿Va a saltar la casa?

—Dentro de muy pocos minutos no quedará derecho ni un muro.

—¿Queréis arruinarme? —chilló el Notario.

—¡Cállate, avariento! —gritó Carmaux, al mismo tiempo que desataba al pobre hombre—. ¿Te salvamos la vida, y todavía no estás satisfecho?

—Pero ¡yo no quiero quedarme sin mi casa!

—¡Que te indemnice el Gobernador!

En la calleja resonó otra descarga, y algunas balas atravesaron la habitación, haciendo pedazos una lámpara que pendía del techo.

—¡Adelante, hombres de mar! —gritó el Corsario—. ¡Carmaux, ve a poner fuego a la mecha!

—¡En seguida, Comandante!

—¡Cuidado con que estalle el barril antes de que hayamos podido alejarnos de la casa!

—¡La mecha es bastante larga, señor! —contestó el filibustero bajando la escalera a toda prisa.

El Corsario, seguido por los cuatro prisioneros, Wan Stiller y el africano, subió al desván, en tanto que los arcabuceros proseguían disparando las armas, especialmente en dirección de las ventanas, y dando grandes voces intimándoles la rendición.

Las balas entraban por todas partes, zumbando de un modo que hacía estremecerse al pobre Notario; desconchaban grandes trozos de pared y rebotaban en los ladrillos; pero ni los filibusteros ni el conde de Lerma, hombre aguerrido al fin, se preocupaban gran cosa.

Ya en el desván, el africano mostró al Corsario una abertura ancha e irregular que comunicaba con el tejado, y que había hecho sirviéndose de una traviesa arrancada al maderamen del tejado.

—¡Adelante! —dijo el Corsario. Envainó momentáneamente la espada, se cogió a los bordes del boquete y subió al tejado, echando una rápida mirada en derredor.

Vio que había tres o cuatro tejados más adelante, y árboles elevados y palmeras, una de las cuales crecía al lado de un muro y extendía sus espléndidas hojas sobre las tejas.

—¿Es por allí por donde tenemos que descender? —preguntó al negro, que se le había reunido.

—¡Sí, patrón!

—¿Se podrá salir de aquel jardín?

—¡Eso espero!

El conde de Lerma, su sobrino, el criado y el mismo Notario también, empujados por los robustos brazos de Wan Stiller, estaban ya en el tejado, cuando apareció Carmaux, diciendo:

—¡Pronto, señores; dentro de dos minutos se hundirá la casa bajo nuestros pies!

—¡Arruinado! ¡Estoy arruinado! —sollozó el Notario—. ¿Quién va a resarcirme?

Wan Stiller le cortó la palabra empujándole con rudeza.

—¡Andad, si no queréis ir por los aires! —le dijo.

Seguro de que allí no había enemigos, el Corsario había saltado a otro tejado, seguido por el conde de Lerma y su sobrino.

Las descargas sucedían a las descargas, y nubes de humo se elevaban por la callejuela, deshaciéndose lentamente por encima de las casas. No parecía sino que los arcabuceros habían decidido acribillar la casa del Notario antes de echar abajo la puerta, con la esperanza, quizá, de obligar a rendirse a los filibusteros.

Probablemente temían que el Corsario se decidiera a poner en ejecución la terrible amenaza de sepultarse entre los escombros juntamente con sus cuatro prisioneros; este temor los detenía, y no se atrevían a intentar un asalto general.

A pesar de tener que llevar en vilo al Notario, que no podía moverse (tanto era su espanto), los filibusteros llegaron en pocos instantes a la orilla del último tejado y al lado de la palmera.

Abajo se extendía un amplio jardín circuido por un muro muy alto, que parecía prolongarse en dirección del campo.

—¡Yo conozco este jardín! —dijo el Conde—. Pertenece a mi amigo Morales.

—¿Supongo que no nos descubriréis? —dijo el Corsario.

—¡Al contrario, caballero! ¡Todavía no he olvidado que os debo la vida!

—¡Pronto; bajemos en seguida! —dijo Carmaux—. ¡La explosión puede lanzarnos al vacío!

Apenas había terminado de decir esto cuando se vio brillar un enorme relámpago, al cual siguió sin solución de continuidad un horroroso estampido. Los filibusteros y cuantos los acompañaban sintieron retemblar el tejado bajo sus pies, e inmediatamente cayeron unos sobre otros, en tanto que en derredor de ellos llovían trozos de madera, muebles deshechos y pedazos de tela ardiendo.

Sobre los tejados se extendió una nube de humo que lo envolvió todo durante algunos instantes, y en la callejuela se oyó el crujir y derrumbar de paredes, mezclándose con aquel estruendo gritos de terror y de ira.

—¡Truenos! —exclamó Carmaux, que había ido a parar hasta el borde del alero—. ¡Un par de pies más allá y caigo en el jardín como un saco de lana!

El Corsario Negro se había levantado prontamente, vacilando entre el humo que le envolvía.

—¿Están todos vivos? —preguntó.

—¡Eso creo! —contestó Wan Stiller.

—¡Pero aquí hay alguien inmóvil! —dijo el Conde—. ¿Le habrá matado algún cascote?

—¡Es el poltrón del Notario! —contestó Wan Stiller—. Pero tranquilizaos; no es más que un desvanecimiento producido por el susto.

—¡Dejémosle ahí! —dijo Carmaux—. ¡Ya saldrá del atranco como pueda, si es que no se

muere con el sentimiento de haber perdido la casuca!

—¡No! —contestó el Corsario—. Entre el humo veo levantarse llamas, y si le dejásemos aquí, correría el peligro de morir abrasado. La explosión ha incendiado las casas contiguas.

—¡Es verdad! —dijo el Conde—. ¡Allí veo una que comienza a arder!

—¡Amigos míos, aprovechémonos de la confusión para huir! —dijo el Corsario—. ¡Tú, Moko, te encargas del Notario!

Se acercó al borde del alero del tejado, se agarró al tronco de la palmera y se dejó deslizar al jardín, seguido por los demás.

Iba a echar a andar por un sendero que conducía directamente al muro que cercaba al jardín, cuando vio que algunos hombres armados con arcabuces se lanzaban fuera de la espesura gritando:

—¡Quietos o hacemos fuego!

El Corsario empuñó la espada con la diestra y con la otra mano se quitó del cinto una pistola, decidido a abrirse paso; el Conde le detuvo con un gesto.

—¡Dejadme a mí, caballero!

Y, adelantándose al encuentro de aquellos hombres, añadió:

—¡Cómo! ¿No conocéis a los amigos de vuestro amo?

—¡El señor Conde de Lerma! —exclamaron atónitos.

—¡Abajo las armas o me quejaré de vosotros a mi amigo!

—¡Perdone el señor Conde —dijo uno de aquellos criados—; ignorábamos con quién teníamos que habérnoslas! Hemos oído una detonación espantosa, y como sabíamos que los soldados cercaban en la vecindad a unos corsarios, hemos acudido para impedirles la fuga.

—Los filibusteros han escapado ya y, por tanto, podéis iros. ¿No hay puerta alguna en la tapia del jardín?

—Sí, señor Conde.

—Pues abridnosla para que podamos salir mis amigos y yo, y no os cuidéis de más.

Aquel hombre despidió con una seña a los de los arcabuces, y dirigiéndose por un sendero lateral llegó ante una puerta forrada de hierro y la abrió.

Los tres filibusteros y el negro salieron precedidos por el Conde y su sobrino. El criado, que tenía en brazos al Notario, el cual seguía desvanecido, se detuvo al lado del que abrió la puerta del jardín.

El Conde guio a los filibusteros como unos doscientos pasos, metiéndose por un callejón desierto flanqueado solamente por murallas, y en seguida dijo:

—Caballero, me habéis salvado la vida, y yo me felicito de haber podido prestaros este pequeño servicio. Hombres tan valerosos como vos no deben morir en la horca; y os aseguro que no habría perdonado al Gobernador si hubierais caído en sus manos. Seguid adelante este callejón, que desemboca en campo abierto, y retomad en seguida a bordo de vuestro buque.

—¡Gracias, Conde! —contestó el Corsario.

Los dos nobles se estrecharon la mano cordialmente y se separaron, quitándose el sombrero.

—¡Ese es un hombre de una vez! —dijo Carmaux—. ¡Si volvemos a Maracaibo, no he de dejar de ir a buscarle!

El Corsario se puso en marcha rápidamente, precedido por el negro, que conocía quizá mejor que los mismos españoles todos los alrededores de la ciudad.

Diez minutos después, y sin contratiempo alguno, se encontraban fuera de Maracaibo los filibusteros y penetraban en las lindes del bosque, en medio del cual hallábase la cabaña del encantador de serpientes.

Miraron atrás, y vieron elevarse por entre las últimas casas una nube de humo rojizo coronada por un penacho de chispas que el aire empujaba hacia el lago. Era la casa del Notario, que acababan de consumir las llamas, probablemente en unión de alguna otra vivienda.

—¡Pobre diablo! —dijo Carmaux—. ¡Se morirá del disgusto! ¡Su casa y su bodega! ¡Es un golpe demasiado rudo para un avaro como él!

Se detuvieron durante unos cuantos minutos bajo la oscurísima sombra de un gigantesco simaruba, por temor a que en los alrededores hubiese algún pelotón de españoles de los enviados a explorar la campiña. Cuando, ya tranquilizados por el profundo silencio que reinaba en el bosque, decidieron marchar, avanzaron a escape, siempre bajo los árboles.

Bastáronles veinte minutos para recorrer la distancia que los separaba de la cabaña. No distaban de ella más que algunos pasos cuando oyeron un gemido.

—¡Truenos! —exclamó Carmaux—. ¡Es nuestro prisionero, que dejamos atado al tronco de un árbol! ¡Ya me había olvidado de ese soldado!

—¡Es verdad! —murmuró el Corsario.

Se acercó a la cabaña y distinguió al español, que todavía estaba atado.

—¿Queréis hacerme morir de hambre? —preguntó el pobre hombre—. Entonces, debéis hacer que me ahorquen en seguida.

—¿Ha venido alguien a rondar por estos sitios? —le preguntó el Corsario.

—¡Señor, yo no he visto más que vampiros!

—Anda y ve a coger el cadáver de mi hermano —dijo el Corsario, dirigiéndose al negro.

En seguida, acercándose al soldado, que había comenzado a temblar temiendo que hubiese llegado su última hora, le libertó de las ligaduras, diciéndole con voz sorda:

—¡Yo podría vengar en ti antes que en nadie la muerte del que voy a enterrar en el Océano y la de sus desgraciados compañeros, colgados todavía en la plaza de esa ciudad maldita; pero te he prometido el perdón, y el Corsario Negro no ha faltado jamás a la palabra empeñada! Eres libre; pero debes jurarme que apenas llegues a Maracaibo irás a ver al Gobernador y decirle en mi nombre que yo, ante mis hombres escalonados en el puente de mi barco y ante el cadáver del Corsario Rojo, haré un juramento tal que le hará temblar. Ese hombre ha matado a mis dos hermanos, y yo le mataré a él y a cuantos lleven el nombre de Wan Guld. Le dirás que he jurado por el mar, por Dios y por el infierno, y que nos veremos muy pronto.

En seguida, cogiendo al prisionero, que quedó estupefacto y empujándole por la espalda, añadió:

—¡Anda y no vuelvas atrás, porque podría arrepentirme de haberte perdonado la vida!

—¡Gracias, señor! —dijo el soldado, escapando lleno de miedo y temiendo no salir del bosque.

El Corsario le vio alejarse, y así que le perdió de vista entre las sombras se volvió hacia los que le acompañaban y dijo:

—¡Marchemos; el tiempo apremia!

CAPÍTULO IX

UN JURAMENTO TERRIBLE



quellos hombres, guiados por el africano, que conocía a palmos todos los pasos del bosque, caminaban rápidamente con objeto de llegar lo más pronto posible a la orilla del golfo y tomar el lago antes de que despuntase el día.

Todos iban inquietos por la suerte del barco, que debía de hallarse atracado en la boca del lago; pues, como les dijo el prisionero, el Gobernador de Maracaibo envió varios mensajeros a Gibraltar pidiendo socorro al almirante Toledo.

Temían que los buques de este último, que componían una verdadera escuadra, armada de un modo formidable y tripulada por varios centenares de marineros valientes, vascos en su mayor parte, hubieran atravesado el lago para caer sobre *El Rayo* y deshacerlo.

El Corsario no hablaba, pero no podía ocultar su inquietud. De cuando en cuando hacía una seña a sus compañeros para que se detuviesen y se ponía a escuchar, temiendo oír de un momento a otro alguna detonación en la lejanía; en seguida apresuraba todavía más el paso, poniéndose casi a la carrera.

Otras veces, en cambio, hacía movimientos de impaciencia, sobre todo cuando se encontraban de improviso ante algún árbol gigantesco, caído por decrepitud o derribado por el rayo, o ante un estanque o charca, obstáculos que los obligaban a dar rodeos más o menos largos, perdiendo un tiempo que era a cada instante más precioso.

Por fortuna, el africano conocía el bosque y los llevaba por sendas que los hacían ganar camino.

A las dos de la mañana Carmaux, que iba delante del grupo, oyó un rumor lejano que indicaba la cercanía del mar. Su finísimo oído había distinguido el rumor que producían las olas al chocar contra la costa.

—Si no hay contratiempo alguno, dentro de una hora estaremos a bordo de nuestro barco, señor —dijo, dirigiéndose al Corsario Negro, que se le había reunido.

Este hizo una seña afirmativa con la cabeza, pero no contestó.

No se había engañado Carmaux: el ruido de las olas, al quebrarse, se oía cada vez más distintamente, lo mismo que los gritos de las *bernacles*, especie de ocas salvajes muy madrugadoras, que tienen la cabeza blanca y el cuerpo listado de negro, y que viven en las orillas del golfo.

El Corsario hizo seña para que apresurasen todavía más el paso, y poco después llegaron a una playa baja y llena de plantas, que se prolongaba hasta perderse de vista en dirección de Norte a Sur, describiendo caprichosas curvas.

La oscuridad era muy grande, pues había una niebla densa que se elevaba de las marismas que costeaban el lago; pero veíase el mar surcado aquí y allá como por líneas de fuego que se entrecruzaban en todas direcciones.

Las crestas de las olas parecían despedir chispas, y la espuma que se extendía por la playa formando como una franja, proyectaba magníficas fosforescencias.

En algunos momentos, trozos grandes de mar, poco antes negros, como si fuesen de tinta, se iluminaban instantáneamente como si en su seno se hubiera encendido una poderosísima lámpara eléctrica.

—¡La fosforescencia! —exclamó Wan Stiller.

—¡Que el diablo se la lleve! —dijo Carmaux—. ¡Cualquiera diría que los peces se han

aliado con los españoles para impedirnos tomar el lago!

—¡No —contestó Wan Stiller con tono misterioso, indicando el cadáver que llevaba el negro—; las olas se iluminan para recibir al Corsario Rojo!

—¡Es verdad! —murmuró Carmaux.

El Corsario entre tanto miraba al mar, dirigiendo la vista a la lejanía. Antes de embarcarse quería estar seguro de si navegaba en aguas del lago la escuadra del almirante Toledo. No distinguiendo nada, miró hacia el Norte y vio sobre el llameante mar una gran mancha negra que se destacaba entre la fosforescencia.

—¡Allí está *El Rayo*! —dijo—. ¡Buscad la chalupa y tomemos el lago en seguida!

Carmaux y Wan Stiller se orientaron lo mejor que pudieron, pues no sabían en qué parte de la playa se encontraban, y se alejaron apresuradamente, subiendo la costa hacia el Norte y mirando con gran atención entre los paletuvios, cuyas raíces y hojas bañaban las ondas luminosas.

Después de recorrer más de un kilómetro lograron descubrir la canoa, que la marea baja había dejado entre la espesura. Se embarcaron y se dirigieron hacia el sitio donde los esperaban el capitán y el negro.

Colocaron el cadáver cuidadosamente, envuelto en el ferreruelo negro, le taparon el rostro e inmediatamente se hicieron mar adentro remando de un modo vigoroso.

En la proa se había sentado el negro con el fusil del prisionero español entre las rodillas, y el Corsario a popa, frente al cuerpo del ahorcado.

Había vuelto a caer en su tétrica melancolía. Con la cabeza entre las manos y los codos apoyados en las rodillas, no apartaba un momento los ojos del cadáver, cuyas formas se dibujaban debajo de la fúnebre capa.

Parecía haberse olvidado de todo: tan sumergido iba en sus tristes pensamientos. Desaparecieron para él sus compañeros, su barco, que cada vez se destacaba más en el chispeante Océano, como si fuera un cetáceo flotando en un mar de oro fundido, y la escuadra del almirante Toledo.

La canoa se deslizaba con rapidez sobre las ondas, alejándose de la playa. El agua llameaba en derredor, y los remos levantaban montones de espuma irisada que semejaban verdaderos chorros de chispas.

Bajo las aguas, moluscos extraños ondulaban en número infinito, jugando entre aquella orgía de luz. Aparecían las grandes medusas; los *pelagios*, semejantes a globos luminosos, danzaban al impulso de la brisa nocturna; los graciosos *milíteos* irradiaban fulgores de lava ardiente con sus extraños apéndices en forma de cruz de Malta; otros moluscos parecían como incrustados de diamantes; otros despedían de las conchas, que medio los aprisionaban, relámpagos de luz azul de un tono dulcísimo, y verdaderos ejércitos de *beroes* de cuerpo redondo y erizado de puntas irradiaban reflejos verdosos.

Aparecían y desaparecían peces de toda especie, dejando detrás de sí una estela fosforescente, y pólipos variadísimos se entrecruzaban en todas direcciones meciendo sus luces de colores, en tanto que a flor de agua nadaban grandes cetáceos, en aquellos tiempos abundantes todavía, levantando con la cola y con las aletas ondas fulgurantes.

Impulsada por los vigorosos brazos de los dos filibusteros, la chalupa bogaba rápidamente sobre aquella superficie, haciendo saltar en el aire, bajo el golpe de los remos, millares de puntos luminosos.

Su negra figura se destacaba, como la del buque, de un modo preciso y neto entre aquellos resplandores, ofreciendo un blanco magnífico a los cañones de la escuadra española, si el almirante Toledo se hubiese encontrado en aquellas aguas.

Los filibusteros, sin cesar de remar con brío desesperado, miraban en todas direcciones con inquietud, temiendo ver aparecer de un momento a otro los temidos navíos enemigos.

Se apresuraban, porque sentían que los invadía una vaga superstición. Aquel mar llameante, el cadáver que llevaban en la chalupa, la presencia del Corsario Negro, aquel tétrico, más que melancólico, personaje a quien habían visto siempre vestido con tan fúnebre ropaje, les infundía un miedo desconocido, y no veían el momento de encontrarse a bordo de *El Rayo* entre sus camaradas.

Ya no distaban más de una milla del barco, el cual salía a su encuentro corriendo bordadas pequeñas, cuando llegó a sus oídos un grito extraño que semejaba un quejido y que parecía terminar en un sollozo.

Ambos remeros se detuvieron en el acto, dirigiendo en derredor miradas llenas de espanto.

—¿Has oído? —preguntó Wan Stiller, que sentía que la frente se le bañaba en sudor frío.

—¡Sí! —contestó Carmaux con voz poco firme.
—¿Habrá sido algún pez?
—¡Jamás he oído a pez alguno dar grito semejante!
—¿Qué crees que haya sido?
—Yo no sé; pero me ha producido cierta impresión.
—¿Será el hermano del muerto?
—¡Silencio, camarada!

Los dos miraron al Corsario Negro; pero este seguía inmóvil con la cabeza entre las manos y los ojos fijos en el cadáver.

—¡Adelante y que Dios nos asista! —murmuró Carmaux, haciendo seña a Wan Stiller para que volviese a coger los remos.

En seguida, inclinándose hacia el negro, le preguntó:

—¿Has oído ese grito, compadre?

—Sí —contestó el africano.

—¿Qué crees que haya sido?

—Quizá lo haya lanzado un *lamantino* (especie de cetáceo).

—¡Hum! —murmuró por lo bajo Carmaux—. Habrá sido un *lamantino*, pero...

Se interrumpió bruscamente y palideció.

En aquel mismo instante y detrás de la popa de la chalupa, entre un círculo de espuma luminosa, desaparecía una forma oscura e indecisa, hundiéndose en el acto en los negros abismos del golfo.

—¿Has visto? —le preguntó con voz ahogada a Wan Stiller.

—¡Sí! —contestó este, castañeando los dientes por efecto del terror.

—Una cabeza, ¿verdad?

—¡Sí, Carmaux!

—¿De un muerto?

—¡Es el Corsario Verde, que nos sigue en espera del Corsario Rojo!

—¡Me das miedo!

—¿Y el Corsario Negro no ha oído ni visto nada?

—¡Es el hermano de los dos muertos!

—Y tú, compadre, ¿no has visto nada?

—¡Sí; una cabeza! —contestó el africano.

—¿De quién?

—De un *lamantino*.

—¡El diablo te lleve a ti y a tus *lamantinos*! —masculló Carmaux—. ¡Era una cabeza de muerto, negra y sin ojos!

En aquel instante resonó en el mar una voz que salía del barco.

—¡Eh! ¡Los de la canoa! ¿Quién vive?

—¡El Corsario Negro! —gritó Carmaux.

—¡Aborda!

El Rayo avanzaba con la rapidez de una gaviota, hendiendo el agua fulgurante con su agudo espolón. Tan negro como era, parecía el barco fantasma del legendario y maldito holandés, o el barco féretro navegando por un mar de fuego.

A lo largo de las amuras veíanse escalonados, inmóviles como estatuas y armados con fusiles, los filibusteros que componían su tripulación; en la popa, detrás de los cañones, se atisbaban los artilleros con las mechas encendidas en la mano, y en el palo más alto ondeaba la gran bandera negra del Corsario, con dos letras de oro elegantemente cruzadas y bordadas de un modo admirable.

La chalupa abordó al costado de babor, en tanto que el buque se disponía de través al viento, amarrándole una cuerda que arrojaron desde a bordo los marineros.

—¡Abajo los parancos! —gritó una voz ronca.

Dos cables, a cuyo extremo colgaban unos arpones, descendieron del penol del árbol maestro. Carmaux y Wan Stiller los aseguraron, y a un silbido del contramaestre de la tripulación, izaron la chalupa a bordo llevando dentro a las personas que la montaban.

Cuando sintió el Corsario Negro que chocaba la quilla en la cubierta del buque, hizo un movimiento como si despertara de sus tétricos pensamientos.

Miró en derredor casi con asombro al verse a bordo de su nave, se inclinó sobre el cadáver, lo cogió entre sus brazos y fue a depositarlo al pie del palo mayor.

Al ver al muerto, toda la tripulación, escalonada como estaba, se descubrió.

Morgan, el segundo Comandante descendió del puente de órdenes y se dirigió al

encuentro del Corsario Negro.

—¡A sus órdenes, señor! —le dijo.

—¡Haced lo que es preciso! —le contestó el Corsario, moviendo con tristeza la cabeza.

Atravesó lentamente la toldilla, subió al puente de órdenes y allí se detuvo, quedando inmóvil como una estatua y con los brazos cruzados sobre el pecho.

Comenzaba a alborear. Allá donde el cielo parecía confundirse con el mar, surgía una luz pálida que teñía las aguas con reflejos del color del acero. Aquella luz tenía algo de tétrico, pues no era rosada, como es costumbre; al contrario, su color gris se asemejaba al gris del hierro.

La gran bandera del Corsario había sido puesta a media asta en señal de luto y los penoles de los papahigos y contrapapahigos, que no llevaban velas tendidas, los colocaron en cruz.

Toda la tripulación había salido a cubierta, colocándose a lo largo de las amuras. Aquellos hombres de rostro bronceado por los vientos del mar y el humo de cien abordajes estaban tristes y miraban con vago terror el cadáver del Corsario Rojo, que el contraestre de a bordo había encerrado en un saco de tela gruesa juntamente con dos balas de cañón.

Aun cuando la luz iba en aumento, seguía fulgurando el mar en derredor del barco, murmurando sordamente contra los negros costados y rompiéndose en la saliente y alta proa.

En aquel momento parecía como si las ondulaciones del agua produjeran susurros extraños: ya parecían gemidos extrahumanos, ya suspiros roncacos, ya débiles lamentos.

El sonido de la campana resonó en la toldilla de popa.

La tripulación en masa se arrodilló, y el contraestre, ayudado por tres marineros, suspendiendo el cadáver, fue a colocarlo en la amura de babor.

Reinaba un silencio fúnebre en todo el barco, que permanecía inmóvil sobre las luminosas aguas; el mismo mar parecía haber cesado en sus murmullos.

Todas las miradas estaban fijas en el Corsario Negro, que se destacaba extrañamente sobre la línea grisácea del horizonte.

En aquel momento parecía que la formidable figura del terrible pirata del gran golfo había tomado gigantescas proporciones. Erguido en el puente de órdenes, con la larga pluma negra de su sombrero agitada por la brisa matutina, extendido el brazo hacia el cadáver del Corsario Rojo, parecía que se había colocado allí para lanzar alguna espantosa amenaza.

Su voz metálica y robusta rompió de improviso el fúnebre silencio que reinaba a bordo del buque.

—¡Hombres de mar! —gritó—. ¡Oídmelo! ¡Juro por Dios, por estas ondas, nuestras fieles compañeras, y por mi alma, que no gozaré de bien alguno sobre la Tierra hasta que haya vengado a mis hermanos, muertos por Wan Guld! ¡Que los rayos incendien mi barco, que me traguen las olas juntamente con vosotros, que los dos corsarios que duermen en los negros abismos de estas aguas del gran golfo me maldigan, que mi alma se condene para siempre si no mato a Wan Guld y no extermino a toda su familia, así como él ha exterminado a la mía! ¡Hombres de mar! ¿Me habéis oído?

—¡Sí! —contestaron los filibusteros, al mismo tiempo que un escalofrío de terror los estremecía.

El Corsario Negro se inclinó sobre la barandilla y, mirando fijamente a las olas luminosas:

—¡Al agua el cadáver! —gritó con voz sombría.

El contraestre y los tres marineros levantaron la hamaca que contenía el cadáver del Corsario Rojo y le dejaron caer.

El fúnebre bulto se precipitó entre las olas, levantando un gran salto de espumas que semejava una llama.

Todos los filibusteros estaban inclinados sobre las amuras.

A través de las fosforescentes aguas se veía cómo el cadáver descendía al fondo de los misteriosos abismos del mar describiendo grandes ondulaciones.

De repente, allá lejos se oyó otra vez el misterioso grito que tanto asustara a Carmaux y a Wan Stiller.

Ambos, que se encontraban bajo el puente de órdenes, se miraron pálidos como dos muertos.

—¡Es el grito del Corsario Verde que llama al Corsario Rojo! —murmuró Carmaux.

—¡Sí! —contestó Wan Stiller con voz ahogada—. ¡Los dos hermanos se han encontrado en el fondo del mar!

Un silbido les cortó bruscamente la palabra.

—¡Sobre babor! —gritó el contraмаestre—. ¡A la orza la barra!

El Rayo viró de bordo y volteó entre los islotes del lago huyendo hacia el gran golfo, cuyas aguas doraban ya los primeros rayos del sol, y se extinguió de repente la fosforescencia.

CAPÍTULO X

A BORDO DE EL RAYO



aliendo el barco de entre los islotes, y rebasado el largo promontorio que forman los últimos contrafuertes de la sierra de Santa Marta, entró en las aguas del mar Caribe, navegando en dirección Norte, o sea, hacia la gran Antilla. El mar estaba tranquilo: apenas rompía la superficie una ligera brisa matutina que soplaba del Sursudoeste, la cual levantaba aquí y allá breves olas que iban a quebrarse con sordos mugidos en los costados del rápido velero.

De la costa acudían multitud de aves que revoloteaban sobre las aguas. Bandadas de cuervos y pajaracos rapaces del tamaño de un gallo volaban en las proximidades de las playas, siempre dispuestos a lanzarse sobre la más pequeña presa y hacerla pedazos aún viva; sobre las olas pasaban rozándolas batallones de distintos volátiles, algunos con la cola en forma de horquilla, negras las plumas del dorso y blancas las del vientre, y con picos de forma tal que los condenan a pasar largos ayunos, pues si los peces no se les meten casi espontáneamente en la boca, esos desdichados con dificultad llegan a coger uno, pues la mandíbula inferior la tienen mucho más larga que la superior. No faltaban tampoco los *fetones*, tan comunes en las aguas del gran golfo mexicano. Veíaseles explorar las ondas formando largas filas, dejando flotar pendientes las largas barbas de su cola, e imprimiendo a sus alas una vibración convulsiva y enérgica, no exenta de gracia.

Espiaban a los peces voladores, que saltaban repentinamente fuera del agua surcando el aire por espacio de cincuenta o sesenta brazas, y sumergiéndose después para volver a comenzar su juego.

En cambio, no se veía ningún barco. Los marineros de guardia en cubierta, a pesar de tener una vista perspicaz todos ellos, no veían asomar por el horizonte velero alguno en ninguna dirección. El miedo a encontrarse con los fieros corsarios de las Tortugas mantenía a los buques españoles resguardados en los puertos de Yucatán y de Venezuela o en los de las grandes islas antillanas, hasta que pudieran formar una verdadera escuadra. Únicamente los barcos bien armados y con tripulaciones numerosas se atrevían a atravesar el mar Caribe o el Golfo de México, pues sabían por experiencia cuánta era la astucia de aquellos crueles piratas que habían desplegado sus banderas en los islotes de las Tortugas.

Durante el día que siguió al entierro del Corsario Rojo, nada ocurrió a bordo del barco filibustero.

El Comandante no se había dejado ver en la cubierta ni en el puente de órdenes. Había abandonado el mando y el gobierno del buque a su segundo, se encerró en su camarote y nadie había vuelto a tener noticia suya, ni siquiera Carmaux y Wan Stiller.

Lo que sí se había sabido era que tenía consigo al africano; por lo menos, esto se sospechaba, pues tampoco al negro habían vuelto a verle, ni le encontraban en parte alguna del buque.

Nadie sabía decir qué era lo que hacían ambos en el camarote, cerrado por dentro con llave, ni siquiera el segundo de a bordo, porque Carmaux, que había querido preguntarle algo, recibió una repulsa y un gesto amenazador, que quería decir, poco más o menos:

—¡No te cuides de lo que no te importa, si aprecias en algo tu pellejo!

Llegada la noche, y mientras *El Rayo* recogía parte de sus velas por miedo a cualquier golpe de viento repentino, tan comunes en aquellos parajes y que casi siempre ocasionan

desgracias, Carmaux y Wan Stiller, que rondaban por cerca de la cámara, vieron al fin salir por la escotilla de popa la lanosa cabeza del africano.

—¡Aquí está el compadre! —exclamó Carmaux—. ¡Supongo que sabremos si está el Comandante a bordo o si ha ido a conferenciar con sus hermanos al fondo del mar! ¡Ese hombre fúnebre también sería capaz de eso!

—¡Ya lo creo! —dijo Wan Stiller, que conservaba sus recelos supersticiosos—. Yo lo tengo más bien por un espíritu del mar que por un hombre de carne y hueso, como nosotros.

—¡Eh, compadre! —dijo Carmaux al negro—. ¡Ya era tiempo de que vinieras a saludar al compadre blanco!

—Me ha entretenido el patrón —contestó el africano.

—Entonces, ¿hay grandes novedades? ¿Qué hace el Comandante?

—Está más triste que nunca.

—¡Yo nunca le he visto alegre, ni aun en las Tortugas!

—No ha hecho otra cosa que hablar de sus hermanos y de venganzas tremendas.

—¡Que cumplirá, compadre! El Corsario Negro es hombre que realiza al pie de la letra sus juramentos; y, por mi parte, no quisiera encontrarme en el pellejo del Gobernador de Maracaibo y de todos sus parientes. Wan Guld debe de sentir un odio implacable hacia el Corsario; pero le será fatal.

—¿Y no se sabe cuál es el motivo de ese odio, compadre blanco?

—Dicen que es muy antiguo, y que Wan Guld había jurado vengarse de los tres Corsarios antes de venir a América, a cuyo fin intrigó para alcanzar un puesto que le permitiera realizar sus designios.

—¿Cuándo estaba en Europa?

—Sí.

—Entonces, ¿ya se conocieron antes?

—Eso se dice; porque en tanto que Wan Guld hacía que le nombrasen gobernador de Maracaibo, aparecían ante las islas de las Tortugas tres barcos magníficos, mandados por los Corsarios Negro, Rojo y Verde.

»Los tres eran hombres hermosos, valientes como leones y marinos atrevidos. El Verde era el más joven, y el Negro el mayor; pero en ánimo ninguno era inferior al otro, y manejando las armas no tenían rivales entre todos los filibusteros de las Tortugas.

»Aquellos tres valientes debían acometer pronto arriesgadas empresas en todo el golfo de México con sus tres barcos, los más hermosos, los más veloces y los mejor armados de todo el filibusterismo.

—¡Lo creo —contestó el africano—; basta con mirar este barco!

—Pero también para ellos llegaron días tristes —prosiguió Carmaux—. El Corsario Verde, que había zarpado de las Tortugas con rumbo desconocido, sorprendido por una escuadra española, cayó, al cabo de una lucha desesperada, en manos del enemigo, que le condujo a Maracaibo, donde Wan Guld le mandó ahorcar.

—Lo recuerdo —dijo el negro—; pero su cadáver no quedó para pasto de las fieras.

—No, porque el Corsario Negro, en compañía de unos cuantos servidores, logró entrar por la noche en Maracaibo, robar el cadáver y traerlo para sepultarlo en el mar.

—Sí; y cuando Wan Guld lo supo, lleno de rabia, por no haber podido prender también al hermano, mandó fusilar a los cuatro centinelas que estaban encargados de vigilar a los ahorcados en la plaza de Granada.

—Ahora le ha tocado la vez al Corsario Rojo; pero este también ha sido sepultado en el mar Caribe. El tercero de los hermanos es el más formidable, y concluirá por exterminar a todos los Wan Guld de la tierra.

—Compadre, va a ir a Maracaibo muy pronto. Me ha pedido noticias precisas, a fin de conducir ante la ciudad una flota numerosa.

—El terrible olonés Pedro Nau es amigo del Corsario Negro, y se encuentra todavía en las Tortugas. ¿Quién va a poder resistir a esos dos hombres? Y después...

Se interrumpió, y dando con el codo al negro y a Wan Stiller, que estaba a su lado escuchándole en silencio, les dijo:

—¡Miradle! ¿No da miedo ese hombre? ¡Parece el dios del mar!

El filibustero y el africano levantaron los ojos hacia el puente de órdenes.

Allí estaba el Corsario, vestido, como siempre, de negro, con el ancho sombrero echado sobre los ojos y ondeándole la pluma. Llevando la cabeza inclinada sobre el pecho y cruzados los brazos, paseaba con lentitud por el puente, solo y sin producir el menor ruido.

Morgan, el segundo de a bordo, hacía la guardia en el otro extremo del puente, sin

atreverse a dirigir la palabra a su capitán.

—¡Parece un espectro! —murmuró en voz baja Wan Stiller.

—¡Y Morgan no le va a la zaga! —dijo Carmaux—. ¡Si uno es tétrico como la noche, el otro no es mucho más alegre! ¡Ambos son el uno para el otro!

Entre las tinieblas resonó una voz. Descendía de lo alto de la cruceta del palo mayor, donde apenas se distinguía confusamente una sombra humana.

Aquella sombra había gritado dos veces:

—¡Barco al largo a sotavento!

El Corsario Negro interrumpió de pronto sus paseos. Estuvo un instante mirando hacia sotavento; pero como se hallaba en un punto demasiado bajo, era muy difícil que pudiese distinguir un barco, que debía navegar a seis o siete millas de distancia.

Se volvió hacia Morgan, que se había inclinado sobre la borda, y le dijo:

—¡Manda apagar las luces!

Apenas recibieron la orden los marineros de proa, se apresuraron a tapar los dos grandes faroles, encendidos uno a babor y otro a estribor.

—Gaviero —volvió a decir el Corsario tan pronto como se hizo a bordo la oscuridad—, ¿por dónde navega ese barco?

—Hacia el Sur, Comandante.

—¿Hacia la costa de Venezuela?

—Eso creo.

—¿A qué distancia?

—A cinco o seis millas.

—¿Estás seguro de no equivocarte?

—No me equivoco: distingo perfectamente sus faroles.

El Corsario se inclinó sobre la pasarela y pronunció estas tres palabras:

—¡Hombres a cubierta!

Los ciento veinte filibusteros que componían la tripulación de *El Rayo* se colocaron en su puesto de combate: los de maniobra, en las vergas; los gavieros, en lo alto; los mejores arcabuceros, en las cofas, y en el castillo de popa los demás, a lo largo de las mechas encendidas.

Era tal el orden y la disciplina que reinaban a bordo de los buques filibusteros, que en cualquier hora del día o de la noche toda la gente se colocaba en su puesto con una rapidez prodigiosa, desconocida aun en los buques de guerra de las naciones más marineras.

Aquellos depredadores del mar, que habían caído en el golfo de México provenientes de todas partes de Europa^[1], y que se reclutaban entre la canalla de los puertos de mar de Francia, de Italia, de Holanda, de Alemania y de Inglaterra, corroídos por todos los vicios, pero despreciadores de la muerte y capaces de los más grandes heroísmos y de las mayores audacias, se convertían en corderos obedientes, sin perjuicio de transformarse en tigres en el combate.

Sabían que sus jefes no dejaban impune ninguna falta, y que la más pequeña indisciplina se la harían pagar con un pistoletazo en la cabeza, o por lo menos abandonándolos en alguna isla desierta.

Así que el Corsario Negro vio a toda su gente en sus puestos respectivos, mirándoles casi uno por uno, se volvió hacia Morgan, que estaba esperando sus órdenes:

—¿Imagináis que ese barco es...?

—Español, señor —contestó el segundo.

—¡Los españoles! —exclamó el Corsario de un modo sombrío—. ¡Para ellos esta será una noche fatal, pues muchos no volverán a ver el sol!

—¿Acometeremos esta noche ese barco, señor?

—¡Sí; lo echaremos a pique! ¡Allá abajo duermen mis hermanos; pero ya no dormirán solos!

—¡Sea, si es que así lo deseáis, señor!

Saltó sobre la amura, cogiéndose a una escalerilla, y miró a sotavento.

Por entre las tinieblas que cubrían el murmurante mar corrían casi a flor de agua dos puntos luminosos, que no podían confundirse con las estrellas que brillaban en el horizonte.

—Están a cuatro millas de distancia —dijo.

—¿Y se dirigen al Sur? —preguntó el Corsario.

—Hacia Maracaibo.

—¡Desgraciados de ellos! ¡Ordenad virada de bordo y de cortar el camino a ese buque!

—¿Qué más?

—¡Mandad traer a cubierta cien granadas de mano, y asegurad todo en la estiba y en los camarotes!

—¿Atacaremos con el espolón?

—Sí, si eso es posible.

—¡Perderemos los prisioneros, señor!

—¿A mí que me importa?

—¡Pero puede ir ese barco cargado de riquezas!

—¡Tengo tierras y castillos en mi patria!

—Hablaba por lo que toca a nuestros hombres.

—Para ellos tengo oro. ¡Mandad virar de bordo!

Al primer mandato resonó a bordo el silbido del contramaestre. Los hombres de maniobra largaron las velas con la rapidez del rayo y con una exactitud matemática, al mismo tiempo que el timonel ponía la rebola a la orza.

El Rayo viró de bordo casi en el mismo sitio, y empujado por una brisa fresca, que soplabla del Sureste, se lanzó sobre la ruta del velero señalado, dejando a popa una estela ancha y murmurante.

Avanzaba entre las tinieblas con la ligereza de un pájaro, sin producir ruido apenas, como si fuese el legendario barco fantasma.

A lo largo de las amuras, los arcabuceros, inmóviles y mudos como estatuas, espían al barco enemigo empuñando los gruesos y largos fusiles de gran calibre (armas formidables en sus manos, porque raramente erraban el tiro), e inclinados sobre las piezas los artilleros soplaban las mechas, dispuesto a desencadenar una tempestad de metralla.

El Corsario Negro y Morgan seguían en el puente de órdenes. Apoyados en las traviesas de la pasarela, uno cerca del otro, no quitaban ojo de los puntos luminosos que surcaban las tinieblas a menos de tres millas de distancia.

Carmaux, Wan Stiller y el negro, los tres en el castillo de proa, charlaban en voz baja, mirando ora hacia el barco, que proseguía su rumbo tranquilamente, ora al Corsario Negro.

—¡Mala noche para esa gente! —decía Carmaux—. ¡Me temo que el Comandante, con la ira que lleva en el corazón, no deje vivo ni un solo español!

—Pero a mí me parece que ese barco es muy alto de bordo —contestó Wan Stiller midiendo la elevación que había del agua a los faroles del palo—. ¡No quisiera que fuese un barco de línea que vaya a reunirse con la escuadra del almirante Toledo!

—¡Psch! ¡Eso no le da miedo al Corsario Negro! No ha habido buque alguno hasta ahora que haya podido resistir a *El Rayo*; además, ya habrás oído que el Comandante hablaba de acometerle con el espolón.

—¡Truenos de Hamburgo! ¡Si hace eso continuamente, cuando menos lo piense se quedará sin proa *El Rayo*!

—¡Está hecha a prueba de escollos, querido!

—¡Pero a veces también se rompen los escollos!

La voz del Corsario rompió de pronto el silencio que reinaba a bordo.

—¡Hombres de la maniobra! ¡Arriba las suplementarias, y afuera las bonetas!

Las velas suplementarias que había en las extremidades de los penoles del palo maestro y del trinquete, de los papahigos y contrapapahigos, quedaron desplegadas en un abrir y cerrar de ojos.

—¡De caza! —exclamó Carmaux—. ¡Según parece, boga bien el barco español para obligar a *El Rayo* a largar todo el trazo!

—¡Te digo que tenemos que habérmolas con un barco de línea! —repitió Wan Stiller—. ¡Mira qué arboladura tan alta lleva!

—¡Tanto mejor! ¡Así habrá calor por ambas partes!

En aquel instante resonó en el mar una voz fuerte. Procedía del barco contrario, y el viento llevó su eco hasta el barco filibustero.

—¡Ohé! ¡Barco sospechoso a babor!

En el puente de órdenes de este último se vio que el Corsario Negro se inclinaba hacia Morgan, como si le dijese algo en voz baja, y en seguida, subir sobre la cubierta de cámara, gritando:

—¡Venga la barra! ¡Hombres de mar, a la caza!

Solamente separaba una milla a ambos buques; pero los dos debían tener una velocidad extraordinaria, porque la distancia no parecía acortarse.

Había transcurrido una media hora, cuando de pronto, sobre el barco español, o como tal creído, se vio iluminarse rápidamente la cubierta y parte de la arboladura; en seguida una

detonación fragorosa se propagó sobre las aguas, yendo a perderse en la lejanía, retumbando de un modo sombrío y prolongado.

Un silbido, bien conocido de los filibusteros, se oyó en el aire; después un chorro de agua saltó a más de veinte brazas de la nave corsaria.

Ni una voz salió de entre la tripulación. En los labios del Corsario se dibujó una sonrisa desdeñosa, como saludo despreciativo para aquel mensajero de la muerte.

Después de disparar aquel cañonazo, que era como una advertencia para que no le siguieran, el buque adversario viró nuevamente de bordo, puso al Sur la proa y se dirigió resueltamente al golfo de Maracaibo. El Corsario Negro en seguida se hizo cargo de la ruta; se volvió hacia Morgan, que estaba pegado a la amura, confundido entre el cordaje de popa, y le dijo:

—¡Señor Morgan, a proa!

—¿Comienzo el fuego?

—¡Todavía no; está demasiado oscuro! ¡Vaya usted a disponerlo todo para el abordaje!

—¿Abordaremos?

—¡Eso ya se verá!

Morgan descendió de la toldilla de popa, llamó al contraamaestre y se dirigió a proa, en la cual había cuarenta hombres distribuidos en el castillo, con el hacha de abordaje colocada delante y el fusil en la mano.

—¡En pie! —ordenó—. ¡Preparad los bicheros de lanzamiento!

En seguida, volviéndose hacia los que estaban detrás de las amuras, añadió:

—¡Disponed las barricadas, y poned las hamacas en la cabecera de banda!

Los cuarenta hombres se pusieron en silencio a la faena, sin confusión, bajo la mirada vigilante del segundo.

Si temían al Corsario Negro, no menos miedo tenían a Morgan, hombre inflexible, tan audaz como el jefe, valiente como un león y decidido a todo.

De origen inglés, emigró a América; pero pronto se hizo notar por su espíritu emprendedor, por su rara energía y por su audacia. Había hecho sus pruebas de un modo sorprendente, bajo las órdenes de un famoso corsario, Mansfield; pero más tarde debía superar a los filibusteros más célebres de las islas de las Tortugas con la famosa expedición de Panamá y la expugnación, hasta entonces tenida por imposible, de aquella ciudad, vecina del Océano Pacífico. (Fue un fracaso terrible de la piratería inglesa).

Dotado de una robustez excepcional y de una portentosa fuerza, hermoso de facciones y de generoso ánimo, con ojos penetrantes que producían una fascinación misteriosa, como el Corsario Negro, sabía imponerse a los rudos hombres de mar y hacerse obedecer con una simple indicación de la mano.

Bajo su dirección, y en menos de veinte minutos, se levantaron dos barricadas de babor a estribor, una ante el palo de trinquete y otra ante el mayor. Componíanse las barricadas de traviesas y barriles llenos de hierro. Tales defensas eran para impedir al enemigo el paso a la cámara y al castillo, en el caso de que ocupara el barco.

Detrás de estas barricadas colocaron cincuenta granadas de mano, y se dispusieron los bicheros de abordaje sobre las amuras y sobre las hamacas arrolladas, que debían servir para defensa de los filibusteros.

Así que todo estuvo dispuesto, mandó a sus hombres reunirse en el castillo de proa, y él se puso en observación al lado del bauprés, con una mano en la empuñadura del sable de abordaje y la otra en la culata de una de las pistolas que llevaba en la faja.

El buque adversario hallábase entonces a unos seiscientos o setecientos pasos. *El Rayo*, justificando su nombre plenamente, había ganado camino, y se disponía a echársele encima con un encontronazo tremendo, irresistible.

A pesar de no haber luna y de ser oscura la noche, podía, sin embargo, distinguirse perfectamente el barco español.

Como Wan Stiller sospechara, era un barco de línea, de aspecto imponente, de bordas altísimas, lo mismo que la cubierta de la cámara, y los tres palos cubiertos de velas hasta los contrapapahigos.

En fin, era un verdadero barco de guerra, armado probablemente de un modo formidable, y tripulado por numerosa y aguerrida tripulación, decidida a una defensa extrema.

Otro corsario cualquiera de las Tortugas se habría guardado muy bien de acometerle, porque aun cuando venciese, muy poco tendría que saquear; lo interesante para aquellos ladrones del mar eran los barcos mercantes o los galeones cargados con tesoros

procedentes de las minas de México, de Yucatán o de Venezuela; pero el Corsario Negro, como hombre a quien las riquezas le tenían sin cuidado, no pensaba así.

Seguramente veía en aquel barco un poderoso aliado de Wan Guld, que más adelante podría ser un obstáculo a sus designios; así, pues, se disponía a acometerle antes de que fuese a reforzar la escuadra del almirante Toledo o a defender Maracaibo.

Al ver que le seguían de modo tan obstinado, y no dudando ya de las siniestras intenciones del Corsario, el buque español disparó a quinientos metros otro cañonazo con una de sus grandes piezas de proa.

Esta vez la bala no se perdió en el mar; pasó por entre las velas del perroquete y de gavia, y partió el extremo del pico de la randa, haciendo caer la bandera del filibustero.

Los contramaestres de artillería de la toldilla de popa se volvieron hacia el Corsario Negro, que seguía en la barra del timón con el portavoz en la mano, y preguntaron:

—Comandante, ¿comenzamos?

—¡Todavía no! —respondió el Corsario.

Un tercer cañonazo resonó en los aires, y una bala pasó silbando por entre el cordaje del buque corsario, hundiendo la amura de popa a unos tres pasos del timón.

Otra sardónica sonrisa asomó a los labios del audaz filibustero; pero no dio orden alguna.

El Rayo acrecentaba la rapidez de la carrera, presentando el alto espolón al barco enemigo, hendía el mar con un sordo murmullo, como impaciente por abrir en el vientre del barco español un enorme boquete.

Corría semejante a un gran pájaro negro armado de un pico colosal.

La vista de aquel buque, que parecía haber surgido de improviso del mar, y que avanzaba calladamente, sin contestar a las provocaciones ni dar señal siquiera de que lo tripulase nadie, debía de producir un efecto siniestro en los marinos españoles.

De pronto resonó en las tinieblas un inmenso clamoreo.

En el buque enemigo oíanse gritos de terror y órdenes precipitadas.

Una voz imperiosa dominó el tumulto; probablemente la voz del Comandante.

—¡A babor! ¡Apoya toda la barra!

—¡Fuego de costado!

A bordo del barco de línea estalló un estruendo espantoso, y varios relámpagos simultáneos iluminaron la noche.

Las siete piezas de estribor y los dos cañones de proa de la cubierta vomitaron sobre el barco corsario todos sus proyectiles. Las balas pasaron silbando por entre los filibusteros, atravesaron las velas, cortaron las cuerdas, se clavaron en el casco y hundieron las amuras; pero no detuvieron el empuje de *El Rayo*.

Guiado por el robusto brazo del Corsario Negro, cayó con todo su ímpetu sobre el gran barco. Por fortuna para este, un golpe de barra dado a tiempo por el piloto, le salvó de una catástrofe espantosa.

Apartado repentinamente de su línea oblicua a babor, huyó milagrosamente del espolonazo que debía enviarle a fondo con el costado hecho trizas.

El Rayo pasó por donde hacía un instante se encontraba la popa del barco adversario. Le tocó con el costado, y golpeándole bruscamente, produjo un sordo retumbar, que repercutió en el fondo de la estiba, le rompió la punta de la banda y parte del coronamiento; pero esto fue todo.

Fallado el golpe, el barco corsario prosiguió su rápida carrera y desapareció entre las tinieblas sin haber dado señal de su numerosa tripulación ni de su poderoso armamento.

—¡Relámpagos de Hamburgo! —exclamó Wan Stiller conteniendo la respiración, pues esperaba el tremendo encontronazo—. ¡Eso se llama tener fortuna, españoles!

—¡No daba ni una pipada de tabaco por todos los que tripulan ese barco! —contestó Carmaux.

—¡Me parece estar viéndolos descender al abismo del golfo!

—¿Crees que repetirá el golpe el Comandante?

—Ahora ya estarán en guardia los españoles, y nos presentarán la proa.

—¡Y nos bombardearán de lo lindo! ¡Si nos disparan de día la andanada que nos han largado ahora, podía habernos costado la vida!

—Pero no nos ha producido más que averías insignificantes.

—¡Calla, Carmaux!

El Corsario Negro había cogido el portavoz, y gritaba:

—¡Dispuestos para virar de bordo!

—¿Volvemos? —preguntó Wan Stiller.

—¡Por Baco! ¡Por lo visto, no quiere dejar marchar al barco español! —contestó Carmaux.

—¡Y a mí me parece que tampoco este tiene intenciones de irse!

Era verdad. En lugar de proseguir la marcha, el buque español se había detenido, poniéndose a través del viento, como decidido a aceptar la batalla. Pero viraba lentamente de bordo, presentando siempre el espolón, para evitar una nueva embestida.

También había virado de bordo *El Rayo* a dos millas de distancia; pero, en lugar de echarse encima del adversario, iba describiendo en torno de él un gran círculo, lo bastante grande para que no le alcanzasen los cañones del enemigo.

—¡Comprendo! —dijo Carmaux—. ¡Nuestro Comandante quiere esperar a que amanezca antes de empeñar la lucha y lanzarse al abordaje!

—¡E impedir a los españoles que prosigan su camino hacia Maracaibo! —añadió Wan Stiller.

—¡Eso es precisamente, amigo! Preparémonos para una lucha desesperada; y, como es costumbre entre nosotros los filibusteros, si me parte en dos una bala de cañón o muero en el puente del barco enemigo, te nombro heredero de mi modesta fortuna.

—¿Qué asciende...? —dijo Wan Stiller sonriendo.

—A dos esmeraldas, que lo menos valen quinientas piastras, y que llevo cosidas en el forro de mi chaqueta.

—¡Hay bastante con eso para divertirse durante una semana en las islas de las Tortugas! Yo también te nombro mi heredero; pero te advierto que no tengo más que tres doblones, cosidos en el cinturón.

—¡Basta para vaciar media docena de botellas de vino de España a tu memoria!

—¡Gracias, Carmaux! ¡Ahora ya estoy tranquilo, y puedo esperar la muerte con toda serenidad!

El Rayo, entretanto, continuaba su carrera en derredor del barco de línea, el cual permanecía quieto, limitándose a presentar la proa. El primero daba vueltas con rapidez como un pájaro fantástico, pero sin hacer sonar su artillería.

El Corsario Negro no había soltado la barra del timón. Sus ojos, que parecían volverse luminosos como los de las fieras nocturnas, no se apartaban de la nave de línea, como si tratara de adivinar lo que sucedía a bordo o esperase una falsa maniobra para descargar sobre él el espolonazo mortal.

Su tripulación le miraba con supersticioso terror. Aquel hombre, que manejaba su barco como si le hubiera transmitido su espíritu, que le hacía dar vueltas en derredor de la presa, casi sin cambiar el velamen, con su aspecto tétrico y con su rígida inmovilidad, inspiraba cierto espanto a aquellos atrevidos merodeadores del mar.

Toda la noche estuvo el barco corsario dando vueltas en derredor del otro, sin contestar a los cañonazos que de cuando en cuando le disparaba, aunque sin buen éxito; pero así que las estrellas comenzaron a palidecer y los primeros reflejos del alba tiñeron las aguas del Golfo, volvió a oírse la voz potente del Corsario Negro.

—¡Hombres de mar! —gritó—. ¡Cada uno a su puesto de combate! ¡Traed mi bandera!

El Rayo dejó de dar vueltas y marchó derechamente contra el enemigo, resuelto a abordarle.

La gran bandera negra del Corsario iba izada sobre el pico de la randa y clavada para que no pudiese arriarla nadie, lo cual significaba que había que vencer a toda costa o morir sin remedio.

Los artilleros de la toldilla de cámara habían apuntado los dos cañones de proa, y los filibusteros pasaron los fusiles entre los espacios formados con las hamacas, dispuestos a acribillar al barco enemigo.

Cuando estuvo seguro el Corsario Negro de que todos estaban en su puesto de combate y de que los gavieros volvieron a tomar posiciones en las cofas, en las crucetas y penoles, gritó:

—¡Hombres de mar! ¡Ya no os detengo más! ¡Vivan los filibusteros!

Tres vivas formidables le respondieron.

El barco de línea había vuelto a ponerse al viento y marchaba al encuentro del filibustero. Debían de montarlo hombres resueltos y valientes, porque no habían vacilado un momento en aceptar el combate.

A mil pasos comenzó el cañoneo con gran furor. Corriendo bordadas descargaba ya sus cañones de estribor, ya los de babor, cubriéndose de humo y de llamas.

Era un gran buque de tres puentes, altísimo de bordo y con catorce bocas de fuego; en fin, un verdadero barco de batalla, probablemente rescatado por algún asunto urgente de la

escuadra del almirante Toledo.

En el puente de órdenes de popa se veía al Comandante, vestido de gran uniforme, con el sable en la mano y rodeado de sus oficiales, y en la toldilla, multitud de marineros.

Aquella fuerte nave, arbolando el gran estandarte de España en el palo mayor, se dirigía intrépidamente al encuentro de *El Rayo*, cañoneándole de un modo terrible.

Aun cuando bastante más pequeño, el buque corsario no se atemorizaba ante aquella lluvia de balas.

Apresuraba la marcha, contestando con sus cañones de proa, y en espera del momento oportuno para descargarle las doce piezas de sus costados.

En el puente caía espesísima lluvia de balas, hundiendo las amuras, penetrando en la estiba y en las baterías, destrozando el cordaje y abriendo claros entre los filibusteros; pero no por eso cedía en la marcha, y se dirigía con audacia sin par al abordaje.

A cuatrocientos metros, los fusileros fueron en ayuda de los cañones de proa, y acribillaron la cubierta de la nave enemiga.

En breve debía ser desastroso para los españoles aquel fuego, porque, como ya hemos dicho, los filibusteros rara vez fallaban el tiro, pues casi todos habían sido cazadores de bueyes salvajes.

En efecto; las balas de los gruesas arcabuces hacían todavía más destrozos que los cañones. Los hombres del barco caían por docenas a lo largo de las bordas; caían los artilleros y caían también los oficiales del puente de órdenes.

Bastaron diez minutos para que ni uno solo quedara vivo. Incluso el Comandante cayó en medio de su oficialidad antes de que ambos barcos hubieran abordado.

Pero quedaban aún los hombres de las baterías, bastantes más en número que los marineros de cubierta. Había que disputar la victoria final.

A veinte metros ya un buque del otro, ambos viraron bruscamente de bordo. Casi en el acto se oyó la voz del Corsario, que resonaba por encima del estrépito de la artillería:

—¡Embrolla el palo mayor y la gavia; contrabasa el trinquete; caza a la randa!

El Rayo se apartó de repente, al impulso de un violento golpe de barra, y fue a meter el bauprés por entre las escalas y el cordaje de mesana del barco enemigo.

El Corsario saltó a lo alto de la cubierta de la cámara con la espada en la diestra y una pistola en la izquierda.

—¡Hombres de mar! —gritó—. ¡Al abordaje!

CAPÍTULO XI

LA DUQUESA FLAMENCA



Al ver los filibusteros a su Comandante y a Morgan lanzarse al abordaje del barco, el cual ya no podía huir, se precipitaron detrás de ellos como un solo hombre.

Habían dejado los arcabuces, armas inútiles en un combate cuerpo a cuerpo, y empuñando los sables de abordaje y las pistolas, se lanzaron como impetuoso torrente y gritando a todo pulmón para esparcir el terror entre los enemigos.

Arrojáronse a toda prisa los bicheros de abordaje para aproximar mejor ambos buques; pero los primeros filibusteros que se reunieron en el bauprés, impacientes por poner pie en el buque enemigo, se habían echado sobre las trincas, y agarrándose a los foques y descendiendo por la delfinera, se dejaron caer en la cubierta.

Pero allí encontraron una resistencia inesperada. Por las escotillas salían furiosos los españoles que había en las baterías, empuñando sables y hachas.

Eran lo menos cien hombres, mandados por algunos oficiales y los maestros y contra maestros de artillería.

En un abrir y cerrar de ojos se repartieron por el puente, subieron al castillo de proa y cayeron encima de los filibusteros, en tanto que otros, precipitándose sobre la toldilla de cámara, descargaron a quemarropa los dos cañones de proa, enfilando la cubierta de la nave filibustera con un huracán de metralla.

El Corsario Negro no vaciló. Encontrábanse en aquel momento los barcos costado con costado.

De un salto montó la amura y se arrojó en la toldilla del buque español, gritando:

—¡A mí, filibusteros!

Morgan le siguió, y detrás los arcabuceros, en tanto que los gavieros, desde las cofas, desde las crucetas, desde los pelones y desde las escalillas arrojaban granadas en medio del enemigo, haciendo fuego al propio tiempo con pistolas y fusiles.

La lucha se hizo terrible, espantosa.

Tres veces el Corsario Negro llevó a su gente al asalto de la cubierta de cámara, en donde se habían reunido sesenta o setenta españoles, que limpiaban la toldilla con los cañones de proa, y tres veces los rechazaron; por su parte, Morgan tampoco consiguió subir al castillo de proa.

Con igual furor se combatía por ambas partes. A pesar de haber sufrido pérdidas desastrosas, causadas por el fuego de los arcabuceros, que ya eran en menor número, los españoles resistían heroicamente, decididos a hacerse matar antes que rendirse.

Las granadas de mano que arrojaban impunemente los gavieros del buque corsario hacían estragos en sus filas; pero no retrocedían. En derredor suyo se encontraban muertos y heridos; pero el gran estandarte de España ondeaba atrevidamente en lo alto del palo mayor, con su cruz flameante a los primeros rayos del sol. Sin embargo, aquella resistencia no podía durar mucho. Furiosos ante la obstinación de los enemigos, los filibusteros se arrojaron por última vez al asalto del castillo y de la toldilla, guiados por los dos comandantes, que combatían en primera fila.

Treparon por las escalillas para dejarse caer por el cordaje del palo de mesana o a través de la maniobra de popa; se agarraron a las bancazas, corrieron por las amuras y llovieron por todas partes sobre los últimos defensores del desgraciado barco.

El Corsario Negro rompió aquella muralla de cuerpos humanos y se metió en medio del último grupo de combatientes. Había tirado el sable de abordaje y empuñado una espada.

La hoja silbaba como una serpiente, batiendo y rechazando los hierros que intentaban alcanzarle en el pecho, e hiriendo a diestro y siniestro. Nadie podía resistir aquel brazo ni parar sus estocadas. En derredor suyo se abrió un hueco, y se encontró en medio de un montón de cadáveres, con los pies en la sangre que corría a torrentes por el plano inclinado de la cubierta.

En aquel momento, Morgan acudió con una banda de filibusteros. Expugnado ya el castillo de proa, se disponía a matar a los pocos supervivientes que defendían con el furor de la desesperación el estandarte del barco, que ondeaba en el pico de la randa.

—¡A la carga sobre estos últimos! —gritó.

El Corsario Negro le detuvo, gritando a su vez:

—¡Hombres de mar! ¡El Corsario Negro vence, pero no asesina!

El empuje de los filibusteros se contuvo, y las armas, dispuestas a herir, se bajaron.

—¡Rendíos! —gritó el Corsario adelantándose hacia los españoles, agrupados en derredor de la barra del timón—. ¡Quede a salvo la vida de los valientes!

Un contraataque, el único de graduación que quedaba vivo, se adelantó, arrojando el hacha, tinta en sangre.

—¡Nos han vencido! —dijo con voz ronca—. ¡Haga usted lo que le parezca de nosotros!

—¡Conservad el hacha, contraataque! —respondió el Corsario con nobleza—. ¡Hombres tan valientes y que con tanto encarnizamiento defienden el estandarte de la patria lejana, merecen mi estimación!

Miró en seguida a los supervivientes, sin reparar en el estupor del contraataque, muy natural, por otra parte, porque en aquellas luchas era muy raro que los filibusteros concediesen cuartel a los vencidos, y casi nunca la libertad sin previo rescate.

De todos los defensores del barco de línea, no quedaban más que dieciocho marineros, casi todos heridos. Arrojaron las armas y esperaron con sombría resignación que se decidiera sobre su suerte.

—Morgan —dijo el Corsario—, mandad echar al agua la chalupa grande, con víveres suficientes para una semana.

—¿Vais a dar la libertad a todos esos hombres? —preguntó el segundo comandante con cierto sentimiento de despecho.

—¡Sí, señor! ¡Me gusta premiar el valor sin fortuna!

Al oír estas palabras, el contraataque avanzó unos pasos, diciendo:

—¡Gracias, Comandante! ¡Siempre recordaremos la generosidad del Corsario Negro!

—¡Callad y responded!

—¡Preguntad, Comandante!

—¿De dónde venís?

—De Veracruz.

—¿Y a dónde os dirigíais?

—A Maracaibo.

—¿Os esperaba el Gobernador? —preguntó el Corsario arrugando el entrecejo.

—Lo ignoro, señor. Únicamente habría podido contestaros el Capitán.

—Tenéis razón. ¿A qué escuadra pertenecía este barco?

—A la del almirante Toledo.

—¿Llevan carga en la estiba?

—Balas y pólvora.

—¡Está bien! ¡Estáis libres!

En lugar de obedecer, el contraataque le miró con cierto embarazo, que no se le escapó al Corsario.

—¿Qué queréis decirme? —le pregunto este.

—Que a bordo hay más gente, Comandante.

—¿Prisioneros quizá?

—No; mujeres y pajes.

—¿En dónde están?

—En la cámara de popa.

—¿Quiénes son esas mujeres?

—El Capitán no lo ha dicho; pero me parece que entre esas mujeres viene una dama de alto rango.

—¿De alto rango?

—Creo que una duquesa.

—¡En este barco de guerra! —exclamó el Corsario—. ¿Dónde la han embarcado?

—En Veracruz.

—¡Está bien! Vendrá con nosotros a las islas de las Tortugas, y si quiere la libertad, pagará el rescate que fije mi tripulación. Marchaos, valientes defensores de vuestra patria y de su bandera. Hago votos por que lleguéis felizmente a la costa.

—¡Gracias, señor!

La chalupa grande había sido echada al agua con víveres para ocho días, con arcabuces y cierto número de cargas.

El contramaestre y sus dieciocho marineros descendieron a la embarcación, en tanto que el estandarte de España dejaba el puesto a las negras banderas del filibustero, saludadas con dos cañonazos.

El Corsario Negro había salido a proa y miraba a la chalupa, que se alejaba rápidamente dirigiéndose hacia el Sur; esto es, hacia donde se abría la amplia bahía de Maracaibo. Cuando ya vio muy lejos la chalupa, descendió, murmurando:

—¡Y esos hombres son los que manda el traidor!...

Miró a sus gentes, ocupadas en transportar a la enfermería a los heridos y en encerrar en lonas los cadáveres para arrojarlos al mar, e hizo una seña a Morgan.

—Decid a mis hombres —le dijo— que renuncio en favor de ellos la parte que pueda tocarme en la venta de este barco.

—¡Pero, señor —exclamó asombrado su lugarteniente—, este buque vale muchos miles de piastras! ¡Eso lo sabéis!

—¿Y a mí qué me importa el dinero? —contestó el Corsario despreciativamente—. Hago la guerra por motivos puramente personales, y no por avidez de riquezas. Además, yo ya he cobrado mi parte.

—¡Eso no es cierto, señor!

—Sí; podía haber llevado a las Tortugas a los diecinueve prisioneros, los cuales, para quedar libres, tendrían que pagar su rescate.

—¡Valían bien poco! ¡Quizá no habrían podido pagar todos ellos mil piastras!

—A mí me basta. Decid a mis hombres que fijen el rescate de la duquesa que viene a bordo de este buque. El gobernador de Veracruz y el de Maracaibo pagarán si quieren verla libre.

—Nuestros hombres son aficionados al dinero; pero quieren más todavía a su Comandante, y os cederán los prisioneros de la cámara.

—¡Bueno; ya veremos! —contestó el Corsario encogiéndose de hombros.

Iba a dirigirse hacia popa, cuando se abrió de repente la puerta de la cámara y apareció una jovencita, seguida de dos mujeres y de dos pajes lujosamente vestidos.

Era la jovencita una linda criatura, alta, elegante, de líneas suavísimas; tenía la epidermis de color blanco rosado, de ese rosado que tan sólo poseen las muchachas de los países septentrionales, y sobre todo las que pertenecen a la raza anglosajona o escotodanesa.

Sus blondos cabellos eran de color del oro pálido, y le caían por la espalda formando una gran trenza, que terminaba en un gran lazo azul bordado de perlas; sus ojos, admirablemente bellos, tenían un color indefinido, con reflejos de acero bruñido, y estaban coronados por cejas finísimas y, cosa extraña, negras en vez de rubias.

Aquella jovencita, niña todavía, pues no tenía aún desarrollo completo de la mujer, vestía un elegante traje de seda azul con gran cuello, como antes se usaba, pero sencillísimo, sin adorno alguno de oro ni plata; en cambio, rodeábanle la garganta varios hilos de perlas gruesas, que valían unos cuantos miles de piastras, y de sus orejas pendían dos magníficas esmeraldas, piedras en aquellos tiempos apreciadísimas.

Las dos mujeres que la seguían, dos camaristas, sin duda alguna, eran mulatas, lindas las dos, y tenían el color ligeramente bronceado, con reflejos de cobre; detrás de ellas iban los pajes.

Al ver la cubierta del barco llena de muertos y de heridos, de armas, de aparejos hechos pedazos y de balas de cañón, y además chorreando sangre, la jovencita hizo un gesto ante tan horrible espectáculo; pero al reparar en el Corsario Negro, que se había detenido a cuatro pasos de distancia, le preguntó con aire de enfado y arrugando el entrecejo:

—¿Qué es lo que ha sucedido caballero?

—Ya podéis suponerlo, señora —contestó el Corsario—. Una batalla terrible, que ha terminado mal para los españoles.

—Y vos, ¿quién sois?

El Corsario arrojó lejos de sí la espada ensangrentada, que todavía no había dejado, y quitándose cortésmente el amplio sombrero, dijo con exquisita finura:

—Yo, señora, soy un noble del otro lado del mar.

—Eso no me explica nada —dijo la joven, un tanto satisfecha de la gentileza del Corsario.

—Entonces, añadiré que soy el caballero Emilio de Roccabruna, señor de Valpenta y de Ventimiglia, pero que tengo otro nombre muy distinto.

—¿Qué nombre, caballero?

—Soy el Corsario Negro.

Al oír este título, un gesto de terror contrajo el rostro de la hermosa jovencita, y su tez rosada se puso blanca como el alabastro.

—¡El Corsario Negro! —murmuró, mirándole con ojos apagados—. ¡El terrible corsario de las Tortugas; el formidable enemigo de los españoles!

—Creo que os equivocáis, señora. Podré combatir con los españoles; pero no tengo motivo para odiarlos: acabo de dar una prueba de ello ahora mismo a los supervivientes de este barco. ¿No veis allá, donde se confunden mar y cielo, un punto negro que parece perdido en el espacio? Es una chalupa tripulada por diecinueve marineros españoles, a quienes he dejado libres, siendo así que por derecho de guerra habría podido matarlos o retenerlos prisioneros.

—¿Mentirán, entonces, los que os pintan como al corsario más temible de las islas de las Tortugas?

—¡Quizá! —contestó el filibustero.

—Y de mí, ¿qué pensáis hacer, caballero?

—Ante todo, una pregunta.

—Hablad, señor.

—¿Vos sois...?

—Flamenca.

—Una duquesa, según me han dicho.

—Es verdad, caballero —contestó la joven haciendo un gesto de mal humor, como si le hubiera desagradado que ya supiese el Corsario su alto rango social.

—¿Y vuestro nombre, si no tenéis inconveniente en decirlo?

—¿Es preciso?

—Es preciso que yo lo sepa, si queréis obtener la libertad.

—¿La libertad? ¡Ah, sí; es cierto! ¡Olvidaba que soy vuestra prisionera!

—¡Mía no, señora; de los filibusteros! Si se tratase de mí, pondría a vuestra disposición mi mejor chalupa y mis marineros más fieles para que os desembarcasen en el puerto más cercano; pero yo no puedo sustraerme a las leyes que rigen entre los hermanos de la costa.

—¡Gracias! —dijo ella con una sonrisa adorable—. ¡Me parecía muy extraño que un noble del caballeresco ducado de Saboya se hubiese convertido en ladrón de mar!

—La palabra puede ser dura para los filibusteros —dijo él arrugando la frente—. ¡Ladrones del mar! Quizá algún día podáis saber el motivo por el cual un caballero, un noble del ducado de Saboya, ha venido a hacer estragos en las aguas del gran golfo americano. ¿Vuestro nombre, señora?

—Honorata Willeman, duquesa de Weltendran.

—Está bien, señora. Retiraos a la cámara, pues nosotros tenemos que cumplir la triste misión de sepultar a los héroes que han muerto en la lucha; pero esta tarde os espero a comer a bordo de mi barco.

—¡Gracias, caballero! —dijo la joven ofreciéndole una mano blanca y pequeña como la de una niña y de afilados dedos.

Hizo una ligera inclinación y se retiró lentamente; pero antes de entrar en la cámara se volvió, y al ver al Corsario Negro, que permanecía inmóvil en el mismo sitio y con el sombrero todavía en la mano, le dirigió una sonrisa.

El filibustero no se había movido. Sus ojos, que se tornaron tétricos, estaban fijos en la puerta de la cámara, y su frente se puso aborascada.

Así estuvo durante algunos minutos, como absorto en un pensamiento tormentoso, y como si sus miradas siguieran a una visión que huía. Al cabo, moviendo la cabeza, murmuró:

—¡Locuras!...

CAPÍTULO XII

LA PRIMERA LLAMA



l terrible combate entre ambos barcos había sido desastroso para las tripulaciones. Más de doscientos cadáveres llenaban la toldilla, el castillo de proa y la cubierta de cámara del barco vencido.

Ciento sesenta hombres perdió el barco español, y cuarenta y ocho el corsario, además de veintisiete heridos, que fueron transportados a la enfermería de *El Rayo*.

También los buques habían sufrido grandes averías con el fuego de los cañones. Gracias a la rapidez del ataque, *El Rayo* no perdió más que dos penoles, de fácil recambio, y algunos trozos de la obra muerta, así como del cordaje y velamen; pero el navío español quedó casi en la imposibilidad de ponerse a la vela: al mesana no le quedó una cuerda; el palo mayor, medio quebrado en su base por la explosión de una bomba, amenazaba venir abajo al menor esfuerzo de las velas, y el timón lo había roto una bala de cañón; además, las amuras estaban bastante averiadas.

Pero, con todo esto, era una hermosa nave, que después de reparada se podía vender con gran ventaja en las Tortugas, pues tenía muchas bocas de fuego y municiones en abundancia, cosas ambas solicitadas por los filibusteros, que generalmente carecían de ellas.

Así que el Corsario Negro se dio cuenta de las pérdidas sufridas y de los destrozos causados a los dos buques, mandó despejar de cadáveres la toldilla y proceder con toda urgencia a las reparaciones más precisas, pues le corría prisa alejarse de aquellos parajes, no hiciera la mala suerte que se viese acometido por la escuadra del almirante Toledo, hallándose, como se hallaba, demasiado cerca de Maracaibo.

La triste ceremonia de arrojar al agua los cadáveres se hizo en seguida. Metidos de dos en dos en sacos y con un par de balas de cañón a los pies, todos descendieron a los abismos del gran golfo, no sin habérseles quitado cuanto tenían de algún valor, pues los peces no necesitan nada, como bromeando decía Carmaux a Wan Stiller, salvados milagrosamente de la muerte. Terminada tan lúgubre faena, la tripulación, bajo el mando de los contra maestres, limpió la cubierta de restos de cordajes, amuras, etc., arrojó torrentes de agua sobre la sangre y procedió al recambio de la maniobra estropeada, así fija como móvil.

Hubo necesidad de echar abajo el palo mayor del buque español y de reforzar fuertemente el de mesana, colocando en el puesto del timón un remo de dimensiones enormes, pues no encontraron ninguno de recambio en la carpintería ni en los almacenes.

A pesar de todo esto, el barco no estaba en condiciones de navegar por sí mismo, y fue preciso que lo tomase a remolque *El Rayo*, pues tampoco quería el Corsario dividir su ya escasa tripulación.

Se echó un gran cable de la popa de la nave filibustera a la proa del barco de línea, y a eso de la hora del crepúsculo se dieron a la vela y navegaron rápidamente hacia el Norte; pues deseaban por momentos ponerse en seguro en las formidables islas de las Tortugas.

Dadas las últimas órdenes por la noche, y después de recomendar que se redoblaran las guardias, pues no estaba tranquilo por la proximidad de las costas venezolanas, sobre todo después del cañoneo de la mañana, ordenó al negro y a Carmaux que pasasen al buque español para buscar a la duquesa flamenca.

Mientras los dos hombres bajaban al bote y se dirigían hacia el barco remolcado por *El Rayo*, el Corsario Negro paseaba por la toldilla, como si le hubiera acometido de pronto una gran agitación y una preocupación muy viva.

Contra su costumbre, estaba nervioso e inquieto; interrumpía repentinamente sus paseos para detenerse, cual si le atormentara algún negro pensamiento; se acercaba a Morgan, que vigilaba en el castillo de proa, como si tuviese intención de decirle algo; pero de pronto le volvía la espalda y se alejaba hacia popa.

Como siempre, veíasele tétrico, quizá más tétrico que nunca. Por tres veces salió de la cámara de popa para mirar el barco de línea, haciendo un gesto de impaciencia, y tres veces se alejó precipitadamente, para detenerse en el castillo de proa y mirar distraídamente a la luna, que en aquellos momentos surgía en el horizonte, esparciendo por el mar una lluvia de plata.

Pero en cuanto se oyó en el costado del buque el choque sonoro de la chalupa que volvía del barco español, se alejó presuroso del castillo de proa y se detuvo en lo alto de la escalera de babor, que bajaron en aquel momento.

Ligera como un pájaro, Honorata subía sin apoyarse en la baranda. Iba vestida lo mismo que por la mañana; pero llevaba en la cabeza un ancho lazo de seda de colores, recamado de oro y adornado con flecos, como los *sarapes* mexicanos.

El Corsario Negro esperaba sombrero en mano y apoyada la mano izquierda en las guardas de la espada.

—¡Os doy gracias, señora, por aceptar mi invitación! —le dijo.

—A vos es a quien debo darlas yo, caballero, por recibirme en su buque —contestó ella inclinando graciosamente la cabeza—. ¡No olvido que soy su prisionera!

—¡La galantería también se conoce entre los ladrones del mar! —contestó el Corsario con un ligero acento de ironía.

—¿Todavía me guardáis rencor por las palabras que pronuncié esta mañana?

El Corsario Negro no respondió, y le hizo seña con la mano para que le siguiese.

—¡Antes de nada, una pregunta, caballero! —dijo la joven deteniéndole.

—Decid.

—¿No os desagradará que haya traído conmigo a una de mis camaristas?

—No, señora; creí que vendrían las dos.

Le ofreció galantemente el brazo, y la condujo a popa, haciéndola entrar en el saloncito de la cámara.

Aquella habitación, situada bajo el castillo de popa, a nivel de la cubierta, estaba amueblada con una elegancia tal, que dejó estupefacta a la duquesa, a pesar de hallarse acostumbrada a vivir en medio del lujo.

Comprendíase en seguida que aquel corsario, a pesar de su oficio, no había renunciado al fausto y a la elegancia de sus castillos.

Las paredes del saloncito estaban tapizadas de seda azul con hilos de oro, y decoradas con espejos de Venecia; desaparecía el piso bajo un tupido tapiz oriental, y las amplias ventanas que daban al mar, divididas por elegantes columnitas acanaladas, estaban resguardadas por ligeras cortinillas de muselina.

En los ángulos veíanse cuatro cristaleras llenas de objetos de plata; en medio, una mesa ricamente cubierta con un blanco mantel de Flandes, y en derredor, cómodos asientos de terciopelo azul, con gruesas placas de metal.

Dos grandes y artísticos candelabros de plata iluminaban el saloncillo, reflejándose su luz en los espejos y haciendo brillar un grupo de armas entrecruzadas sobre la puerta.

El Corsario invitó a sentarse a la joven flamenca y a la mulata; después se sentó frente a ellas, y Moko, el hercúleo negro, sirvió la cena en vajilla de plata, que llevaba grabado en el centro un extraño escudo de armas, quizá el del Comandante, pues representaba una roca coronada por cuatro águilas.

La comida, compuesta en su mayor parte de pescado fresco, exquisitamente condimentado de varios modos, carne en conserva, dulces y frutas de los trópicos, acompañado todo de vinos escogidos de Italia y de España, terminó en silencio, pues de los labios del Corsario Negro no salió una palabra, ni por su parte la joven flamenca se había atrevido a distraerle de sus preocupaciones.

Después de servido el chocolate, según la costumbre española, en júcaras microscópicas de porcelana, el Comandante se decidió a romper el silencio casi sombrío que reinaba en el saloncito.

—¡Perdonadme, señora! —dijo, mirando a la joven flamenca—. Perdonadme que haya

estado demasiado preocupado durante la comida y que haya sido tan mal compañero de mesa; pero cuando descende la noche, cae sobre mi alma una negra tristeza: bajo con el pensamiento a los abismos del gran golfo, y vuelo a los nebulosos países que baña el mar del Norte. ¿Qué queréis? ¡Son tan negros los recuerdos que atormentan mi corazón y mi cerebro!

—¿A vos? ¿Al más valiente de los corsarios? —exclamó la joven con asombro—. ¿Vos, que batís el mar de sus enemigos, que tenéis un barco que desafía y vence a los más grandes navíos, hombres audaces que a una sola orden se hacen matar, que tenéis siempre abundantes riquezas, y que sois uno de los más formidables jefes del filibusterismo?

—¡Mirad el traje que visto, y pensad en el nombre que llevo! ¿No tiene todo esto algo de fúnebre?

—¡Es verdad! —contestó la joven duquesa, a quien llamaron la atención aquellas palabras—. Vestís un traje tétrico como la noche, y los filibusteros os han puesto un nombre que da miedo. En Veracruz, donde he pasado algún tiempo al lado del marqués de Heredia, he oído contar de vos cosas tan extrañas, que dan escalofríos.

—¿Qué cosas, señora? —preguntó el Corsario con tono de mofa, mientras que sus ojos, en los cuales brillaba una luz sombría, se clavaban en los de la joven flamenca como si quisiera leer en el fondo de su alma.

—He oído contar que el Corsario Negro había atravesado el Atlántico en unión de sus hermanos, que vestían: uno, traje verde, y otro traje rojo, para llevar a cabo una venganza terrible.

—¡Ah! —dijo el Corsario, cuya frente se anublaba.

—Me han dicho que erais un hombre que siempre estaba taciturno y sombrío, y que cuando la tempestad enfurecía el mar de las Antillas, salíais a recorrerle a despecho de las olas y los vientos, y depredaba sin temor alguno el gran Golfo, desafiando las iras de la Naturaleza, porque os protegían los espíritus infernales.

—¿Y qué más? —preguntó el Corsario.

—Que a los dos corsarios de los trajes rojo y verde los había ahorcado un hombre que era vuestro mortal enemigo, y que...

—¡Proseguid! —dijo el Corsario con voz cada vez más sombría.

En vez de terminar la frase, la joven duquesa se detuvo, mirándole con cierta inquietud, no exenta de vago terror.

—¿Por qué os interrumpís? —le preguntó él.

—¡No me atrevo! —contestó la joven vacilando.

—¿Es que os causa miedo?

—No; pero...

Y levantándose de pronto, le preguntó bruscamente:

—¿Es verdad que evocáis a los muertos?

En el costado de babor del barco se oyó en aquel momento el choque de una gran oleada, golpe que se reprodujo sordamente en las profundidades de la estiba, al mismo tiempo que algunos copos de espuma saltaban hacia las ventanas del saloncito, mojando las cortinillas.

El Corsario Negro se levantó precipitadamente, y, pálido como un cadáver, miró a la joven con ojos que brillaban como carbones encendidos, pero en los cuales se advertía una emoción profunda; en seguida se acercó a una de las ventanas, la abrió y se inclinó hacia fuera.

El mar estaba tranquilo y brillaba bajo los pálidos rayos del astro nocturno. La suave brisa que hinchaba las velas de *El Rayo* no levantaba más que ligeras encrespaduras en la inmensa superficie.

Pero por el lado de babor veíase el agua todavía espumeante debatirse contra el costado del buque, como si una gran oleada, producida por una fuerza misteriosa o por cualquier inexplicable fenómeno, la conmoviese.

El Corsario Negro, inmóvil ante la ventana y con los brazos cruzados, como de costumbre, proseguía mirando al mar sin decir palabra y sin hacer el menor gesto. Se diría que sus fulgurantes ojos querían sondear y recorrer las profundidades del mar Caribe. La duquesa se le había acercado en silencio, pálida y presa de un terror supersticioso.

—¿Qué miráis, caballero? —le preguntó con dulzura.

El Corsario Negro no dio muestras de haberla oído, porque no se movió.

—¿En qué pensáis? —volvió a preguntarle.

Esta vez el Corsario se estremeció.

—¡Me preguntaba —contestó con lúgubre voz— si es posible que los muertos sepultados

en el fondo del mar puedan salir de los abismos donde reposan y subir a la superficie de las aguas!

La joven sintió un intenso escalofrío.

—¿De qué muertos habláis? —preguntó al cabo de unos instantes de silencio.

—¡De los que perdieron la vida sin haber sido vengados!

—¿De vuestros hermanos?

—¡Quizá! —contestó el Corsario con voz apenas perceptible.

En seguida, volviéndose hacia la mesa y llenando dos vasos de vino blanco, dijo con una sonrisa forzada, que contrastaba con el lívido aspecto de su rostro.

—¡Señora, a vuestra salud! Hace ya algunas horas que es de noche, y tenéis que regresar a vuestro barco.

—La noche está tranquila, caballero, y no amenaza peligro alguno a la chalupa que ha de llevarme a bordo —respondió ella.

La mirada del Corsario, hasta entonces tétrica, pareció serenarse de pronto.

—¿Queréis hacerme todavía compañía, señora? —le preguntó.

—Si eso no os molesta...

—¡De ningún modo, señora! En el mar es tan dura la vida, que semejantes distracciones son muy raras. Pero, si no me engañan mis ojos, debéis tener un motivo oculto para querer permanecer aquí.

—¡Puede ser!

—¡Hablad; mi tristeza se ha desvanecido!

—Decidme, caballero: ¿es verdad, en efecto, que habéis venido desde vuestro país para llevar a cabo una venganza terrible?

—Es verdad, señora; y debo añadir que no reposaré ni gozaré de bien alguno, ni en el mar ni en la tierra, hasta que no la haya cumplido.

—¿Tanto odiáis a ese hombre?

—¡Tanto, que por matarle daría hasta la última gota de mi sangre!

—Pero ¿qué es lo que os ha hecho?

—¡Ha matado, ha destruido a toda mi familia, señora! Pero hace dos noches he hecho un juramento, y lo sostendré aun cuando tuviera que recorrer todo el mundo y registrar los más apartados y recónditos sitios de la Tierra para encontrar a ese mortal enemigo mío y a todos cuantos tienen la desgracia de llevar su nombre.

—¿Y ese hombre está aquí en América?

—En una ciudad del gran Golfo.

—¿Y cómo se llama? —preguntó la joven ansiosamente—. ¿Puedo saberlo yo?

El Corsario miró fijamente a la duquesa en lugar de contestar.

—¿Os interesa saberlo? —preguntó al cabo de algunos instantes de silencio—. Vos no pertenecéis al filibusterismo, y sería peligroso.

—¡Oh, caballero! —exclamó la joven palideciendo.

El Corsario sacudió la cabeza como si quisiera desechar una idea importuna, y paseándose muy agitado, dijo:

—¡Señora, es tarde; es preciso que regreséis a vuestro barco!

Se volvió hacia el negro, que estaba inmóvil ante la puerta, semejante a una estatua de basalto, y le preguntó:

—¿Está lista la chalupa?

—¡Si, patrón! —contestó el africano.

—¿Quiénes la tripulan?

—El compadre blanco y un amigo.

—¡Venid, señora!

La joven se cubrió la cabeza y se levantó.

El Corsario le ofreció el brazo sin decir palabra, y la condujo a cubierta. Durante aquel breve camino se detuvo dos veces, ahogando un ligero suspiro.

—¡Adiós, señora! —dijo él cuando llegaron a la escala.

Ella le alargó su manita, y se estremeció al sentir temblar la del Corsario.

—¡Gracias por su hospitalidad, caballero! —murmuró la joven.

Él se inclinó en silencio y le indicó a Carmaux y a Wan Stiller, que la esperaban al pie de la escala.

La joven descendió, seguida de la mulata: pero así que hubo llegado abajo, levantó la cabeza y vio en lo alto al Corsario Negro, que inclinado sobre la amura, la seguía con la mirada.

Saltó a la chalupa y fue a sentarse en la popa, al lado de la mulata, mientras que Carmaux y Wan Stiller cogían los remos disponiéndose a arrancar.

En pocos golpes, la chalupa llegó debajo del buque de línea, el cual marchaba lentamente, siguiendo la estela de *El Rayo*, que le remolcaba.

Así que estuvo a bordo, en vez de dirigirse a la cámara, la joven flamenca subió al castillo de proa y miró con atención hacia el buque filibustero.

En la popa y hacia el timón vio delinearse a la luz de la luna la negra figura del Corsario, con la larga pluma de su sombrero ondeando agitado por la brisa de la noche.

Allí estaba, inmóvil, con un pie en la amura, con la mano izquierda puesta sobre las guardas de su temible espada y la diestra en la cadera, mirando fijamente a la proa del barco español.

—¡Mírale! ¡Es él! —murmuró la joven inclinándose hacia la mulata, que la había seguido—. ¡Es el fúnebre gentilhombre de Ultramar! ¡Qué hombre tan extraño!

CAPÍTULO XIII

FASCINACIONES MISTERIOSAS



El Rayo marchaba lentamente hacia el Septentrión, con objeto de llegar a las costas de Santo Domingo, y ya allí, meterse en el amplio canal abierto entre esta isla y la de Cuba.

Además de la impedimenta del barco de línea que se veía obligado a remolcar, el buque marchaba con gran trabajo a causa del obstáculo que ofrecía la gran corriente equinoccial que, después de atravesar el Atlántico, corriendo en dirección de las playas de América Central, sale dando un gran rodeo del Golfo de México por cerca de las islas de Bahama y las costas meridionales de la Florida.

Por fortuna, el tiempo se mantenía sereno; de otro modo, *El Rayo* se habría visto obligado a abandonar a la furia de las olas la presa que cobrara a tan alto precio, pues los huracanes que se desencadenan en los mares de las Antillas son tan terribles, que es imposible formar idea de su violencia.

Aquellas regiones, que parecen bendecidas por la mano de Dios; aquellas opulentas islas, cuya fertilidad es prodigiosa, favorecidas por un clima sin par y por un cielo que en su pureza nada tiene que envidiar al tan decantado de Italia, se ven sujetas a menudo a espantosos cataclismos, que por causa de los vientos dominantes y de la corriente equinoccial las trastornan en pocas horas.

De cuando en cuando las azotan horribles tempestades, que destruyen las ricas plantaciones, arrancan de cuajo bosques enteros y derriban ciudades y aldeas; oleadas gigantescas se levantan entonces, y el mar se arroja sobre las costas con irresistible ímpetu, llevándose por delante cuanto encuentra y arrastrando los barcos anclados en los puertos; convulsiones formidables del suelo las sacuden de repente, sepultando a millares de personas en espantosas ruinas.

La buena estrella sonreía a los filibusteros del Corsario Negro, porque, como hemos dicho, el tiempo se mantenía espléndido, prometiendo una navegación tranquila hasta las islas de las Tortugas.

El Rayo marchaba plácidamente por aquellas aguas de esmeralda, tersas como un cristal y tan transparentes, que a través de ellas podía verse a cien brazas de profundidad el blanquísimo lecho del Golfo, lleno de arrecifes de corales.

Al reflejarse la luz en aquellas blancas arenas, hacía todavía más transparente y límpida el agua, no sin producir el vértigo a quien sin estar acostumbrado quisiera mirar a ella.

En medio de aquella nítida transparencia, veíanse deslizarse en todas direcciones extraños peces, que jugaban, se perseguían o se devoraban, y a menudo subían a la superficie merced al impulso de un vigoroso coletazo; esos terribles devoradores de hombres llamados *zigdenas*, escualos muy parecidos y no menos feroces que los tiburones, de veinte pies de longitud algunos, con la figura de martillo, con los ojazos redondos, casi vítreos, colocados en el extremo de la boca, que, además de ser enorme, la tienen guarnecida de grandes dientes triangulares.

Dos días después del apresamiento del barco, *El Rayo*, gracias a un viento fuerte y favorable, se aventuraba por el trozo de mar comprendido entre Jamaica y la punta occidental de Haití, dirigiéndose rápidamente hacia las costas cubanas del Mediodía.

El Corsario Negro, que llevaba dos días encerrado en su camarote, al oír que el piloto

señalaba las elevadas montañas de Jamaica, salió a cubierta.

Todavía estaba poseído de aquella inquietud inexplicable que le invadiera la noche misma que había invitado a comer en su cámara a la joven flamenca.

No estaba quieto un solo momento. Paseaba nerviosamente por la pasarela, siempre preocupado y sin cambiar palabra con nadie, ni siquiera con Morgan.

Aún estuvo cosa de media hora mirando de vez en cuando, pero como distraído, a las montañas de Jamaica, que se dibujaban con claridad en el luminoso horizonte y que parecían emerger del fondo de las aguas; después bajó a cubierta y prosiguió los paseos entre el palo de trinquete y el mayor, con la amplia ala del sombrero muy echada sobre los ojos.

De pronto, como si se le hubiese ocurrido alguna idea y obedeciera al impulso de una tentación irresistible, volvió a subir al puente, tornó a descender al castillo de popa y se detuvo junto a la amura.

Sus ojos se fijaron en seguida en la proa del barco español, que iba a una distancia de sesenta pasos, longitud que tenía el cable de remolque.

Se estremeció e hizo como intención de retirarse; pero se detuvo en el acto, mientras que se iluminaba su rostro, siempre sombrío, y su palidez se trocaba en un ligero tinte rosado, que no duró más que un instante.

En la proa del barco español había visto una sombra blanca apoyada en el cordaje. Era la joven flamenca, envuelta en un largo manto blanco y con los blondos cabellos sueltos por la espalda en delicioso desorden, que, volaban al impulso de la brisa marina. Tenía vuelta la cabeza hacia el buque filibustero, y los ojos fijos en la popa; mejor dicho, en el Corsario Negro.

Su inmovilidad era absoluta, y apoyaba la mejilla sobre las manos, cruzadas en actitud meditabunda.

El Corsario Negro no hizo la menor señal, ni siquiera para saludarla. Se cogió a la amura con ambas manos, como si tuviera miedo a que le arrancasen de allí, y clavó los ojos en los de la joven.

Parecía enteramente fascinado por aquellos ojos de color de acero, pues ni siquiera respiraba.

Encanto semejante, extraño en un hombre del temple del Corsario, duró un minuto, al cabo del cual pareció romperse.

El Corsario Negro, casi arrepentido de haberse dejado vencer por la mirada de la joven, con un movimiento rápido soltó las manos de la amura y dio un paso hacia atrás.

Miró al timonel, que estaba a corta distancia; después, al mar; en seguida, a la arboladura de su barco, cual si no acabara de decidirse a dejar de mirar a la joven flamenca.

Esta no se había movido. Sentada siempre en el rollo de cuerdas, con la barbilla apoyada en la diestra y la rubia cabeza inclinada hacia adelante, miraba sin pestañear al Corsario. Una luz irresistible se escapaba de sus grandes ojos, cuyas pupilas parecían petrificadas en una inmovilidad vítrea.

El Comandante de *El Rayo* seguía retrocediendo, como impotente para sustraerse a aquella fascinación. Estaba más pálido que nunca, y un ligero temblor sacudía su cuerpo.

Siempre retrocediendo en la toldilla de la cámara, llegó hasta el extremo del puente de órdenes, donde se detuvo algunos momentos; pero al cabo prosiguió su marcha atrás hasta tropezar con Morgan, que estaba terminando su cuarto de guardia.

—¡Ah! —le dijo algo confuso, mientras que rápido rubor coloreaba sus mejillas.

—¿Mirabais también el color del sol, señor? —le preguntó el segundo.

—¿Qué tiene el sol?

—¡Prestad atención!

El Corsario abrió los ojos y vio que el astro diurno, poco antes fulgurante, adquiría un color rojizo que le hacía parecerse a una plancha de hierro incandescente. Se volvió hacia los montes de Jamaica y vio que sus cumbres se destacaban con mayor nitidez en el cielo, como si estuviesen iluminadas por una luz mucho más viva que hasta entonces.

En el rostro del Corsario se manifestó en el acto cierta inquietud, y sus ojos se tornaron hacia el buque español, deteniéndose otra vez en la joven flamenca, la cual seguía en el mismo sitio.

—¡Vamos a tener huracán! —dijo, al fin, con voz sorda.

—Todo lo indica, señor —respondió Morgan—. ¿No sentís ese olor nauseabundo que se eleva del mar?

—Sí: y también veo que la atmósfera comienza a enturbiarse. Estos son los síntomas de

los tremendos huracanes de las Antillas.

—Verdad, capitán.

—¡Tendremos que perder nuestra presa!

—¿Me permitís daros un consejo, señor?

—¡Hablad, Morgan!

—Enviad la mitad de la tripulación al barco español.

—Creo que tenéis razón. Sentiría, por mis gentes, que ese hermoso barco fuese a parar al fondo del océano.

—¿Dejaréis en el barco a la duquesa?

—¿La joven flamenca? —dijo el Corsario, arrugando la frente.

—A bordo de *El Rayo* estará mejor que allí.

—¿Sentiríais que se ahogase? —preguntó el Capitán, volviéndose de repente hacia Morgan y mirándole con fijeza.

—Lo que pienso es que esa duquesa puede valer unos cuantos miles de piastras.

—¡Ah! ¡Es verdad! ¡Tiene que pagar su rescate!

—¿Queréis que mande que la trasheden antes que lo impidan las olas?

El Corsario no contestó. Paseaba por el puente, como si le preocupara algún grave pensamiento.

Así continuó durante algunos minutos; pero de improviso se detuvo ante Morgan y le preguntó a quemarropa:

—¿Creéis que pueden ser fatales algunas mujeres?

—¿Qué queréis decir? —le pregunto estupefacto su segundo.

—¿Seríais capaz de querer a una mujer sin sentir miedo?

—¿Por qué no?

—¿No os parece más peligrosa una muchacha bonita que un abordaje sangriento?

—Algunas veces, sí; pero ¿sabéis lo que dicen los filibusteros de las Tortugas antes de escoger una mujer entre las que envían aquí los Gobiernos de Francia e Inglaterra con objeto de que encuentren marido?

—Nunca me he cuidado de los matrimonios de nuestros filibusteros.

—Pues dicen lo siguiente: «De lo que hasta aquí has hecho, ¡oh, mujer!, no te pido cuenta y te absuelvo; pero deberás darme cuenta de cuanto hagas de ahora en adelante». Y señalando al cañón de un fusil, añaden: «Este me vengará; y si tú me faltas, este no me faltará».

El Corsario Negro se encogió de hombros, diciendo:

—¡Bah! Yo me refería a mujeres muy distintas de las que envían, a la fuerza a las Tortugas los Gobiernos de las naciones del otro lado del mar.

Se detuvo un instante y, señalando a la joven duquesa, que seguía en el mismo sitio, continuó:

—¿Qué me decís de esa muchacha?

—Que es una de las criaturas más hermosas que se han podido ver en estos mares de las Antillas.

—¿Y no os daría miedo?

—¿Esa muchacha? ¡No por cierto!

—¡Pues a mí, sí!

—¿A vos? ¿Al que llaman el Corsario Negro? ¡Queréis bromear, Comandante!

—¡No! —contestó el filibustero—. A veces leo en mi Destino; y, además, una zíngara de mi país me predijo que la primera mujer a quien quisiera me sería fatal.

—¡No hagáis caso, Capitán!

—Pero ¿qué diríais si añadiese que aquella zíngara predijo a mis hermanos que uno moriría en un asalto, por obra de una traición, y que los otros concluirían en la horca? Ya sabéis que tan fúnebre profecía se ha realizado.

—¿Y vos?

—Que moriría en el mar y lejos de mi patria, por causa de la mujer amada.

—*By God!* —murmuró Morgan estremeciéndose—. ¡Pero esa zíngara pudo haberse equivocado respecto del cuarto hermano!

—¡No! —dijo con voz tétrica el Corsario.

Movió la cabeza, estuvo un instante meditabundo, y, al cabo, añadió:

—¡Sea!

Bajó del puente de órdenes, fue hacia proa, donde había visto al africano hablando con Carmaux y Wan Stiller, y les gritó:

—¡Al agua la chalupa grande! ¡Traed a bordo a la duquesa de Weltendran y a su séquito!

En tanto que los dos filibusteros y el africano se apresuraban a obedecer, Morgan escogía treinta marineros para enviarlos con los que ya estaban en el barco de línea, previendo que muy pronto sería necesario cortar el cable de remolque. Un cuarto de hora después, Carmaux y sus compañeros estaban de regreso. La duquesa flamenca, sus dos camaristas y los dos pajes, subieron a bordo de *El Rayo*, en cuya escala los esperaba el Corsario.

—¿Tenéis que darme alguna noticia urgente, caballero? —preguntó la joven, mirándole a los ojos.

—Sí, señora —contestó el Corsario, inclinándose ante ella.

—¿Y qué es, si no hay inconveniente en saberlo ahora mismo?

—Que probablemente nos veremos obligados a abandonar ese barco a su suerte.

—¿Por qué motivo? ¿Nos persiguen acaso?

—No; nos amenaza un huracán, y eso me obligará a cortar el cable de remolque. Quizá conozcáis la terrible furia del gran Golfo cuando le agita el viento.

—Y os interesa no perder la prisionera, ¿verdad, caballero? —dijo sonriendo la flamenca.

—Mi barco es más seguro que aquel.

—¡Gracias por vuestra gentileza!

—¡No me deis las gracias, señora! —contestó con aire meditabundo el Corsario—. ¡Quizá sea fatal para alguien este huracán!

—¡Fatal! —exclamó con sorpresa la joven—. ¿Y a quién?

—¡Eso ya lo veremos!

—Pero ¿por qué?

—¡Todo está en manos del Destino!

—¿Teméis que le suceda algo al barco?

A los labios del Corsario asomó una sonrisa.

—¡Mi *Rayo* es un barco capaz de desafiar los furores del cielo y las iras del mar, y yo soy hombre que puedo guiarle a través de las olas y de los vientos!

—Lo sé; pero...

—¡Es inútil que insistáis para que os dé más explicaciones, señora!

Le indicó la cámara de popa, y quitándose el sombrero, prosiguió:

—Aceptad la hospitalidad que os ofrezco, señora. Yo voy a desafiar a la muerte: ese es mi Destino.

Volvió a ponerse el sombrero y subió al puente de órdenes. La calma que hasta entonces había reinado en el mar se rompió de pronto, como si desde las pequeñas Antillas soplaran cien trombas de viento.

Las chalupas que condujeron a bordo a los treinta marineros habían regresado, y la tripulación se hallaba ocupada en izarlas sobre la grúa de *El Rayo*.

El Corsario Negro, que subió al puente, adonde le había precedido Morgan, observaba el cielo hacia la parte de Levante.

Una gran nube, bastante oscura y con los bordes de color encendido, ascendía con rapidez, empujada sin duda por viento irresistible, en tanto que el sol, casi próximo a su ocaso, se volvía a cada momento más oscuro, como si una niebla se hubiera interpuesto entre él y la Tierra.

—En Haití ya está el huracán desencadenado —dijo el Corsario a Morgan.

—Y a estas horas, seguramente estarán devastadas las pequeñas Antillas —añadió el segundo—. Dentro de una hora se pondrá espantoso el mar.

—¿Qué haríais en mi caso?

—Buscaría un refugio en Jamaica.

—¡Mi barco huir ante el huracán! —exclamó con firmeza el Corsario—. ¡Oh! ¡Eso nunca!

—Señor, ya sabéis lo formidables que son los huracanes de las Antillas.

—¡Lo sé, y desafiaré a este! El barco de línea es el que debe ir a buscar refugio en aquellas costas; pero mi *Rayo*, no. ¿Quién manda a los hombres que se han embarcado en el barco español?

—El maestre Wan Horn.

—¡Un hombre valiente y que llegará a ser un filibustero de fama! ¡Sabrá salir del apuro sin soltar la presa!

Descendió a la toldilla de la cámara con el portavoz en la mano, y subiéndose en la amura de popa, gritó con voz tonante:

—¡Cortad el cable de remolque! ¡Ohé! ¡Maestre Wan Horn, refugiaos en Jamaica!

¡Nosotros os esperamos en las Tortugas!

—¡Está bien, Capitán! —contestó el maestro, que estaba en la proa esperando órdenes.

Cogió un hacha, y de un solo tajo cortó el cable de remolque; en seguida, dirigiéndose hacia sus marineros, gritó, quitándose el gorro:

—¡A la voluntad de Dios!

El barco desplegó las velas del trinquete y del mesana, no pudiendo utilizar las del mayor; viró de bordo y se alejó hacia Jamaica, mientras que *El Rayo* se metía atrevidamente entre las costas occidentales de Haití y las meridionales de Cuba.

El huracán se acercaba a escape. A la calma sucedieron furiosos golpes de viento que venían de la parte de las pequeñas Antillas, y las olas crecían hasta hacerse formidables, ofreciendo un aspecto pavoroso.

Parecía como si se removiera el fondo del mar, pues se veían formarse en la superficie como remolinos espumeantes, al paso que saltaban chaparrones de agua, y se levantaban de la superficie gigantescas columnas líquidas, que al caer producían horrible estrépito.

La nube negra, entretanto, invadía el cielo, interceptando por completo la luz crepuscular, y las tinieblas caían sobre el mar enfurecido, tiñendo las aguas de color negruzco.

El Corsario, tranquilo y sereno, no parecía preocuparse del huracán. Sus miradas seguían al barco de guerra, al cual se le veía capear entre las olas, y a punto de desaparecer en el horizonte, bogando con dirección a Jamaica.

Quizá le inquietaba algo aquel barco, pues ya sabía que se encontraba en pésimas condiciones para hacer frente a los golpes del huracán.

Así que el barco desapareció de la vista, bajó a la toldilla de popa y alejó al piloto, diciendo:

—¡Dame la barra; quiero yo guiar mi *Rayo*!

CAPÍTULO XIV

LOS HURACANES DE LAS ANTILLAS



Después de batir con horrible furia a Puerto Rico y Haití, el huracán se lanzaba en aquellos momentos en el canal de Barlovento con la temerosa violencia tan conocida de los navegantes del Golfo de México y del Mar Caribe.

A la clara y brillante luz de la zona ecuatorial sucedió una noche oscurísima, pues todavía los relámpagos no la iluminaban. Era una noche de las que infunden miedo a los más audaces marineros. No se veía otra cosa que la espuma de las olas, que parecían haberse vuelto fosforescentes.

Una ráfaga de agua y viento barría el mar con irresistible ímpetu; golpes furiosos de huracán sucedíanse los unos a los otros, produciendo silbidos y rugidos pavorosos, haciendo crepitar las velas y doblando la sólida arboladura.

Oíase resonar en los aires un extraño ruido, que iba en aumento a cada instante. Parecía como si miles de carros cargados de hierro corriesen por el cielo, o que pasaran a todo vapor sobre puentes metálicos pesadísimos trenes.

El mar estaba horrible. Las olas, altas como montañas, rodaban de Levante a Poniente, lanzándose unas sobre otras con rumores sordos o con estallidos formidables, levantando cortinas de fosforescente espuma. Se alzaban tumultuosamente, como empujados por misteriosa fuerza, y volvían a caer, abriendo simas tan enormes, que parecía que tocaban en el fondo del Golfo.

El Rayo, con el velamen reducido a mínimas proporciones, había empeñado la lucha valerosamente. No conservaba tendidos más que los foques y las dos velas del trinquete y del palo mayor.

Semejaba un pájaro fantástico que volase al ras de las olas. Ya subía con intrepidez por aquellas montañas movibles, deslizándose por entre las espumas como si quisiera clavar en las nubes el espolón, ya descendía entre aquellas paredes líquidas, cual si se precipitase hasta el fondo del abismo.

Marchaba de un modo desesperado, mojando en la espuma los extremos de los penoles del trinquete y del mayor; pero sus poderosos costados no cedían a los golpes formidables de las olas.

En derredor del barco, y hasta en la toldilla, caían a intervalos ramas de árboles, frutas de toda especie, cañas de azúcar y montones de hojas que revoloteaban en alas del torbellino, arrancados a los bosques y a las plantaciones de la vecina isla de Haití, mientras que torrentes de agua se precipitaban con ruido ensordecedor desde las nubes, corriendo furiosas por cubierta y desahogando penosamente por obenques y umbrinales.

Pronto sucedió a la noche oscura una noche de fuego. Relámpagos cegadores rasgaban las tinieblas, iluminando el mar y el barco con su luz lívida, y entre las nubes estallaban espantables truenos, como si allá, en lo alto, se hubiese empeñado un duelo tenaz entre centenares de piezas de artillería.

Se había saturado el aire de electricidad, hasta el extremo de que en los cables de *El Rayo* brillaban y saltaban miles de chispas, y en lo alto de los palos refulgía el fuego de San Telmo.

En aquel momento llegaba el huracán a su intensidad máxima.

El viento adquirió una velocidad espantosa, probablemente de cuarenta metros por

segundo, y rugía con horrísono fragor, levantando verdaderas sombras y columnas enormes de agua pulverizada.

Los focos de *El Rayo*, desgarrados y arrancados por el viento, habían desaparecido, y la vela del trinquete, reventada de golpe, concluía de hacerse jirones; la única que resistía era la del palo mayor.

Debatiéndose entre las olas y las ráfagas, el barco huía con espantosa rapidez en medio de los relámpagos y de las trombas oceánicas.

Por momentos parecía que iba a desaparecer en el abismo; pero se levantaba siempre, golpeando las olas que le batían y deshaciendo la espuma que amagaba sepultarle.

El Corsario Negro, en la popa, siempre derecho y con la barra en la mano, guiaba el buque con mano segura. Inconmovible entre las furias del viento, impasible entre el agua que le inundaba, desafiaba intrépido la cólera de la Naturaleza, con los ojos relucientes y la sonrisa en los labios.

Su negra figura se destacaba a la claridad de los relámpagos, adquiriendo en ciertos instantes gigantescas proporciones.

Los rayos se calzaban en derredor de él trazando líneas de fuego; el viento le embestía, arrancándole a pedazos la pluma que adornaba su sombrero; la espuma le cubría a veces, amenazando derribarle; los truenos, cada vez más horrísonos, le ensordecían; pero él permanecía impávido en su puesto, guiando el barco a través de las olas y de las ráfagas del huracán.

Parecía el genio del mar que surgiera de los abismos del gran Golfo para medir sus fuerzas con la Naturaleza desencadenada.

Los marineros, lo mismo que en la noche del abordaje, cuando lanzaba *El Rayo* encima del barco de línea, le miraban con terror supersticioso, preguntándose si aquel hombre era realmente un ser mortal, como ellos, o un ser sobrenatural a quien ni la metralla, ni las espadas, ni los huracanes conseguían abatir. De pronto, cuando las oleadas se rompían con mayor furia en las bordas del velero, vióse que el Corsario se apartaba un momento de la barra, como si hubiera querido precipitarse hacia la escalerilla de babor de la cámara, haciendo un gesto de sorpresa y una mueca de terror.

Una mujer salía entonces de la cámara y subía a la toldilla agarrándose con energía al pasamanos de la escalera para no ser despedida por los desordenados bandazos del buque.

Iba completamente envuelta en un pesado abrigo de paño de Cataluña; pero llevaba descubierta la cabeza, revoloteando al viento sus magníficos cabellos rubios.

—¡Señora! —gritó el Corsario, que reconoció en seguida a la joven flamenca—. ¿No veis que aquí está la muerte?

La duquesa no contestó, y le hizo con la mano una seña que quería decir:

«¡No tengo miedo!».

—¡Retiraos, señora! —dijo el Corsario, que se había puesto más pálido que de costumbre.

En lugar de obedecer, la animosa flamenca subió a la toldilla, la atravesó, siempre agarrada a la barra de la obra muerta, y se metió por entre la amura y la popa de la chalupa grande, que había sido izada a bordo por las grúas con objeto de impedir que se la llevaran las olas.

El Corsario le suplicó otra vez que se retirase; pero ella le contestó con la cabeza haciendo un enérgico movimiento de negativa.

—¡Pero es que está aquí la muerte! —volvió a decirle—. ¡Volveos a la cámara, señora! ¿Qué es lo que venís a hacer aquí?

—¡Vengo a admirar al Corsario Negro!

—¡Sí, y a que os arrebatan las olas!

—¿Qué os importa eso?

—¡Pero yo no deseo vuestra muerte! ¿Me comprendéis, señora? —gritó el Corsario con un acento en el cual se sentía vibrar por primera vez un ímpetu apasionado.

La joven sonrió; pero no se movió. Refugiada en aquel sitio, dejaba que el agua que saltaba sobre cubierta la bañase, sin apartar los ojos del Corsario.

Este comprendió que era inútil insistir: quizá se alegraba de ver tan cerca de sí a la animosa joven que, desafiando la muerte, había subido para admirar su audacia. Cuando el huracán dio al barco un momento de tregua, volvió los ojos hacia la duquesa, y casi involuntariamente le sonreía. Seguramente se admiraban ambos.

Cuantas veces la miraba, otras tantas se encontraban sus ojos con los de ella, que adquirieron la misma expresión que por la mañana en la proa del barco de línea.

Pero aquellos ojos, de los cuales fluía una fascinación misteriosa, producían en el

intrépido filibustero una turbación que él mismo no podía explicarse. Aun cuando no la miraba, sentía que ella no le perdía de vista un solo momento, y no podía resistir al deseo de volver la cabeza hacia el sitio que ocupaba la dama.

Hubo un instante en que las olas se volcaron con mayor ímpetu sobre *El Rayo*. Tuvo miedo de sentirse trastornado por aquella mirada, y gritó:

—¡No me miréis así, señora! ¡Nos jugamos la vida!

Aquella inexplicable fascinación cesó en el acto. La joven cerró los ojos, bajó la cabeza y se tapó el rostro con las manos.

El Rayo encontrábase entonces cerca de las playas de Haití. A la luz de los relámpagos se veían dibujarse las altas costas, flanqueadas por peligrosas escolleras, contra las cuales el buque podía hacerse pedazos.

La voz del Corsario resonó entre los mugidos de las olas del viento.

—¡Una vela de recambio en el trinquete! ¡Afuera los foques! ¡Atención a la virada!

Aun cuando el viento agitaba el mar hacia las costas meridionales de Cuba, estaba espantoso también cerca de las de Haití. Oleadas de fondo, de quince o dieciséis metros de altura, se formaban en derredor de las escolleras, produciendo terribles contraolas.

Pero *El Rayo* no cedía. Se había desplegado la vela de recambio en el penol del trinquete, y se habían recogido los foques colocados en el bauprés: el barco bogaba bajo la costa como un *steamer* lanzado a todo vapor.

De cuando en cuando, las oleadas le volcaban de un modo impetuoso, ya sobre babor, ya sobre estribor; pero por medio de un vigoroso golpe de barra, el Corsario lo levantaba, poniéndolo en buen camino.

Por fortuna, el huracán, que hacía tiempo había llegado a su mayor intensidad, comenzaba a disminuir en violencia, pues, por lo general, esas tremendas tempestades duran pocas horas.

Las nubes se rompían en varios sitios, dejando entrever alguna estrella, y el viento no soplaba con el ímpetu de antes. A pesar de eso, el mar seguía borrascosísimo. Tenían que transcurrir muchas horas antes de que aquellas olas, lanzadas por el Atlántico sobre el gran Golfo, se calmasen.

Durante toda la noche luchó el barco desesperadamente con las olas, que le acometían por todas partes, logrando rebasar victoriosamente el canal de Barlovento y abocar al trozo de mar comprendido entre las grandes Antillas y la isla de Bahama.

Al amanecer, y cuando el viento cambió de Levante al Septentrión, se encontraba *El Rayo* casi frente al cabo haitiano.

El Corsario Negro, que debía de hallarse rendido por tan larga lucha, y que tenía los vestidos empapados de agua, así que vio el pequeño faro de la ciudadela del Cabo, entregó la rebola del timón a Morgan, y dirigiéndose hacia la gran chalupa, al lado de la cual se hallaba acurrucada la joven flamenca, le dijo:

—¡Venid, señora! ¡También yo os he admirado, pues creo que no haya mujer alguna que, como vos habéis hecho, afrontase la muerte por ver cómo mi barco luchaba con el huracán!

La joven se levantó, sacudió el agua que le había empapado la ropa y los cabellos, miró al Corsario sonriendo, y dijo:

—Puede ser que no se atreviese mujer alguna a subir a cubierta; pero puedo decir que yo sola he visto al Corsario Negro guiar su nave en medio de uno de los más tremendos huracanes, y admirado su audacia y su vigor.

El filibustero no contestó. Permaneció delante de ella, mirándola con los ojos brillantes, al paso que su frente se oscurecía.

—¡Sois una mujer valerosa! —murmuró, pero en voz tan queda, que solamente ella pudo oírle.

En seguida, lanzando un suspiro, añadió:

—¡Qué lástima que hayáis de ser una mujer fatal, según la profecía de la zíngara!

—¿De qué profecía habláis? —le preguntó la joven con estupor.

En vez de contestar, el Corsario movió tristemente la cabeza, murmurando:

—¡Son locuras!

—¿Sois supersticioso, caballero?

—¡Quizá!

—¿Vos?

—¡Ah! ¡Hasta ahora, las predicciones de la zíngara se han realizado, señora!

Miró a las olas que iban a estrellarse contra el costado del barco lanzando sordos mugidos, y mostrándoselas a la joven, añadió tristemente:

—¡Preguntadlo, si podéis, a ellas! ¡Ambos eran hermosos, jóvenes, fuertes, atrevidos, y ahora duermen bajo esas olas, en el fondo del mar! ¡La fúnebre profecía se ha cumplido, y de seguro se cumplirá la mía, porque siento que aquí, en el corazón, se alza una llama gigantesca que ya no puedo extinguir! ¡Sea! ¡Que se cumpla el Destino fatal, si así está escrito! ¡No me da miedo el mar, y donde duermen mis hermanos, también encontraré yo un sitio! ¡Pero, después, cuando me haya precedido el traidor!

Se encogió de hombros, hizo un movimiento de amenaza con las manos, y en seguida descendió a la cámara, dejando a la joven flamenca más asombrada que nunca con aquellas palabras, que no podía comprender.

Tres días después, y cuando ya el mar se había tranquilizado, *El Rayo*, empujado por un viento favorable, llegaba a la vista de las islas de las Tortugas, nido de los formidables filibusteros del gran Golfo.

CAPÍTULO XV

EL FILIBUSTERISMO



En 1625, mientras Francia e Inglaterra intentaban con guerras incesantes refrenar el poderío formidable de España, dos barcos, uno francés y otro inglés, tripulados por intrépidos corsarios que se habían trasladado al mar de las Antillas para hacer daño al comercio floreciente de las colonias españolas, echaban el ancla, casi al mismo tiempo, ante un islote llamado San Cristóbal, habitado por algunas tribus caribes.

Los franceses estaban capitaneados por un caballero normando llamado Enanbue y los ingleses por el caballero Tomás Warner.

Al encontrar la isla fértil y los habitantes dóciles, los corsarios se establecieron allí plácidamente, dividiéndose fraternalmente aquel trozo de tierra y fundando dos pequeñas colonias. Desde hacía cinco años aquellos pocos hombres vivían tranquilos cultivando la tierra, habiendo renunciado ya a piratear, cuando un mal día, al aparecer improvisadamente, una escuadra española destruía a una buena parte de los colonos junto con sus viviendas, considerando los españoles todas las islas del golfo de México como de su absoluta propiedad.

Algunos de aquellos colonos, escapados a la rabia española, consiguieron salvarse en otro islote llamado Tortue (Tortuga), porque vista a cierta distancia se parecía algo a aquellos reptiles, situada al norte de Santo Domingo, casi frente a la península de Samaná, y dotada de un cómodo puerto fácil de defender.

Aquellos pocos corsarios fueron los creadores de aquella raza formidable de filibusteros que en breve admiraría al mundo entero con sus extraordinarias e increíbles hazañas.

Mientras que algunos se dedicaban al cultivo del tabaco, que resultaba excelente en aquella tierra virgen, otros, deseosos de vengarse de la destrucción de las pequeñas colonias, se ponían a piratear en perjuicio de los españoles, tripulando simples canoas.

La Tortuga se convirtió enseguida en un centro importante, al que llegaron muchos aventureros franceses e ingleses de la vecina Santo Domingo y de Europa, enviados allí especialmente por armadores normandos.

Aquella gente, compuesta especialmente por fracasados, soldados y marineros ávidos de botín, y atraídos allí por la codicia de hacer fortuna y de poner las manos en las ricas minas de las que España extraía ríos de oro, al no encontrar en aquel islote lo que habían esperado, se ponían a saquear audazmente el mar, pues sus naciones estaban en continua guerra con el coloso ibérico.

Los colonos españoles de Santo Domingo, al ver perjudicado su comercio, pensaron desembarazarse inmediatamente de aquellos ladrones y aprovechando el momento en que la Tortuga se quedó casi sin guarnición, enviaron poderosas fuerzas para asaltarla. La presa fue fácil y todos los filibusteros que cayeron en las manos de los españoles fueron muertos bárbaramente o ahorcados.

Los filibusteros que se encontraban pirateando, apenas conocidos los estragos, juraron vengarse y al mando de Willes, después de una lucha desesperada, reconquistaron su isla, matando a toda la guarnición; pero entre los colonos surgieron entonces algunas graves diferencias, al ser los franceses más numerosos que los ingleses, por lo que aprovecharon los españoles para caer otra vez sobre la Tortuga y echar a los habitantes, que fueron

obligados a refugiarse en los bosques de Santo Domingo.

Al igual que los primeros colonos de San Cristóbal fueron los creadores de la filibustería, los fugitivos de la Tortuga fueron los fundadores de la bucanería.

Secar y ahumar las pieles de los animales muertos se decía en lengua caribe *bucan*, y de ahí viene la palabra bucaneros.

Aquellos hombres, que se convertirían más tarde en los más valientes aliados de los filibusteros, vivían como salvajes, en miserables cabañas improvisadas con pocas ramas.

Como vestido sólo tenían una camisa de tela gruesa manchada siempre de sangre, un par de pantalones bastos, un cinturón ancho que sostenía un sable corto y dos cuchillos, zapatos de piel de cerdo y un sombrero.

Sólo tenían una ambición: poseer un buen fusil y una jauría numerosa de grandes perros.

Unidos de dos en dos para poder ayudarse mutuamente, al no tener familia, partían al alba a la caza, enfrentándose valerosamente a los bueyes salvajes que eran numerosísimos en las selvas de Santo Domingo y volvían por la noche cargado cada uno de una piel y de un trozo de carne para la comida. Para almorzar se conformaban con chupar la médula de uno de los grandes huesos mayores.

Unidos en confederación, empezaron a molestar a los españoles, que se pusieron a perseguirlos como bestias feroces; y al no poder destruirlos, con grandes batidas exterminaron a todos los bueyes salvajes, poniendo a aquellos pobres cazadores en la imposibilidad de subsistir.

Fue entonces cuando los bucaneros y los filibusteros se unieron con el nombre de Hermanos de la Costa y volvieron a la Tortuga, con un deseo insaciable de venganza contra los españoles.

Aquellos valientes cazadores que nunca fallaban sus tiros, tan hábiles tiradores eran, prestaron una ayuda importante a la filibustería, que enseguida experimentó un gran desarrollo.

La Tortuga prosperó rápidamente y se convirtió en refugio de todos los aventureros de Francia, de Holanda, de Inglaterra y de otras naciones, especialmente bajo la dirección de Beltrán de Ogeron, mandado por el gobierno francés como gobernador.

Al estallar la guerra con España, los filibusteros comenzaron sus primeras audaces empresas, asaltando con valor desesperado todas las naves españolas que podían sorprender.

Al principio sólo tenían miserables chalupas, en las cuales apenas podían moverse, pero más tarde tuvieron naves excelentes apresadas a sus eternos enemigos.

Como no tenían cañones, eran los bucaneros los que se encargaban de equilibrar las fuerzas, y al ser, como se ha dicho, infalibles tiradores, bastaban pocas descargas para destruir las tripulaciones españolas.

Su audacia era tal que se atrevían a enfrentarse con los más grandes buques, saltando al abordaje con auténtico furor. Ni la metralla, ni las balas, ni la más terca resistencia los detenía. Eran verdaderos desesperados, despreciadores del peligro, a los que no les preocupaba la muerte; auténticos demonios y como tales los consideraban ingenuamente los españoles, creyéndolos seres infernales.

Raramente daban cuartel a los vencidos, como tampoco lo concedían sus adversarios. Sólo perdonaban a las personas distinguidas para obtener grandes rescates, pero a los demás los tiraban al agua. ¡Eran luchas de exterminio por ambas partes, sin generosidad!

Pero aquellos ladrones de mar tenían leyes que respetaban rigurosamente, quizá mejor que sus compatriotas. Todos tenían los mismos derechos y sólo en el reparto de los botines los jefes tenían una parte mayor.

En cuanto vendían el fruto de sus correrías, apartaban primero los premios destinados a los más valientes y a los heridos. Así, entregaban cierta cantidad a los primeros que saltaban a la nave abordada y a quien arrancaba la bandera enemiga; también tenían recompensas los que en circunstancias peligrosas conseguían obtener noticias sobre los movimientos o sobre las fuerzas de los españoles. Concedían además un regalo de seiscientas piastras al que en el asalto perdía el brazo derecho; en quinientas era valorado el brazo izquierdo, en cuatrocientas una pierna y a los heridos se les asignaba una piastra al día durante dos meses.

Además, a bordo de las naves corsarias había leyes severas que los frenaban. Castigaban con la muerte a los que abandonaban su puesto durante el combate; estaba prohibido beber vino o licores después de las ocho de la tarde, hora fijada para la retreta; estaban prohibidos los duelos, los altercados, los juegos de toda clase y castigaban con la muerte a

los que llevaban de forma oculta una mujer a bordo, aunque fuera la propia.

Abandonaban a los traidores en islas desiertas e igualmente a los que en los repartos de botín se hubieran apropiado del más pequeño objeto; pero se dice que los casos eran rarísimos, pues aquellos corsarios eran de una honradez a toda prueba.

Al convertirse en dueños de varias naves, los filibusteros se hicieron más audaces y no encontrando veleros que apresar, porque los españoles habían acabado con todo tipo de comercio entre sus islas, comenzaron las grandes hazañas.

Montbars fue el primero de sus caudillos que consiguió gran fama. Este caballero de Languedoc acudió a América para vengar a los pobres indios exterminados por los primeros conquistadores españoles. Al igual que tantos otros, ardía en odio violento contra España, por las atrocidades cometidas por Cortés en México y por los Pizarro y Almagro en Perú, y se hizo tan temido que se le llamó el *Exterminador*.

Ya a la cabeza de los filibusteros o de los bucaneros llevó la destrucción a las costas de Santo Domingo y de Cuba, asesinando a un gran número de españoles.

Después de él se hicieron famosos Pierre-le-Grand, un francés de Dieppe. Este audaz mariner, cuando encontró un bajel de línea español que navegaba junto al cabo Tiburón, aunque no tenía más que veintiocho hombres, lo asaltó después de haber mandado agujerear la propia nave y hundirla para quitar a sus marineros la esperanza de huir.

Fue tal la sorpresa de los españoles cuando vieron subir del mar a aquellos hombres que se rindieron después de una breve resistencia, creyendo que se enfrentaban con espíritus marinos.

Lewis Scott con pocas escuadras de filibusteros asaltó San Francisco de Campeche, ciudad bien defendida y la tomó y saqueó; John Davis sólo con noventa hombres tomó Nicaragua y después San Agustín de la Florida. Brazo de Hierro, un normando, perdió su nave junto a la desembocadura del Orinoco a causa de un rayo que le incendió la santabárbara, pero resistió fieramente los asaltos de los salvajes. Un día, al ver que se aproximaba una nave española, la asaltó por sorpresa con pocos hombres. Otros más famosos y más audaces vinieron después.

Pietro Nau, llamado el Olonés, fue el terror de los españoles, y después de más de cien victorias terminó miserablemente su carrera en el vientre de los salvajes de Darién, después de pasar por la parrilla.

Grammont, caballero francés, le sucedió en la celebridad, asaltando con pocas escuadras de filibusteros y de bucaneros Maracaibo; luego Puerto Cabello, conteniendo con sólo cuarenta compañeros el asalto de trescientos españoles; después Veracruz, en unión de Wan Horn y de Laurent, otros dos corsarios famosos.

El más famoso de todos sería Morgan, el lugarteniente del Corsario Negro. A la cabeza de una gran partida de filibusteros ingleses comenzó su brillante carrera con la toma de Puerto Príncipe de la isla de Cuba; reunidos nueve barcos, asaltó y saqueó Portobelo, a pesar de la terrible resistencia de los españoles y del fuego infernal de sus cañones. Luego Maracaibo y finalmente, cruzado el istmo, tras inmensas peripecias y luchas sangrientas, Panamá, que incendió después de tomar un botín de cuatrocientas cuarenta mil libras de plata maciza.

Sharp, Harris y Sawkins, otros tres audaces, reunidos en sociedad, saquearon Santa María. Luego, recordando la célebre expedición de Morgan, cruzaron el istmo haciendo milagros de audacia, y desbaratando en todas partes a las fuerzas españolas, cuatro veces superiores que eran. Fueron a refugiarse en el océano Pacífico, donde, poseedores de algunos bajeles, destruyeron, después de nueve horas de terrible lucha, la escuadra española que se defendía con valor desesperado. Hicieron temblar a Panamá, piratearon las costas de México y de Perú, tomando al asalto Ylo y Serena, y volvieron a las Antillas atravesando el estrecho de Magallanes.

Siguieron otros, igual de audaces, pero quizá menos afortunados, como Montabon, el Vasco, Jonqué, Michel, Dronage, Grogner, Davis, Tusley, Wilmet, que continuaron las maravillosas hazañas de los primeros filibusteros, pirateando en las Antillas y en el océano Pacífico, hasta que la Tortuga, perdida su importancia, decayó y con ella decayeron también los filibusteros, que se fueron disolviendo.

Algunos fueron a fundar una colonia en las Bermudas y durante algunos años todavía dieron que hablar e hicieron temblar a los colonos de las Grandes y Pequeñas Antillas, pero enseguida se disolvieron también estas últimas bandas y aquella raza de hombres formidables terminó con la desaparición total.

CAPÍTULO XVI

EN LAS ISLAS DE LAS TORTUGAS



uando *El Rayo* ancló en aquel seguro puerto, al lado del estrecho canal que le ponía a salvo de cualquier sorpresa por parte de las escuadras españolas, hallábanse los filibusteros de las Tortugas en pleno jolgorio, pues la mayor parte de ellos acababan de hacer ricas presas en sus correrías, bajo las órdenes del Olonés y de Miguel el Vasco, por las costas de Santo Domingo y de Cuba.

Ante el fondeadero y en la playa, bajo amplias tiendas y a la sombra de frescas palmeras, banquetearon alegremente aquellos terribles depredadores, consumiendo con prodigalidad de nabab lo que les correspondiera en el botín.

Tigres en el mar, en tierra se convertían aquellos hombres en los más alegres de todos los habitantes de las Antillas, y —¡cosa extraña!— corteses hasta cierto punto, porque no dejaban de invitar a sus fiestas a los desgraciados españoles que hicieron prisioneros y llevaron consigo con la esperanza de un buen rescate, portándose con ellos como caballeros, e ingeniándose para hacerles olvidar su triste condición. Decimos triste, porque los filibusteros, si no llegaba el rescate pedido, recurrían con frecuencia a medios crueles para obtenerle, como era enviar a los gobernadores españoles la cabeza de algún prisionero, con objeto de apremiarlos.

Anclado el buque, los corsarios interrumpieron el banquete, el baile y los juegos para saludar con ruidosos vivas el regreso del Corsario Negro, que gozaba entre ellos de una popularidad que corría pareja con la del famoso Olonés.

Ninguno ignoraba lo atrevido de su proyecto de arrancar vivo o muerto del gobernador de Maracaibo al pobre Corsario Rojo, y como conocían su audacia, habían acariciado la ilusión de que iban a verlos regresar a ambos.

Mas al ver que ondeaba a media asta la bandera, todas las manifestaciones ruidosas cesaron como por encanto, y aquellos hombres se reunieron en silencio en el fondeadero, ansiando saber noticias de los dos corsarios y de la expedición.

Desde lo alto del puente de órdenes, el caballero de Boccanera lo había visto todo. Llamó a Morgan, que mandaba en aquel momento que echasen al agua algunos botes, y señalándole los filibusteros agrupados en la playa, le dijo:

—Decid a esos que el Corsario Rojo ha recibido honrosa sepultura en las aguas del gran Golfo; pero que su hermano ha vuelto con vida para preparar la venganza.

Se interrumpió durante algunos instantes, y luego añadió cambiando de tono:

—Mandad avisar al Olonés que esta tarde saldré a buscarle; después, id a saludar en mi nombre al Gobernador. Más tarde iré yo mismo a verle.

Dicho esto, esperó a que amainasen las velas, y llevado a tierra el cable de amarra y transcurrida media hora, descendió a la cámara, donde se encontraba la joven flamenca dispuesta para desembarcar.

—Señora —le dijo—, os espera una chalupa para conduciros a tierra.

—Estoy dispuesta a obedecer, caballero —contestó ella—. Soy vuestra prisionera, y no he de oponerme a lo que ordenéis.

—No, señora; ya no sois prisionera.

—¿Cómo es eso, señor? Yo no he pagado mi rescate todavía.

—El rescate ha ingresado ya en la caja de la tripulación.

—¿Y quién lo ha pagado? —preguntó la duquesa—. Todavía no he avisado mi prisión al marqués de Heredia ni al gobernador de Maracaibo.

—Ciertamente; pero ha habido quien se ha encargado de pagar vuestro rescate — contestó sonriendo el Corsario.

—¿Vos quizá?

—Bien; ¿y si hubiera sido yo?

La joven flamenca se quedó silenciosa, y al cabo dijo con voz conmovida:

—Es una generosidad que no creía encontrar en los filibusteros de las Tortugas; pero que no me sorprende si el que la ha realizado se llama el Corsario Negro.

—¿Por qué, señora?

—Porque sois distinto de los demás. En estos pocos días que he permanecido a bordo, he tenido tiempo para apreciar la gentileza, la generosidad y el valor del caballero de Boccanera, señor de Ventimiglia y de Valpenta. Pero os ruego que me digáis en cuánto se ha fijado mi rescate.

—¿Tenéis gran interés en pagar ese débito? ¿Quizá ansiáis salir pronto de las islas de las Tortugas?

—No; os equivocáis. Cuando llegue el momento de alejarme de ellas, quizá lo haga con más sentimiento del que podáis imaginar, y os aseguro que guardaré un reconocimiento grandísimo hacia el Corsario Negro, a quien acaso no olvidaré nunca.

—¡Señora! —exclamó el Corsario, al mismo tiempo que una viva luz iluminaba sus ojos.

Había dado un paso hacia la jovencita; pero se detuvo en el acto, diciendo tristemente:

—¡Quizá para entonces me haya convertido en el más despiadado enemigo de vuestros amigos, y hecho nacer en vuestro corazón una aversión profunda hacia mí!

Dio una vuelta por el saloncito, y de pronto, parándose ante la joven, le preguntó a quemarropa:

—¿Conocéis al Gobernador de Maracaibo?

La duquesa se estremeció al oír esta pregunta, palideció, y apareció en sus ojos una expresión de suprema ansiedad.

—¡Sí! —respondió, con un ligero temblor en la voz—. ¿Por qué me preguntáis eso?

—Suponed que lo hago por pura curiosidad.

—¡Oh, Dios mío!

—¿Qué tenéis, señora? —preguntó el Corsario con asombro—. ¡Estáis pálida y agitada!

En lugar de contestarle, volvió la joven a preguntar con más fuerza:

—Pero ¿por qué me decís eso?

Iba a responderle el Corsario, cuando se oyeron pasos en la escalerilla. Era Morgan, que subía a la cámara después de cumplir la misión que le habían encargado.

—Comandante —dijo al entrar—, Pedro Nau os espera en su casa para daros urgentes noticias. Creo que durante vuestra ausencia ha madurado los proyectos que le propuso, y que ya está todo dispuesto para la expedición.

—¡Ah! —exclamó el Corsario, al mismo tiempo que un relámpago de sombría luz iluminaba sus ojos—. ¿Ya? ¡No creía que estuviese tan próxima la venganza!

Se volvió hacia la joven flamenca, que todavía estaba bajo la influencia de una agitación extraña, y le dijo:

—Señora, permitidme que os ofrezca hospitalidad en mi casa, que pongo por entero a vuestra disposición. Moko, Carmaux y Wan Stiller os conducirán hasta ella y permanecerán a vuestro servicio.

—¡Pero, caballero, una palabra! —balbució la duquesa.

—¡Sí, ya comprendo! ¡Después hablaremos del rescate!

Y sin escuchar más salió presuroso, seguido de Morgan; atravesó la cubierta y tomó puesto en una chalupa tripulada por seis marineros.

Se sentó en la popa y asió la barra del timón; pero en lugar de dirigir la embarcación hacia el fondeadero, cerca de donde los filibusteros reanudaban sus orgías, puso la proa a un pequeño seno o rada que se extendía al Este del puerto, entrándose por un bosque de palmeras de gigantescas hojas y de alto y elegante tronco. Descendió en la playa, hizo señas a sus hombres para que volvieran a bordo y se metió por entre los árboles, tomando por un senderillo apenas perceptible.

Como de costumbre, y sobre todo cuando estaba solo, había vuelto a su actitud pensativa; mas sus pensamientos debían de ser tormentosos, porque de cuando en cuando se detenía, o hacía con las manos un signo de impaciencia o de amenaza, y agitaba los labios como si hablara consigo mismo.

Habíase internado bastante trecho en el bosque, cuando una voz alegre, que tenía un acento ligeramente burlón, le sacó de sus meditaciones.

—¡Que me coman los caribes si no tenía la seguridad de que había de encontrarte, caballero! ¿Te da miedo la alegría que reina en las Tortugas, para que hayas decidido venir a mi casa por el bosque?

El Corsario había levantado vivamente la cabeza, en tanto que, por costumbre, llevó la diestra a la empuñadura de la espada.

Un hombre de estatura más bien baja, vigoroso, de facciones rudas y ojos penetrantes, vestido como un simple marinero, armado con un par de pistolas y un sable de abordaje, salió de un grupo de plátanos, cortándole el paso.

—¿Eres tú, Pedro? —preguntó el Corsario.

—¡El Olonés en carne y hueso!

En efecto; aquel era el famoso filibustero, el más formidable depredador del mar y el enemigo más despiadado de los españoles.

Aquel corsario, que, como hemos dicho, terminó su magnífica carrera entre los dientes de los antropófagos del Darién (huyendo de los españoles), no tenía en aquella época más de treinta y cinco años.

Nacido en Olonne, en el Poitou, fue en un principio marinero contrabandista de las costas de España. Una noche le sorprendieron los aduaneros. Perdió su barco, su hermano murió en la lucha, y él mismo quedó gravemente herido de bala, permaneciendo largo tiempo entre la vida y la muerte.

Curado, pero sumido en la miseria más espantosa, se vendió como esclavo a Montbars el *Exterminador*, por cuarenta escudos, que destinó a socorrer a su madre.

Primeramente fue siervo; después pasó a filibustero, demostrando poseer un valor excepcional y una fuerza de espíritu extraordinaria, con lo cual logró obtener del gobernador de las Tortugas el mando de un barco.

Con dicho barco, aquel hombre audaz realizó prodigios, causando daños enormes a las colonias españolas, vigorosamente apoyado por los tres Corsarios Negro, Rojo y Verde.

Un mal día naufragó, y empujado por la tempestad, fue a parar a las costas de Campeche, casi bajo los ojos de los españoles. Sus compañeros perecieron; pero él pudo salvarse de la muerte metiéndose hasta el cuello en el fango para que no le descubrieran.

Saliendo luego de aquella sepultura palúdica, en vez de huir, tuvo el atrevimiento de acercarse a Campeche disfrazado de soldado español, y de entrar en la ciudad para estudiarla mejor, y capitaneando algunos esclavos pudo volver a las Tortugas en una barca robada, apareciendo entre sus compañeros cuando todos le creían muerto.

Otro cualquiera se habría guardado muy bien de volver a tentar fortuna; pero el Olonés, por el contrario, se apresuró a volver al mar con dos barcos pequeños, tripulados por veintiocho hombres, y continuó sus depredaciones.

Tal era el hombre que más adelante había de realizar empresas maravillosas, y a quien se merendaron los caribes cuando iban huyendo de los españoles.

—¡Ven a mi casa! —dijo el Olonés dirigiéndose al Corsario Negro después de haberle estrechado la mano—. ¡Esperaba con impaciencia tu regreso!

—¡Y yo tenía grandes deseos de verte! —dijo el Corsario—. ¿Sabes que he entrado en Maracaibo?

—¡Tú! —exclamó estupefacto el Olonés.

—¿Cómo querías que me hubiese arreglado para apoderarme del cadáver de mi hermano?

—Creía que te habrías servido de intermediarios.

—No; sabes que prefiero hacer las cosas por mí mismo.

—¡Ten cuidado, no vayan a costarte la vida tus audacias! ¡Ya has visto cómo han concluido tus hermanos!

—¡Calla, Pedro!

—¡Ah! ¡Pero los vengaremos, y pronto!

—¿Te has decidido al fin? —preguntó animadamente el Corsario Negro.

—He hecho más: preparar la expedición.

—¡Ah! ¿Es verdad lo que me dices?

—¡Por mi fe de ladrón, como me llaman los españoles! —dijo el Olonés riendo.

—¿De cuántos barcos dispones?

—De ocho, comprendiendo tu *Rayo*, y de seiscientos hombres, entre filibusteros y bucaneros. Nosotros mandaremos los primeros, y Miguel, los segundos.

—¿Viene ese también?

—Me ha pedido que le dejase formar parte de la expedición, y me he apresurado a aceptar. Es un soldado que, como sabes, ha hecho campañas en los ejércitos europeos, y puede sernos muy útil. Además es rico.

—¿Necesitas dinero?

—He agotado todo el que he cogido de la venta del último barco que apresé cerca de Maracaibo en mi regreso de la expedición a Los Cayos.

—¡Por mi parte, cuenta con diecisiete mil piastras!

—¡Por las arenas de Olona! ¡Tienes una mina inagotable en tus tierras de Ultramar!

—Te daría más si no hubiese tenido que pagar esta mañana un gran rescate.

—¡Un rescate! ¿Y por quién?

—Por una gran dama que ha caído en mis manos. El rescate pertenecía a mi tripulación, y se lo he dado.

—¿Y quién es esa dama? ¿Alguna española?

—No; una duquesa flamenca; pero que, seguramente, debe de estar emparentada con el Gobernador de Veracruz.

—¡Flamenca! —exclamó el Olonés pensativo—. ¡También es flamenco tu mortal enemigo!

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó el Corsario, que se había puesto muy pálido.

—Pensaba que podría ser pariente de Wan Guld.

—¡No lo quiera Dios! —exclamó con voz casi ininteligible el Corsario—. ¡No; no es posible!

El Olonés se detuvo bajo un grupo de *maots*, árboles muy semejantes a los del algodón, y miró atentamente a su compañero.

—¿Por qué me miras? —le preguntó este.

—Pensaba en tu duquesa flamenca, y me preguntaba el motivo de tu repentina agitación. ¿Sabes que estás lívido?

—Tu sospecha hizo que afluyera a mi corazón toda mi sangre.

—¿Qué sospecha?

—¡Que esa mujer pudiera estar emparentada con Wan Guld!

—¿Y qué te importaría si así fuese?

—¡He jurado matar a todos los Wan Guld de la Tierra y a todos sus parientes!

—¡Bueno; pues con matarla, está todo concluido!

—¡A ella! ¡Oh, no! —exclamó con terror el Corsario.

—Entonces, eso quiere decir... —dijo vacilante el Olonés.

—¿Qué?

—¡Por los arenales de Olona! ¡Quiere decir que estás enamorado de tu prisionera!

—¡Calla, Pedro!

—¿Por qué he de callar? ¿Acaso es vergonzoso para los filibusteros querer a una mujer?

—¡No; pero presiento instintivamente que me será fatal esa muchacha, Pedro!

—En ese caso, abandónala a su suerte.

—¡Es demasiado tarde!

—¿La amas mucho?

—¡Locamente!

—Y ella, ¿te quiere?

—¡Eso creo!

—¡Una hermosa pareja, a fe mía! ¡El señor de Boccanera no podía emparentar sino con una mujer de alto bordo! Eso es una fortuna muy rara en América, y mucho más para un filibustero. ¡Andando! ¡Vamos a beber una copa a la salud de tu duquesa, amigo mío!

CAPÍTULO XVII

LA QUINTA DEL CORSARIO NEGRO



a vivienda del célebre filibustero era una modesta casita de madera construida de cualquier modo, con el techo de hojas secas, como las viviendas de los indios de las grandes Antillas; pero bastante cómoda y amueblada con cierto lujo, pues aquellos fieros y rudos hombres de mar gustaban del lujo y del fausto.

Hallábase a media milla de la ciudadela, en el extremo de la espesura, en un lugar ameno y tranquilo bajo la sombra de grandes palmeras, las cuales sostenían constantemente una deliciosa frescura.

El Olonés introdujo al Corsario Negro en una habitación de planta baja, cuyas ventanas cubría una esterilla de nipa; le hizo sentarse en un gran asiento de bambú, mandó llevar a uno de sus servidores varias botellas de vino de España, probablemente procedente del saqueo de algún barco enemigo, destapó una y, llenando dos vasos, dijo:

—¡Caballero, a tu salud, y por los ojos de tu dama! —dijo chocando el vaso.

—¡Prefiero que bebas por el éxito feliz de nuestra expedición! —contestó el Corsario.

—Será completo el éxito, amigo mío, te lo prometo; y te prometo también poner en tus manos al matador de tus dos hermanos.

—¡De los tres, Pedro!

—¡Oh!, ¡oh! —exclamó el Olonés—. ¡Yo sé, y como yo todos los filibusteros, que Wan Guld mató al Corsario Verde y al Rojo, pero que hubiese matado a otro, eso lo ignoraba!

—¡Sí; tres! —replicó el Corsario.

—¡Por los arenales de Olona! ¿Y todavía vive ese hombre?

—¡Pero pronto morirá, Pedro!

—Eso espero; y yo estoy dispuesto a ayudarte con todas mis fuerzas. ¡Ante todo, sepamos! ¿Conoces bien a Wan Guld?

—Le conozco mejor que los españoles, a cuyo servicio está ahora.

—¿Qué clase de hombre es?

—Un soldado antiguo que ha guerreado mucho en Flandes, y que lleva uno de los apellidos más ilustres de la nobleza flamenca. En otro tiempo fue capitán valeroso, y quizá hubiera podido añadir algún otro título a los que tiene si la ambición no le hubiese convertido en traidor.

—¿Es viejo?

—Debe tener unos cincuenta años.

—Me parece que todavía tiene mucha fibra. Dicen que es el más valiente de los gobernadores de España en estas colonias.

—Es astuto como un zorro, enérgico como Montbars, y valiente.

—Entonces debemos esperar una resistencia desesperada en Maracaibo.

—Seguramente, amigo Pedro; pero ¿quién podrá resistir el asalto de seiscientos filibusteros? ¡Ya sabes lo que valen nuestros hombres!

—¡Por los arenales de Olona! —exclamó el filibustero—. ¡Lo he visto muchas veces! Además, tú conoces a Maracaibo, y sabrás cuál es el lado débil de la plaza.

—Yo te guiaré, Pedro.

—¿Te retiene aquí algún asunto?

—Ninguno.

—¿Ni siquiera tu bella flamenca?

—Me esperará; estoy seguro —dijo el Corsario.

—¿En dónde la has alojado?

—En mi quinta.

—¿Y tú adónde vas a ir si está ocupada tu casa?

—Permaneceré contigo.

—¡Hombre, eso es una suerte con que no contaba! Así comentaremos mejor la expedición charlando con Miguel, que va a venir a comer conmigo.

—¡Gracias, Pedro! Entonces, ¿cuándo marcharemos?

—Mañana al amanecer. ¿Tienes completa tu tripulación?

—Me faltan sesenta hombres, pues me he visto obligado a mandar treinta con el barco de guerra que capturé en las cercanías de Maracaibo, y otros treinta que perdí en la lucha.

—¡Bah! ¡Es fácil encontrar otros tantos! Todos ambicionan navegar contigo y formar parte de la tripulación de *El Rayo*.

—Sí; aun cuando gozo de fama de ser un espíritu del mar.

—¡Por los arenas de Olona! ¡Siempre fúnebre como un fantasma! ¡Pero de seguro que no lo eres con tu duquesa!

—¡Quizá! —contestó el Corsario.

Se levantó y se dirigió hacia la puerta.

—¿Te marchas ya? —preguntó el Olonés.

—Sí; tengo que despachar algunos asuntos; pero esta noche quizá un poco tarde, estaré aquí. ¡Adiós, Pedro!

—¡Adiós, y cuidado con que te hechicen los ojos de la flamenca!

El Corsario ya estaba lejos cuando el Olonés concluyó de decir esto. Entró por otro sendero e internóse en el bosque que se extendía por detrás de la ciudadela ocupando una buena parte de la isla. Entrelazaban sus ramas las magníficas palmeras llamadas maximilianas, las gigantescas *mauritas*, cuyas hojas están dispuestas en abanico, y las rígidas, como si fuesen de cinc, de los *jupati* o *bossu*, y bajo estos colosos de la familia de las palmeras crecían profusamente los arbustos, preciosos por su aspecto, que producen ese líquido picante y dulzón conocido en las orillas del golfo de México con el nombre de aguamiel, y de *mezcal* si está fermentado, la vainilla silvestre de largas pepitas y el pimientito.

El Corsario, absorto en sus pensamientos, no se detenía a contemplar vegetación tan espléndida. Apresuraba el paso, y parecía impaciente por llegar al fin de su camino.

Media hora después se detuvo de pronto en las lindes de una plantación de elevadas cañas de color amarillo rojizo, que bajo los rayos del sol, próximo a ocultarse, tenían reflejos de púrpura, sobre todo las largas hojas que pendían casi hasta tocar la tierra y que ceñían un fuste sutil, el cual terminaba en lindísimo penacho blanco exornado por delicada franja, cuyos colores variaban entre el cerúleo y el rubio.

Era una plantación de caña de azúcar ya en plena madurez.

El Corsario se detuvo un instante; pero en seguida se metió por entre las cañas, y después que hubo atravesado aquel trozo de terreno en cultivo, volvió a detenerse ante una linda vivienda erigida entre algunos grupos de palmeras, que la sombreaban por completo.

Era una casita de dos pisos, muy parecida a las que aún se construyen hoy día en México, con los muros pintados de rojo, decorados con azulejos dispuestos formando dibujos, y con una terraza llena de tiestos de flores.

Una *cuiera* desmesurada, planta gigantesca que tiene hojas muy largas y que produce una fruta reluciente de color verde pálido y de forma esférica, de la cual hacen vasos los indios pobres, envolvía por completo la casa, cubriendo la terraza y las ventanas.

Ante la puerta de la casa hallábase Moko, el coloso africano, que fumaba plácidamente sentado una pipa vieja, regalo acaso de su amigo el compadre blanco.

El Corsario estuvo inmóvil un instante, mirando primero a la ventana y después a la terraza; al cabo hizo un gesto de impaciencia y se dirigió hacia el africano, que se levantó al verle.

—¿Dónde están Carmaux y Wan Stiller? —le preguntó.

—Han ido al puerto a ver si tenían allí alguna orden vuestra —contestó el negro.

—¿Qué hace la duquesa?

—Disponiendo la mesa para usted.

—¿Para mí? —preguntó el Corsario, cuya frente se aclaró rápidamente, como si un fuerte golpe de viento hubiera dispersado la nube que la cubría.

—Tenía la seguridad de que vendríais a cenar con ella.

—¡Realmente, me esperan en otra parte; pero prefiero mi casa y su compañía a la de aquellos filibusteros! —murmuró.

Se metió en la casa enfilando una especie de corredor adornado con tiestos, cuyas flores exhalaban delicados perfumes, y salió por la otra parte a un jardín espacioso rodeado de altas y sólidas murallas, capaces de ponerla a cubierto de cualquier escalamiento.

Si linda era la casa, pintoresco era el jardín. Preciosos senderos formados por dobles filas de plátanos, cuyas grandes hojas de color verde oscuro producían una deliciosa y fresca sombra, cargados ya de reluciente fruta en forma de racimos, se extendían por todas partes, dividiendo el terreno en varios cuadros, en los cuales crecían las más espléndidas flores de los trópicos.

En los ángulos levantábase la magnífica *persea*, que produce una fruta verde del tamaño de un limón y cuya pulpa, regada con jerez y espolvoreada con azúcar, está exquisita; en otras partes veíanse *passifloras*, que también producen ricas frutas del volumen de un huevo de ánade, y que contienen una sustancia gelatinosa de gratisimo sabor; además lucían sus bellezas las graciosas *cumarúes*, cuyas purpurinas flores exhalan un aroma muy suave, y ciertos arbustos de la familia de las palmeras llenos de almendras colosales, pues algunas llegan a tener hasta sesenta y ochenta centímetros. El Corsario enfiló un sendero, y sin hacer ruido se aproximó a una especie de cenador formado por una *cuiera* tan grande como la que envolvía la casa y situada bajo la espesa sombra de un *jupati* del Orinoco, palmera maravillosa cuyas hojas alcanzan una longitud de once metros.

A través de las hojas de la *cuiera* brillaban chispazos de luz y se oían argentinas risas.

El Corsario se había detenido a corta distancia y miraba por entre la espesura del follaje.

En aquel pintoresco retiro estaba preparada una mesa cubierta por blanquísimo mantel de Flandes.

En derredor de los candeleros, y dispuestos con artístico gusto, veíanse grandes ramos de flores, y en derredor, pirámides de exquisitas frutas, como ananas, plátanos, nueces verdes de coco y *paphuna*, especie de albérchigo que se come cocido con agua y azúcar.

La duquesa hallábase colocando las flores y frutas ayudada por las mestizas.

Vestía un traje de color azul celeste con encajes de Bruselas, que hacían resaltar doblemente la blancura de su epidermis y el delicado matiz de sus rubios cabellos, los cuales llevaba recogidos en una trenza que le caía por la espalda. No lucía ninguna joya, al revés de lo acostumbrado por las norteamericanas, entre quienes debía de haber vivido largo tiempo; pero adornando el niveo cuello veíase un doble hilo de grandes perlas que cerraba una esmeralda.

El Corsario Negro se extasiaba mirándola. Sus ojos, animados por una luz vivísima, la observaban atentamente y seguían sus más pequeños movimientos. Parecía deslumbrado por aquella belleza del Norte, pues casi no se atrevía a respirar por miedo a romper el encanto. De pronto hizo un movimiento y rozó las hojas de una palmerilla que crecía al lado del cenador.

Al oír el ruido de las hojas, la joven flamenca se volvió y vio al Corsario.

—¡Ah! ¿Sois vos, caballero? —exclamó alegremente.

Y mientras el Corsario se quitaba galantemente el sombrero, haciendo una graciosa inclinación, añadió:

—¡Os esperaba; la mesa está dispuesta para la cena!

—¿Me esperabais, Honorata? —preguntó el Corsario besando la mano que le alargaba la joven.

—¡Ya lo veis, caballero! Aquí está un pedazo de lamantino y una cacerola de pájaros y pescados que no esperan otra cosa sino que vengáis a comerlos. ¡Yo misma he vigilado el guiso!

—¿Vos, duquesa?

—¿Por qué os asombra? Las mujeres flamencas tienen costumbre de preparar por sí mismas la comida para sus huéspedes y para su marido.

—¿Y me esperábais?

—¡Sí, caballero!

—Sin embargo, yo no os había dicho que tendría la envidiable fortuna de cenar en vuestra compañía.

—Es verdad; pero a veces el corazón de las mujeres adivina las intenciones de los hombres, y el mío me decía que vendríais esta noche —dijo ella ruborizándose.

—Señora —dijo el Corsario—, había prometido a uno de mis amigos que iría a cenar con

él; pero ¡por Dios vivo, ya puede esperarme cuanto quiera, pues no renuncio al placer de pasar la velada con vos! ¡Quién sabe! ¡Quizá sea la última vez que nos veamos!

—¿Qué decís, caballero? —pregunto sobresaltada la joven—. ¿Es que el Corsario Negro tiene prisa por volver al mar? ¿Apenas está de regreso de una expedición peligrosa y atrevida y quiere salir de nuevo en busca de aventuras? ¿Es que no sabe aún que en el mar puede acecharle la muerte?

—Lo sé, señora; pero el Destino me empuja todavía lejos, y seguiré andando.

—¿Y nada será capaz de reteneros? —preguntó ella con voz trémula.

—¡Nada, señora! —contestó él con un suspiro.

—¿Ningún afecto?

—¡Ninguno!

—¿Ni la amistad más grande? —preguntó la joven con creciente ansiedad.

El Corsario, que se había puesto muy triste e iba a contestar con alguna negativa, se contuvo, y ofreciendo una silla a la joven, dijo:

—¡Sentaos, señora! ¡La cena va a enfriarse, y sentiría mucho no poder hacer los honores a esos platos, preparados por manos tan bellas como las vuestras!

Se sentaron uno frente a otro, y las mestizas empezaron a servir la mesa. El Corsario estaba amabilísimo, y hablaba haciendo gala de gran ingenio y de mucha cortesía. Dirigiéndose a la joven duquesa con la gentileza de un perfecto caballero, le daba informes acerca de los usos y costumbres de los filibusteros y de los bucaneros, de sus prodigiosas expansiones y fiestas, de sus extraordinarias aventuras; describía batallas, abordajes y naufragios, pero sin aludir en lo más mínimo a la próxima expedición que iba a emprender en compañía del Olonés.

La joven flamenca escuchaba sonriéndole, admirando su exquisita, su extraña locuacidad y su amabilidad, sin apartar de él los ojos un momento. Mas parecía preocuparla una idea fija, una invencible curiosidad, porque al contestarle volvía siempre sobre lo de la expedición.

Hacia dos horas que había caído la noche, y la luna se elevaba por encima de la arboleda, cuando el Corsario se levantó.

En aquel momento se acordó por primera vez de que le esperaban el Olonés y Miguel, y de que tenía que completar la tripulación de *El Rayo* antes de que amaneciese.

—¡Cómo vuela el tiempo a vuestro lado, señora! —dijo—. ¿Qué misteriosa fascinación es la que poseéis para hacerme olvidar que todavía tengo que resolver asuntos muy graves? ¡Creía que no serían más de las ocho y son las diez!

—Yo pienso, caballero, que, más que nada, habrá sido el placer de descansar un momento en vuestra casa, después de tantas correrías por el mar, lo que os ha hecho tan agradable este rato de sosiego —dijo la duquesa.

—¡O vuestros bellos ojos y la amable compañía de vuestra persona!

—¡En ese caso, caballero, la suya es la que me ha hecho pasar algunas horas deliciosas, que podríamos quizá volver a gozar en este poético jardín, lejos del mar y de los hombres! —añadió ella con profunda amargura.

—¡La guerra mata a veces; pero también da la fortuna!

—¡La guerra! ¿Y no contáis con el mar? ¡*El Rayo* no siempre saldrá vencedor contra las olas del gran golfo!

—¡Mi nave no teme a las tempestades si soy yo quien la guía!

—¿Es decir, que volveréis pronto al mar?

—Mañana al amanecer, señora.

—¿Apenas habéis desembarcado y ya pensáis en huir? ¡Cualquiera diría que os da miedo la tierra!

—Amo al mar, duquesa; y, además, no será permaneciendo aquí como logre encontrar a mi mortal enemigo.

—Pensáis siempre en él, por lo visto.

—¡Siempre; y no dejaré de pensar hasta que uno u otro hayamos muerto!

—¿Y es para combatirle por lo que os marcháis?

—¡Pudiera ser!

—¿Y adónde vais? —preguntó la joven con una ansiedad que no pasó inadvertida para el Corsario.

—No puedo decirlo, señora; no puedo descubrir los secretos del filibusterismo. Hasta hace pocos días habéis sido huésped de los españoles de Veracruz, y en Maracaibo tenéis conocimientos.

La joven flamenca arrugó el entrecejo y miró al Corsario con ojos severos.

—¿Desconfiáis de mí? —preguntó con tono de dulce reconvención.

—No, señora. ¡Dios me libre de sospechar de vos! Pero tengo que obedecer a las leyes por las que se rige el filibusterismo.

—¡Me disgustaría mucho que el Corsario Negro hubiese podido dudar de mí! ¡Os he conocido muy leal y muy caballero para que tal cosa pasara!

—¡Gracias por la buena opinión que os merezco, señora!

Se había puesto el sombrero y terciado al brazo el ferreruelo; pero no parecía decidirse a marchar. Permanecía en pie ante la joven, con la mirada fija en ella y la melancolía pintada en el rostro.

—Tenéis algo que decirme, ¿verdad, caballero? —le preguntó la duquesa.

—Sí, señora.

—¿Y es cosa tan grave que puede producir esa vacilación?

—¡Quizá!

—¡Hablad, caballero!

—Quería preguntaros si saldréis de esta isla durante mi ausencia.

—¿Y si me marchase? —preguntó la joven.

—Sentiría mucho no veros ya a mi regreso.

—¡Ah! ¿Y por qué, caballero? —preguntó ella sonriendo y ruborizándose a un tiempo.

—¡No sé por qué; pero creo que sería muy feliz si pudiera pasar otra noche como esta, a vuestro lado! ¡Sería para mí una compensación de los sufrimientos que desde lejanos países de Ultramar he arrastrado conmigo a estas aguas americanas!

—Pues bien, caballero: si para vos sería una pena no encontrarme, confieso que tampoco yo me sentiría feliz si no volviese a ver más al Corsario Negro —dijo la joven duquesa bajando la cabeza y cerrando los ojos.

—Entonces, ¿me esperaréis? —preguntó el Corsario impetuosamente.

—Haré más, si me lo permitís.

—¡Hable usted, señora!

—Os suplicaré que volváis a darme nueva hospitalidad a bordo de *El Rayo*.

El Corsario no pudo reprimir un movimiento de alegría; pero de pronto se puso tétrico.

—¡No; es imposible! —dijo al cabo con firmeza.

—¿Os causaría enojo mi presencia?

—No; pero a los filibusteros, cuando se marchan a una expedición, les está prohibido llevar consigo ninguna mujer. Es verdad que *El Rayo* es un barco mío, que yo soy señor absoluto a su bordo y que a nadie estoy sujeto; pero...

—¡Continuad! —dijo la duquesa, que se había puesto triste.

—No sé por qué, señora; pero tendría miedo si os viese a bordo de mi buque. ¿Es el presentimiento de una desgracia o de otra cosa peor que yo no puedo prever? Mi corazón, en lugar de estremecerse al escuchar ese ruego, ha sentido un dolor cruel. ¿No estoy más pálido que de ordinario?

—¡Es verdad! —exclamó con espanto la duquesa—. ¡Dios mío! ¡Os será fatal esa expedición!

—¿Quién puede leer en lo futuro? ¡Señora, dejadme marchar! ¡En este momento sufro, sin poder adivinar la causa! ¡Adiós, señora! ¡Y si está escrito que deba hundirme con mi barco en los abismos del gran Golfo o morir de un balazo o de una estocada, no os olvidéis demasiado pronto del Corsario Negro!

Dicho esto se alejó rápidamente, sin volver el rostro, como si tuviera miedo a entretenerse allí más tiempo. Atravesó el jardín y el corredor, y se metió por el bosque en dirección de la casa del Olonés.

CAPÍTULO XVIII

EL ODIO DEL CORSARIO NEGRO



l día siguiente, apenas había salido el Sol, zarpaba del puerto la expedición bajo el mando del Olonés, del Corsario Negro y de Miguel el Vasco. Despedíanla el redoble de los tambores, los tiros de fusil de los bucaneros y los estrepitosos ¡hurras! de los filibusteros que tripulaban los buques anclados.

Componíase de ocho naves, entre grandes y pequeñas, armadas con ochenta y seis cañones y tripuladas por seiscientos cincuenta hombres. El barco del Olonés montaba dieciséis piezas de artillería, y doce *El Rayo*.

Por ser este el más veloz, navegaba a la cabeza de la escuadra sirviéndole de explorador.

En lo alto del palo mayor ondeaba la bandera negra con bordados de oro de su Comandante, y en el palo pequeño, el gallardete rojo de los buques de combate. Detrás iban los otros buques en doble línea, pero distanciados lo suficiente para poder maniobrar sin peligro de encontrarse o de cortarse el camino recíprocamente.

Ya en mar abierto, la escuadra se dirigió hacia Occidente para ganar el canal de Barlovento y desembocar en el mar Caribe.

El tiempo era espléndido, el mar estaba tranquilo y el viento era favorable; así que todo hacía esperar una navegación rápida y feliz hasta Maracaibo; tanto más, cuanto que se había advertido a los filibusteros que se encontraba entonces la flota del almirante Toledo en las costas de Yucatán, con rumbo a los puertos de México^[2].

Pasados dos días sin haber tenido encuentro alguno, y cuando la escuadra se disponía a doblar el cabo del Engako, *El Rayo*, que navegaba, como siempre, a la cabeza, señaló la presencia de un barco enemigo que iba con rumbo a Santo Domingo.

El Olonés, nombrado comandante supremo, ordenó que todos los buques se pusieran al paio y fue a reunirse con *El Rayo*, que se preparaba para la caza del barco avistado.

Junto a la costa, y al otro lado del cabo, divisaron un navío que llevaba en el asta de popa el gran estandarte de España, y en el mastelete del palo mayor, el gallardete de los buques de guerra. Parecía como que buscaba un refugio, pues habría visto ya, probablemente, la poderosa escuadra filibustera.

El Olonés hubiera podido rodearle con sus otras naves y obligarle a rendirse, o echarle a pique de una sola andanada; pero aquellos fieros corsarios tenían incomprensibles magnanimidades, siendo, como eran, ladrones de mar.

Acometer a un enemigo con fuerzas superiores, lo reputaban como una bellaquería indigna de hombres fuertes y valerosos, como ellos se creían, y desdeñaban abusar de su poder.

El Olonés mandó que indicasen al Corsario Negro que se pusiera al paio como los otros barcos, y él se dirigió atrevidamente hacia el buque español, intimándole la rendición incondicional o la lucha, y haciendo saber a sus hombres de proa que, cualquiera que fuese el éxito de la contienda, su escuadra no se movería.

El barco, que ya se veía perdido, pues no podía tener la más pequeña esperanza de salir victorioso contra fuerzas superiores, no se hizo repetir dos veces la intimación; pero, en lugar de arriar el pendón, mandó clavarlo su comandante en lo alto del mástil, y, como respuesta, descargó contra el buque enemigo sus ocho cañones de estribor, haciendo comprender de este modo que no se rendiría sino después de obstinada resistencia.

Se había empeñado la batalla por ambas partes de un modo vigoroso. El buque español montaba dieciséis cañones: pero no tenía más que sesenta tripulantes. El Olonés llevaba otras tantas piezas de artillería; pero, en cambio, doble número de hombres, entre los cuales iban muchos bucaneros, tiradores formidables que decidían muy pronto la suerte de las luchas con sus infalibles tiros.

Por su parte, la escuadra se había puesto al paio, obedeciendo las órdenes del osado filibustero. Las tripulaciones, escalonadas en las cubiertas, asistían a la lucha como espectadores tranquilos, previendo sin embargo, que concluiría por sucumbir el buque español en aquel empeño, dada la gran desproporción de las fuerzas. Pero, aun cuando pocos en número, los españoles se defendían con supremo vigor. Su artillería tronaba furiosamente, intentando en vano desarbolar y dejar raso al barco corsario que quería abordarle. Las descargas de balas y metralla alternaban, y los enemigos viraban de bordo, presentando siempre la proa para que no pudiesen atacarlos con el espolón y para retardar lo más posible el contacto, pues ya se habían hecho cargo de la preponderancia numérica de sus adversarios.

El Olonés, que se había puesto furioso con aquella resistencia, impaciente por concluir, tanteaba todos los medios para abordarle; pero no encontraba oportunidad, y se veía obligado a tomar de largo para que no le matase la gente la granizada de metralla que llovía del buque español.

Aquel formidable duelo entre la artillería de los dos barcos duró, con grave daño de las arboladuras y de las velas, tres horas largas, sin que se arriase el estandarte de España. Seis veces habían subido al abordaje los filibusteros, y otras tantas fueron rechazados por aquellos sesenta valientes; pero a la séptima lograron poner los pies en la toldilla de la nave enemiga y arriar la bandera.

Aquella victoria, de feliz augurio para la gran empresa, fue saludada con ruidosos ¡hurra! por los filibusteros de la escuadra. El buque vencido iba cargado de pólvora y fusiles con destino a la guarnición española de Santo Domingo.

Desembarcada en la costa la tripulación —pues no querían llevar a bordo prisioneros— y arreglados los desperfectos sufridos por la arboladura, la escuadra, al caer el día, volvió a hacerse a la vela con dirección a Jamaica.

El Rayo se puso de nuevo en vanguardia, manteniéndose a una distancia de cuatro a cinco millas.

Le interesaba al Corsario Negro explorar grandes extensiones de mar, por temor a que cualquier buque español pudiera hacerse cargo del rumbo de aquella poderosa escuadra y corriese a anunciarlo al gobernador de Maracaibo o al almirante Toledo.

Para estar más seguro, no se alejaba casi nunca del puente de órdenes, contentándose con dormir sobre cubierta envuelto en su ferreruelo o tendido en una silla de bambú.

Tres días después de la presa del barco *El Rayo* avistaba las costas de Jamaica y encontraba al navío de línea que abordó cerca de Maracaibo, el cual huyendo de la tempestad, se había refugiado en una ensenada de la isla.

Todavía le faltaba el palo mayor pero la tripulación reforzó los de mesana y de trinquete; habían plegado todas las velas de recambio encontradas a bordo, y se apresuraron a ganar las islas de las Tortugas, por temor a que los sorprendiese cualquier nave española.

Después de informarse el Corsario Negro de la salud de los heridos, que iban acostados en la crujía del buque, prosiguió su ruta hacia el Sur, ansiando llegar a la entrada del golfo de Maracaibo.

La travesía del mar Caribe se realizó sin incidente alguno, pues el mar se mantenía tranquilo constantemente, y en la noche del día decimocuarto que la escuadra había zarpado de las Tortugas, avistó el Corsario la punta de Paraguaná, señalada por un pequeño faro destinado a advertir a los navegantes la boca del pequeño golfo.

—¡Por fin! —exclamó el filibustero, cuyos ojos relucieron animados por una luz sombría—. ¡Quizás mañana ya no se contará entre los vivos el asesino de mis hermanos!

Llamó a Morgan, que subía entonces a cubierta para hacer su cuarto de guardia, y le dijo:

—El Olonés ha mandado que esta noche no se encienda a bordo luz alguna. Es preciso que los españoles no adviertan la presencia de la escuadra, o, de lo contrario, mañana no encontraremos una sola piastra en toda la ciudad.

—¿Nos detenemos en la entrada del golfo?

—No; la escuadra avanzará hacia la boca del lago, y al amanecer caeremos de improviso sobre Maracaibo.

—¿Nuestra gente bajará a tierra?

—Sí, juntamente con los bucaneros del Olonés. Mientras la flota bombardea los fuertes del lado del mar^[3], nosotros acometeremos por la parte de tierra, con objeto de impedir que huya el gobernador hacia Gibraltar. Que estén dispuestas las chalupas de desembarco y armadas con bombardas.

—¡Está bien, señor!

—Además —añadió el Corsario—, yo estaré también en el puente; bajo ahora a la cámara a ceñirme la coraza de combate.

Descendió del puente, y entró en el saloncito para pasar a su camarote. Iba a abrir la puerta de este, cuando notó un perfume delicadísimo, de él muy conocido.

—¡Es extraño! —exclamó deteniéndose—. ¡Si no estuviera seguro de que se había quedado la flamenca en las Tortugas, juraría que estaba aquí!

Miró en derredor, pero como no había ninguna luz encendida, la obscuridad era absoluta. Sin embargo, le pareció ver en un rincón una forma blanquecina apoyada en una amplia ventana que daba al mar.

A pesar de su valor, el Corsario era, como todos los hombres de su tiempo, un poco supersticioso; y al vislumbrar aquella sombra inmóvil en aquel rincón, sintió que la frente se le bañaba en frío sudor.

—¿Será la sombra del Corsario Rojo? —murmuró retrocediendo hasta el extremo opuesto—. ¿Vendrá a recordarme el juramento que pronuncié aquella noche en estas aguas? ¿Habrá abandonado su alma los profundos abismos del golfo donde descansaba?

En seguida se repuso, avergonzado de que él, tan fiero y animoso, hubiese tenido un momento de terror, y desenvainando el puñal de *misericordia* que llevaba al cinto, avanzó diciendo:

—¿Quién eres? ¡Habla, o te mato!

—¡Soy yo, caballero! —contestó una voz dulcísima que estremeció el corazón del Corsario.

—¡Usted! —exclamó con asombro y alegría—. ¿Usted aquí, en *El Rayo*, cuando yo la creía en las islas de las Tortugas? ¿Estoy soñando?

—¡No, caballero; no sueña usted! —respondió la joven flamenca.

El Corsario avanzó dejando caer el puñal y tendiendo los brazos a la Duquesa:

—¡Usted aquí! —repitió con voz en la que se notaba una emoción temblorosa—. Pero ¿de dónde ha salido usted? ¿Cómo es que está usted en mi barco?

—¡No sé...! —contestó titubeando la Duquesa.

—¡Pronto; hable usted, señora!

—¡Pues bien; he querido seguir a usted!

—¿Entonces... usted me quiere? ¡Dígamelo! ¿Es verdad, señora?

—¡Sí! —murmuró ella con voz apagada.

—¡Gracias! ¡Ahora ya puedo desafiar sin miedo a la muerte!

Sacó el eslabón y la yesca y encendió un candelabro, colocándolo en un rincón del saloncito de modo que no reflejase la luz en las aguas del mar...

La joven no se había apartado de la ventana. Envuelta en un amplio capuchón blanco adornado con encajes, con los brazos apretados sobre el pecho, como si quisiera comprimir los latidos precipitados de su corazón, e inclinada la graciosa cabeza sobre un hombro, miraba con sus brillantes y hermosos ojos al Corsario, que seguía ante ella, no pálido, tétrico, ni meditabundo, puesto que una sonrisa de felicidad se dibujaba en los labios del fiero marino.

Durante algunos instantes se miraron en silencio, como si estuviesen asombrados de la confesión de su recíproco afecto. Después el Corsario, cogiendo de una mano a la joven y obligándola a sentarse en una silla cerca de la luz, le dijo:

—Ahora, señora, espero que me dirá usted por obra de qué milagro se encuentra en este barco, cuando yo creía que se había quedado en mi casa, en las islas de las Tortugas.

—Caballero, se lo diré a usted cuando me haya dado palabra de perdonar a mis cómplices.

—¿A sus cómplices?

—Puede usted comprender que a mí sola no me hubiera sido posible embarcar de incógnito en su buque y permanecer encerrada catorce días en este camarote.

—A usted no puedo negarle nada, señora; y los que desobedeciendo mis órdenes me han proporcionado tan deliciosa sorpresa, están perdonados. ¿Quiénes son, señora?

—Wan Stiller, Carmaux y el negro.

—¡Ah! ¿Ellos? —exclamó el Corsario—. ¡Debí haberlo sospechado! Pero ¿cómo pudo usted obtener su cooperación? A los filibusteros que desobedecen las órdenes de sus jefes se les fusila, señora.

—Tenían la convicción de no disgustar a su comandante, pues se habían percatado de que usted, señor, me amaba secretamente.

—¿Y cómo se las arreglaron para embarcar a usted?

—Vestida de marinero, y por la noche, llevándome entre ellos para que nadie pudiese reconocermme ni advertir mi presencia.

—¿Y la escondieron a usted en un camarote? —preguntó sonriendo el Corsario.

—En el contiguo al de usted.

—¿Y dónde se han metido esos bribones?

—Han permanecido ocultos en la estiba; pero venían con frecuencia a traerme víveres que sustraían al cocinero.

—¡Tunantes! ¡Cuánto afecto se encierra en esos hombres tan rudos! ¡Desafían la muerte por ver contentos a sus jefes! Y, sin embargo, ¡quién sabe lo que esta alegría podrá durar! —añadió con triste acento.

—¿Y por qué, caballero, no ha de durar? —preguntó con inquietud la joven.

—Porque dentro de dos horas amanecerá, y yo tengo que dejar a usted.

—¿Tan pronto? ¿Apenas nos hemos visto, y ya piensa usted en alejarse? —exclamó con doloroso estupor la joven.

—Apenas despunte el sol, se librará en este golfo una de las más tremendas batallas que hayamos podido empeñar los filibusteros de las Tortugas. Tronarán sin tregua ochenta cañones contra los fuertes que defienden a mi mortal enemigo, y se lanzarán al asalto seiscientos hombres decididos a vencer o a morir; y yo, como usted puede imaginar, iré a la cabeza de ellos para guiarlos a la victoria.

—¿Y a desafiar a la muerte? —exclamó con terror la Duquesa—. ¿Y si le hiere a usted una bala? ¡Pero usted me jurará que será prudente!

—¡Eso es imposible! ¡Piense usted que hace dos años que estoy esperando el instante de poder castigar a ese infame!

—Pero ¿qué es lo que ese hombre pudo haber hecho para que usted lo odie de un modo tan implacable?

—Me ha matado tres hermanos; ya se lo he dicho a usted; y, además, cometió una traición infame.

—¿Qué traición?

El Corsario Negro no contestó. Empezó a pasear por el saloncito, con la frente arrugada, la mirada torva y contraídos los labios. De pronto se detuvo y luego volvió lentamente hacia la joven, que le miraba con angustia vivísima, y sentándose a su lado, le dijo:

—Escúcheme usted y verá si mi odio está justificado.

»Ya han transcurrido diez años desde la época a que voy a referirme; pero lo recuerdo todo como si hubiera sucedido ayer. Estallaba la guerra de 1686 entre Francia y España por la posesión de Flandes. Luis XIV, sediento de gloria en el auge de su poderío, queriendo aplastar a su formidable adversario, que tantas victorias alcanzara sobre las tropas francesas, invadió audazmente las provincias que el terrible duque de Alba había conquistado y domado con el hierro y el fuego^[4].

»Por aquella época Luis XIV tenía gran influencia en el Piamonte, y pidió socorros al duque Víctor Amadeo II, que no pudo rehusárselos, y le envió tres de sus más aguerridos regimientos, los de Aosta, Niza y de la Marina.

»En este último, y en calidad de oficiales, servíamos mis tres hermanos y yo: el mayor no contaba entonces más de treinta y dos años, y el menor, que más tarde había de convertirse en el Corsario Verde, sólo veinte.

»Ya en Flandes, nuestros regimientos se habían batido valerosamente al pasar el Escalda, en Shelde, en Gante y en Tournay, cubriéndose de gloria.

»Triunfaron por todas partes los ejércitos aliados, rechazando a los españoles hacia Amberes, cuando un mal día una parte de nuestro regimiento de la Marina, habiendo avanzado hacia la boca del Escalda para ocupar una fortaleza abandonada por el enemigo, fue acometido por tan gran número de españoles, que se vio obligado a ampararse tras las murallas más que de prisa, salvando así con mucho trabajo la artillería.

»Entre los defensores estábamos nosotros, los cuatro hermanos.

»Separados del ejército francés, cercados por todas partes por un número diez veces superior, y, además, resueltos a reconquistar la posición, que era para nosotros de gran

importancia, no nos quedaba más alternativa que rendirnos o morir. Nadie hablaba de rendición: por el contrario, jurábamos sepultarnos bajo las ruinas antes que arriar la gloriosa bandera del duque de Saboya.

»Luis XIV, no sé por qué motivo, había dado el mando del regimiento a un viejo duque flamenco que, según decía, tenía fama de valiente y experimentado guerrero; y como se encontraba en nuestra compañía el día de la sorpresa, asumió la dirección de la defensa.

»La lucha comenzó con igual furor por ambas partes.

»La artillería enemiga desmoronaba todos los días nuestros bastiones; pero todos los días volvían a aparecer en disposición de resistir, pues por la noche reparábamos apresuradamente las brechas.

»Los asaltos se sucedieron durante quince días y quince noches, con graves pérdidas por ambas partes. A cada intimación de rendición contestábamos a cañonazos.

»Mi hermano mayor se convirtió en el alma de la defensa: heroico, gallardo, diestro en el manejo de todas las armas, dirigía la artillería, siendo siempre el primero en el ataque y el último en la retirada. El valor de aquel hermoso guerrero hizo nacer en el corazón del jefe flamenco unos celos sordos, los cuales debían tener para nosotros fatales consecuencias andando los días.

»Aquel miserable, olvidando que había jurado fidelidad a la bandera del Duque y que manchaba uno de los apellidos más ilustres de la aristocracia flamenca, se puso secretamente de acuerdo con los españoles para entregarnos a ellos. Un cargo de gobernador en las colonias de América y una gruesa suma de dinero debían ser el precio de tan ignominioso pacto. Una noche, seguido por varios parientes flamencos también, abrió uno de los postigos y dejó libre el paso a los españoles, que se habían acercado sigilosamente a la fortaleza.

»Mi hermano, que hacía la guardia a muy poca distancia en compañía de algunos soldados, se hizo cargo de la entrada de los españoles, y les salió al encuentro, dando la voz de alarma; pero el traidor le esperaba detrás de una esquina del bastión con las pistolas en las manos.

»Mi hermano cayó mortalmente herido y los enemigos entraron impetuosamente en la ciudad.

»Nos batimos en las calles, en las casas; pero todo en vano. Cayó la fortaleza en su poder, y nosotros con gran trabajo pudimos salvarnos, con otros cuantos soldados emprendiendo una retirada precipitada hacia Courtray».

—Dígame usted, señora: ¿perdonaría usted a ese hombre?

—¡No! —contestó la Duquesa.

—Nosotros no le perdonamos tampoco. Juramos matar al traidor y vengar a nuestro hermano, y cesado que hubo la guerra, le buscamos por todas partes: primero en Flandes y después en España.

»Así que supimos que había sido nombrado gobernador de una de las ciudades más fuertes de las colonias americanas, mis hermanos y yo armamos tres buques y zarpamos para el gran golfo, devorados por un deseo inextinguible de castigar al traidor.

»Nos hicimos corsarios. El Corsario Verde, más impetuoso y menos experto, quiso tentar la suerte y cayó en manos de nuestro mortal enemigo, el cual mandó que le ahorcasen como a un ladrón vulgar. Después intentó a su vez lo mismo el Corsario Rojo, y no tuvo mejor fortuna.

»Mis dos hermanos, arrancados de la horca por mí, duermen en el fondo del mar, donde esperan mi venganza; ¡y si Dios me ayuda, el traidor caerá en mis manos dentro de dos horas!».

—¿Y qué va usted a hacer con él?

—¡Le ahorcaré, señora! —contestó fríamente el Corsario—. Después exterminaré a cuantos tienen la desventura de llevar su nombre. ¡Él exterminó mi familia, y yo exterminaré la suya! ¡Lo juré la noche en que el Corsario Rojo descendía a los abismos del mar, y cumpliré mi palabra!

—Pero ¿dónde estamos? ¿Qué ciudad es la que gobierna ese hombre?

—¡Pronto lo sabrá usted!

—Pero ¿cómo se llama? —preguntó la Duquesa con angustia.

—¿Le interesa a usted saberlo?

La joven flamenca se llevó a la frente su pañuelo de seda. Aquella linda frente estaba empapada de sudor frío.

—No sé —dijo con voz trémula—. Me parece que oí contar allá en los días de mi niñez, a

algunos hombres de armas que conocían a mi padre, una historia que se parece a la que usted me ha contado.

—¡Es imposible! —dijo el Corsario—. ¡Usted no ha estado nunca en el Piamonte!

—¡No; pero le ruego que me diga cómo se llama ese hombre!

—Pues bien, se lo diré: es el duque Wan Guld.

En el mismo instante se oyó retumbar fragorosamente en el mar un lejano cañoneo.

El Corsario Negro se lanzó fuera del saloncito gritando:

—¡El alba!

La joven flamenca no hizo movimiento alguno para detenerle. Se llevó ambas manos a la cabeza con un gesto de desesperación, y en seguida cayó sobre el tapiz, sin dar un solo grito y cual si un rayo la hubiese herido.

CAPÍTULO XIX

EL ASALTO A MARACAIBO



quel cañonazo lo disparó el barco del Olonés, que había pasado a la vanguardia poniéndose al paio a dos millas de Maracaibo y ante el fuerte situado en una altura, el cual defendía la ciudad juntamente con dos islas.

Algunos de los filibusteros que habían estado ya en el golfo de Maracaibo con el Corsario Verde y el Rojo, aconsejaron al Olonés que desembarcase los bucaneros en aquella parte, con objeto de coger entre dos fuegos al fuerte que dominaba el lago, y el filibustero se había apresurado a dar la señal de la operación de guerra.

Con prodigiosa rapidez se echaron al agua todas las chalupas de las diez naves, y los filibusteros y bucaneros destinados para el desembarco se habían agolpado en ellas, llevando consigo los fusiles y los sables de abordaje.

Cuando el Corsario se presentó en la cubierta, ya Morgan había mandado bajar a las chalupas sesenta hombres escogidos entre los más intrépidos.

—¡Comandante —dijo volviéndose hacia el Corsario Negro—, no hay que perder un instante! ¡Los hombres de desembarco comenzarán dentro de breves momentos el ataque al fuerte y nuestros filibusteros deben ser los primeros en subir al asalto!

—¿Ha dado alguna orden el Olonés?

—Sí, señor. Ha ordenado que la flota no se exponga al fuego del fuerte.

—¡Está bien! ¡Confío a usted el mando de *El Rayo*!

Se puso rápidamente la coraza que le había llevado un marinero, y bajó a la chalupa grande, que le esperaba debajo de la escala de babor y que tripulaban treinta hombres. La chalupa iba armada de un pedrero.

Principiaba entonces a alborear, y era preciso, por lo tanto, apresurar el desembarco, con objeto de no dar tiempo a los españoles para reunir fuerzas numerosas.

Las chalupas, todas cargadas de hombres, surcaban a escape el agua poniendo la proa hacia una playa boscosa que se elevaba en rápida pendiente y que terminaba en una colinita, sobre cuya cumbre se alzaba el fuerte, sólido, armado con dieciséis cañones de grueso calibre y, probablemente, bien abastecido de defensores.

Los españoles, a quienes había dado la voz de alarma el primer cañonazo mandado disparar por el Olonés, se apresuraron a enviar algunos pelotones de soldados a la pendiente de la colina para oponerse al paso de los filibusteros, al propio tiempo que rompían un violento fuego de cañón.

Las bombas caían como granizo batiendo el espacio de agua que ocupaban las chalupas y haciendo saltar grandes chorros espumosos.

Por medio de rápidas maniobras hacían los filibusteros viradas de bordo vertiginosas, y no daban tiempo a los enemigos para que pudiesen hacer puntería.

Las tres chalupas en que iban el Olonés, el Corsario Negro y Miguel el Vasco habían pasado a primera línea, y como las manejaban los remeros más robustos, bogaban como flechas para llegar a tierra antes de que los pelotones de españoles pudiesen tomar posiciones en la colina.

Atrás quedaron los buques corsarios para huir del fuego de los dieciséis cañones del fuerte, pero *El Rayo*, mandado por Morgan, avanzó hasta la distancia de mil pasos de la playa con objeto de proteger el desembarco, lo cual hacía disparando con los dos cañones

de proa.

No obstante aquel furioso cañoneo, en quince minutos arribaron las primeras chalupas. Los filibusteros, y los bucaneros que las montaban, sin esperar a sus compañeros, desembarcaron precipitadamente y se lanzaron a través de la espesura con sus jefes a la cabeza con objeto de rechazar a los españoles que estaban emboscados en la pendiente de la colina.

—¡Al asalto, mis valientes! —aulló el Olonés.

—¡Arriba, marineros! —gritó el Corsario Negro, que avanzaba con la espada en la diestra y una pistola en la otra mano.

Los españoles emboscados comenzaron a lanzar una lluvia de balas sobre los asaltantes; pero con poco resultado, a causa de los árboles y de lo espeso de la maleza que cubría la pendiente de la colina.

También los cañones del fuerte tronaban con ruido ensordecedor, lanzando en todas direcciones sus grandes proyectiles. Los árboles se desgajaban y venían al suelo con estrépito, las ramas caían a diestro y siniestro, y la metralla lanzaba una tempestad de hojas y frutas sobre los acometedores; pero nadie podía contener el empuje formidable de los filibusteros y bucaneros de las Tortugas.

Avanzaban a la carrera, como devastadora tromba, caían encima de los soldados españoles acometiéndoles con los sables de abordaje, y los hacían trizas, a pesar de su obstinada resistencia.

Pocos fueron los hombres que escaparon de la matanza, porque casi todos preferían caer con las armas en la mano antes que ceder el campo.

—¡Asaltemos el fuerte! —gritó el Olonés.

Animados con el primer éxito, los corsarios se lanzaron por la cuesta arriba procurando marchar ocultos entre la espesura.

Eran más de quinientos, pues ya se les habían agregado los restantes; pero la empresa no se presentaba fácil, pues no iban provistos de escalas. Además, la guarnición española, compuesta de doscientos cincuenta soldados valientes, se defendía con tesón y no daba señales de ceder.

El fuerte hallábase situado en un punto muy elevado, y los cañones tenían campo suficiente para sus disparos, por lo cual destrozaban el bosque con huracanes de metralla, amenazando no dejar vivo ni un solo asaltante.

El Olonés y el Corsario Negro, previendo una resistencia desesperada, se habían detenido para aconsejarse.

—¡Vamos a perder demasiada gente! —dijo el Olonés—. ¡Es preciso encontrar un medio para abrir una buena brecha, o de lo contrario, nos aplastan!

—¡No hay más que uno! —exclamó el Corsario.

—¡Habla pronto!

—¡Intentar poner una mina en la parte baja de los bastiones!

—¡Creo que eso es lo mejor! Pero ¿quién va a atreverse a afrontar semejante peligro?

Se volvieron, y vieron a Carmaux, seguido de su inseparable Wan Stiller y del compadre negro.

—¡Ah! ¿Eres tú, bribón? —dijo el Corsario—. ¿Qué haces aquí?

—¡Seguir a usted, comandante! ¡Me ha perdonado usted, y ya no tengo miedo de que me fusilen!

—¡No, no te fusilarán; pero irás a poner la mina y a hacerla saltar!

—¡A sus órdenes, comandante! ¡Dentro de un cuarto de hora abriremos una brecha!

En seguida, volviéndose a sus dos amigos.

—¡Eh, tú, Wan Stiller, ven! —le dijo—. ¡Y tú, Moko, ve a buscar treinta libras de pólvora y una buena mecha!

—¡Espero que he de volver a verte vivo todavía! —dijo el Corsario con voz conmovida.

—¡Gracias por su deseo, comandante! —contestó Carmaux alejándose precipitadamente.

Mientras tanto, los filibusteros y los bucaneros proseguían avanzando a través de los árboles, y procurando alejar de las almenas a los españoles y artilleros con certeros disparos.

Sin embargo, la guarnición resistía con obstinación admirable haciendo un fuego infernal.

El fuerte parecía el cráter de un volcán. Nubes gigantescas de humo se elevaban de todos los bastiones, y el fuego de la artillería perforaba relampagueante aquellos densos vapores.

Balas y metrallas descendían rozando la tierra, arrancando y destruyendo los árboles, rasgando la maleza, en medio de la cual se habían escondido los filibusteros en espera del momento oportuno para lanzarse al asalto.

De pronto, se oyó en los altos de la colina una explosión formidable, que repercutió largamente bajo los bosques y sobre el mar; gigantesca llama se elevó en un flanco del fuerte, y en seguida una lluvia de cascotes cayó con ímpetu sobre los árboles, hiriendo y matando a no pocos de los asaltantes.

En medio de los gritos de los españoles, del estruendo de la artillería y del tronar de los fusiles, se oyó la voz metálica del Corsario Negro:

—¡Arriba: al asalto, hombres de mar!

Al verle lanzarse a terreno descampado, los filibusteros y los bucaneros se precipitaron en su seguimiento y del Olonés. Rebasaron sin detenerse la última altura, atravesaron la explanada a la carrera, y se lanzaron contra el fuerte.

La mina que hicieron saltar Carmaux y sus dos amigos, abrió una ancha brecha en uno de los principales bastiones.

El Corsario Negro se lanzó adentro por encima de los escombros y cañones derribados por la explosión, y su espada formidable volaba en todas direcciones rechazando a los primeros adversarios que habían acudido para defender el paso.

Los corsarios se arrojaron detrás de él con los sables de abordaje, dando grandes voces para producir mayor terror. A su impulso irresistible cayeron al suelo los primeros españoles, y como un torrente desbordado penetraron en el fuerte.

Los doscientos cincuenta hombres que lo defendían no pudieron hacer frente a tanta furia: procuraron atrincherarse, pero volvieron a arrojarlos de allí. Intentaron agruparse en la plaza de armas para impedir que se arriase el estandarte de España, y allí también los deshicieron; los siguieron a lo largo de los bastiones interiores, y, por último, murieron todos sin rendirse.

Así que el Corsario Negro vio arriada la bandera se apresuró a revolverse contra la ciudad ya indefensa. Reunió cien hombres, bajó a la carrera la colina, y penetró en las desiertas calles de Maracaibo.

Todos habían huido, hombres, mujeres y niños, resguardándose en los bosques para salvar los objetos más preciosos. Pero ¿qué le importaba eso al Corsario Negro? No era para saquear la ciudad para lo que había organizado la expedición, sino para echar mano al traidor.

Arrastraba tras sí a sus hombres llevándolos a escape, aguijoneado por el ansia de llegar pronto al palacio de Wan Guld.

La plaza de Granada también estaba desierta, y abierto de par en par y sin guardia alguna veíase el gran portón de la vivienda del Gobernador.

—¿Se me habrá escapado? —se preguntó el Corsario apretando los dientes—. ¡Pues aun cuando tenga que perseguirle hasta el fin del continente, no le dejo!

Al ver abierto el portón, los filibusteros se detuvieron, temiendo una emboscada. El Corsario continuó avanzando con prudencia, pues también recelaba cualquier sorpresa.

Iba a transponer el umbral para entrar en el zaguán, cuando sintió que una mano le detenía sujetándolo por un hombro, y que una voz le decía al mismo tiempo:

—¡Usted, no; mi comandante! ¡Si me lo permite, entraré yo primero!

El Corsario se volvió con el ceño fruncido y vio a Carmaux, negro por la pólvora, con las ropas desgarradas y el rostro ensangrentado.

—¡Tú! —exclamó—. ¡Creí que la mina no había respetado tu vida!

—¡Tengo el pellejo muy duro mi capitán, y lo mismo deben de tenerlo el hamburgués y el africano, pues vienen conmigo!

—¡Entonces, adelante!

Carmaux y sus compañeros, que ya se le habían reunido, negros también por la pólvora y no menos destrozados de las ropas, se lanzaron dentro del zaguán con los sables de abordaje y las pistolas empuñadas, seguidos por el Corsario Negro y el resto de los filibusteros.

No había nadie. Soldados, escuderos, criados, esclavos; todos habían huido con los habitantes buscando también un refugio en los espesos bosques de la costa.

Únicamente había un caballo con una pata rota.

—¡Han desalojado! —dijo Carmaux—. ¡Hace falta poner un cartel en la puerta que diga lo siguiente: «Se alquila este palacio»!

—¡Subamos! —dijo el Corsario con voz silbante.

Los filibusteros se lanzaron por las escaleras y subieron a los pisos superiores. También en ellos estaban de par en par las puertas de todas las habitaciones, y desiertas las estancias, revueltos los muebles, y los cofres, abiertos y vacíos. Todo denotaba una fuga precipitada.

De pronto se oyeron gritos en una habitación. El Corsario, que recorría a escape todas las salas, se dirigió hacia la parte de donde salían los gritos, y vio a Carmaux y a Wan Stiller que conducían a la fuerza a un soldado español alto y delgado.

—¿Le conoce usted, comandante? —gritó Carmaux empujando con violencia al desgraciado prisionero.

Al verse ante el Corsario, el soldado español se quitó el casco de acero adornado con una pluma casi sin barbas, e inclinando su largo y magro torso dijo tranquilamente:

—¡Le esperaba a usted, señor, y me felicito de volver a verle!

—¡Cómo! —exclamó el Corsario—. ¡Tú!

—¡Sí; el español del bosque! —dijo el hombre flaco sonriendo—. ¡No ha querido usted ahorcarme, y por eso estoy vivo aún!

—¡Tú las pagarás por todos, tunante! —gritó el Corsario.

—¿Habré hecho mal en esperar a usted? En ese caso, lo siento, porque hubiera tomado tierra huyendo con los demás.

—¿Me esperabas?

—¿Quién me habría impedido huir?

—¡Es verdad! ¿Y por qué te has quedado?

—Porque quería ver otra vez al que me perdonó la vida de modo tan generoso la noche que caí en sus manos.

—¡Bueno! ¡Adelante!

—Y además, porque quería hacer un pequeño servicio al Corsario Negro.

—¡Tú!

—¡Je, je! —dijo el español sonriendo—. ¿Le asombra eso?

—¡Confieso que sí!

—Pues ha de saber usted que cuando el Gobernador supo que yo había caído en sus manos y que usted no me había colgado de la rama de un árbol con una cuerda al cuello, para recompensarme mandó que me diesen veinticinco palos. ¡Pegarme a mí, a Don Bartolomé de los Barbosas y Camargo, descendiente de la Nobleza más antigua y linajuda de Cataluña! ¡Caramba!

—¡Concluye!

—He jurado vengarme de ese flamenco, que trata a los soldados españoles como si fueran perros y a los nobles como si fuesen esclavos indios; por eso he esperado a usted. Usted ha venido a matarle; pero él, en cuanto ha visto que el fuerte se rendía, huyó.

—¡Ah! ¿Se ha escapado?

—Sí; pero yo sé a dónde, y le guiaré para que se ponga usted en su pista.

—¿No me engañas? ¡Cuidado, porque si mientes mandaré que te majen los huesos!

—¿No estoy en poder de usted? —dijo el soldado.

—¡Tienes razón!

—Pues estando, como estoy, en poder de usted, puede mandar hacer de mí lo que quiera.

—¡Entonces, habla! ¿Hacia dónde ha huido Wan Guld?

—Hacia el bosque.

—¿Y a dónde quiere ir?

—A Gibraltar.

—¿Siguiendo a lo largo de la costa?

—Sí, comandante.

—¿Tú conoces el camino?

—Mejor que los que le acompañan.

—¿Cuántos hombres lleva consigo?

—Un capitán y siete soldados que le son muy fieles. Para poder caminar a través de bosques tan espesos es preciso que sean pocos.

—¿Y los demás soldados, dónde están?

—Se han dispersado.

—¡Está bien! —dijo el Corsario—. Nosotros nos pondremos en seguimiento de ese infame Wan Guld, y no le daremos tregua ni de noche ni de día. ¿Van a caballo?

—Sí; pero se verán obligados a dejarlos porque de nada les servirá.

—¡Espérame aquí!

El Corsario Negro se acercó a un pupitre sobre el cual había algunas hojas de papel, pluma y un riquísimo tintero de bronce.

Cogió una hoja, y escribió rápidamente estas líneas:

Querido Pedro:

Voy en seguimiento de Wan Guld a través del bosque, con Carmaux, Wan Stiller y mi africano. Dispón de mi barco y de mis hombres, y cuando haya terminado el saqueo, ven a reunirme conmigo en Gibraltar. Allí hay tesoros que recoger, mucho más grandes que los que podáis encontrar en Maracaibo.

El Corsario Negro

Cerró la carta, se la entregó a su maestro de tripulación, despidió a los filibusteros que le habían seguido, diciéndoles:

—¡Valientes míos, volveremos a vernos en Gibraltar!

En seguida, volviéndose hacía Carmaux, Wan Stiller, el africano y el prisionero, dijo:

—¡Ahora vamos a salir a la caza de mi enemigo mortal!

—¡Traigo conmigo una cuerda nueva para ahorcarle, comandante! —respondió Carmaux

—. ¡La probé ayer por la noche! ¡No hay cuidado que se rompa!

CAPÍTULO XX

EN PERSECUCIÓN DEL GOBERNADOR DE MARACAIBO



Mientras los filibusteros y los bucaneros del Vasco y del Olonés entraban en Maracaibo sin encontrar resistencia y se dedicaban al más desenfrenado saqueo, reservándose ir después a los bosques en busca de los habitantes con objeto de quitarles también lo que hubieran podido salvar, el Corsario Negro y sus cuatro compañeros, después de proveerse de fusiles y de víveres se habían puesto animosamente en persecución del Gobernador.

Apenas salieron de la ciudad se internaron en medio de las grandes espesuras que flanqueaban el amplísimo lago de Maracaibo, tomando un sendero apenas transitable. Según el vengativo catalán, el Gobernador no debía de andar muy lejos.

—¿Lo ve usted? —exclamó el catalán con aire triunfante—. Por aquí ha pasado el Gobernador con su capitán y los siete soldados, uno de los cuales se puso en marcha a pie, pues en el momento de la huida se le cayó el caballo, que se rompió las patas.

—Lo hemos visto —respondió el Corsario. ¿Crees que nos lleven mucha delantera?

—Quizás unas cinco horas.

—Eso es bastante; pero todos somos buenos andarines.

—Lo creo; mas no espere usted alcanzarle hoy ni mañana. Probablemente, usted no conocerá los bosques de Venezuela; ya verá qué sorpresas se nos preparan.

—¿Quién va a prepararnos esas sorpresas?

—Las fieras y los salvajes.

—¡No nos dan miedo unas ni otros!

—Los caribes son fieros.

—También lo serán con el Gobernador.

—Son aliados suyos, y no de ustedes.

—¿Se hará cubrir la retirada por los salvajes?

—Es probable, capitán.

—¡No me importa! ¡Nunca me dieron cuidado los salvajes!

—¡Mejor para usted! Vamos, caballero; aquí está el bosque grande.

Se cortaba de repente el sendero ante una espesura enorme, verdadera muralla vegetal de colosales troncos, que no ofrecía paso posible para jinetes.

Nadie puede formarse idea de la lujuriosa vegetación que produce el suelo húmedo y cálido de las regiones sudamericanas, y especialmente las cuencas de los ríos gigantescos.

Aquel terreno virgen, fertilizado de continuo por las hojas y las frutas que se acumulaban secularmente sobre él, y cubierto siempre de montones de vegetales como quizá no se ven parecidos en ninguna otra parte del mundo, no ofrecía camino alguno, puesto que árboles y hierbas adquieren en tales sitios proporciones desmesuradas.

El Corsario Negro y el español se detuvieron ante la enorme espesura y escucharon atentamente, mientras que los dos filibusteros y el negro miraban al tupido follaje de los cercanos árboles y la espesura, temerosos de alguna sorpresa.

—¿Por dónde habrán pasado? —preguntó el Corsario al español—. No veo abertura alguna por entre esa masa de árboles y de lianas.

—¡Hum! —murmuró el catalán—. ¡El Diablo no se los habrá llevado consigo; por lo menos, eso espero! ¡Lo sentiría por los veinticinco palos, que aún me escuecen en las

costillas!

—Y sus caballos, supongo que no tendrían alas —dijo el Corsario.

—El Gobernador, que es muy astuto, habrá procurado hacer de modo que no se puedan seguir sus pasos. ¿Se oye algún rumor además de ese del bosque?

—Sí —dijo Carmaux—; me parece oír allá abajo algo como agua corriente.

—¡Entonces algo he encontrado ya! —dijo el catalán.

—¿El qué? —preguntó el Corsario.

—¡Síguenme ustedes, caballeros!

El soldado retrocedió mirando al suelo, y así que hubo encontrado otra vez las pisadas de los caballos se puso a seguirlos, internándose entre grupos de *cari*, especie de palmera de tronco espinoso que produce una fruta parecida a nuestras castañas, dispuesta en racimos. Marchando con precaución para no dejarse la ropa en aquellas espinas agudas y largas, llegó en seguida a donde Carmaux había oído murmurar el agua. Miró a tierra, tratando de descubrir entre las hojas y las hierbas las huellas de los cuadrúpedos, y después, alargando el paso, se detuvo ante la orilla de un riachuelo como de dos o tres metros de anchura, cuyas aguas tenían color negruzco.

—¡Ah, ya! —exclamó alegremente—. ¡Ya había dicho yo que el viejo es un zorro!

—¿Y qué quieres decir con eso? —preguntó el Corsario, que comenzaba a inquietarse.

—Que para internarse en la floresta y hacer perder su rastro ha descendido por este riachuelo.

—¿Es muy hondo?

El catalán metió su espada en el agua, y tocó el fondo.

—No hay más de un pie o pie y medio de profundidad.

—¿Habrá serpientes?

—No estoy seguro.

—¡Entonces entremos también nosotros en el agua y apresuremos el paso! ¡Ya veremos hasta dónde han podido servirse de los caballos!

Entraron en el río, primero el español y el negro el último, pues tenía el encargo de vigilar la retaguardia, y se pusieron en marcha, removiendo aquellas aguas oscuras, fangosas y llenas de hojas secas, que despedían peligrosos miasmas por su estado de descomposición.

El riachuelo estaba obstruido por toda especie de plantas acuáticas, las cuales veíanse pisadas y quebradas en varios sitios. Allí había matas de *mucumucú*, especie de aroídea ligera que se corta fácilmente, pues los troncos son en su casi totalidad de una materia esponjosa; grupos de arbustos de madera de *cañón* de tronco liso y de reflejos plateados que sirven para construir ligerísimas balsas: largas tiras sarmentosas que contienen un jugo lactinoso que tiene la propiedad sorprendente de emborrachar a los peces si va mezclado con el légamo de los riachuelos o de los lagos pequeños, y otros varios vegetales que hacían el camino penosísimo.

Un silencio casi completo reinaba bajo la oscura bóveda de los árboles, los cuales inclinaban las ramas sobre el riachuelo. Tan sólo de tiempo en tiempo y a regulares intervalos se oía resonar repentinamente como el sonido de una campana, cosa que obligaba a levantar vivamente la cabeza a Carmaux y Wan Stiller.

Aquel sonido de argentina vibración, y que se extendía con una nitidez grande despertando los ecos todos de la floresta, no lo producía una campana; lo producía un pájaro escondido en lo más espeso de las ramas de los árboles. Llámale los españoles el *campanero*, y es un ave tan grande como un palomo, y enteramente blanca. Su extraño canto, o mejor dicho, grito, se oye a más de tres millas de distancia.

La caravana, siempre silenciosa, proseguía marchando con rapidez, y llena de curiosidad por saber hasta dónde habían podido utilizar las monturas el Gobernador y su escolta. Andando bajo masas de verdura entrelazadas tan estrechamente que interceptaban casi por completo la luz del Sol, iban avanzando, cuando de improviso y hacia la orilla izquierda resonó una detonación bastante fuerte, seguida de una lluvia de proyectiles pequeños, que al caer en el río produjeron un ruido parecido al rebotar del granizo.

—¡Truenos de Hamburgo! —exclamó Wan Stiller agachándose instintivamente—. ¿Quién nos ametralla?

El Corsario también se había encorvado y montaba precipitadamente el arcabuz, mientras que sus filibusteros retrocedían con viveza. Únicamente el catalán no se movió, y miraba con toda tranquilidad las plantas que crecían en ambas orillas.

—¿Nos acometen? —preguntó el Corsario.

—¡No veo a nadie! —respondió riendo el catalán.

—¿Y esa detonación? ¿No las has oído?

—Sí, capitán.

—¿Y no te pone en cuidado?

—¡Por el contrario; ya ve usted que me río!

Un segundo estallido, más fuerte que el primero, se oyó otra vez en la altura, y otra lluvia de proyectiles cayó en el agua.

—¡Es una bomba! —exclamó retrocediendo Carmaux.

—¡Sí; pero una bomba vegetal! —contestó el catalán—. ¡Sé lo que es!

Se dirigió hacia la orilla derecha, y mostró a sus compañeros una planta que parecía pertenecer a la familia de las euforbiáceas, como de veinticinco a treinta metros de elevación, con las ramas cubiertas de espinas y las hojas de unos veinticinco centímetros de ancho. De sus extremos pendía una fruta algo redondeada y envuelta en una corteza que parecía leñosa^[5].

—Estén ustedes atentos un instante —les dijo.

—La fruta ya está pasada.

No había concluido de hablar, cuando uno de los globos estalló ruidosamente lanzando a derecha e izquierda una nube de granitos.

—¡No hacen daño! —dijo el catalán al ver que Carmaux y Wan Stiller daban un salto atrás—. Son granos de semilla. Cuando el fruto está ya tan maduro que comienza a pasarse, la corteza leñosa adquiere cierta resistencia, y al fermentar al cabo de cierto tiempo, estalla o revienta lanzando a gran distancia las semillas contenidas en los departamentos en que está dividida interiormente.

—¿Se comen esas frutas?

—Contienen una substancia lacticinosa que solamente comen los monos —respondió el catalán.

—¡Al diablo con los árboles bombas! —exclamó Carmaux—. ¡Creí que eran soldados del Gobernador que nos ametrallaban!

—¡Adelante! —dijo el Corsario—. ¡No olvidéis que vamos dándoles caza!

Volvieron a emprender la marcha por las aguas del río, y después de andar como unos doscientos pasos vieron de pronto delante de sí una masa negruzca medio cubierta por las aguas y que ofrecía un obstáculo a la corriente.

—¡Ah! —exclamó el catalán.

—¿Has visto algún árbol-granada otra vez? —preguntó Carmaux.

—¡Algo mejor! ¡O mucho me equivoco, o aquella masa la forman los caballos del Gobernador y de su escolta!

—¡Despacio! —dijo el Corsario—. ¡Los jinetes pueden haber acampado por allí cerca!

—¡Lo dudo! —respondió el catalán—. ¡Ya sabe el Gobernador que tiene que habérselas con usted, y habrá sospechado que le perseguiría!

—¡Bueno; pero obremos con prudencia!

Montaron los fusiles, se pusieron uno detrás de otro, y marcharon en fila, con objeto de que no pudiesen herirlos a todos con una descarga repentina. Así siguieron avanzando en silencio, muy encorvados y procurando ocultarse con las ramas bajas de los árboles que se entrelazaban sobre el riachuelo.

Temiendo siempre una sorpresa, el catalán se detenía cada diez o doce pasos para escuchar atentamente y mirar por entre las hojas y las lianas que obstruían ambas orillas.

Marchando de este modo con mil precauciones llegaron a donde yacía aquella masa oscura. No se habían equivocado: eran caballos muertos que habían caído unos al lado de otros, y que quedaron medio sumergidos en las negras aguas del riachuelo.

Ayudado por el africano, el catalán movió uno, y vio que los habían matado de un navajazo.

—¡Los conozco! —dijo—, son los caballos del Gobernador.

—¿Y hacia dónde habrán huido los jinetes? —preguntó el Corsario.

—Se habrán internado en el bosque.

—¿Ves alguna abertura?

—No; pero... ¡Ah! ¡Los tunantes!

—¿Qué es?

—¿No ve usted esa rama, rota, de la cual todavía gotea la savia?

—Bueno, ¿y qué?

—Mire usted allá arriba otras dos: también están rotas.

—Sí, las veo.

—Pues eso indica que los muy ladinos se han subido a esas ramas y han descendido al otro lado de esta espesura. Nosotros no tenemos que hacer otra cosa que imitarlos.

—Cosa bien fácil para gentes marineras —dijo Carmaux—. ¡Ea, subámonos!

El catalán alargó los desmesurados brazos delgados como patas de araña, y se izó a una rama muy gruesa, seguido en el acto por todos los demás. De aquella primera rama pasó a otra que se extendía en dirección horizontal, después a una tercera, que ya era aérea por treinta o cuarenta árboles, observando siempre con atención las ramitas y hojas cercanas.

Llegado que hubo en medio de una espesa red de lianas, se dejó caer de pronto al suelo lanzando un grito de triunfo.

—¡Eh, catalán! —exclamó Carmaux—. ¿Has encontrado alguna pepita de oro? ¡Porque se dice que abundan en este país!

—Es un puñal de *misericordia*, que para nosotros puede tener tanto o más valor.

—¡Bueno, para metérselo al Gobernador en el corazón!

El Corsario Negro, que también se había dejado caer al suelo recogió el puñal, que tenía la hoja corta y cuajada de arabescos, y la punta afiladísima.

—Debe de haberlo perdido el capitán que acompaña al Gobernador —dijo el catalán—. Se lo he visto al cinto varias veces.

—Entonces, han descendido aquí —dijo el Corsario.

—Ahí está el sendero que han abierto en la maleza con sus hachas. Cada cual llevaba la suya suspendida del arzón.

—¡Muy bien! —exclamó Carmaux—. De ese modo nos ahorran fatiga y marcharemos con más facilidad.

—¡Silencio! —ordenó el Corsario—. ¿Se oye algo?

—Absolutamente nada —contestó el catalán después de haber escuchado durante algunos instantes.

—Eso quiere decir que están muy lejos. Si estuvieran cerca, podrían oírse los golpes de las hachas.

—Deben llevarnos una ventaja de cuatro o cinco horas.

—Mucho es; sin embargo, espero que podremos alcanzarlos.

Habían entrado ya en aquella especie de sendero abierto por los fugitivos a través de la floresta. No era posible equivocarse, pues las ramas cortadas estaban frescas aún, y se veían esparcidas por el suelo.

El catalán y los filibusteros echaron a correr para adelantarse. De pronto la rápida marcha se vio detenida por un obstáculo imprevisto, y que el negro, que iba descalzo, y Carmaux y Wan Stiller, que no llevaban botas altas, no podían afrontar sino con grandes precauciones.

Aquel obstáculo consistía en un vasto espacio de espinos llamados *ansara*, que se extendían espesísimos por entre los enormes troncos del bosque. Dichos arbustos espinosos crecen en gran cantidad en medio de las selvas vírgenes de Venezuela y de la Guayana y hacen imposible el camino a los que no llevan defendidas las piernas con gruesas botas o polainas de cuero, pues son tan fuertes las espinas, que atraviesan no tan sólo los paños más duros, sino también algunas veces las suelas de los zapatos.

—¡Truenos de Hamburgo! —exclamó Wan Stiller, que era el primero que se había metido por entre aquellos espinos—. ¿Es este el camino del Infierno? ¡Vamos a salir de aquí como San Bartolomé: desollados!

—¡Por el vientre de un tiburón! —aulló Carmaux dando un salto atrás—. ¡Vamos a quedar cojos todos si tenemos que atravesar por este sitio! Los magos del bosque deben poner un cartel que diga: «¡Se prohíbe el paso!».

—¡Bah! ¡Encontraremos otro! —dijo el catalán.

—¡Desgraciadamente, es ya demasiado tarde! ¡Mire usted!

La luz desaparecía rápidamente, casi de pronto, en aquel instante, y profunda obscuridad cayó sobre la selva, envolviéndolo todo.

—¿Se detendrán ellos también? —preguntó el Corsario de nuevo arrugando el entrecejo.

—¡Sí!, hasta que salga la Luna.

—¿Cuándo sale?

—A media noche.

—¡En ese caso, acampemos!

CAPÍTULO XXI

EN LA SELVA VIRGEN



os cinco hombres escogieron para esperar a que saliese la Luna un espacio invadido por las enormes raíces de un *summameira*, árbol colosal que se elevaba por encima de todos los del bosque.

Estos árboles, que a menudo alcanzan alturas de sesenta y aun de setenta metros, hállanse sostenidos por naturales soportes en forma de espolones formados por raíces de extraordinario espesor, muy nudosas y perfectamente simétricas, que, desviándose de la base, forman una serie de arcadas de gran bizarría, y bajo las cuales pueden refugiarse con comodidad unas veinte personas.

Era aquello una especie de escondrijo fortificado que ponía al Corsario y a sus compañeros a cubierto de un ataque imprevisto, fuese por parte de las fieras o de los hombres.

Acomodados como mejor pudieron bajo el gigante del bosque, después de comer algunos bizcochos juntamente con un poco de jamón, decidieron dormir hasta el momento de volver a emprender la persecución del Gobernador, dividiendo las cuatro horas que allí habían de estar en otros tantos cuartos de guardia, pues no era prudente entregarse todos al sueño en medio de la selva virgen.

Pasada revista a las hierbas y plantas cercanas, por temor a que se escondiera entre ellas alguna serpiente, pues en los bosques venezolanos hay muchas venenosas, pusieron en seguida por obra el excelente consejo tumbándose plácidamente entre las hojas caídas del coloso, en tanto que Carmaux y el africano montaban la primera guardia y velaban por la seguridad de todos.

Desapareció la luz del crepúsculo, que sólo dura unos cuantos minutos en aquellas latitudes, y una obscuridad profunda descendió sobre la enorme selva, haciendo callar de pronto a pájaros y monos.

Un silencio absoluto, medroso, reinó durante algunos instantes, cual si todos los seres de pluma y pelo hubiesen muerto o desaparecido de repente; pero de pronto un concierto extraño, endiablado, resonó en aquella obscuridad haciendo saltar a Carmaux, que no estaba acostumbrado a pasar la noche en medio de los bosques vírgenes. No parecía sino que una trailla de perros hubiera tomado posiciones entre las ramas de los árboles, porque allá en lo alto se oían ladridos, gruñidos y aullidos prolongados, acompañados de cacareos de gallinas gigantescas.

—¡Por el vientre de un tiburón! —exclamó Carmaux mirando al espacio—. ¿Qué es lo que sucede por allá arriba? ¡Cualquiera diría que los perros de este país tienen alas como los pájaros y uñas como los gatos! ¿De qué modo se habrán arreglado para subirse a los árboles? ¿Podrías decírmelo tú, compadre *Saco de carbón*?

En lugar de contestar, el negro se echó a reír.

—¿Y esos, qué son? —prosiguió Carmaux—. Parece como si fueran cien marineros que hiciesen rechinar todos los cabrestantes de un barco para no sé qué endiablada maniobra. ¿Serán monos, compadre?

—Son ranas; todas ranas.

—¿Y cantan de ese modo?

—Sí, compadre.

—¿Y esos otros, qué son? ¿Oyes? ¡Parecen millares de obreros, machacando cobre para las calderas de Belcebú!

—Son ranas.

—¡Ventre de un tiburón! ¡Si me lo dijese otro, creería que se burlaba de mí o que se había vuelto tonto! ¡Esas son ranas de nueva especie, por lo visto!

En la inmensa selva resonó de improviso una especie de maullido poderoso, seguido de un ulular que hizo que cesara de repente el formidable concierto de las ranas.

El negro levantó prontamente la cabeza y echó mano al fusil, que tenía a su lado; pero con tan precipitado movimiento, que revelaba gran temor.

—¡Parece que ese que aúlla tan fuerte no es una rana! ¿Verdad, compadre *Saco de carbón*?

—¡Oh, no! —exclamó el africano con voz temblorosa.

—Entonces, ¿qué es?

—¡Un jaguar!

—¡Centellas de Vizcaya! ¿El formidable carnicero?

—¡Sí, compadre!

—Prefiero encontrarme de pronto con tres hombres dispuestos a hacerme trizas, antes que habérmelas con esa fiera. Dicen que es tan temible como los tigres de la India.

—Y como los leones de África, compadre.

—¡Por vida de cien mil tiburones!

—¿Qué es?

—Que pienso ahora que si nos acomete no podremos hacer uso de las armas de fuego.

—¿Por qué?

—Al oír los disparos, el Gobernador y su escolta en seguida sospecharán que vamos siguiéndolos, y se apresurarán a ponerse en salvo.

—¡Ah! ¿Querrás hacer frente a un jaguar con los cuchillos?

—¡Utilizaremos los sables!

—¡Quisiera verte haciendo la prueba!

—¡No me la deseas, compadre *Saco de carbón*!

Un segundo maullido, más potente que el primero y más cercano, resonó en medio de la tenebrosa espesura, haciendo estremecerse al negro.

—¡Diablo! —masculló Carmaux, que comenzaba a inquietarse—. ¡La cosa se pone seria!

En aquel momento vieron que el Corsario Negro se quitaba el ferreruelo con que se cubría y trataba de levantarse.

—¿Es un jaguar? —preguntó con voz tranquila.

—¡Sí, comandante!

—¿Está lejos?

—¡No!, y, lo que es peor, ¡parece que se dirige hacia esta parte!

—¡Suceda lo que quiera, no hagáis uso de las armas de fuego!

—¡Nos devorará ese ladrón!

—¡Ah! ¿Crees eso, Carmaux? ¡Ya lo veremos!

Se quitó el ferreruelo, lo dobló con cierto cuidado, se rodeó con él el brazo izquierdo, desvainó la espada y se irguió.

—¿Hacia dónde le habéis oído? —preguntó.

—Hacia aquella parte, comandante.

—¡Le esperaremos!

—¿Despierto al catalán y a Wan Stiller?

—¡Es innecesario: bastamos nosotros! Callad, y reavivad el fuego.

Escuchando atentamente, se oía en medio de los árboles el *run-run* particular de los gatos y de los jaguares y crujir de cuando en cuando algunas hojas secas. La fiera debía de haberse hecho cargo de la presencia de aquellos hombres, y se acercaba con cautela, con la esperanza quizá de caer de improviso sobre cualquiera de ellos.

El corsario estaba inmóvil al lado del fuego y con la espada en la mano, escuchando atentamente y fijos los ojos en la espesura que los rodeaba, dispuestos a rechazar la acometida de la fiera. Carmaux y el negro se habían colocado detrás, uno armado con un sable de abordaje y el otro con un fusil, el cual empuñaba por el cañón, con objeto de servirse de él como de una maza.

Por el lado donde mayor era la espesura proseguía oyéndose el crujir de las hojas, y el *run-run* parecía acercarse, aun cuando con lentitud. Se comprendía que el jaguar avanzaba con prudencia.

De pronto cesó todo rumor. El Corsario se había inclinado hacia adelante para escuchar mejor; pero en vano. Al enderezarse, sus miradas se encontraron con dos puntos luminosos que relucían bajo una gran mata espesísima de maleza. Estaban inmóviles y tenían un reflejo verdoso y fosforescente.

—¡Allí está, comandante! —murmuró Carmaux.

—¡Ya lo veo! —contestó el Corsario tranquilamente.

—¡Se dispone a acometernos!

—¡Le espero aquí!

—¡Qué diablo de hombre! —masculló el filibustero—. ¡No tiene miedo ni del mismo compadre Belcebú con todos sus compañeros!

El jaguar se había detenido a unos treinta pasos del campamento, distancia muy corta para semejantes carnívoros, que están dotados de una poderosa elasticidad muscular, igual o superior a la de los tigres. Sin embargo, no se decidía a acometer. ¿Le inquietaba el fuego que ardía al pie del árbol, o la resuelta actitud del Corsario? Así permaneció bajo aquella espesísima mata de manigua más de un minuto, sin quitar ojo del adversario y en amenazadora inmovilidad. Después aquellos puntos luminosos desaparecieron bruscamente.

Durante algunos instantes se oyó el movimiento de las ramas y el crujir de las hojas; pero en seguida cesó todo rumor.

—¡Se ha ido! —dijo Carmaux lanzando un suspiro—. ¡Que los caimanes se lo traguen en tres bocados!

—¡Es más probable que él se coma a los caimanes, compadre! —dijo el negro.

El Corsario aún estuvo algunos minutos quieto en su sitio y sin bajar la espada; mas al cabo, no oyendo nada, la envainó tranquilamente, desplegó la capa, se la puso en derredor, y se acostó al pie del árbol, diciendo solamente:

—¡Si vuelve, llamadme!

Carmaux y el africano se pusieron detrás del fuego y continuaron la guardia; pero escuchando y mirando a todas partes, pues no estaban muy persuadidos de que la feroz alimaña se hubiese alejado de un modo definitivo.

A las diez despertaron a Wan Stiller y al catalán, les advirtieron de la proximidad del carnívoro, y se apresuraron a acostarse al lado del Corsario, el cual dormía tan plácidamente como si se encontrara en el camarote de su barco.

Aquel segundo cuarto de guardia pasó con más tranquilidad, aun cuando Wan Stiller y su compañero habían oído resonar más de una vez en la sombría floresta el maullido del jaguar.

A medianoche, así que salió la Luna, el Corsario que ya se había levantado, dio la orden de ponerse en camino, esperando que con una marcha rápida podrían alcanzar a su mortal enemigo en todo el día siguiente.

El astro nocturno lucía esplendoroso en un cielo purísimo; derramando su pálida luz sobre la extensa selva; pero muy pocos eran los rayos que lograban atravesar la espesa bóveda formada por aquellas gigantescas hojas. Sin embargo, algo se veía bajo tanta espesura, lo cual permitía a los filibusteros sostener un paso bastante rápido y ver los obstáculos que interceptaban el camino.

A pesar de que el sendero que abrió la escolta del Gobernador lo habían perdido, no se preocupaban de buscarlo. Ya sabían que se dirigían hacia el Sur para acogerse a Gibraltar, y ellos seguían la misma dirección orientándose por medio de una brújula, seguros de que de un momento a otro le alcanzarían.

Llevaban caminando como cosa de un cuarto de hora abriéndose paso fatigosamente por entre ramas, lianas y monstruosas raíces que dificultaban el paso, cuando el catalán, que iba a la cabeza del pelotón, se detuvo bruscamente.

—¿Qué sucede? —preguntó el Corsario.

—¡Pues sucede que en sólo veinte pasos ya van tres veces que oigo un ruido sospechoso!

—¿Qué ruido?

—Se diría que alguien camina paralelamente a nosotros por la otra parte de esta espesura.

—¿Qué has oído?

—Romper de ramas y crujir de hojas.

—¿Vendrá siguiéndonos alguien? —preguntó el Corsario.

—¿Quién? Nadie se atrevería a caminar de noche por en medio de estos bosques vírgenes, y sobre todo a estas horas —contestó el catalán.

—¿Será alguno de los de la escolta del Gobernador?

—¡Hum! ¡Esos deben de estar muy lejos!

—Entonces, será algún indio.

—Quizás; pero dudo que sea un indio. ¿Eh? ¿Han oído ustedes?

—¡Sí! —afirmaron los filibusteros y el africano.

—¡Alguien ha quebrado una rama a pocos pasos de nosotros! —dijo el catalán.

—Si no fueran tan espesos esos grupos de árboles y esas malezas, se podría ir a ver quién es el que nos sigue —dijo el Corsario desenvainando la espada.

—¿Probamos, señor?

—Dejaríamos las ropas entre los espinos *ansara*; pero admiro tu valor.

—¡Gracias! —contestó el español—. ¡Eso, dicho por usted, vale para mí mucho! ¿Qué debemos hacer?

—Proseguir la marcha con la espada desnuda. ¡No quiero que se utilicen los fusiles!

—¡Entonces, adelante!

El pelotón volvió a ponerse en camino, pero con cautela y sin apresurarse.

Llegaron a un paso muy estrecho abierto entre palmeras elevadísimas ligadas caprichosamente entre sí por una verdadera red de lianas, cuando de pronto cayó sobre el español, que iba delante de todos, una masa informe y pesada, derribándole de golpe.

La acometida fue tan rápida, que los filibusteros creyeron en un principio que se había desgajado sobre el desgraciado prisionero alguna rama enorme; pero una especie de rugido lanzado por aquella masa los hizo comprender que se trataba de una fiera.

El catalán dio al caer un grito de terror; en seguida se revolvió rápidamente, procurando desembarazarse de aquella masa, que le tenía como clavado en tierra impidiéndole levantarse.

—¡Socorro! —gritó—. ¡El jaguar me desgarrar!

Pasado el primer momento de estupor, el Corsario se lanzó en socorro del pobre hombre con la espada en alto. Rápido como el rayo alargó el brazo y clavó la hoja en el cuerpo de la fiera; al sentirse herida, esta abandonó al catalán, y se volvió hacia su nuevo adversario, intentando echársele encima.

El Corsario se había retirado con un movimiento instintivo mostrando la brillante punta de la espada, en tanto que prestamente se cubría con la capa el brazo izquierdo.

El animal vaciló un momento; pero en seguida saltó adelante con rabia desesperada. En un empuje tropezó con Wan Stiller, y le derribó; después se revolvió contra Carmaux, que estaba al lado de su compañero, e intentó desgarrarle de un solo golpe con sus poderosas zarpas.

Afortunadamente, el Corsario no estuvo ocioso; al ver en peligro a los filibusteros, se lanzó por segunda vez sobre la fiera, acuchillándola sin piedad, aunque sin atreverse a acercarse demasiado, para evitar que le alcanzara y le desgarrase con sus terribles zarpas.

La fiera retrocedió rugiendo a fin de tomar espacio para volver a lanzarse; pero el Corsario se le iba siempre encima.

Asustada, o quizás herida gravemente, se volvió de lado, y dando un gran salto fue a encaramarse entre las ramas de un árbol cercano donde se ocultó lanzando prolongados rugidos.

—¡Atrás! —gritó el Corsario temiendo que desde allí se dejara caer sobre ellos.

—¡Truenos de Hamburgo! —gritó Wan Stiller, que se había levantado casi en el acto sin haber sufrido el menor arañazo—. ¡Va a ser preciso fusilarlo para calmarle el hambre!

—¡No; que nadie haga fuego! —contestó el Corsario.

—¡Yo iba a partirle la cabeza! —dijo una voz detrás de él.

—¡Estás vivo todavía! —exclamó el Corsario.

—¡Y debo dar gracias a la coraza de cuero de búfalo que llevo debajo de la camisa, señor mío! —dijo el catalán—. ¡Sin ella, me hubiese abierto el pecho de un solo zarpazo!

—¡Cuidado! —gritó en aquel momento Carmaux—. ¡Ese condenado animal va a volver a lanzarse!

Apenas terminó de decirlo, cuando la fiera se precipitó sobre ellos, describiendo una parábola de seis o siete metros. Cayó casi a los pies del Corsario; pero le faltó tiempo para dar otro salto hacia adelante.

La espada del formidable depredador del mar le entró por el pecho, y el africano le rompió el cráneo de un mazazo dado con la culata de su pesado fusil.

—¡Vete al diablo! —gritó Carmaux, dándole a su vez otro golpe para asegurarse de que ya estaba muerto—. ¿Qué clase de bestia era esa?

—¡Ahora lo sabremos! —dijo el catalán cogiéndola por la cola y arrastrándola hacia un

pequeño espacio que iluminaba la luna—. No es pesada pero ¡qué empuje y qué garras! ¡En cuanto llegemos a Gibraltar iré a poner una vela a la Virgen de Guadalupe por haberme protegido!

CAPÍTULO XXII

EL TREMEDAL



El animal que tan audazmente los había acometido se parecía por la forma a las leonas de África, pero era mucho más pequeño, pues no tendría más de un metro quince centímetros de longitud, ni más de sesenta centímetros de alto.

La cabeza la tenía redonda, el cuerpo alargado, pero musculoso, y la cola, como de medio metro; las garras eran largas y afiladísimas, el pelo, corto y muy espeso, de color rojo y amarillento, más obscuro por el lomo y casi blanco por el vientre, el de la cabeza era grisáceo.

El catalán y el Corsario comprendieron al primer golpe de vista que se trataba de uno de esos animales que los hispanoamericanos llaman *mizgli*, o mejor aún, *puma*, y también leones de América.

Esas fieras, que aún hoy abundan así en la América meridional como en la septentrional, aun cuando de tamaño relativamente pequeño son formidables por su ferocidad y su valor.

Ordinariamente viven en los bosques, donde hacen grandes matanzas de monos, pues pueden trepar con facilidad por los árboles más elevados: otras veces se acercan a las aldeas y caseríos, y entonces causan enormes daños degollando ovejas, bueyes y caballos.

En una noche tan sólo son capaces de matar cincuenta cabezas de ganado. Se limitan a beber la sangre caliente de sus víctimas, a las que hieren en las vértebras cervicales. Si no tienen hambre huyen del hombre, sabiendo por experiencia que no siempre salen victoriosas: tan sólo empujadas por la necesidad le acometen con valor desesperado. Aun heridas, se revuelven contra sus adversarios, sean estos los que sean en número.

A veces se reúnen por parejas, con objeto de dar caza con más facilidad a los animales de los bosques; pero más comúnmente van solas, pues las mismas hembras no tienen confianza en los machos, porque temen que estos devoren a sus propios hijuelos. Ciertamente también ellas se comen a sus primeras crías; pero no es menos cierto que con el tiempo se convierten en madres amorosas y defienden encarnizadamente a su prole.

—¡Ventre de un tiburón! —exclamó Carmaux—. ¡Son pequeños estos animales; pero tienen más valor que algunos leones!

—¡Yo no sé cómo no me ha destrozado el cuello! —dijo el catalán—. Se dice que poseen una verdadera habilidad para cortar la vena yugular y beber la sangre de los desgraciados que matan.

—¡Hábiles o no, marchemos! —dijo el Corsario—. ¡Esas bestias nos han hecho perder un tiempo precioso!

—¡Tenemos las piernas ligeras, comandante!

—Ya lo sé, Carmaux; pero no olvidemos que Wan Guld nos lleva algunas horas de ventaja. ¡En marcha, amigos!

Dejaron el cadáver del *puma*, y volvieron a emprender el camino a través de la selva sin fin, reanudando la fatigosa maniobra de ir cortando las lianas y raíces que interceptaban el paso.

Se habían metido en un terreno empapado en agua, y en el cual los árboles más pequeños adquirirían colosales dimensiones. Parecía que marchaban sobre una esponja inmensa, porque a la sola presión del pie salían de cien mil invisibles fosos chorritos de agua.

Seguramente se ocultaba en medio de la selva alguna *sabana*, o más bien alguno de esos parajes traidores llamados *tremedales*, cuyo fondo está constituido por arenas movedizas que se tragan a quienquiera que se atreva a pisar en ellas.

El catalán, práctico en aquellas regiones, se había vuelto extremadamente prudente. Tanteaba con frecuencia el piso valiéndose de una rama larga que cortó; miraba siempre adelante para asegurarse de si continuaba la espesura, y de cuando en cuando daba palos a derecha e izquierda.

Temía a las arenas movedizas; pero también se guardaba de los reptiles, los cuales se encuentran en gran número en los terrenos húmedos de las selvas vírgenes.

Podía muy bien, dada la obscuridad, poner el pie sobre algún *urutú*, que es una serpiente listada de blanco con una cruz en la cabeza, y cuya mordedura produce la parálisis del miembro mordido; o sobre una serpiente *cipo* o serpiente liana, así llamada porque es verde y delgada como una verdadera liana, con las cuales se confunde fácilmente, o bien, sobre cualquiera de las llamadas *corales*, cuya mordedura no tiene remedio.

Al cabo de cierto tiempo el catalán se detuvo.

—¿Otro *puma*? —preguntó Carmaux, que le seguía.

—¡No me atrevo a penetrar por ahí antes de que salga el sol! —respondió.

—¿Qué temes? —dijo el Corsario.

—El terreno huye bajo los pies, señor, y esto indica que estamos cerca de algún tremedal.

—¿Alguna sabana cenagosa?

—Eso temo.

—¡Perderemos un tiempo precioso!

—Dentro de media hora saldrá el Sol. Y, además, ¿cree usted que los fugitivos no han de encontrar obstáculos también?

—No digo lo contrario. ¡Esperaremos a que salga el Sol!

Se tumbaron al pie de un árbol, y llenos de impaciencia esperaron a que comenzaran a deshacerse las espesas tinieblas.

El gran bosque, poco antes silencioso, se llenó entonces de rumores extraños. Millares y millares de sapos, ranas y *parranecas* hacían oír su voz, produciendo un ruido ensordecedor. Se oían ladridos, mugidos interminables, rechineos prolongados, como si estuviesen en movimiento cientos de carretas; gargarismos que semejaban el ruido que podrían producir miles de enfermos que se bañasen la garganta; después se sucedían furiosos hachazos, cual si un ejército de leñadores se ocultara en la espesura, y miles de sonidos semejantes a los que producirían millares de sierras mecánicas.

Otras veces, de tiempo en tiempo y desde los árboles, se oía de improviso un estallido de silbidos agudos que obligaban a levantar la cabeza a los filibusteros.

Los daban ciertos lagartos de pequeñas dimensiones, pero dotados de tan poderosos pulmones, que podían hacer competencia a los silbatos de nuestras locomotoras.

Comenzaban las estrellas a palidecer y el alba rompía las tinieblas, cuando se oyó en lontananza una débil detonación, que no podía confundirse con los gritos de las ranas.

El Corsario se levantó bruscamente.

—¿Un tiro de fusil? —preguntó mirando al catalán, el cual también se había levantado.

—¡Eso parece! —respondió este.

—¿Lo habrán disparado los que vamos persiguiendo?

—Lo supongo.

—Entonces no deben de estar muy lejos.

—Muy bien pudiera equivocarse usted. Bajo estas bóvedas de verdura, el eco repercute hasta distancias increíbles.

—Ya comienza a clarear, y podemos volver a ponernos en marcha, si no estáis cansados.

—¡Bah! ¡Ya descansaremos después! —dijo Carmaux.

Por entre las hojas de los árboles comenzaba a filtrarse la luz del alba, iluminando todo y despertando a los habitantes de la floresta.

Los tucanes, de enorme pico, tan grueso como su cuerpo y tan frágil que obliga a esos pobres pájaros a arrojar al aire la comida esperando que les caiga dentro para deglutirla, comenzaron a revolotear por encima de la copa de los árboles, dando desagradables chillidos, los cuales se parecían al chirriar de la rueda de una carreta; los honoratos, escondidos en lo más espeso de las ramas, lanzaban a voz en cuello notas de barítono: *do... mi... sol... do...*; los *cassichis* piaban meciéndose en sus extraños nidos en forma de bolsa, suspendidos de las flexibles ramas de los *mangos* o en los extremos de las enormes hojas de los *maots*, y los graciosos pájaros moscas volaban de flor en flor, semejantes a joyas aladas,

haciendo brillar a los primeros rayos del Sol sus plumas verdes, azul turquí y negras con reflejos de oro y cobre.

Algunas parejas de monos salidas de sus nocturnos escondrijos, comenzaban a aparecer, desperezándose y con el hocico vuelto hacia el Sol.

Generalmente eran de los llamados *barrigudos*, de sesenta a ochenta centímetros de estatura, de cola más larga que el cuerpo, con el pelo suave de color negro muy intenso en el lomo, grisáceo hacia el vientre, y con una especie de cabellera de crines entre los hombros.

Algunos se mecían suspendidos por la cola y gritando de un modo que parecía decir *eské, eské*; otros en cambio, al ver pasar aquel pelotón de hombres se apresuraban a saludarlos disparando sobre ellos con imprudente malignidad hojas y frutos.

En medio de las ramas y hojas de las palmeras se veían también bandadas de minúsculos cuadrumanos llamados *titíes*, que son los más graciosos de todos; son tan pequeños, que se pueden llevar en el bolsillo de la chaqueta. Subían y bajaban las ramas buscando vivamente los insectos que constituyen su alimento; mas apenas veían a los hombres, se ponían apresuradamente en salvo encaramándose en las hojas más elevadas, y desde allí los miraban con sus inteligentes y expresivos ojos.

A cada paso que daban los filibusteros internándose, iban haciéndose menos espesos los árboles y los matorrales, como si no fuera de su agrado aquel terreno, saturado de agua y, probablemente, de naturaleza arcillosa.

Desaparecieron ya las espléndidas palmeras, y no se veían más que grupos de *inbaubas*, especie de sauces pequeños, los cuales mueren durante la estación lluviosa volviendo a revivir en la estación seca; *iriartree pinciute*, extraños árboles que tienen el tronco inflado en la parte inferior, y que se sostienen hasta una elevación de dos o tres metros en siete u ocho fortísimas raíces; a los veinticinco metros echan grandes hojas dentelladas, que caen en derredor formando como gigantesco quitasol.

Muy pronto desaparecieron estos últimos árboles, dejando el campo a grandes masas de *calupos*, cuya fruta cortándola en pedazos y dejándola fermentar un poco, da una bebida refrescante; mezclados con estos árboles veíanse bambúes gigantes, de quince y veinte metros de alto, y tan gruesos, que un hombre no podría abarcarlos.

Iba el catalán a entrar por en medio de aquellos vegetales, cuando, volviéndose hacia los filibusteros, les dijo:

—Antes de que salgamos de la selva, creo que agradecerían ustedes una buena taza de leche.

—¡Hombre! —exclamó alegremente Carmaux.

—¿Has descubierto alguna vaca? ¡En ese caso también podíamos regalarnos con un *beefsteak*!

—Nada de *beefsteak* por ahora, porque no vamos a ordeñar ninguna vaca.

—Entonces, ¿de dónde va a salir la leche?

—Del árbol de la leche.

—¡Vamos a ordeñar al árbol de la leche!

El catalán pidió un frasco a Carmaux, y se acercó a un árbol de anchas hojas, de tronco grueso y liso, de unos veinte metros de altura, al que sostenían fortísimas raíces las cuales, como si no hubieran encontrado sitio suficiente bajo tierra, salían a la superficie; dio un tajo en el tronco con su espada, y la introdujo profundamente.

Un instante después se vio salir por la herida un líquido blanco, denso, que, en efecto, parecía leche, y que tenía el mismo gusto que esta.

Todos bebieron paladeándola mucho; en seguida volvieron a ponerse en marcha metiéndose por entre los bambúes, aturdidos por el silbido ensordecedor, agudo e incesante de los lagartos.

El terreno era cada vez menos consistente. Por todas partes rezumaba el agua bajo los pies de los filibusteros, formando charcos que se alargaban con rapidez.

Bandadas de aves acuáticas indicaban la cercanía de una gran marisma y de un tremedal. Veíanse muchas becasinas, *anhingos* de cuello tan largo y sutil, que ha servido para denominarlos «pavos serpientes». Tienen estas aves la cabeza pequeñísima, el pico, recto y agudo, y las plumas, sedosas y de reflejos plateados. Veíanse además *ánades de la sabana*, más pequeños que las garzas y con las plumas de color verde oscuro, contorneados por un filete violáceo.

Comenzó el español a aminorar el paso por temor a que le faltase el terreno bajo los pies, cuando un poco más adelante se oyó un grito ronco y prolongado, seguido de un chapuzón y

del rumor del agua movida.

—¡Agua! —exclamó.

—¡Pero además del agua me parece que por ahí anda algún animal! —dijo Carmaux.

—¿No has oído?

—Sí; el grito de un jaguar.

—¡Vaya un encuentro! —masculló Carmaux.

Se detuvieron poniendo los pies encima de algunos bambúes caídos, para no hundirse en el fango, y desenvainando los sables y las espadas.

El grito de la fiera no volvió a oírse; pero sí gruñidos muy bajos, que indicaban que el animal no estaba muy contento.

—Quizá esté pescando —dijo el catalán.

—¿Peces? —preguntó con tono de incredulidad Carmaux.

—¿Le admira eso?

—Que sepa yo, por lo menos, los jaguares no tienen anzuelos.

—Pero tienen uñas y rabo.

—¿Rabo? ¿Y para qué puede servirles?

—Para atraer a los peces.

—¡Tengo curiosidad por saber de qué modo! ¿Es que ponen algunos gusanos como cebo en el extremo del rabo?

—Nada de eso; se limitan a dejarlo colgar, rozando suavemente el agua con los largos pelos de ese largo apéndice.

—¿Y después?

—Lo demás ello mismo se explica. Las rayas espinosas y demás pescados, creyendo que tienen a su alcance una buena presa, acuden en buen número, y entonces el jaguar los coge por medio de un rápido zarpazo. Muy pocas veces da el golpe en vano, pues es muy raro que falten curiosos que salgan a la superficie.

—¡Ya lo veo! —dijo el africano, pues como era el más alto de todos, podía ver más lejos que nadie.

—¿El qué? —preguntó el Corsario.

—El jaguar —contestó el negro.

—¿Qué es lo que hace?

—Está en la orilla del agua.

—¿Solo?

—Parece como que espía algo.

—¿Está muy lejos?

—A unas sesenta o setenta varas.

—¡Vamos a verle! —dijo el Corsario con resolución.

—¡Tenga prudencia, señor! —le aconsejó el catalán.

—Si no nos cierra el paso, no seremos nosotros quienes le atacemos. ¡Acerquémonos en silencio!

Descendieron de los bambúes, y marchando ocultos por entre los troncos de un gran grupo de árboles de la madera de cañón, avanzaron silenciosamente y con los sables de abordaje y las espadas desnudas.

Anduvieron unos cuantos pasos, y llegaron a la orilla de una amplia laguna que debía de extenderse mucho por el bosque.

Era una extensísima charca llena de agua fangosa; fango formado por las filtraciones y desagües de toda la selva. Las aguas, casi negras por la putrefacción de miles y miles de vegetales, exhalaban miasmas deletéreos muy peligrosos para los hombres, porque producen horribles calenturas.

En toda su extensión crecían plantas acuáticas de varias especies. Ya eran matas de *mucumucú* de largas y flotantes hojas, ya grupos de *arusm*, cuyas hojas en forma de corazón surgen de lo alto de un pedúnculo, ya *murcis*, que no pasan de flor de agua. También se veían las espléndidas *victorias regias*, la mayor de las plantas acuáticas, puesto que sus hojas miden metro y medio de circunferencia. Parecían monstruosos discos vegetales, con los bordes realzados, pero defendidos por una verdadera armadura de largas y agudas espinas.

En medio de aquellas hojas gigantescas se destacaban las soberbias flores que producen dichas plantas: flores que parecen de terciopelo blanco, con estrías purpúreas y gradaciones rotáceas de belleza más que rara, única.

Apenas habían echado los filibusteros una ojeada a la charca, cuando delante de ellos y a

muy corta distancia oyeron un sordo rugido.

—¡El jaguar! —exclamó el catalán.

—¿Dónde está? —preguntaron todos.

—¡Mírenlo allí, sobre el ribazo de la orilla! ¡Está en acecho!

CAPÍTULO XXIII

LA ACOMETIDA DEL JAGUAR



una distancia como de cincuenta pasos, y en los lindes de un grupo de árboles, hallábase en acecho cerca de la orilla de la charca y en la actitud de los gatos cuando acechan a los ratones, un magnífico animal que se parecía mucho a un tigre.

Medía casi dos metros de longitud, y debía de ser uno de los ejemplares más grandes de la especie. Su cola tendría unos ochenta centímetros, su cuello era corto y tan grueso como el de un novillo, y robustas y musculosas las zarpas armadas de formidables garras.

Su piel era de una belleza extraordinaria, espesa, suave, de color amarillo rojizo, con manchas negras y bordeadas de rojo, más pequeñas en los costados y más grandes y abundantes en el lomo, donde formaban largas y anchas estrías.

Los filibusteros no tardaron en reconocer en aquel animal a un jaguar, el carnívoro más terrible de ambas Américas, la más peligrosa de las fieras, tal vez más que los osos de las Montañas Rocosas.

Estas fieras, que se encuentran en todas partes, desde la Patagonia a los Estados Unidos, representan en las dos Américas a los tigres; son tan terribles como ellos, y poseen la misma agilidad, fuerza y ferocidad.

Generalmente viven en los bosques húmedos y en las orillas de las grandes charcas o de los grandes ríos, especialmente en los márgenes del Plata, del Amazonas y del Orinoco, pues (cosa extraña en los felinos) les gusta mucho el agua.

Los estragos que hacen esas fieras son terribles, porque, dotadas de un apetito fenomenal, atacan indistintamente a todos los seres vivos que encuentran. Los monos no logran escapárseles, pues los jaguares trepan fácilmente a los árboles, lo mismo que si fueran gatos. Las reses bovinas, y los solípedos de las factorías se defienden con los cuernos y a coces; pero casi siempre sucumben con la columna vertebral rota de un solo zarpazo, pues al caer sobre ellos la fiera los embiste dando un gran salto con la rapidez del rayo. Ni las tortugas pueden librarse, a pesar de la resistente coraza que las envuelve. Las poderosas garras de esas bestias feroces perforan hasta el doble caparazón de las tortugas llamadas *arruas*, y les extraen la carne.

Tienen una aversión profunda a los perros, de cuya carne no gustan; mas, a pesar de eso, solamente por cogerlos se atreven a penetrar en las aldeas, hasta en pleno día.

Ni a los hombres respetan. Todos los años perecen entre las garras de semejantes carniceros centenares de pobres indios, y aun cuando no quedan más que heridos sucumben casi siempre a consecuencia de las heridas causadas por las uñas de esas fieras, que abren anchos surcos, pues son romas.

El jaguar que estaba en acecho en la orilla de la laguna no parecía haberse hecho cargo de la vecindad de los filibusteros, porque no hizo el menor movimiento de inquietud.

Miraba fijamente a las negruzcas aguas, como si espiese a alguna presa escondida bajo las anchas hojas de la *victoria regia*.

Agachado en medio de los árboles, se hallaba en actitud de dar el salto.

Sus erizados bigotes se movían ligeramente indicando impaciencia o cólera, y con la larga cola rozaba blandamente las hojas, sin producir el más pequeño rumor.

—¿Qué es lo que espera? —preguntó el Corsario, que parecía haberse olvidado de Wan

Guld y de su escolta.

—Espía a alguna presa —respondió el catalán.

—¿Alguna tortuga, quizás?

—No —dijo el africano—; espera a un adversario digno de él. Mire usted hacia allí debajo de las hojas de la *victoria*: ¿no ve usted un hocico?

—¡Tiene razón el compadre! —dijo Carmaux—. ¡Bajo las hojas veo algo que se mueve!

—Es el extremo del hocico de un *jacaré*, compadre —contestó el negro.

—¿De un caimán? —preguntó el Corsario.

—Sí, patrón.

—¿Y se atreven a acometer también a tan formidables reptiles?

—Sí, señor —dijo el catalán—. Si estamos callados, podremos presenciar una lucha terrible.

—Son poco pacientes ambos adversarios, y en cuanto se encuentren frente a frente no economizarán los bocados. ¡Ah! ¡Ya sale el *jacaré*!

Se apartaron bruscamente las hojas de la *victoria*, y dos enormes mandíbulas armadas con dientes triangulares aparecieron alargándose hacia la orilla.

Al ver que se acercaba el caimán, el jaguar se levantó haciendo un movimiento de retroceso. Sin embargo, no debía de haber retrocedido por miedo a las mandíbulas del reptil, sino con intención de atraer a tierra a su adversario, con objeto de privarle de uno de los principales medios de defensa, pues fuera del agua esos saurios se mueven con dificultad.

Engañado el caimán con aquel movimiento, y creyendo acaso que el jaguar se amedrentaba, se lanzó hacia adelante por medio de un poderoso golpe de cola, que tronchó las ramas de la *victoria* y levantó una gran oleada. Una vez en tierra, se paró de repente enseñando las terribles mandíbulas completamente abiertas.

Era un *jacaré* de cerca de cinco metros de largo, con el lomo cubierto de plantas acuáticas que brotaban del fango que tenía incrustado en las escamas óseas.

Se sacudió el agua que le inundaba lanzando en derredor millares de gotas, y en seguida se plantó sobre las cortas patas posteriores lanzando un grito que parecía el vagido de un niño, quizás el grito de desafío.

En lugar de atacarle, el jaguar dio otro salto hacia atrás y quedó recogido en sí mismo, dispuesto para la acometida.

El rey de los bosques y el rey de las lagunas se miraron en silencio durante algunos instantes, relampagueando ferozmente sus ojos amarillentos; al cabo, el primero dio un rugido de impaciencia, se erizó bufando como un gato enfadado.

Sin mostrar espanto, seguro de su prodigiosa fuerza y la solidez de sus dientes, el caimán subió resueltamente la orilla moviendo a derecha e izquierda su pesada cola.

Aquel era el momento esperado por el astuto jaguar. Al ver ya a su adversario en tierra, dio un salto para echarse encima; pero aun cuando sus garras eran fuertes como el acero, se encontraron con las escamas de hierro del reptil, y esas escamas son tan duras que no las atraviesa una bala.

Furioso por no haber logrado nada en aquella primera acometida, se revolvió con vertiginosa rapidez, y dando a su adversario un zarpazo en la cabeza, le arrancó un ojo; en seguida, por medio de una segunda voltereta, saltó a tierra a diez pasos de distancia.

El reptil lanzó un largo mugido de rabia y de dolor. Privado de un ojo, ya no podía hacer frente con ventaja al peligroso enemigo, y procuraba volverse a la laguna, dando grandes coletazos que levantaban en derredor de él enormes cantidades de fango.

El jaguar, que estaba siempre en guardia, dio otro salto, volviendo a caerle encima; mas esta vez no pretendió clavar las garras en la impenetrable coraza. Se inclinó hacia adelante, y por medio de un zarpazo bien aplicado abrió el costado derecho del reptil, arrancándole de debajo tiras de carne.

La herida debía de ser mortal; pero el caimán aún tenía mucha vitalidad para darse por vencido.

Con una sacudida irresistible se desembarazó de su enemigo haciéndole rodar a mucha distancia y con gran violencia en medio de los troncos de los árboles; en seguida se le fue encima para partirle en dos con un bocado de sus innumerables dientes.

Desgraciadamente para él, como no tenía más que un ojo, no pudo hacer con exactitud la puntería, y en lugar de triturar al adversario, cosa que le hubiera sido facilísimo, no le cogió más que la cola.

Un aullido feroz lanzado por el jaguar advirtió a los filibusteros que le habían seccionado

de un golpe el apéndice.

—¡Pobre animal! —exclamó Carmaux—. ¡Qué figura tan fea va a hacer sin rabo!

—¡Sí, pero se toma el desquite! —dijo el catalán.

En efecto; el sanguinario jaguar se revolvió contra el reptil con el furor de la desesperación. Se le vio agarrarse al hocico, lacerarle de un modo feroz, aun a riesgo de perder las zarpas, y utilizar las garras con rapidez prodigiosa.

Chorreado sangre, el pobre *jacaré*, horriblemente mutilado y ciego, retrocedía para sumergirse en la laguna. Con la cola daba tremendos golpes, y cerraba y abría ruidosamente las mandíbulas, sin lograr desembarazarse de la fiera, que proseguía desangrándole.

De pronto cayeron ambos al agua. Durante algunos instantes se les vio debatirse entre un monte de espuma que enrojecía la sangre; después uno de los combatientes apareció en la orilla.

Era el jaguar; pero en estado lastimoso; de su cuerpo goteaba sangre y agua a un tiempo; la cola quedó entre los dientes del reptil, tenía desollado el lomo y una zarpa rota.

Subió la orilla fatigosamente, deteniéndose de cuando en cuando para mirar al agua de la laguna; sus ojos despedían una luz feroz. Por fin llegó al grupo de los árboles, y desapareció de los ojos de los filibusteros lanzando un último maullido de amenaza.

—¡Creo que lleva qué rascar! —dijo Carmaux.

—Sí; pero el *jacaré* ha muerto, y cuando mañana vuelva a la superficie, le servirá de almuerzo al jaguar —contestó el catalán.

—¡Se lo ha ganado; pero le ha costado mucho!

—¡Bah! ¡Esas fieras tienen la piel muy dura! ¡Sanará!

—Pero la cola ya no volverá a salirle de seguro.

—¡Le basta con los dientes y las garras!

El Corsario Negro se había puesto en marcha costearo las orillas de la laguna. Al pasar por donde acaeciera la terrible lucha, Carmaux vio en tierra uno de los ojos que había perdido el reptil.

—¡Puah! —exclamó—. ¡Qué feo es! ¡Concluyéndosele la vida, como se le concluye, todavía conserva una expresión feroz de odio y de ansias por devorar!

Los filibusteros apresuraron el paso. Como el camino que seguían sólo estaba interceptado por troncos de *mucumucú* y de madera de cañón, plantas fáciles de cortar, la marcha se hacía más rápida que a través de la selva.

Pero, en cambio, tenían que guardarse de los reptiles, abundantísimos en los alrededores de esas lagunas especialmente de las *jaracasé*, serpientes que se confunden con facilidad con las hojas secas, porque tienen su mismo color, y cuya mordedura es mortal de necesidad.

Por fortuna, parecía que no había por allí semejantes serpientes, a pesar de que viven en los lugares húmedos. Los que abundaban de un modo extraordinario eran los volátiles, los cuales revoloteaban en numerosas bandas sobre las plantas acuáticas y los árboles de madera de cañón.

Además de las aves propias de las montañas palúdicas, se veían lindísimos pájaros de río llamados *ciganas*, que tienen rizadas las plumas y muy largas las alas; nubes de papagayos, verdes unos, amarillos y rojos otros; soberbios *canindes*, papagayos grandes semejantes a las cacatúas, con las alas de color azul y el pecho amarillo, y millares de pequeños pajarillos llamados *tico-ticos*.

También aparecieron en la orilla de la laguna algunos pelotones de monos procedentes de la selva. Eran los *cebinos barbas blancas*, de pelaje largo y tan suave como la seda, de color negro y gris; bajo la cara tenían una larga barba muy blanca que les daba aspecto de viejos.

Las hembras seguían a los machos llevando en hombros a los pequeños; mas apenas veían a los filibusteros, echaban a correr, dejando a los machos el cuidado de proteger la retirada.

A eso del mediodía, como viese el Corsario Negro el cansancio que aquella marcha de diez horas produjo en sus hombres, dio la señal de alto, concediéndoles un reposo que tan bien ganado tenían.

Era preciso economizar los pocos víveres que llevaban, que podían serles de mucha necesidad en la gran selva, y se pusieron en el acto en busca de caza y de fruta.

El hamburgués y el negro se dedicaron a esto último, y tuvieron tanta suerte, que a poca distancia de las orillas de la laguna descubrieron una *bocaba*, lindísima palmera que da

flores de color de crema, y que haciéndole una incisión gotea un líquido parecido al vino, y una *jabuti cabeira*, árbol de seis o siete metros, con hojas de color verde oscuro, que produce cierta fruta amarilla del tamaño de nuestras naranjas, y que contiene una pulpa exquisita rodeando un hueso enorme.

A su vez, Carmaux y el catalán se encargaron de la caza, pues había que llevar algo para la cena.

Como observasen que en las orillas de la laguna no se veían más que pájaros difíciles de matar, por carecer de mostacilla, decidieron acercarse a la selva, con la esperanza de que allí podrían cobrar algún *kariakú* (semejante a la cabra salvaje) o algún otro cuadrúpedo parecido.

Después de haber dicho a los compañeros que dispusieran la lumbre se alejaron rápidamente, pues ya sabían que el Corsario no esperaría mucho tiempo, apremiándole como le apremiaba el deseo de sorprender a Wan Guld y a la escolta.

En quince minutos atravesaron las espesas matas de maleza y de *mucumucú* y se encontraron en las lindes de la selva virgen, en medio de una aglomeración de grandes cedros, de palmeras de todas especies, de cactus espinosos, de grandes *hetianthus* y de espléndidas *salvias fulgens* cargadas de flores de un matiz crema sin igual.

El catalán se había detenido, y escuchaba con atención con objeto de ver si percibía rumores que indicaran el paso de algún animal cazable; pero el silencio más absoluto imperaba bajo aquella bóveda de verdura.

—¡Temo que vamos a vernos obligados a echar mano de nuestras reservas! —dijo moviendo la cabeza—. ¡Pudiera suceder que estuviésemos en los dominios del jaguar y que la caza haya desertado hacia otra parte!

—¡Parece imposible que en este bosque no se pueda encontrar ni siquiera un gato!

—Ya has visto que no faltan; pero ¡qué gatos!

—Si encontramos al jaguar, le mataremos.

—La carne de esas fieras no es mala del todo, especialmente asada a la parrilla.

—¡Ahí! —exclamó el catalán levantando la cabeza con rapidez—. ¡Creo que podemos matar alguna cosa mejor!

—¿Has visto algún cabrito, catalán de mi corazón?

—Mira allá arriba: ¿no ves volar un pájaro grande?

Carmaux alzó los ojos y vio, efectivamente, un gran pájaro negro revoloteando entre las hojas y las ramas de los árboles.

—¿Y es ese el cabrito que me prometes?

—Es un *gule-gule*. ¡Mira: allí hay otro y más allá, otros!

—¡Pégale un balazo, si eres capaz! —dijo Carmaux con ironía—. ¡Además, no me inspiran confianza tus *gule-gule*!

—No pretendo matarlos; pero por si no lo sabes, te diré que esos pájaros nos indicarán dónde podremos encontrar excelente caza.

—¿Qué clase de caza?

—Jabalíes.

—¡Ventre de un pez martillo! ¡Cómo agradecería una chuleta y un poco de jamón de jabalí! ¡Pero, catalán de mi corazón, explícame qué es lo que tienen que ver tus *gule-gule* con esos animales!

—Los *gule-gule* tienen una vista agudísima: desde muy lejos descubren a los jabalíes, y en cuanto los ven se apresuran a hacerles compañía, con objeto de llenarse el buche.

—¿Con carne de jabalí?

—No; con los gusanos, escorpiones y ciempiés que ponen al descubierto cuando los jabalíes hozan la tierra con objeto de buscar las raíces y los tubérculos de que se alimentan.

—¿Y se comen los ciempiés?

—¡Ya lo creo!

—¿Y no se mueren?

—Dícese que los *gule-gule* son refractarios a la acción del veneno de esos insectos.

—¡Comprendido! Sigamos a esos pájaros antes de que desaparezcan, y preparemos los fusiles. ¡Tate! ¡Pero los españoles podrían oírnos!

—¡Entonces que ayune el Corsario!

—¡Hablas como un libro impreso, catalán mío! ¡Es preferible que nos oigan y que llenemos la tripa, o de lo contrario, no tendremos fuerzas para continuar la persecución!

—¡Silencio!

—¿Los jabalíes?

—No sé; pero se acerca algún animal. ¿No oyes cómo delante de nosotros se mueven las hojas?

—Sí lo oigo.

—Esperemos y preparémonos para hacer fuego en el momento preciso.

CAPÍTULO XXIV

LAS DESVENTURAS DE CARMAUX



distancia como de unos cuarenta pasos de los cazadores se oía mover las hojas con precaución. Carmaux y el catalán escondieron apresuradamente detrás del tronco de un gran *simaruba*.

Las ramas crujían aquí y allá, como si el animal que se acercaba, vacilara acerca del camino que debería seguir; pero no por eso dejaba de avanzar.

De pronto, Carmaux vio abrirse la maleza y saltar en medio de un pequeño espacio descubierto un animal como de medio metro, de pelaje negro y rojizo, de patas cortas y con la cola muy peluda.

Carmaux no sabía qué clase de animal era, ni siquiera si sería comestible, pero al verle quieto como a unos treinta pasos, le apuntó con el fusil e hizo fuego.

El animal cayó; pero volvió en seguida a levantarse con una vivacidad que indicaba que no estaba herido gravemente, y se alejó metiéndose por entre la maleza y las raíces.

—¡Vientres de todos los tiburones del Océano! —exclamó el filibustero—. ¡Le he fallado! ¡Vaya, querido; me parece que no has de poder correr mucho!

Se lanzó hacia donde había desaparecido la alimaña, y sin pararse a volver a cargar el fusil emprendió animosamente su persecución, sin hacer caso del catalán, que iba detrás gritándole:

—¡Cuidado con las raíces!

El animal huía a todo correr, en busca, probablemente, de su madriguera; pero Carmaux le andaba a los alcances con el sable de abordaje en la mano y dispuesto a partirle en dos.

—¡Ah, bergante! —gritaba—. ¡Aunque vayas a esconderte a casa del Demonio, yo he de alcanzarte!

El pobre animal no se detenía; pero perdía fuerzas. Por las manchas de sangre que dejaba sobre las hierbas se colegía que el filibustero le había tocado.

Llegó un momento en que, fatigado por aquella carrera y exhausto de fuerzas por la pérdida de sangre, se detuvo junto al tronco de un árbol. Carmaux creyendo que ya le tenía en la mano, se le echó encima; pero de improviso se sintió sofocado por un olor tan horrible, que cayó de espaldas, como si se hubiera asfixiado repentinamente.

—¡Muerte de todos los tiburones del Océano! —se le oyó gritar—. ¡Que el infierno se lleve a esa carroña! ¡Qué es esto! —Y en seguida prorrumpió en una larga serie de estornudos que le impidieron proseguir sus invectivas.

El catalán corrió en su ayuda para prestarle auxilio; pero al llegar a unos diez pasos de distancia de Carmaux se detuvo, y se tapó las narices con ambas manos.

—¡Caramba! —dijo—. ¡Ya gritaba yo que te detuvieses! ¡Vaya, ahora has quedado bien perfumado para una semana! ¡Por mi parte, no tengo ganas de acercarme a ti!

—¡Eh, amigo! —gritó Carmaux—. ¿Tendré la peste? ¡Siento que me pongo malo, como si me marease! ¡Me parece que voy a reventar! ¿Qué es lo que ha sucedido?

—Huye de ese olor insoportable que ha infestado la maleza.

Carmaux se levantó con trabajo y se alejó, procurando dirigirse hacia donde estaba el catalán. Este, al ver que iba hacia él, se apresuró a ponerse a cierta distancia.

—¡Mil tiburones! ¿Tienes miedo? —preguntó Carmaux—. ¡Entonces, es que me ha dado el cólera!

—¡No; pero sí me acerco me perfumarás también a mí!

—¿Y cómo voy a arreglarme para volver al campamento? ¡Huirán todos, incluso el Comandante!

—¡Será preciso que te dejes fumigar! —dijo el catalán, que refrenaba la risa con mucho trabajo.

—Pero dime, amigo: ¿qué es lo que ha sucedido? ¿Ha sido aquel animal el que ha soltado este olor a ajos podridos que me revuelve el estómago? ¿Sabes que se me figura que me estalla la cabeza?

—¡Lo creo!

—¿Ha sido aquel animal?

—¡Sí!

—¿Qué clase de bestia es esa?

—Le llaman *zorrito*. Es una especie mal oliente de la familia de las martas, pero que, en lugar de despedir olor de almizcle, da ese otro, el más corrompido que se conoce, pues ni los mismos perros lo resisten.

—¿Y en qué sitio guardan ese perfume endiablado?

—En unas glandulillas que tienen debajo de la cola. ¿Te ha tocado alguna gota siquiera del líquido?

—No; porque todavía estaba un poco lejos.

—¡Pues has tenido suerte! ¡Si te hubiese caído en la ropa una sola gota de ese líquido appestoso, tendrías que continuar el viaje tan desnudo como nuestro padre Adán!

—¡Y, sin embargo, hiedo peor que una letrina!

—¡Ya te fumigaremos!

—¡Que se vayan al infierno todos los *zorritos* de la Tierra! ¡No puede haberme sucedido nada peor! ¡Vaya una figura que vamos a hacer a nuestro regreso! ¡Nos esperaban coa alguna caza, y, en lugar de caza, llevo a remolque un cargamento de este olor infernal!

El español no contestaba: reía hasta desquijarse oyendo las lamentaciones del filibustero, y procuraba estar siempre lejos de él, esperando a que el aire orease un poco al desgraciado cazador.

Ya cerca del campamento encontraron a Wan Stiller, que había salido a su encuentro creyéndolos ocupados en arrastrar alguna pieza demasiado pesada para sus fuerzas. Al percibir el olor que despedía Carmaux, echó a correr tapándose las narices.

—¡Ahora todos huyen de mí como si tuviese el cólera! —dijo Carmaux—. ¡Concluiré por tirarme a la charca!

—¡No conseguirás nada! —dijo el catalán—. Detente ahí y espera que yo vuelva; si no, vas a concluir por apestar a todos.

Carmaux hizo un gesto de resignación y se sentó al pie de un árbol, lanzando un suspiro.

Después de informar al Corsario de la cómica aventura, el catalán fue al bosque con el africano y cogió algunos brazados de ciertas sarmentosas, que depositó a unos veinte pasos de Carmaux, y les puso fuego.

—¡Déjate ahumar un poco para desinfectarte! —dijo escapando y riendo a un tiempo—. ¡Te esperaremos para comer!

Carmaux, resignado, fue a exponerse a la acción del humo densísimo que salía de aquellos sarmientos, resuelto a no alejarse de allí hasta que hubiese desaparecido el nauseabundo olor de que estaba impregnado.

Aquellas plantas despedían al arder un olor tan acre, que el pobre filibustero lloraba. A pesar de todo resistía filosóficamente, y se dejaba ahumar a conciencia.

Al cabo de media hora, y no sintiendo ya sino ligeramente el olor de las glándulas del *zorrito*, decidió dar por terminada la operación y se dirigió hacia el campamento, donde se hallaban ocupados sus compañeros en partir una gran tortuga que lograron sorprender en las orillas de la laguna.

—¿Se puede? —preguntó—. ¡Creo que ya me he fumigado bastante!

—¡Adelante! —contestó el Corsario—. Estamos acostumbrados al olor del alquitrán y podemos tolerar el que despides; pero supongo que te guardarás de perseguir en adelante a los *zorritos*.

—¡Por cien mil tiburones! ¡Apenas vea uno, me pondré a tres millas de distancia: se lo prometo, Comandante! ¡Primero me las entiendo con un jaguar!

—¿Estabas adentro del bosque cuando hiciste fuego?

—Supongo que no se habrá oído muy lejos el sonido de la detonación —contestó el catalán.

—¡Sentiría que los fugitivos sospechasen que los perseguimos!

—Pues yo creo que tienen la seguridad de que es así, Capitán.

—¿Y por qué supones eso?

—Por lo rápido de su marcha. De otro modo ya debíamos haberlos alcanzado.

—Es que hay un motivo muy apremiante que obliga a apresurarse a Wan Guld.

—¿Cuál, señor?

—El temor de que caiga sobre Gibraltar el Olonés.

—¿Querrá intentar el asalto de esa plaza? —preguntó con inquietud el catalán.

—¡Quizás! ¡Veremos! —contestó de un modo evasivo el Corsario.

—Si eso sucediera, yo no combatiría nunca en contra de mis compatriotas, señor —dijo con emoción el catalán—. Un soldado no puede volver sus armas contra una ciudad en cuyos muros ondea la bandera de su país. Mientras se trate de Wan Guld, que es un flamenco, estoy dispuesto a ayudar a usted; pero nada más. Si han de exigirme otra cosa, prefiero que me ahorquen.

—Admiro tu afecto y tu devoción hacia tu patria —contestó el Corsario Negro—. En cuanto hayamos alcanzado a Wan Guld te dejaré en libertad para que vayas, si quieres, a defender a Gibraltar.

—¡Gracias, señor! Hasta ese momento estoy a su disposición.

—Entonces, pongámonos en marcha, o no vamos a poder alcanzarle.

Recogieron las armas y los pocos víveres que tenían, y volvieron a emprender la marcha, siguiendo las orillas de la laguna, que continuaban libres de árboles grandes.

El calor era intenso, y se sentía mucho más por la falta de sombra; pero los filibusteros, acostumbrados a las altas temperaturas del Golfo de México y del mar Caribe, no experimentaban gran molestia. Sin embargo, humeaban como yacimientos de azufre, y sudaban tan profusamente que a los pocos pasos llevaban las ropas empapadas.

Además, las aguas de la laguna, heridas de plano por el Sol, producían reflejos cegadores que les lastimaban dolorosamente los ojos. Por otro lado, se elevaban miasmas peligrosos bajo la forma de ligeras nubecillas de neblina que podían ser fatales, pues producen las temidas fiebres de los bosques.

Por fortuna, a eso de las cuatro de la tarde vieron ya el extremo opuesto de la sabana, la cual se prolongaba por medio del gran bosque en forma de cuello de botella.

Los filibusteros y el catalán, que caminaban con gran brío a pesar de hallarse muy fatigados, iban a doblar hacia la floresta, cuando el negro, que marchaba a retaguardia, les señaló una cosa roja que se veía en la superficie de un pantano verdusco, el cual se alargaba hacia la sabana.

—¿Un pájaro? —preguntó el Corsario.

—Más bien me parece un casquete español —dijo el catalán—. ¿No ve usted que todavía conserva unas plumas en un lado?

—¿Quién le habrá tirado a ese pantano? —preguntó el Corsario.

—Yo creo que eso indica algo peor, señor —dijo el catalán—. O mucho me equivoco, o ese fango está formado por cierta arena movediza que no perdona jamás.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Que quizás debajo de ese casquete haya algún desgraciado que ha sido tragado vivo por el fango.

—¡Vamos a verlo!

Se desviaron del camino que seguían y se dirigieron hacia aquella capa de fango, que tendría una longitud de trescientos o cuatrocientos metros por otros tantos de anchura, y que parecía una laguna medio seca.

Pronto vieron que era uno de aquellos birretes y gorras de seda rayados de rojo y amarillo y adornados con una pluma que usaban los españoles.

Quedóse adherido al fango en el centro de un hoyo que tenía la forma de un embudo y cerca veíanse como cinco palitos de un color que hizo estremecerse a los filibusteros.

—¡Los dedos de una mano! —exclamaron Carmaux y Wan Stiller.

—Ya les había dicho a ustedes que bajo esa gorra se encontraba un cadáver —dijo tristemente el catalán.

—¿Quién podría ser ese desgraciado, tragado por el abismo? —preguntó el Corsario.

—Un soldado de la escolta del Gobernador —dijo el catalán—. Esa gorra se la he visto yo a Juan Barrés.

—¿Entonces Wan Guld ha pasado por aquí?

—Es muy probable, señor.

—¿Habrá caído casualmente en el fango este desgraciado?

—Eso creo.

—¡Qué muerte tan horrible!

—La más horrible, señor. ¡Verse absorbido vivo por ese fango tenaz y nauseabundo, debe de ser espantoso!

—¡Vamos; dejemos a los muertos y pensemos en los vivos! —dijo el Corsario dirigiéndose hacia la floresta—. Ya estamos seguros de hallarnos sobre la pista de los fugitivos.

Iba a decir a sus compañeros que apretaran el paso, cuando le detuvo un silbido prolongado y con ciertas extrañas modulaciones que resonó hacia la parte más espesa del bosque.

—¿Qué es eso? —preguntó volviéndose hacia el catalán.

—No lo sé —contestó este lanzando una mirada de inquietud hacia los grandes árboles.

—¿Será algún pájaro?

—Señor, yo jamás he oído silbido semejante.

—¿Y tú, Moko? —preguntó el Corsario dirigiéndose al africano.

—Ni yo tampoco, Capitán.

—¿Será una señal?

—Eso temo —contestó el catalán.

—¿De tus compatriotas? ¿De los que perseguimos?

—¡Hum! —dijo el español moviendo la cabeza.

—¿No lo crees?

—No, señor. Lo que temo es que pronto vamos a tener que habérnoslas con los indios.

—¿Indios libres o aliados vuestros? —preguntó el Corsario arrugando el entrecejo.

—Que nos echa encima el Gobernador.

—Entonces, debe saber que vamos tras él.

—Puede haberlo sospechado.

—¡Bah! ¡Si sólo se tratara de indios fácilmente los pondremos en fuga!

—En las selvas vírgenes son más peligrosos que los blancos. Es difícil evitar sus emboscadas.

—Procuraremos no dejarnos sorprender. Montad los fusiles y no economicéis los disparos. Ahora ya sabe el Gobernador que vamos pisándole los talones y, por lo tanto, poco importa que oiga nuestros mosquetazos.

—¡Vamos, entonces, a ver cómo son los indios de este país! —dijo Carmaux—. ¡Seguro estoy de que no serán más hermosos ni más malos que los demás indios!

—¡Pero tened cuidado, caballeros! —dijo el catalán—. ¡Los hombres rojos de Venezuela son antropófagos, y les agrada mucho asarlos a ustedes!

—¡Vientre de tiburón! ¡Wan Stiller, amigo mío, vamos a ver cómo defendemos nuestras propias chuletas!

CAPÍTULO XXV

LOS ANTROPÓFAGOS DE LA SELVA VIRGEN



Entraron en la floresta metiéndose por entre espesuras de palmeras, de *bacabas viníferas*, de *ceropias*, llamados también árboles candelabros por la extraña disposición de sus ramas, de *caris*, especie de palmeras de fuste espinoso lo que hace difícil y peligrosa la marcha por entre ellos; de *mirites*, que son otras palmeras de enormes dimensiones con las hojas dispuestas en forma de abanico; y de *sipos*, unas lianas gruesas y resistentes que emplean los indios en la construcción de sus cabañas.

Por miedo a una sorpresa avanzaban con extremada prudencia, aguzando el oído y mirando atentamente hacia los grupos de árboles más espesos, por si entre ellos se escondían los indios.

No había vuelto a oírse la señal; pero todo indicaba que por allí habían pasado hombres. Desaparecieron los pájaros y los monos, asustados, sin duda, por la presencia de sus eternos enemigos los indios, que hacen a unos y a otros encarnizada guerra, pues aprecian mucho su carne. Hacía dos horas que caminaban, siempre con grandes precauciones y procurando dirigirse constantemente hacia el Sur, cuando de pronto oyeron a cierta distancia algunas modulaciones que parecían producidas por una de esas flautas de caña que usan los indios. El Corsario detuvo a sus compañeros con un gesto.

—Eso es una señal, ¿verdad? —preguntó al catalán.

—Sí, señor —contestó este—. ¡No es posible equivocarse!

—Los indios deben de estar cerca.

—Quizás más de lo que usted cree. Estamos en medio de matas espesísimas muy a propósito para una emboscada.

—¿Qué me aconsejas que haga? ¿Esperar a que se muestren o continuar marchando?

—Si ven que nos detenemos van a creer que es por miedo. Avancemos, señor y no perdonemos a los primeros que asomen.

Las modulaciones de la flauta volvieron a oírse, pero más cercanas.

Parecían salir de entre un gran grupo de palmeras *caris*, plantas que oponían a los exploradores una barrera insuperable con sus troncos erizados de largas y agudas espinas.

—¡Wan Stiller —dijo el Corsario volviéndose hacia el hamburgués—, procura hacer callar a ese músico misterioso!

El marinero, que era un magnífico tirador, pues ejerció el oficio de bucanero durante algunos años, apuntó al fusil en dirección del grupo de árboles, procurando distinguir al indio que tocaba o de descubrir algún sitio donde se moviesen las hojas, y disparó, pero a la ventura.

A la ruidosa detonación siguió un grito, que se cambió en seguida en una carcajada.

—¡Muerte del Diablo! —exclamó Carmaux—. ¡Has errado el golpe!

—¡No se reiría si hubiera podido verle la cabeza!

—¡No importa! —dijo el Corsario—. ¡Ya saben ahora que llevamos armas de fuego y tendrán más cautela! ¡Adelante, marineros!

La selva se había hecho sombría y salvaje. Un verdadero laberinto de árboles de gigantescas hojas, de lianas y raíces monstruosas aparecía confusamente ante los ojos de los filibusteros, porque los rayos del Sol no conseguían penetrar a través de la espesura.

A pesar de eso se sentía un calor intenso y húmedo, como de invernadero, que hacía

sudar copiosísimamente a aquellos hombres tan animosos que querían atravesar la enorme selva.

Puesto el dedo en el gatillo del fusil, con los ojos bien abiertos y aguzados los oídos, el catalán, el Corsario, los marineros y el negro seguían penetrando cautamente por la espesura, yendo uno tras otro.

Mirando a los grupos de árboles, a las enormes matas, a las inmensas hojas, a las masas de lianas y raíces, prontos a disparar las armas sobre el primer indio que se hubiera atrevido a aparecer.

Nada había vuelto a turbar el profundo y pavoroso silencio que reinaba en la floresta desde que se oyeron las señales; mas, a pesar de eso, ni el Corsario ni sus compañeros se creían seguros de un ataque imprevisto, sino todo lo contrario.

Instintivamente comprendían que aquellos enemigos que tanto cuidado tenían en no mostrarse debían de andar cerca.

Llegaron a un paso bastante más intrincado que los otros y muy oscuro, cuando se vio que el catalán se agachaba de pronto, y que en seguida corría a guarecerse detrás del tronco de un árbol.

Por el aire se escuchó un ligero silbido, y una caña delgadita, atravesando las hojas, fue a clavarse en una rama que se hallaba a la altura de un hombre.

—¡Una flecha! —gritó el español—. ¡Cuidado!

Carmaux, que estaba detrás de él, disparó su mosquete.

No se había apagado el ruido de la detonación, cuando en medio de las espesas matas se oyó un grito agudo y prolongado: era un grito de dolor.

—¡Ventre de tiburón! ¡Te he cogido! —gritó Carmaux.

—¡Cuidado! —exclamó en aquel momento el catalán.

Cuatro o cinco flechas de un metro o más de longitud pasaron silbando por encima de los filibusteros, en el instante mismo en que estos se arrojaban al suelo.

—¡Allí, en aquella espesura! —gritó Carmaux.

Wan Stiller, el negro y el catalán descargaron sus armas, que produjeron una sola detonación; pero no se oyó ningún otro grito. A través de los árboles pudo oírse cómo se rompían impetuosamente las ramas y el crujir de las hojas secas: después cesó todo rumor.

—¡Parece que ya tienen bastante! —dijo Wan Stiller.

—¡Silencio y pónganse detrás de los árboles! —dijo el catalán.

—¿Temes que todavía vuelvan a acometernos? —preguntó el Corsario.

—He oído moverse las hojas hacia la derecha.

—¡Pues esto es una verdadera emboscada!

—¡Lo sospecho, señor!

—¡Si Wan Guld cree que van a poder detenernos los indios, se equivoca mucho! ¡Seguiremos adelante, a despecho de todos los obstáculos!

—¡No abandonemos esos árboles protectores, señor! ¡Es probable que estén envenenadas las flechas de esos caribes!

—¿De veras?

—Suelen envenenarlas, como los salvajes del Orinoco y del Amazonas.

—¡Pero aquí no podemos estar eternamente!

—Lo sé; mas, sin embargo, no podemos exponernos a un flechazo.

—Patrón —dijo en aquel momento el negro—, ¿quiere usted que vaya a reconocer aquellas espesuras?

—No, porque te expondrás a una muerte segura.

—¡Silencio, Comandante! —dijo Carmaux—. ¿Oye usted?

En lo más espeso del bosque resonaron algunas notas de flauta. Eran sonidos tristes, monótonos y tan agudos, que debían oírse a gran distancia.

—¿Qué significa eso? —preguntó el Corsario que comenzaba a impacientarse—. ¿Será una señal para retirarse, o para acometer?

—Comandante —dijo Carmaux—, ¿me permite usted que le dé un consejo?

—¡Habla!

—¡Arrojemos de sus nidos a esos enojosos indios incendiando el bosque!

—Y nos quemaremos vivos nosotros también. ¿Quién va a apagar el fuego después?

—¡Marchemos disparando a diestro y siniestro los arcabuces! —dijo Wan Stiller.

—¡Creo que has tenido una buena idea! —contestó el Corsario—. ¡Avanzaremos con la música a la cabeza! ¡Vamos; fuego a ambos lados, mis valientes, y dejadme a mí el cuidado de abrir paso!

El Corsario se puso a la cabeza con la espada en una mano y una pistola en otra, y detrás de él, dos a dos y a alguna distancia, se colocaron los filibusteros, el catalán y el negro.

Apenas salieron de detrás de los troncos protectores, Carmaux y Moko descargaron los fusiles, uno a la derecha y otro a la izquierda, y después de un pequeño intervalo, el catalán y Wan Stiller. Cargaron rápidamente las armas y continuaron con aquella música infernal, sin economizar las municiones.

Mientras tanto, el Corsario iba abriendo camino cortando ramas, hojas y lianas; pero siempre preparado para disparar la pistola sobre el primer indio que apercibiese.

Aquel continuo disparar parecía producir cierto efecto sobre los misteriosos enemigos, porque no asomaba ninguno. Sin embargo, alguna que otra flecha pasó silbando sobre el pelotón, o fue a caer ante los expedicionarios.

Ya se creían a salvo de la emboscada, cuando, produciendo un horrible estrépito, se desplomó casi encima de ellos un árbol enorme que les cortó el paso.

—¡Truenos de Hamburgo! —exclamó Wan Stiller, que por poco queda aplastado—. ¡Si se desploma medio segundo más tarde, hace una tortilla a todos nosotros!

No había concluido de hablar, cuando estalló un gran vocerío, y gritos furibundos salieron de la espesura. Varias flechas surcaron el aire, yendo a clavarse con fuerza en los troncos de los árboles. El Corsario y sus hombres se echaron en tierra en el acto detrás del árbol caído, el cual hasta cierto punto, podría servirles de trinchera.

—Ahora es de esperar que se presenten —dijo Carmaux—. ¡Todavía no he tenido el placer de ver la cara a ninguno de esos indios obstinados!

—¡Separaos! —dijo el Corsario—. ¡Si nos ven tan juntos, van a disparar sobre nosotros una granizada de flechas!

Iban a dispersarse por detrás del árbol para no ofrecer blanco a las flechas enemigas, cuando de pronto se oyó sonar a corta distancia una flauta.

—¡Se acercan los indios! —dijo Wan Stiller.

—¡Preparaos para recibirlos con una descarga! —dijo el Corsario.

—¡No; espere usted, señor! —dijo el catalán, que hacía algunos instantes escuchaba atentamente las tristes notas del instrumento.

—¡Eso no es una marcha de guerra!

—¿Qué quieres decir? —preguntó el Corsario.

—¡Espere usted, señor!

Se levantó, y miró hacia la parte de allá del árbol.

—¡Un parlamentario! —exclamó—. ¡Caramba! ¡Es el *piaye* de la tribu que viene!

—¿Un *piaye*?

—Es decir, el adivino, señor —dijo el catalán.

Los filibusteros se levantaron prontamente con los fusiles preparados, pues no se fiaban de aquellos antropófagos.

De entre uno de los compactos grupos de árboles inmediatos salió un indio, que se dirigió hacia ellos seguido por dos tocadores de flauta.

Era un hombre de cierta edad y de mediana estatura, como lo son casi todos los indios de Venezuela, de anchas espaldas y hombros musculosos, y de color amarillo rojizo, un tanto obscurecido por el hábito que tienen esos salvajes de frotarse el cuerpo con grasa de pescado o aceite de coco y de oriana para preservarse de las picaduras de ciertos insectos.

Su rostro, redondo y abierto, de expresión más melancólica que feroz, estaba desprovisto de barba, pues aquellos salvajes se depilan; en cambio en la cabeza lucía una larga cabellera negrísima que despedía reflejos azulados.

Como *piaye* de la tribu, además de una especie de camisa azul llevaba sobre sí, una verdadera carga de ornamentos: collares de conchitas, anillos de espinas de pescado pacientemente labrados, brazaletes de hueso y de garras y dientes de jaguar, picos de tucanes, pedazos de cuarzo cristalizado y aros de oro macizo. Tenía adornada la cabeza con una diadema de largas plumas de papagayo *carindé* y de *ará*, y atravesándole la ternilla de la nariz, una gran espina de pescado de tres o cuatro pulgadas.

Sus dos acompañantes también vestían una camisa y lucían ornamentos en menor cantidad; pero, en cambio, iban armados con largos arcos de madera y de hierro, con un haz de flechas cuyas puntas eran de hueso, o de sílex, y con una *batu*, o maza formidable de un metro de largo pintada a trozos con colores muy vivos.

El *piaye* se acercó a unos cincuenta pasos del árbol caído, e hizo seña a los flautistas para que callasen. Después gritó en malísimo español y con voz estentórea:

—¡Que me oigan los hombres blancos!

—¡Ya te escuchan los hombres blancos! —respondió el catalán.

—¡Este es el territorio de los arawakos! ¿Quién les ha dado permiso a los hombres blancos para violar nuestros bosques?

—Nosotros no tenemos intención alguna de violar las selvas de los arawakos —respondió el catalán—. Las atravesamos solamente para dirigirnos al territorio de los hombres blancos que se encuentran al sur de la bahía de Maracaibo; pero sin hacer la guerra a los hombres rojos, de quienes nos declaramos amigos.

—¡La amistad de los hombres blancos no se hizo para los arawakos, porque esa amistad ha sido fatal para los hombres rojos de la costa! ¡Estas selvas son nuestras! ¡Volveos a vuestro país, u os comeremos a todos!

—¡Demonio! —exclamó Carmaux—. ¡Hablan de ponernos en tartera, si no he comprendido mal!

—Nosotros no somos hombres blancos de los que han conquistado la costa reduciendo a la esclavitud a los caribes. Por el contrario, somos amigos suyos, y atravesamos estos bosques persiguiendo a algunos de vuestros enemigos, que han escapado —dijo, mostrándose al propio tiempo, el Corsario Negro.

—¿Eres tú el jefe? —preguntó el *piaye*.

—Sí; el jefe de los hombres blancos que me acompañan.

—¿Y vais persiguiendo a otros blancos?

—Sí; para matarlos. ¿Han pasado por aquí?

—Sí; los hemos visto; pero no irán muy lejos, porque nos los comeremos.

—¡Y yo te ayudaré a matarlos! —Entonces, ¿tú los odias?

—Son enemigos míos.

—¡Idos a mataros a la costa, si así lo queréis; pero no en el territorio de los arawakos! ¡Hombres blancos, volveos, u os haremos la guerra!

—Ya te he dicho que nosotros no somos enemigos de los hombres rojos. Respetaremos a tu tribu y vuestras *carbets* (cabañas), así como vuestros graneros.

—¡Hombres blancos, volveos! —repitió con más fuerza el *piaye*.

—¡Escúchame!

—¡He dicho que os volváis! ¡Si no os volvéis, os haremos la guerra y os comeremos!

—¡Ten en cuenta que nosotros atravesaremos tus bosques a pesar de tu tribu!

—¡Os lo impediremos!

—¡Tenemos armas que despiden truenos y rayos!

—¡Y nosotros flechas!

—¡Tenemos sables que cortan, y espadas que agujeran!

—¡Nosotros, nuestros *batus*, que hacen pedazos las cabezas más fuertes!

—¿Eres aliado quizás de los hombres blancos a quienes vamos persiguiendo?

—No; porque también nos los comeremos.

—¿Es decir, que quieres la guerra?

—Sí, si no os volvéis atrás.

—¡Hombres de mar, marineros! —gritó el Corsario saltando sobre el árbol con la espada en la mano—. ¡Demostraremos a estos indios que no les tenemos miedo! ¡Adelante!

Al verlos avanzar con los fusiles tendidos, el *piaye* se alejó precipitadamente seguido de los flautistas, y se ocultó en la espesura.

El Corsario Negro impidió a sus hombres que les hicieran fuego, pues no quería ser el primero en provocar la lucha; pero avanzaba intrépidamente a través de la selva, dispuesto a sostener la acometida de las hordas de los arawakos.

Se había convertido en el formidable filibustero de las Tortugas, en aquel filibustero que tantas pruebas dio de un valor extraordinario.

Con la espada en la diestra y una pistola en la siniestra, guiaba al pelotón y se abrió paso a través de la selva, preparado a comenzar en el acto la refriega.

Pronto comenzaron a silbar algunas flechas por entre las ramas. Wan Stiller y Carmaux contestaron en seguida disparando a la casualidad, pues los indios, a pesar de las bravatas del *piaye*, no se dejaron ver.

Haciendo fuego a derecha e izquierda y con intervalos de un minuto, aquellos hombres rebasaron felizmente la parte más espesa e intrincada de la selva, sin que les disparasen más que raras flechas y alguna que otra jabalina. Por fin llegaron a un pequeño claro en cuyo centro había una laguna.

Como ya el Sol iba a ponerse y no se veía indio alguno, ni habían vuelto a inquietarlos, el Corsario Negro mandó hacer alto para establecer el campamento.

—Si quieren acometernos, los esperaremos aquí —dijo a sus compañeros—. Este descampado es bastante grande para poder verlos tan pronto como aparezcan.

—¡No podíamos escoger un sitio mejor! —dijo el catalán—. Los indios son peligrosos en la espesura; pero no se atreven a atacar en terreno descubierto. Además, voy a disponer y preparar el campamento de modo que no puedan forzarle.

—¿Quieres construir una trinchera? —preguntó Carmaux—. ¡Sería una operación un poco larga, amigo catalán!

—Bastará con una barrera de fuego.

—¡Saltarán por encima; no son jaguares ni pumas para que tengan miedo a unos cuantos tizones!

—¿Y esto? —dijo el catalán mostrando un puñado de frutos redondos.

—¿Qué es eso?

—Pimienta; y de la más fuerte. Durante la marcha he venido haciendo recolección y traigo llenos los bolsillos.

—Es muy buena para comer con la carne, aun cuando abrasa un poco la garganta.

—También servirá para los indios.

—¿Cómo?

—La echaremos en el fuego.

—¿Sienten miedo al estallido de esas vainas?

—No; pero al humo que despiden, sí. Si quisieran saltar la barrera de fuego, se les abrasarían los ojos, y se quedarían ciegos durante un par de horas.

—¡Ventre de tiburón! ¡Tú sabes más que el mismo Demonio!

—¡Los caribes han sido los que nos han enseñado este medio para tener lejos a los enemigos; ya verán cómo produce el efecto que se busca, si quieren acometernos los arawakos! ¡Vamos! ¡Buscaremos leña, y esperémonos tranquilos!

CAPÍTULO XXVI

LA EMBOSCADA DE LOS ARAWAKOS



Enaron de prisa un pedazo de tortuga que habían reservado y unos cuantos bizcochos; después registraron los alrededores para ver si encontraban algún indio escondido, golpearon la hierba para hacer huir a las serpientes, y en seguida encendieron en torno del campamento grandes hogueras, en las cuales echaron algunos puñados de pimienta, supremo remedio contra los *zanzaras* (cierta clase de insectos), cuyas picaduras son muy dolorosas, y también contra las acometidas de hombres y fieras.

Temiendo, con razón, no pasar tranquila la noche, decidieron hacer guardia, primero los dos marineros y el negro, y luego el Corsario y el catalán.

Estos últimos, después de haber cambiado las cargas para tener la seguridad de que no fallarían los tiros, se apresuraron a acostarse, mientras que Carmaux y sus compañeros se disponían a dar una vuelta por dentro del círculo de fuego con los fusiles dispuestos.

La enorme selva quedó silenciosa, pero aquella calma era poco tranquilizadora para los que hacían la guardia, pues sabían por experiencia que los indios preferían los ataques nocturnos a los diurnos, a causa del miedo que tenían a la precisión de las armas de fuego, y, además, porque las tinieblas les permitían acercarse con mayor facilidad, especialmente en los bosques.

Sobre todo Carmaux hubiera preferido los maullidos de los jaguares o los rugidos de los pumas. La presencia de estos carnívoros hubiera sido un seguro indicio de la ausencia de los enemigos de epidermis roja.

Hacía como un par de horas que vigilaban con los ojos fijos en las espesuras vecinas y echando de cuando en cuando en el fuego algunos puñados de pimienta, cuando el africano, cuyo oído debía de ser finísimo, notó un ligero rumor, como de hojas que se movían.

—¿Has oído, compadre blanco? —murmuró inclinándose hacia Carmaux, que estaba muy ocupado en saborear con envidiable beatitud un pedazo de cigarro que encontró en uno de sus bolsillos.

—No he oído nada, *Saco de carbón* —contestó el filibustero—. Esta noche no hay ranas que ladren, ni pájaros que martilleen como calafates.

—Allá abajo se ha movido una rama. Tu compadre negro lo ha oído.

—Entonces, es sordo tu compadre blanco.

—¡Tate! ¿Oyes? Se ha roto una rama.

—Yo no he oído nada ahora tampoco; si es cierto lo que dices, alguien trata de acercarse a nosotros.

—Sí, compadre.

—¿Quién será? ¿Mi compadre *Saco de carbón* no tiene ojos de gato? ¡Eso sería una gran cosa!

—No veo nada; pero siento que alguien se acerca.

—¡Tengo preparado el fusil! ¡Calla y escuchemos!

—¡Échate a tierra, compadre blanco, o te herirán con las flechas!

—¡Acepto tu consejo, pues no tengo gana de reventar con la barriga llena de veneno!

Los dos se tendieron en la hierba, haciendo seña a Wan Stiller, que estaba al otro lado, para que los imitase, y se pusieron a escuchar teniendo los fusiles en las manos.

En efecto; uno o más hombres debían de acercarse. En medio de una mata espesísima que se hallaba a una distancia de cincuenta pasos movíanse ligeramente las hojas, y algunas veces crujían las ramas.

Comprendíase desde luego que los enemigos tomaban precauciones para llegar a tiro de flecha sin descubrirse.

Casi enteramente ocultos por las hierbas, el negro y los filibusteros no se movían, esperando verlos aparecer para hacer fuego. De pronto a Carmaux se le ocurrió una idea.

—Compadre —dijo—. ¿Crees que están lejos todavía?

—¿Los indios?

—¡Sí; dímelo pronto!

—Todavía están en medio de las matas; pero si continúan avanzando, dentro de un minuto estarán en la linde de la espesura.

—¡Tengo el tiempo preciso! ¡Wan Stiller, échame tu chaqueta y tu gorro!

El hamburgués se apresuró a obedecer, pensando, y con razón, que si Carmaux le había pedido aquellas prendas de indumentaria era porque debía de tener algún proyecto. El filibustero se había incorporado también para desembarazarse de su propia chaqueta. Alargó la mano, cogió algunas ramas, las entrelazó como pudo, las cubrió con la chaqueta, y encima puso los gorros.

—¡Esto está hecho! —dijo volviendo a tumbarse.

—¡Mi compadre es un tuno! —dijo riendo el negro.

—¡Si no hubiera improvisado esos muñecos, podrían los indios lanzar sus flechas contra el Corsario y el catalán! ¡Ahora están resguardados y no corren peligro!

—¡Silencio, compañeros! ¡Ya llegan!

—¡Estoy preparado! ¡Eh, Wan Stiller: otro puñado de pimienta!

El hamburgués iba a levantarse; pero en seguida se volvió a agachar.

Se habían oído algunos silbidos, y tres o cuatro flechas fueron a clavarse en los improvisados fantoches.

—¡Veneno desperdiciado y que no producirá efecto, queridos míos! —murmuró Carmaux—. ¡Supongo que os mostraréis para que yo pueda obsequiaros con mis confites de plomo!

Viendo los indios que nadie había dado señales de vida, lanzaron otras seis o siete flechas, que también se clavaron en los muñecos; en seguida uno de ellos, el más audaz, sin duda, saltó fuera de la mata blandiendo su terrible maza.

Ya Carmaux levantaba el fusil para apuntarle, e iba a partir la bala, cuando en medio de la inmensa selva, y a distancia de algunas millas, resonaron de improviso cuatro disparos, seguidos de formidables alaridos.

El indio dio una rápida vuelta, metiéndose en la espesura antes de que Carmaux hubiese tenido tiempo de volver a apuntarle.

El Corsario y el catalán, despertados de pronto por aquellos tiros y aquellos aullidos, se levantaron precipitadamente, creyendo que había sido acometido por indios el campamento.

—¿Dónde están? —preguntó el Corsario lanzándose afuera con la espada en la mano.

—¿Quiénes, señor? —preguntó Carmaux.

—¡Los indios!

—¡Han desaparecido, Comandante, antes de que hubiese podido obsequiarlos con los dulces de mi fusil!

—¿Y esos gritos y esas detonaciones? ¿Oyes? ¡Otros tres disparos!

—Combaten en medio de la espesura —dijo el catalán—. Los indios han acometido a hombres blancos, señor.

—¿Al Gobernador y a su escolta?

—Eso creo.

—¡Sentiría que ellos le matasen!

—¡También yo, porque así no podría devolver los palos a un muerto! Pero...

—¡Calla!

Otros dos disparos más lejanos, seguidos de furibundos gritos, dados, de seguro, por una tribu numerosa de indios, resonaban de nuevo; luego volvió a oírse otro disparo aislado; después nada.

—¡Ha concluido la lucha! —dijo el catalán, que había estado escuchando con cierto temor.

—Por el Gobernador, no me movería; pero por los otros, que son compatriotas míos...

—Querías saber qué es lo que ha sucedido, ¿verdad? —preguntó el Corsario.

—¡Sí, Comandante!

—¡Y a mí me interesa saber si a estas horas está vivo o muerto mi eterno enemigo! — contestó el Corsario con voz sombría—. ¿Serías capaz de guiarnos?

—Señor, la noche está muy oscura, pero...

—¡Prosigue!

—Podríamos encender algunas ramas gomíferas.

—¿Y atraer sobre nosotros la atención de los indios?

—¡Es verdad, señor!

—Con nuestras brújulas, sin embargo, podríamos orientarnos.

—Señor, es imposible afrontar los cien mil obstáculos que presenta esta selva tan espesa; pero también...

—¡Di, hombre, habla!

—Allí abajo hay *cucuyos* que pueden servirnos. Concédame cinco minutos nada más. ¡Moko, ven conmigo!

Se quitó el casco, y acompañado por el negro se dirigió hacia un grupo de árboles entre los cuales veíanse brillar grandes puntos luminosos de luz verdosa que revoloteaban fantásticamente en la oscuridad.

—¿Qué querrá hacer ese endemoniado catalán? —se preguntó Carmaux, que no acertaba a comprender la idea del español—. ¡*Cucuyos*! ¿Qué serán? ¡Eh, tú, hamburgués; prepara el fusil, no vayan a caer en una emboscada!

—¡Camarada, no tengas cuidado! Miro con gran atención a los dos, y estoy preparado para defenderlos.

Así que llegaron junto a los árboles el catalán comenzó a dar saltos a derecha e izquierda, como si quisiera cazar aquellos puntos luminosos.

Minutos después regresó al campamento, llevando el casco tapado con una mano.

—¡Ahora ya podemos echar a andar, señor! —dijo dirigiéndose al Corsario.

—¿Y cómo? —preguntó este.

El catalán metió la mano en el casco y sacó un insecto que despedía una lindísima luz verde pálida, la cual se extendía hasta cierta distancia.

—Nos ataremos dos de estos *cucuyos* a las piernas, como hacen los indios y, con la luz que despiden podremos ver, no tan sólo las lianas y las raíces que embaracen el camino, sino también las peligrosas serpientes que se oculten entre las hojas. ¿Quién tiene un poco de hilo?

—¡Los marineros siempre lo llevan consigo! —dijo Carmaux—. ¡Yo me encargaré de atar esos *cucuyos*!

—¡Cuida de no apretarlos demasiado!

—¡No temas! Además, hay abundancia de ellos, porque veo muchos en tu capacete.

Ayudado por Wan Stiller, el filibustero cogió delicadamente los *cucuyos* y fue atándolos de dos en dos a las hebillas de los zapatos de sus compañeros, procurando no hacerles daño. Esta operación, no muy fácil, necesitó más de media hora; pero por fin todos quedaron provistos de tan bellos faroles vivientes.

—¡Es una idea ingeniosa! —dijo el Corsario.

—Puesta en práctica por los indios —respondió el catalán—. Ya con estas luces, podemos evitar los peligros que encontremos en el camino.

—¿Estamos ya?

—¡Todos! —contestó Carmaux.

—¡Adelante, y no hagáis ruido!

Se pusieron en marcha uno detrás de otro, yendo a buen paso y con los ojos fijos en el suelo para ver dónde ponían los pies.

Los *cucuyos* hacían su oficio a maravilla, pues con su luz se distinguían, no solamente las lianas y las raíces que serpenteaban por entre los árboles, ofreciendo incesantes peligros sino también los insectos nocturnos.

Aquellas luciérnagas, que son las más hermosas de todas y las mejores, despiden tan viva luz, que se puede leer con ellas a más de treinta centímetros de distancia, pues la potencia de sus órganos luminosos es muy grande.

Cuando son pequeñas, la luz que despiden es azulada; pero al hacerse adultas cambia el color, que se torna verde pálido y de muy bello efecto. Los huevos que depositan las hembras son ligeramente luminosos.

Sobre estos *pyrophorus noctilucus*, como los llaman los naturalistas, se han hecho curiosísimos estudios con objeto de saber cuál es el órgano que produce luz tan viva, y se ha averiguado que consiste en tres placas, situadas dos en la parte anterior del tórax y la otra

en el abdomen, y que la substancia generadora de la luz es una albúmina soluble en el agua que se coagula con el calor.

Aún arrancados al insecto esos órganos, conservan la facultad luminosa durante algún tiempo, y lo mismo secados y pulverizados, a condición de bañarlos con un poco de agua pura.

Los filibusteros proseguían su rápida marcha; metiéndose sin vacilar por entre la manigua, pasando bajo los espesos grupos de lianas, deslizándose por entre las raíces, que formaban inextricables redes, o saltando y dejándose escurrir por los troncos de los árboles tumbados por decrepitud o por los rayos.

Los tiros de fusil habían cesado. Sin embargo, oíanse en lontananza gritos que lanzaban, probablemente, los indios de alguna tribu. Ya cesaban, ya resonaban más agudos, para volver a extinguirse de nuevo.

Parecía como si hubiera terminado una batalla y la tribu acampase en algún oscuro rincón de la floresta, quizás para festejar la victoria, o para reunirse con objeto de celebrar alguno de los monstruosos banquetes a que estaban acostumbrados los indios de Venezuela en aquella época, y especialmente los caribes y arawakos, que devoraban a los prisioneros y a los muertos en el combate.

El catalán avanzaba presuroso, empujado por el deseo de saber qué suerte habían tenido sus compatriotas. Del Gobernador no se preocupaba, aun cuando en el fondo de su corazón no le hubiera disgustado encontrarle muerto o de otro modo peor, asado, por ejemplo; pero en lo tocante a sus camaradas, ya era otra cosa. Así, pues, precipitaba la marcha, con la esperanza de poder llegar a tiempo para socorrerlos, porque temía que hubiese caído alguno en manos de aquellos antropófagos.

Resonaban ya los gritos a corta distancia, cuando Carmaux, que marchaba al lado del catalán, al levantar la vista para evitar unas lianas, tropezó con una masa inerte, y cayó en tierra de tan mala manera, que aplastó los *cucuyos* que llevaba en las hebillas.

—¡Cuerpo de un cañón! —exclamó levantándose a toda prisa—. ¿Qué es eso? ¡Relámpagos! ¡Un muerto!

—¡Un muerto! —exclamaron el catalán y el Corsario inclinándose hacia el suelo.

—¡Miren ustedes!

Entre las hojas secas y las raíces yacía un indio de elevada estatura, con la cabeza adornada con plumas de *ará* y vestido con una camiseta de color azul oscuro. Tenía la cabeza rota por un tajo de espada, y el pecho, agujereado de un balazo. Debían de haberlo matado hacía muy poco tiempo, porque todavía le corría sangre de ambas heridas.

—¡Por lo visto, ha sido aquí el encuentro! —dijo el catalán.

—¡Sí! —afirmó Wan Stiller—. Veo algunas mazas, y clavadas en los troncos de los árboles, multitud de flechas.

—¡Veamos si hay por aquí tendido alguno de mis camaradas! —dijo con cierta emoción el catalán.

—¡Es perder el tiempo! —contestó Carmaux—. Si ha sido herido alguno, a estas horas estarán disponiéndose a condimentarlo.

—Puede haberse escondido algún herido.

—¡Buscad! —dijo el Corsario.

El catalán, el negro y Wan Stiller registraron las matas cercanas llamando en voz baja, sin obtener respuesta. En cambio, hallaron en medio de la maleza otro indio que había recibido dos balazos en dirección del corazón, y cerca, algunas mazas y arcos y un haz de flechas.

Convencidos de que allí no había ser viviente alguno, volvieron a emprender el camino. Se oían muy cerca los gritos de la tribu, y los filibusteros calcularon que con una marcha rápida llegarían al campamento de los antropófagos antes de un cuarto de hora.

Realmente, parecía que los arawakos celebraban una victoria, porque entre los gritos se oían algunas flautas que tocaban aires alegres.

Ya habían atravesado los filibusteros la parte más espesa de la selva cuando, a través de las hojas, vieron una luz vivísima que se reflejaba en las alturas.

—¿Son los indios? —preguntó deteniéndose el Corsario.

—Sí —dijo el catalán.

—¿Están acampados en derredor del fuego?

—Sí. Pero ¿qué será lo que guisan en aquella hoguera? —dijo el catalán muy emocionado.

—¿Algún prisionero quizás?

—¡Mucho lo temo, señor!

—¡Canallas! —murmuró el Corsario, que experimentó un vivo estremecimiento—. ¡Venid, amigos; vamos a ver si Wan Guld ha huido de la muerte, o si ha encontrado aquí el castigo de sus delitos!

CAPÍTULO XXVII

ENTRE FLECHAS Y GARRAS



Al llegar los filibusteros detrás de los árboles que rodeaban el campamento indio, se ofreció a sus ojos una escena aterradora.

Sentados en derredor de una hoguera gigantesca, dos docenas de arawakos esperaban ansiosos el momento de llenarse la panza con un asado que estaba concluyendo de hacerse en un larguísimo asador. Si se hubiera tratado de un enorme trozo de animal salvaje, de un tapir entero o de un jaguar, no se hubieran inquietado los filibusteros; pero aquel asado consistía en dos cadáveres humanos, en dos hombres blancos; probablemente dos españoles de la escolta de Wan Guld.

Ambos desgraciados, allí expuestos a la lumbre para después ser devorados por aquellos abominables salvajes, estaban ya asados, y sus carnes comenzaban a crepitar, despidiendo un olor nauseabundo que hacía dilatarse las narices de los monstruosos comensales.

—¡Rayos del Infierno! —exclamó Carmaux estremeciéndose—. ¡Parece imposible que haya seres humanos que se alimenten con sus semejantes! ¡Puah! ¡Qué asco!

—¿Puedes reconocer a esos dos desgraciados? —preguntó el Corsario al catalán.

—¡Sí, señor! —contestó este con voz ahogada.

—¿Pertencen a la escolta de Wan Guld?

—Sí; son dos soldados. Tengo la seguridad de no equivocarme, aun cuando el fuego les haya quemado las barbas.

—¿Qué me aconsejas que haga?

—Señor... —murmuro el catalán mirándole con ojos suplicantes.

—¿Querías quitárselos a esos monstruos para darles honrosa sepultura?

—Se crearía usted una situación peligrosa, señor. Los arawakos nos darían caza después.

—¡Bah! ¡No les temo a esos salvajes! —dijo el Corsario—. ¡Además, no son más que dos docenas!

—Es probable que esperen a los otros. Me parece imposible que esos solos sean capaces de comerse dos hombres.

—Pues bueno; antes de que lleguen sus compañeros, ya nosotros habremos dado sepultura a tus camaradas. ¡Eh, Carmaux, y tú Wan Stiller, que sois hábiles tiradores; vamos a ver si no falláis los tiros!

—¡Yo tumbaré a aquel gigante que echa hierbas aromáticas sobre el asado! —contestó Carmaux.

—¡Y yo —dijo el hamburgués—, atravesaré la cabeza al que tiene en la mano aquella especie de horquilla, con la cual da vueltas a los cadáveres que se asan!

—¡Fuego! —mandó el Corsario.

Resonaron dos tiros, rompiendo de improviso el silencio que en aquel momento imperaba en el bosque. El indio gigante cayó sobre el asado, y el que blandía la horquilla se desplomó hacia atrás con el cráneo hecho trizas.

Sus compañeros se pusieron en pie precipitadamente, con las mazas y los arcos en la mano; pero estaban tan aturdidos con aquella descarga inesperada y mortal, que por el momento no pensaron en tomar la ofensiva. El catalán y Moko aprovecharon aquel instante para descargar sus arcabuces sobre el grupo.

Al ver caer a otros dos compañeros, los arawakos no quisieron saber más y se dieron a la

fuga sin cuidarse del asado, poniéndose en salvo a escape en medio de la espesura.

Iban los filibusteros a precipitarse tras ellos, cuando en lontananza se oyeron furibundas exclamaciones.

—¡Mil tiburones! —exclamó Carmaux—. ¡Los otros se disponen a volver!

—¡Pronto! —gritó el Corsario—. ¡Arrojad los cadáveres en medio de cualquier mata, si os falta tiempo para sepultarlos! ¡Después pensaremos en eso!

—Los delatará el olor de carne quemada —dijo Wan Stiller.

—¡Haremos lo que se pueda!

El catalán se había lanzado hacia la hoguera, y de un vigoroso tirón volcó el asador, en tanto que Wan Stiller, a fuerza de furibundos puntapiés, dispersaba los tizones.

Por su parte, Moko y Carmaux, habiéndose apoderado de dos mazas, que, como ya se ha dicho, tenían grandes puntas, socavaban un gran agujero en la tierra húmeda y blanda de la floresta, y el Corsario se puso de centinela en la linde de la espesura.

Los gritos de los indios se acercaban rápidamente.

La tribu, que debía de haberse lanzado en persecución de Wan Guld, al oír resonar a sus espaldas aquellos disparos, corrió en socorro de los hombres que quedaban encargados de preparar la monstruosa cena.

El Corsario, que se había adelantado temiendo una sorpresa por parte de los que huyeron, al oír que se quebraban ramas a corta distancia, volvió hacia atrás a toda prisa, y dijo a sus compañeros:

—¡Huyamos o, si no, dentro de cinco minutos tendremos encima a la tribu en pleno!

—¡Esto está hecho, Comandante! —dijo Carmaux, que empujaba con los pies la tierra para concluir de tapar ambos cadáveres.

—¡Señor —dijo el catalán volviéndose hacia el Corsario—, si huimos, nos perseguirán!

—¿Y qué es lo que quieres hacer?

—¡Escondernos allá arriba! —contestó señalándole un árbol enorme que por sí solo formaba un pequeño bosque—. ¡En medio de aquella espesura no nos descubrirán!

—¡Eres listo, compadre! —dijo Carmaux—. ¡Arriba los gavieros!

Precedidos por Moko, el catalán y los filibusteros se dirigían hacia aquel coloso de la flora tropical, ayudándose unos a los otros para encaramarse pronto a las ramas.

Aquel árbol era un *summameira* (eriodendron summauma), uno de los mayores entre los que crecen en los bosques de la Guayana y de Venezuela; tienen multitud de ramas muy largas, nudosas, cubiertas de una corteza blanquecina y de hojas muy espesas. Como a este árbol lo sostiene un gran número de troncos más pequeños formados por raíces adventicias, los filibusteros alcanzaron sin gran dificultad las primeras ramas, y de allí subieron a más de cincuenta metros del suelo. Estaba Carmaux acomodándose en la bifurcación de una rama, cuando vio que oscilaba de un modo bastante violento, como si alguien hubiera ido a refugiarse en el otro extremo.

—¿Eres tú, Wan Stiller? —pregunto—. ¿Quieres hacerme caer? ¡Te advierto que estamos tan altos que si me caigo me rompo los huesos!

—¿Qué es lo que dices? —preguntó el Corsario, que estaba más arriba, casi perpendicularmente a él—. ¡Wan Stiller está delante de mí!

—Entonces, ¿quién es el que mueve la rama y me balancea? ¿Se habrá refugiado aquí arriba algún arawako?

Miró en derredor, y a diez pasos de distancia, en medio de un montón de hojas reunido casi en el extremo de la rama en que él se encontraba, vio brillar los puntos luminosos de color amarillo verdoso.

—¡Por los arenales de Olona, como dice Ñau! —exclamó Carmaux—. ¿En compañía de qué animal estoy yo? ¡Eh, catalán, mira un momento y dime a qué clase de animalito pertenecen esos ojos tan feos que así me miran!

—¡Cómo! —exclamó el español—. ¿Hay alguna alimaña en este árbol?

—¡Sí! —dijo el Corsario—. ¡Me parece que estamos en muy mala compañía!

—¡Y los indios van a llegar de un momento a otro! —agregó Wan Stiller.

—También yo veo un par de ojos —contestó el catalán levantándose—; pero no sé si son de un puma o de un jaguar.

—¡De un jaguar! —exclamó Carmaux estremeciéndose—. ¡No faltaba más sino que se lanzara sobre mí y me hiciese caer encima de los arawakos!

—¡Silencio! —dijo el Corsario—. ¡Ya vienen!

—¿Y ese animal que está tan cerca de mí? —dijo Carmaux que principiaba a inquietarse.

—Quizás no se atreva a acometerte. ¡No te muevas, que van a descubrirnos!

—¡Pues bien; me dejaré devorar, con tal de salvar a usted, Comandante!

—¡No te inquietes, Carmaux! ¡Tengo la espada en la mano!

—¡Chito! ¡Ahí están! —dijo el español.

Los indios llegaban gritando como locos. Serían unos ochenta, o quizás más, todos armados con mazas, arcos y una especie de jabalinas.

Se lanzaron como una bandada de fieras en el espacio descubierto donde concluían de quemarse los tizones que había dispersado Wan Stiller; pero cuando, en lugar de los dos hombres blancos que ya creían asados, vieron los cadáveres de sus compañeros, empezaron a gritar rabiosamente ante tan inesperado descubrimiento.

Vociferaban como endemoniados, y golpeaban con furia el tronco de los árboles con sus formidables mazas, produciendo un ruido tremendo. No sabiendo contra quién emprenderla, lanzaban flechas en todas direcciones, asaeteando la maleza y las grandes hojas de las palmeras, con peligro de los filibusteros, que tan cerca estaban.

Desahogado el primer acceso de cólera, comenzaron a dispersarse para registrar los alrededores, con la esperanza de descubrir a los matadores de sus compañeros y de regalarse con un nuevo asado que compensara el que de modo tan misterioso había desaparecido.

Escondidos entre el follaje del *summameira*, los filibusteros no respiraban, y dejaban que los antropófagos desfogasen la ira. En cambio, los preocupaba el maldito animal que con tan mal acuerdo había ido a buscar un refugio en las ramas del gigantesco árbol; sobre todo Carmaux, que lo tenía tan cerca y que veía brillar entre las hojas, siempre fijos en él, aquellos ojos amarillo verdosos.

Aquel puma, o jaguar, o lo que fuese, no se había movido hasta entonces; pero no había que confiar, pues de un momento a otro podía lanzarse sobre el desgraciado filibustero, llamando de ese modo la atención de los indios.

—¡Condenado animal! —murmuró Carmaux, que se agitaba en la rama—. ¡No me quita los ojos un solo instante! ¡Eh, catalán, dime a qué barriga voy a parar si se decide a saltar sobre mí!

—¡Cállate o nos oirán los indios! —respondió el catalán, que estaba más abajo que él.

—¡También podía haberse ido al demonio el asado humano! ¡Hubiera sido mejor dejar que se lo comiesen en paz esos salvajes! ¡En la sepultura tampoco podrán masticar tabaco ni chuletas! ¡Si después!...

Un crujido que partió de la extremidad de la rama le cortó la palabra. Miró con ojos espantados al animal, y le vio moverse como si comenzara a cansarse de su no muy cómoda posición.

—¡Capitán —murmuró Carmaux—, creo que se dispone a merendarme!

—¡No te muevas! —respondió el Corsario—. ¡Ya te he dicho que tengo la espada en la mano!

—¡Estoy seguro de que no marrará la estocada, pero...!

—¡Chitón! ¡Ahí veo a dos indios rondando debajo de nosotros!

—¡De qué buena gana les tiraré encima este maldito animal!

Miró hacia el extremo de la rama y vio a la fiera erguida, como si se dispusiera a dar un salto.

—¿Irá a marcharse? —pensó respirando—. ¡Ya es hora de que deje ese sitio!

Miró hacia abajo y vio confusamente dos hombres que daban vueltas en derredor del árbol, deteniéndose a registrar las arcadas de raíces que formaban la base del tronco, bajo las cuales podían ocultarse varias personas.

—¡Mal va a concluir esto!

Los dos indios emplearon algunos minutos en la requisa y al cabo se alejaron, metiéndose por entre la maleza. Sus compañeros debían de estar ya lejos porque sus gritos llegaban bastante amortiguados.

El Corsario esperó todavía algunos minutos más y, no oyendo nada, convencido de que los arawakos se habían alejado definitivamente, dijo a Carmaux:

—¡Prueba a sacudir la rama!

—¿Qué quiere usted hacer, Comandante?

—¡Desembarazarte de esa peligrosa compañía!

—¡Eh, Wan Stiller, prepárate para atacarla con el sable!

—¡Aquí estoy yo también, patrón! —dijo Moko, que se había puesto de pie en la rama, cogiendo por el cañón su pesado fusil—. ¡De un buen mazazo echaré abajo a esa bestia!

Tranquilizado Carmaux al ver en derredor tantos defensores, empezó a saltar

violentemente sacudiendo la rama.

El animal lanzó un sordo maullido, y comenzó a soplar como un gato irritado.

—¡Fuerza, Carmaux! —dijo el catalán—. ¡Si no se mueve, eso indica que te tiene miedo!
¡Sacude fuertemente, y échalo abajo!

El filibustero se cogió a una rama alta, y redobló los saltos. El animal refugiado en el otro extremo oscilaba a derecha e izquierda, manifestando por medio de maullidos y resoplidos cada vez más fuertes el poco gusto que le producía aquella danza de nuevo género.

Se le veía afianzarse con las garras a la rama buscando un nuevo punto de apoyo, y dilatarse sus ojos por el miedo.

De pronto, temiendo acaso dar una caída, tomó un partido desesperado. Se recogió sobre sí mismo, y saltó a otra rama que tenía debajo pasando por encima de la cabeza del catalán y tratando de buscar el tronco para lanzarse desde él al suelo.

Al verle pasar, el africano le descargó con la culata del fusil un golpe, que lo cogió de lleno haciéndolo caer sin vida.

—¿Muerto? —preguntó Carmaux.

—¡Ni tiempo ha tenido para lanzar un maullido! —contestó Moko riendo.

—¿Era un jaguar? Me pareció demasiado pequeño para ser uno de esos sanguinarios animales.

—¡Has tenido miedo de nada! —dijo el africano—. ¡Bastaba con un leñazo para aturdirle!

—Un *maracaya*.

—¡Sigo sin saber lo que es eso!

—Un animal que se parece al jaguar, pero no es más que un gato grande —dijo el catalán.

—Es un perseguidor de monos y de pájaros, que no se atreve a atacar a los hombres.

—¡Ah! ¡Bergante! —exclamó Carmaux—. ¡Si lo hubiera sabido antes, le hubiera cogido por el rabo; pero me vengaré del miedo que me ha hecho pasar! ¡Después de todo, los gatos bien asados no saben mal!

—¡Oh! ¿Comes gatos? ¡Qué asco!

—¡Te los haré probar, catalán de mi corazón, y veremos entonces si les haces ascos!

—Puede ser que no; tanto más, cuanto que estamos escasos de víveres, y la selva que tenemos que atravesar es muy pobre de caza.

—¿Por qué? —preguntó el Corsario.

—Es la selva palúdica, señor, la más difícil de atravesar.

—¿Es grande?

—Llega hasta Gibraltar.

—¿Tardaremos mucho en atravesarla? No quisiera llegar a Gibraltar después que el Olonés.

—Creo que podremos recorrerla en tres o cuatro días.

—¡Llegaremos a tiempo! —dijo el Corsario, como hablando consigo mismo—. ¡Creo que sería una imprudencia ponernos ahora en camino!

—Todavía no se han alejado bastante los indios, señor. Yo le aconsejo que pase la noche en este árbol.

—Pero entretanto se aleja Wan Guld.

—Le alcanzaremos en la selva palúdica, señor; estoy seguro de ello.

—Tengo miedo de que pueda llegar a Gibraltar antes que yo, y que se me escape por segunda vez.

—También estaré yo en Gibraltar, señor y no pienso perderle de vista. ¡No he olvidado los veinticinco palos que mandó darme!

—¿Tú en Gibraltar? ¿Qué quieres decir?

—Que yo entraré antes que ustedes, y que por eso le vigilaré.

—¿Y por qué vas a entrar antes que nosotros?

—¡Señor, yo soy español! —dijo el catalán gravemente.

—Prosigue.

—Y espero que usted me permitirá hacerme matar al lado de mis camaradas; porque supongo que no ha de obligarme a batirme en las filas de usted contra la bandera de España.

—¡Ah! ¿Tú quieres defender a Gibraltar?

—Tomar parte en su defensa, Comandante.

—¿Tienes prisa por abandonar este mundo? ¡Los españoles de Gibraltar van a morir todos!

—¡Pues bien; aunque así sea, morirán con las armas en la mano en derredor de la gloriosa bandera de la patria lejana! —dijo el catalán conmovido.

—¡Es verdad! ¡Eres un valiente! —contestó el Corsario suspirando—. Sí; irás antes que nosotros a luchar al lado de tus camaradas. Wan Guld es un flamenco; pero Gibraltar es una plaza española.

CAPÍTULO XXVIII

LOS VAMPIROS



a noche transcurrió tranquila, tanto que los filibusteros pudieron dormir plácidamente algunas horas tumbados en las bifurcaciones de las enormes ramas del *summameira*.

No hubo más que una pequeña alarma, causada por el paso de un pequeño pelotón de arawakos que debían de formar la retaguardia de la tribu; pero ni siquiera se hicieron cargo de la presencia de los filibusteros, y siguieron su marcha hacia el Norte.

Apenas despuntó el Sol, el Corsario, después de haber estado escuchando largo rato, tranquilizado por el profundo silencio que reinaba en la floresta, dio orden de descender para reanudar el camino.

Lo primero que hizo Carmaux apenas puso el pie en tierra fue dedicarse a buscar el *maracaya* que tan mal cuarto de hora le había hecho pasar entre las ramas del gigantesco árbol. Lo encontró cerca de una mata de maleza, descoyuntado por la caída y por el golpe que le dio Moko con la culata de su arcabuz.

Era un animal muy parecido a los jaguares por el pelo, y aún por la forma, pero de cabeza mucho más pequeña, de cola muy corta, y que mediría escasamente unos ochenta centímetros de longitud.

—¡Canalla! —exclamó cogiéndole por la cola y echándole al hombro—. ¡Si hubiera sabido antes que eras tan pequeño, te hubiera dado tal puntapié, que te hubiese hecho ir por los aires! Pero ¡bah!, me vengaré asándole y comiéndomelo.

—¡Apresurémonos! —dijo el Corsario—. ¡Esos salvajes nos han hecho perder demasiado tiempo!

El catalán consultó la brújula, y en seguida se puso en marcha abriéndose paso por entre las lianas, las raíces y la maleza.

La floresta seguía siendo muy espesa, compuesta en su mayor parte por palmeras *miritas*, cuyo enorme tronco estaba erizado de agudas espinas que desgarraban las ropas de los filibusteros y de *cecropias*, por otro nombre árbol *candelabro*.

De cuando en cuando se veía también alguna que otra magnífica *manicaria*, de hojas rígidas como si fuesen de zinc y de una longitud de diez y aun de once metros, apretadas, rectas y dentelladas como una sierra, y *pupumbes*, otro género de palmeras que producen racimos de excelente fruta.

En cambio, escaseaban los pájaros, y no se veía ni un mono para un remedio. Cuando más, lograba atisbarse alguna pareja de papagayos de plumas de varios colores, o algún tucán solitario, de pico rojo y amarillo, cubierto el pecho con una lanilla muy fina de color rojo de fuego, o se oía el pito de un *tonagra*, lindo pájaro de plumas azules y con el vientre anaranjado.

Al cabo de tres horas de marcha forzada sin haber encontrado rastro de hombres, vieron los filibusteros que la selva comenzaba a cambiar de aspecto. Las palmeras, que eran de menor número, dejaban el puesto a las panzudas *ariartras*, plantas que gustan del agua, a bosquecillos de madera de cañón; a *bombas*, árboles de madera porosa, blanda y blanca, que semejan un queso, por lo cual se les conoce con el nombre de queseros; a grupos de otros arbustos que producen frutas jugosas que saben a trementina, o a grandes grupos de orquídeas y de otras varias plantas, como las aroídeas, cuyas raíces aéreas caen

perpendicularmente, y a matas de soberbias bromelias, con las ramas cargadas de flores de color de la escarlata.

El terreno, enjuto hasta entonces, se impregnaba rápidamente de agua, y el aire se saturaba de humedad. La selva seca se convertía en húmeda, haciéndose más peligrosa, porque bajo aquellas plantas se oculta la fiebre de los bosques; fiebre fatal aún para los mismos indios que llevan largos años de aclimatación.

Un profundo silencio reinaba bajo aquellos árboles, como si tanta humedad hubiese puesto en fuga a aves y cuadrúpedos. No se oía ni el grito de un mono, ni el canto de un pájaro, ni el rugido de un puma, ni el maullido de un jaguar.

Tenía algo de triste aquel silencio, algo de pavoroso, que producía extraña impresión en los ánimos fuertes de los filibusteros de las Tortugas.

—¡Por mil tiburones! —exclamó Carmaux—. ¡No parece sino que vamos atravesando un inmenso cementerio!

—¡Pero un cementerio lagunoso! —añadió Wan Stiller—. ¡Siento que esta humedad me penetra hasta los huesos!

—¿Será el principio de un ataque de fiebre palúdica?

—¡No nos faltaría otra cosa! —dijo el catalán—. ¡A quien le dé, no sale vivo de esta selva!

—¡Bah! ¡Tengo duro el pellejo! —contestó el hamburgués—. ¡Ya me han acosado las marismas de Yucatán, y tú sabes que producen la fiebre amarilla! ¡No es la fiebre la que me da miedo, sino la falta de caza!

—Especialmente ahora, que estamos tan escasos de víveres —añadió el africano.

—¡Eh, compadre *Saco de carbón*! —exclamó Carmaux—. ¿Te has olvidado de mi gato? ¡Pues abulta bastante!

—¡Durará poco, compadre! —contestó el negro—. Si no lo comemos hoy, mañana esta humedad caliente le habrá puesto en un estado tal de putrefacción, que habrá que tirarlo.

—¡Bah! ¡Ya encontraremos otra cosa que poner entre los dientes!

—¡No conoces estas selvas húmedas!

—Mataremos pájaros.

—¡No los hay!

—Cuadrúpedos.

—¡Tampoco!

—Buscaremos fruta.

—¡Todos estos árboles carecen de ella!

—¡Hombre, por lo menos, algún caimán ya ha de haber!

—Aquí no hay lagunas. No verás más que serpientes.

—¡Nos las comeremos!

—¡Vamos! ¡Compadre!

—¡Por mil tiburones! ¡A falta de otra cosa las asaremos, y las haremos pasar por anguilas!

—¡Puah!

—¡Oh; el negro quisquilloso! —exclamó Carmaux—. ¡Ya veremos en cuanto tengas hambre!

Charlando de este modo continuaban marchando a buen paso a través de aquellos terrenos humedísimos, sobre los cuales se alzaba con frecuencia una neblina cargada de peligrosos miasmas.

El calor era intenso, aún bajo los árboles; pero era un calor enervante, que hacía sudar prodigiosamente a los filibusteros. Sudaban por todos los poros, empapándoseles las ropas y estropeándoseles las armas; tanto, que Carmaux no se atrevía a contar con la carga de su fusil para el caso de tener que disparar.

Les cortaban con frecuencia el camino grandes estanques llenos de una agua negra y apesosa y casi cubiertos de plantas acuáticas; a veces se veían obligados a detenerse ante algún *igarapé* (así llaman a los canales naturales que se comunican con algún río), y perdían mucho tiempo en buscar el vado, pues no se fiaban de aquellas arenas traidoras, que podían sepultarlos.

En aquellas orillas, si faltaban pájaros, abundaban los reptiles, que esperaban a la noche para ponerse a la caza de ranas. Veíanse enroscadas bajo la maleza o extendidas en medio de las hojas, calentándose al sol, las venenosísimas *jaracarás*, de cabeza pequeña y aplastada; las *canianas*, voraces bebedoras de leche, que suelen introducirse en las cabañas para chupar los pechos a las indias que están criando; y no pocas serpientes *coral*, que producen la muerte en el acto, y contra cuya mordedura no se conoce remedio, siendo

impotente hasta la infusión de cierta hierba que casi siempre es muy eficaz contra el veneno de los demás reptiles.

Los filibusteros, sin excluir a Carmaux, que experimentaba una invencible repugnancia hacia tan feos reptiles, se guardaban muy bien de incomodarlas y miraban dónde ponían los pies, para evitar alguna mordedura mortal.

A eso del mediodía, cansados de aquella larga caminata, se detuvieron sin haber encontrado traza alguna de Wan Guld y de su escolta.

Como no tenían más que algunas libras de bizcocho, decidieron asar al maracaya, y aun cuando era bastante coriáceo y olía a montaraz, bien o mal, se lo fueron comiendo. Carmaux, sin embargo, lo disputó como excelente, contra el parecer de todos, y se dio un atracón.

A las tres, y habiendo aflojado un poco el calor infernal que reinaba en la floresta, se pusieron en marcha a través de la espesura, que se hallaba infestada de esos bichos llamados *zanzaras*, los cuales se arrojaban con verdadero furor sobre los filibusteros.

En medio de aquellas aguas estancadas, llenas de plantas acuáticas de amarillentas hojas, que se corrompían bajo los rayos de fuego del Sol, exhalaban olores insufribles, se veía surgir a veces la cabeza de alguna serpiente de agua, o aparecer, para en seguida volver a sumergirse las tortugas llamadas *caretos*, que tienen la concha de color oscuro y salpicada de manchas rojizas de forma irregular.

Las aves acuáticas seguían ausentes, cual si no pudieran soportar aquellas peligrosas emanaciones.

Hundiéndose a veces en terrenos pantanosos, pasando por encima de árboles caídos, abriéndose paso a través de bosquecillos de madera de cañón que servían de refugio a nubes de *zanzaras*, los filibusteros guiados por el infatigable catalán, marchaban impulsados por el deseo de atravesar pronto la selva.

Deteníanse con frecuencia para ponerse a escuchar, con la esperanza de oír algún rumor que les indicara la cercanía de Wan Guld y de su escolta; pero siempre con resultado negativo. Un silencio profundo reinaba bajo aquellos árboles y en medio de los bosquecillos.

Sin embargo, al caer de la tarde hicieron un descubrimiento que, si en parte los entristeció, desde otro punto de vista les produjo cierta satisfacción, pues era una prueba de que seguían la pista de los fugitivos.

Iban buscando un sitio a propósito para acampar, cuando vieron que el africano, que se había alejado un poco con la esperanza de encontrar alguna fruta, volvía apresuradamente y desfavorido.

—¿Qué hay, compadre *Saco de carbón*? —preguntó Carmaux montando precipitadamente el fusil—. ¿Te sigue algún jaguar?

—¡No; pero allí hay un muerto... un blanco! —contestó el negro.

—¡Un blanco! —exclamó el Corsario—. ¿Un español, quieres decir?

—¡Sí, patrón! ¡He caído encima de él, y le he sentido tan frío como una serpiente!

—¿Será ese canalla de Wan Guld? —dijo Carmaux.

—¡Vamos a ver! —dijo el Corsario—. ¡Guíanos, Moko!

El africano se metió por en medio de una espesura de *calupos*, plantas que dan una fruta que cortada en pedazos suministra una bebida refrescante, y al cabo de unos veinte o treinta pasos se detuvo al pie de un *simaruba*, el cual se erguía solitario con un cargamento de flores.

No sin un estremecimiento de horror, vieron los filibusteros un hombre tendido de espaldas, con los brazos apretados sobre el pecho, las piernas medio desnudas, y los pies ya medio roídos por alguna serpiente o por las hormigas.

Tenía el rostro del color de la cera amarilla, empapado en la sangre que le había salido de una pequeña herida abierta cerca del temporal derecho; la barba, larga y rizada, y los labios, tan contraídos, que dejaban los dientes al descubierto. Le habían desaparecido los ojos, y en su lugar solamente veíanse dos sangrientos agujeros.

Nadie podía equivocarse acerca de su personalidad, porque tenía puesto un peto de cuero de Córdoba con arabescos, vestía calzones cortos rayados, a la moda española, y un poco separados, estaban sobre la hierba un yelmo de acero adornado con una pluma blanca, y una espada.

El catalán, que parecía hallarse muy emocionado, se inclinó sobre aquel desgraciado; pero en seguida se irguió exclamando:

—¡Pedro Herrera! ¡Pobre hombre! ¡En qué estado te encuentro!

—¿Era alguno de los que iban con Wan Guld?

—Sí, señor; era un soldado valiente y un buen compañero.

—¿Le habrán matado los indios?

—Herido, sí, porque le veo un agujero en el costado derecho, del cual todavía gotea alguna sangre; pero su asesino ha sido un vampiro.

—¿Qué quieres decir?

—Que este pobre soldado ha sido desangrado por un voraz vampiro. ¿No ve usted esa señal que tiene cerca del temporal, y de la que ha manado tanta sangre?

—Sí; la veo.

—Pues es probable que haya sido abandonado Pedro Herrera por sus compañeros por causa de la herida, que le impedía seguirlos en su precipitada fuga, y un vampiro, aprovechándose de su cansancio o de su desvanecimiento, le ha desangrado.

—Entonces, ¿Wan Guld ha pasado por aquí?

—Esto es una prueba.

—¿Cuánto tiempo crees que hará que ha muerto este soldado?

—Quizá haya muerto esta mañana. Si hubiera muerto ayer noche, ya le habrían devorado por completo las hormigas.

—¡Ah! ¡Están cerca! —exclamó el Corsario con voz sorda—. ¡Nos pondremos en camino a media noche, y mañana tú habrás restituido los veinticinco palos, y yo habré libertado a la Humanidad de ese traidor infame y vengado a mis hermanos!

—Eso espero, señor.

—¡Procurad descansar lo mejor que podáis, porque ya no nos detendremos hasta que hayamos alcanzado a Wan Guld!

—¡Diablo! —murmuró Carmaux—. ¡El Comandante va a hacernos trotar como caballos!

—¡Amigo, tiene prisa de vengarse! —dijo Wan Stiller.

—¡Y también de volver a ver su *Rayo*!

—¡Y a la joven duquesa!

—Es probable, Wan Stiller.

—¡Durmamos, Carmaux!

—¡Dormir! ¿No has oído al catalán hablar de unos pájaros que desangran a la gente? ¡Rayos! ¿Y si a media noche nos encontramos todos desangrados? ¡Pensando en esto, yo no puedo dormir tranquilo!

—¡El catalán ha querido burlarse de nosotros, Carmaux!

—No, Wan Stiller. También yo he oído hablar de los vampiros.

—¿Qué son esos vampiros?

—Según dicen, unos pajarracos muy feos. ¡Eh, catalán! ¿Ves algo por el aire?

—Sí; las estrellas —contestó el español.

—Te pregunto que si ves vampiros.

—Es muy pronto todavía. Solamente salen de sus escondrijos cuando oyen dormir y roncar a los hombres y a los animales.

—¿Qué clase de animales son? —preguntó Wan Stiller.

—Son unos murciélagos grandes que tienen el hocico largo y saliente, grandes orejas, piel muy suave, de color rojo oscuro por el lomo y amarillo oscuro en el vientre, y alas que miden cerca de pie y medio.

—¿Y es cierto que chupan la sangre?

—Y lo hacen con tal delicadeza, que no lo sentirías, pues tienen una especie de trompa tan fina, que perfora la piel sin producir dolor alguno.

—¿Los habrá en este sitio?

—Es probable.

—¿Y si vienen a nosotros?

—¡Bah! ¡En una sola noche no pueden desangrarnos! Además, todo se reducirá a una sangría más útil que dañosa en estos climas. Es verdad que las heridas que producen tardan mucho en curarse.

—Pues tu amigo se ha ido al otro mundo con una de esas sangrías —dijo Carmaux.

—¡A saber cuánta sangre habría perdido ya por las heridas! ¡Buenas noches, caballeros! ¡A media noche nos pondremos en marcha otra vez!

Carmaux se dejó caer en medio de las hierbas; pero antes de cerrar los ojos estuvo mirando atentamente por entre las ramas del simaruba, para asegurarse de que allí no se escondía ninguno de aquellos voraces chupadores de sangre.

CAPÍTULO XXIX

LA FUGA DEL TRAIADOR



penas surgió la Luna por encima de los árboles de la floresta, ya el Corsario se había puesto de pie, en disposición de emprender de nuevo la obstinada persecución de Wan Guld y su escolta.

Sacudió al catalán, al negro y a los dos filibusteros, y se puso en marcha sin haber dicho ni una sola palabra, pero con paso tan rápido, que sus compañeros apenas podían seguirle.

Parecía que, en efecto, estaba decidido a no detenerse hasta haber alcanzado a su mortal enemigo; pero muy pronto nuevos obstáculos le obligaron a buscar paso, y no tan sólo a aminorar la velocidad de la marcha, sino también a detenerse.

Lagunas y charcas que recogen todas las aguas provenientes de la selva, terrenos pantanosos, breñales espesísimos y riachuelos, todo esto que encontraban a cada instante los obligaba a dar rodeos en busca de sitio por donde pasar, ya fueran sendas, ya vados, o bien a derribar arbustos para improvisar puentes.

Sus hombres hacían esfuerzos sobrehumanos para ayudarle; pero comenzaban a sentirse exhaustos por tan larga y penosa caminata, que ya duraba diez días, por las noches de insomnio y por lo escaso de la alimentación.

Al amanecer ya no pudieron más y se vieron en la precisión de rogarle que les concediese un poco de reposo, pues les era imposible tenerse en pie, además de estar hambrientos. Los bizcochos se habían concluido, y el gato de Carmaux había sido digerido hacía quince horas.

Se pusieron en busca de caza y de árboles frutales; pero aquella selva palúdica no tenía trazas de poder proporcionarles una cosa ni otra. No se oía el charloteo de los papagayos ni los gritos de los monos, ni se veía árbol alguno que tuviese fruta comestible.

Sin embargo, el catalán, que juntamente con Moko se había dirigido hacia una marisma cercana, fue tan afortunado (no sin haber recibido crueles mordeduras), que pudo coger una *praira*, pescado que abunda mucho en las aguas muertas, que tiene la boca armada de agudísimos dientes, y el lomo negro; y por su parte Moko se apoderó de un *cascudo*, otro pez también, como de un pie de longitud, defendido por durísimas escamas, negras por arriba y rojizas por debajo.

Aquella comida ligera, absolutamente insuficiente para saciar a todos, la engulleron en seguida, y después de algunas horas de sueño volvieron a caminar a través de la tristísima floresta, que parecía no tener fin.

Procuraban no apartarse de la dirección del Sudeste, en busca de la extremidad del lago de Maracaibo, pues allí se hallaba la fuerte ciudadela de Gibraltar; pero continuamente tenían que desviarse a causa de las continuas charcas que encontraban y de los terrenos fangosos.

Prolongaron esta segunda caminata hasta el mediodía, sin haber vuelto a descubrir el rastro de los fugitivos ni oír detonación ni grito alguno. Hacia las cuatro de la tarde, y después de reposar un par de horas, descubrieron en las orillas de un riachuelo los restos de una hoguera, cuyas cenizas todavía estaban calientes.

¿La habría encendido algún cazador indio, o los fugitivos? Era imposible saberlo, porque allí el terreno era muy seco y estaba cubierto de hojas. A pesar de eso, tal descubrimiento

los reanimó, convenciéndolos de que en aquel sitio se había detenido Wan Guld.

La noche los sorprendió sin haber visto ninguna otra cosa más. Sin embargo, instintivamente comprendían que los fugitivos no debían de encontrarse lejos.

Los pobres hombres se vieron aquella noche en la precisión de acostarse sin cenar, pues no dieron con nada que pudiera comerse.

—¡Ventre de un tiburón! —exclamó Carmaux, que procuraba engañar el hambre masticando algunas hojas de sabor azucarado—. ¡Si esto continúa así, vamos a llegar a Gibraltar en tal estado, que será preciso que nos metan en seguida en un hospital!

Fue aquella noche la más mala de todas las que pasaron en medio de los bosques de Maracaibo. A los sufrimientos del hambre se agregó la tortura de los picotazos de enormes enjambres de *zanzaras* feroces, que no les permitieron pegar ojo.

Cuando a eso del mediodía siguiente volvieron a ponerse en marcha, estaban más cansados que la noche anterior. Carmaux declaraba que no podría resistir dos horas más si, por lo menos, no encontraba un gato silvestre para asarlo o media docena de sapos, Wan Stiller prefería una cazuela de papagayos o un mono; pero nada de esto se veía en aquella selva maldita.

Hacía cuatro horas que caminaban, mejor dicho, que se arrastraban, siguiendo al Corsario, el cual iba siempre a toda prisa, como si poseyera un vigor sobrehumano, cuando oyeron un disparo a corta distancia.

El Corsario se detuvo en el acto lanzando un grito.

—¡Por fin! —exclamó desenvainando la espada.

—¡Truenos de Hamburgo! —gritó Wan Stiller—. ¡Parece que esta vez están cerca!

—Supongo que ya no se nos escapan —contestó Carmaux—. ¡Los ataremos de tal manera que no nos hagan correr otra semana!

—Ese tiro lo han disparado a media milla de nosotros —dijo el catalán.

—¡Sí! —respondió el Corsario—. ¡Dentro de un cuarto de hora, espero tener en mi poder al asesino de mis hermanos!

—¿Quiere usted que le dé un consejo, señor? —dijo el catalán.

—¡Habla!

—¡Tendámosles una emboscada!

—¿Cómo?

—Esperándolos entre una espesura, para obligarlos a rendirse sin empeñar una lucha sangrienta. Deben de ser siete u ocho, y nosotros no somos más que cinco, y estamos completamente exhaustos de fuerzas.

—Seguramente que no estarán más descansados que nosotros; sin embargo, acepto tu consejo. Caeremos de improviso sobre ellos, de modo que no tengan tiempo para ponerse a la defensiva. ¡Preparad las armas, y seguidme sin hacer ruido!

Cambiaron la carga de los fusiles y de las pistolas para que no fallasen los tiros en el caso de que se vieran en la necesidad de luchar, y en seguida se deslizaron por entre las raíces y las lianas, procurando no hacer crujir las hojas secas ni romper las ramas.

La selva palúdica había concluido. Comenzaban de nuevo los árboles añosos, los bombas, *arcaabas*, palmeras de todas especies, *siniambas*, *jupatías*, *bussus* y tantos otros magníficos, adornados con hojas de grandes dimensiones y cargados de flores y de frutos, algunos de ellos deliciosos.

Los pájaros principiaban también a dejarse ver, sobre todo los papagayos, los *canindes* y los tucanes, y de trecho en trecho se oían los formidables gritos de alguna bandada de monos aulladores que hacían andar a Carmaux con los ojos encandilados, pues en medio de tal abundancia de caza no podía aprovecharse de ella.

El Corsario le había prohibido severamente disparar un tiro, con objeto de no poner sobre aviso al Gobernador y a su escolta.

—¡Después me desquitaré —se decía— y mataré tantas fieras, que estaré comiendo doce horas seguidas!

Quien no parecía haberse dado cuenta de aquel cambio era el Corsario; tan preocupado iba con su venganza. Se deslizaba como una serpiente, saltaba por encima de los obstáculos como un tigre y sin apartar los ojos de la lejanía, para ver tan pronto como apareciera a su mortal enemigo.

Ni aún se volvía para enterarse de si le seguían sus compañeros, como si tuviera el propósito de empeñar la lucha y de vencer él solo a toda la escolta del traidor.

No producía el menor ruido. Pasaba sobre las capas de hojas sin hacerlas crujir, separaba las lianas sin moverlas y se deslizaba como un reptil por entre las raíces; ni las largas

fatigas ni las privaciones habían quebrantado aquel maravilloso organismo.

De pronto se detuvo, con la mano izquierda armada de una pistola, y terciada hacia adelante y la espada en alto, como si se dispusiera a arrojarla con ímpetu sobre alguien.

En medio de un bosquecillo de *calupus* se oían dos voces.

—¡Diego! —decía una voz amortiguada y como si fuera a extinguirse—. ¡Otro sorbo de agua; uno solo, antes de que cierre los ojos!

—¡No puedo! —contestaba otra voz ronca—. ¡Pedro, no puedo!

—¿Y esos están lejos? —proseguía la primera.

—¡Para nosotros todo ha concluido, Pedro! ¡Aquellos perros de indios me hirieron de muerte!

—¡Y yo con esta fiebre que me mata!

—¡Cuando vuelvan ya no me encontrarán!

—El lago está cerca y el indio sabe dónde hay una barca. ¡Ah! ¿Quién vive?

El Corsario Negro se había lanzado en medio de la espesura con la espada en alto y dispuesto a herir.

Dos soldados, pálidos, deshechos y cubiertos de harapos, estaban tendidos al pie de un gran árbol. Al ver aparecer a aquel hombre armado se levantaron sobre las rodillas, haciendo un supremo esfuerzo, e intentaron coger los arcabuces que estaban a algunos pasos de ellos; pero en seguida volvieron a desplomarse, como si de improviso les hubieran faltado las fuerzas.

—¡El que se mueva es hombre muerto! —gritó el Corsario con voz amenazadora.

Uno de los soldados había vuelto a incorporarse y dijo con forzada sonrisa:

—¡Caballero! ¿Mataría usted a dos moribundos?

El catalán, seguido por el africano y los filibusteros, se había lanzado también en medio del bosque en aquel instante.

Dos gritos se le escaparon:

—¡Pedro!... ¡Diego!... ¡Mis pobres camaradas!...

—¡El catalán! —exclamaron ambos soldados.

—¡Soy yo, amigos, y...!

—¡Silencio! —dijo el Corsario—. Decidme: ¿dónde está Wan Guld?

—¿El Gobernador? —preguntó el que se llamaba Pedro—. Hace dos horas que se ha marchado.

—¿Sólo?

—Con un indio que nos ha servido de guía, y dos oficiales.

—¿Estará muy lejos ya? ¡Habla, si no queréis que os mate!

—No deben haber podido andar mucho.

—¿Le esperan en la villa del lago?

—No; pero el indio sabe dónde hay una barca.

—¡Amigos! —dijo el Corsario—, es preciso ponerse en marcha en seguida, o si no, se nos escapa Wan Guld.

—Señor —dijo el catalán—, ¿quiere usted que abandone a mis camaradas? El lago está ya cerca y, por lo tanto, mi misión ha terminado. ¡Por no abandonar a estos infelices, renuncio a mi venganza!

—¡Te comprendo! —contestó el Corsario—. Puedes hacer lo que quieras; pero me parece que serán inútiles tus socorros.

—¡Quizás pueda salvarlos, señor!

—Dejo contigo a Moko. Yo y mis dos filibusteros nos bastamos para dar caza a Wan Guld.

—Señor, le prometo que volveremos a vernos en Gibraltar.

—¿Tus camaradas tienen víveres?

—Algunos bizcochos, señor —contestaron ambos soldados.

—¡Basta con eso! —dijo Carmaux.

—¡Y leche! —añadió el catalán, que había echado una mirada al árbol bajo el cual yacían los dos españoles de la escolta.

—¡Por el momento, no pido más! —contestó Carmaux.

El catalán hizo una profunda incisión con la navaja en el tronco del árbol, que no era realmente el árbol de la leche sino un *masarandula*, especie semejante y que destila una linfa blanca, densa y muy nutritiva, que tiene el sabor de la leche, pero de la que no se puede abusar, porque a menudo produce trastornos.

Llenó los frascos de los filibusteros, les dio algunos bizcochos y les dijo:

—¡Márchense, caballeros, porque, si no, volverá a escapárseles Wan Guld! ¡Espero que

nos veremos en Gibraltar!

—¡Adiós! —contestó el Corsario poniéndose en marcha—. ¡Allí te espero!

Wan Stiller y Carmaux, que se habían reconfortado un poco vaciando la mitad de los frascos y devorado apresuradamente algunos bizcochos, se lanzaron detrás de él haciendo un llamamiento a todas sus fuerzas para no quedarse atrás.

El Corsario se apresuraba para ganar las tres horas de ventaja que le llevaban los fugitivos y también para llegar a la orilla antes que se hiciese de noche. Eran ya las cinco y, por tanto, restábalas muy poco tiempo.

Por suerte, se aclaraba el bosque cada vez más.

Los árboles no estaban ya entrelazados por las lianas, sino formando grupos aislados, por lo cual podían los filibusteros marchar con desembarazo, sin verse en la necesidad de tener que perder el tiempo en abrirse paso por entre los vegetales.

Se adivinaba la cercanía del lago: el aire era más fresco y estaba saturado de emanaciones salinas y se veían algunas parejas de *bernáculos*, pájaros acuáticos muy abundantes en las orillas del golfo de Maracaibo.

Temeroso de llegar tarde para alcanzar a los fugitivos, el Corsario apresuraba cada vez más el paso. No andaba; corría, sometiendo a dura prueba a las piernas de Carmaux y de Wan Stiller.

A las siete, en el momento en que el Sol iba a ponerse, viendo que se quedaban atrás sus compañeros, les concedió un descanso de un cuarto de hora, durante el cual concluyeron de vaciar los frascos y de comerse los bizcochos.

Pero el Corsario no estaba quieto: mientras Wan Stiller y Carmaux descansaban se alejó hacia el Sur, en la creencia de que quizás oiría en aquella dirección algún disparo o algún rumor que le indicase la cercanía del traidor.

—¡Marchemos, amigos; otro esfuerzo más, y al fin, caerá Wan Guld en mis manos! —dijo apenas volvió—. ¡Mañana podréis descansar a vuestro gusto!

—¡Vamos! —dijo Carmaux levantándose con gran trabajo—. ¡Ya deben de estar cerca las orillas del lago!

Volvieron a ponerse en movimiento, metiéndose por entre los bosquecillos. Las sombras de la noche empezaron a descender, y de la parte más espesa de la floresta llegaba hasta ellos alguno que otro aullido de fieras.

Hacía como unos veinte minutos que caminaban anhelosos, pues todos estaban rendidos ya, cuando delante de ellos oyeron sordos mugidos que parecían producidos por olas que rompían en la orilla. Casi al mismo instante, y por entre los árboles, vieron brillar una luz.

—¡El golfo! —exclamó Carmaux.

—¡Aquella hoguera señala el campamento de los fugitivos! —rugió el Corsario—. ¡En manos las armas, marineros! ¡El asesino de mis hermanos ya es mío!

Corrieron hacia la hoguera, que parecía arder en la linde del bosque. El Corsario cayó en medio del espacio iluminado con la formidable espada empuñada y dispuesto a matar; pero en lugar de acometer se detuvo, y un aullido de rabia brotó de sus labios.

No había nadie en derredor del fuego. Veíanse señales de que los fugitivos habían hecho alto allí, pues hallaron los restos de un mono asado, pedazos de bizcocho y un frasco roto; pero los que habían acampado ya no estaban.

—¡Rayos del Infierno! ¡Llegamos demasiado tarde! —gritó el Corsario dando una voz terrible.

—¡No, señor! —gritó a su vez Carmaux, que le había alcanzado—. ¡Quizás estén todavía al alcance de nuestras balas! ¡Allí! ¡Allí! ¡En la playa!

El Corsario volvió los ojos hacia aquella parte. A doscientos metros de distancia concluía el bosque y se extendía una playa baja, sobre la cual rodaban rumorosas las ondas del lago.

A los últimos resplandores del crepúsculo Carmaux vio que una canoa india tomaba el lago apresuradamente, doblando hacia el Sur en dirección de Gibraltar.

Los tres filibusteros se precipitaron a la playa, montando rápidamente los fusiles.

—¡Wan Guld! —gritó el Corsario—. ¡Detente, o eres un cobarde!

Uno de los cuatro hombres que tripulaban la canoa se levantó y disparó un arma de fuego.

El Corsario pudo oír el silbido de una bala, que fue a perderse entre las ramas de los árboles más cercanos.

—¡Ah, traidor! —bramó el Corsario en el colmo de la rabia—. ¡Fuego sobre ellos!

Carmaux y Wan Stiller, que se habían arrodillado en la arena, asestaron los fusiles, y un momento después retumbaron dos detonaciones.

Resonó un grito en el espacio y se vio que alguien caía; pero, en lugar de detenerse, la canoa se alejó con más velocidad; se dirigió hacia la costa meridional del lago, y fundióse en las tinieblas, que descendían con la rapidez propia del crepúsculo en las regiones ecuatoriales.

Ebrio de furor, el Corsario iba a lanzarse a la carrera a lo largo de la playa esperando encontrar una canoa, cuando le detuvo Carmaux, diciéndole:

—¡Mire usted, Capitán!

—¿Qué quieres? —preguntó el Corsario.

—¡Allí hay otra canoa en la arena de la playa!

—¡Ah! ¡Wan Guld es mío! —exclamó el caballero.

A los veinte pasos de ellos y dentro de una pequeña ensenada que dejó en seco la baja mar, había una de esas canoas indias construidas con el tronco de un cedro; esas chalupas, que a primera vista parecían pesadas, bien dirigidas desafiaban, sin miedo de quedarse atrás, a las mejores embarcaciones.

El Corsario y sus compañeros se precipitaron hacia la caleta, y de un vigoroso empujón lanzaron al mar la canoa.

—¿Hay remos? —preguntó el Corsario.

—¡Sí, Capitán! —contestó Carmaux.

—¡A la caza, mis valientes! ¡Ya no se me escapa Wan Guld!

—¡Fuerza de músculos, Wan Stiller! —gritó el vizcaíno—. ¡Los filibusteros no tienen rivales remando!

—¡Ohé! ¡Uno! ¡Dos! —contestó el hamburgués inclinándose sobre el remo.

Salió la chalupa de la caleta y se lanzó en las aguas del golfo sobre la pista del gobernador de Maracaibo con la velocidad de una flecha.

CAPÍTULO XXX

LA CARABELA ESPAÑOLA



a chalupa en que iba Wan Guld se hallaba entonces a unos mil pasos de distancia; mas, a pesar de eso, los filibusteros no eran hombres que perdieran aliento sabiendo que tan sólo uno de los remeros era capaz de competir con ellos en aquella fatigosa faena: aquel remero era el indio.

Los dos oficiales y el Gobernador, acostumbrados únicamente a manejar las armas, debían de dar poco juego.

Aun cuando estaban cansadísimos de aquella marcha tan larga, y además hambrientos, Wan Stiller y Carmaux habían puesto en movimiento su poderosa musculatura e imprimieron a la canoa una celeridad prodigiosa. El Corsario, sentado en la proa y con el arcabuz entre las manos, los excitaba sin cesar, gritándoles:

—¡Fuerza, mis valientes! ¡Wan Guld ya no se escapará, y yo quedaré vengado! ¡Acordaos del Corsario Verde y del Corsario Rojo!

La canoa saltaba sobre las anchas olas del lago, bogando cada vez con mayor rapidez y rompiendo impetuosamente con la aguda proa las espumantes crestas.

Carmaux y Wan Stiller remaban con furia. Estaban seguros de alcanzar a la otra chalupa; pero no por eso aminoraban el esfuerzo, pues temían que cualquier acontecimiento imprevisto permitiera al Gobernador sustraerse una vez más a aquella persecución encarnizada.

Hacía unos cinco minutos que remaban, cuando la proa de su esquife sufrió un choque violentísimo.

—¡Truenos! —exclamó Carmaux—. ¿Un bajo?

El Corsario se inclinó y, descubriendo ante la canoa una masa negra, alargó rápidamente el brazo para echarle mano antes de que desapareciese debajo de la quilla.

—¡Un cadáver! —exclamó.

Hizo un gran esfuerzo para izar aquel cuerpo humano; era el de un capitán español, el cual tenía deshecha la cabeza de un tiro de arcabuz.

—¡Es uno de los compañeros de Wan Guld! —dijo, dejándolo caer al agua.

—Le han echado por la borda para aligerar el peso de la chalupa —añadió Carmaux sin abandonar el remo—. ¡Fuerza, Wan Stiller! ¡Esos tunantes no deben de andar lejos!

—¡Allí van! —gritó en aquel instante el Corsario.

A unos seiscientos o setecientos metros de distancia vio brillar una estela luminosa, la cual se hacía por momentos más espléndida. Debía de producirla la chalupa al atravesar un espacio de agua saturada de huevos de pescados o de noctilucos.

—¿Se les distingue, Capitán? —preguntaron a un tiempo Carmaux y Wan Stiller.

—¡Sí; veo la chalupa en el extremo de la estela luminosa! —contestó el Corsario.

—¿Ganamos terreno?

—¡Siempre!

—¡Fuerza, Wan Stiller!

—¡Arranca a todo aliento, Carmaux!

—¡Alarga la remada! ¡Nos fatigaremos menos y correremos más!

—¡Silencio! —dijo el Corsario—. ¡No desperdiciemos las fuerzas hablando! ¡Adelante, mis valientes! ¡Ya veo a mi enemigo!

Se había levantado con el arcabuz en la mano y procuraba distinguir entre las tres sombras que tripulaban la chalupa la del odiado duque.

De pronto apuntó el arma y se tendió en la proa buscando un punto de apoyo; después de haber mirado un instante hizo fuego.

La detonación resonó en la superficie del mar; pero no se oyó grito alguno que indicase que la bala había hecho blanco.

—¿Ha errado el tiro, Capitán? —preguntó Carmaux.

—¡Eso creo! —contestó el Corsario apretando los dientes.

—¡Ya sabe usted que desde las chalupas se tira mal!

—¡Adelante! ¡Estamos ya a quinientos pasos!

—¡Alarga, Wan Stiller!

—¡Se me rompen los músculos, Carmaux! —contestó el hamburgués, que iba soplando como foca.

La chalupa de Wan Guld seguía perdiendo terreno, a pesar de los prodigiosos esfuerzos del indio. Si este hubiera tenido por compañero a un remero de su misma raza, quizás hubiera logrado sostener la distancia hasta que amaneciese, porque los pieles rojas de la América meridional son remeros insuperables; pero, mal secundado por el oficial español y por el Gobernador, tenía por fuerza que ir perdiendo cada vez más camino.

Ya se distinguía perfectamente la chalupa, que en aquel momento atravesaba una zona de aguas luminosas. El indio iba a popa y maniobraba con ambos remos; el Gobernador y su compañero le secundaban lo mejor que podían, uno a babor y a estribor el otro.

Al encontrarse a unos cuatrocientos pasos volvió a levantarse el Corsario y, montando el arcabuz, gritó con voz tonante:

—¡Rendíos o hago fuego!

No contestó nadie; antes por el contrario, la chalupa enemiga viró de bordo bruscamente y se dirigió hacia las lagunas palúdicas de la costa para buscar un refugio en el río Catatumbo, que no debía hallarse lejos.

—¡Ríndete, asesino de mis hermanos! —gritó otra vez el Corsario.

Tampoco tuvo contestación.

—¡Entonces, muere, perro! —volvió a decir nuestro héroe.

Aestó el arcabuz contra Wan Guld, que se encontraba a trescientos cincuenta pasos; pero a causa de lo precipitado del golpe de los remos, la ondulación era muy fuerte y le impedía hacer puntería con la esperanza de obtener buen resultado.

Tres veces bajó el arma y otras tantas la levantó apuntando a la chalupa. A la cuarta hizo fuego.

Al disparo siguió un grito, y un hombre cayó al agua.

—¿Herido? —gritaron Carmaux y Wan Stiller.

El Corsario contestó con una imprecación.

El hombre que cayó no era el Gobernador; era el indio.

—¿Es decir, que lo protege el Infierno? —preguntó el Corsario, furioso—. ¡Adelante, mis valientes! ¡Le cogemos vivo!

La chalupa no se había detenido; pero, ya sin el indio, no era probable que siguiera corriendo mucho tiempo.

Todo era cuestión de unos minutos, porque Carmaux y Wan Stiller estaban decididos a remar durante algunas horas antes de ceder.

Comprendiendo el Gobernador y su compañero que no podían luchar contra los filibusteros, se habían dirigido hacia un islote muy alto que distaba de ellos cosa de unos quinientos o seiscientos metros, bien con la intención de desembarcar, bien para pasar por detrás y ponerse a cubierto de los tiros de fusil de su formidable adversario.

—¡Carmaux —dijo el Corsario—, viran hacia el islote!

—Entonces, ¿es que quieren saltar a tierra?

—¡Lo sospecho!

—¡Pues, en ese caso, no se nos escapan ya!

—¡Rayos! —gritó Wan Stiller.

—¿Qué tienes?

En aquel instante se oyó una voz que gritaba:

—¡Quién vive!

—¡España! —exclamaron el Gobernador y su compañero.

El Corsario se volvió. Había aparecido de improviso una masa enorme por detrás de un promontorio del islote. Era un barco de grandes dimensiones que salía a velas desplegadas

al encuentro de la chalupa.

—¡Maldición! —exclamó el Corsario.

—¿Será uno de nuestros navíos? —preguntó Carmaux.

El Corsario no contestó. Inclinado sobre la proa de la chalupa, con las manos crispadas en derredor del arcabuz, con las facciones alteradas por una cólera espantosa, miraba con ojos que brillaban como los de los tigres a la gran nave, que ya estaba casi al lado de la chalupa del Gobernador.

—¡Es una carabela española! —rugió de pronto—. ¡Maldito sea ese perro, que también se me escapa otra vez!

—¡Y que mandará ahorcarnos! —añadió Carmaux.

—¡Ah! ¡Todavía no, mis valientes! —contestó el Corsario—. ¡Pronto: arrancad hacia el islote, antes de que ese buque nos descargue sus cañones y nos eche a pique la chalupa!

—¡Relámpagos!...

—¡Y truenos! —agregó el hamburgués inclinándose sobre el remo.

La canoa viró sobre sí misma y se dirigió hacia el islote, el cual no distaba más de unos trescientos o cuatrocientos pasos. Vieron una línea de escollos, y Carmaux y su compañero maniobraron de modo que pudieran ponerse a cubierto detrás de ellos para que no los ametrallasen.

Mientras tanto, el Gobernador y el que le acompañaba habían subido a bordo de la carabela, e informando, probablemente, en el acto al Comandante del peligro que habían corrido, porque un momento después se vio a los marineros recoger las velas a toda prisa.

—¡Pronto, mis bravos! —gritó el Corsario, a quien no se le había escapado nada—. ¡Los españoles se disponen a darnos caza!

—¡Estamos ya a cien pasos de la playa! —contestó Carmaux.

A bordo del barco relampagueó una llamarada en aquel momento, y los tres filibusteros oyeron atravesar el aire silbando una nube de metralla, cuyos proyectiles fueron a chocar en la cumbre de un escollo.

—¡Pronto! ¡Pronto! —gritó el Corsario.

La carabela remontó la lengua de tierra y se disponía a virar de bordo, mientras que sus marineros echaban al agua tres o cuatro chalupas para apresar a los fugitivos.

Siempre resguardados por los escollos, Carmaux y Wan Stiller redoblaron sus esfuerzos y pocos momentos después tocaba la canoa en la arena a tres o cuatro pasos de la playa.

El Corsario saltó al agua a escape, llevando consigo los arcabuces, y se metió en seguida entre los primeros árboles para resguardarse de la descarga que temía. Carmaux y Wan Stiller, al ver brillar una mecha en la proa del buque, se dejaron caer detrás de la chalupa y se tendieron en la arena.

Aquella estratagema los salvó, porque un momento después otra nube de metralla barrió la playa, destrozando la maleza y las hojas de las palmeras, y una bala de tres libras, disparada por una pieza pequeña de artillería que iba en lo alto de la cámara, hizo pedazos la proa de la chalupa.

—¡Aprovechad este momento! —gritó el Corsario.

Los filibusteros, que habían escapado milagrosamente de aquella doble descarga, remontaron a toda prisa la playa, y se metieron en medio de los árboles, al tiempo que los saludaban con media docena de tiros de arcabuz.

—¿Estáis heridos, mis valientes? —preguntó el Corsario.

—¡Estos no son filibusteros y tienen mala puntería! —dijo Carmaux.

—¡Seguidme, sin perder momento!

Los tres hombres, sin preocuparse de los disparos de los marineros de las chalupas, se metieron rápidamente bajo el tupido ramaje de los árboles buscando un refugio.

Aquel islote, que debía de encontrarse en la boca del pequeño río Catatumbo, que desagua en el lago un poco más abajo del Suana y que corre por en medio de una región rica en lagos y lagunas, tendría un kilómetro de circuito.

Se erguía en forma de cono, y alcanzaba una altura de trescientos o cuatrocientos metros; estaba cubierto de una vegetación espesísima, en su mayor parte formada por bellísimos cedros, algodoneros, euforbias erizadas de espinas, y palmeras de varias especies.

Llegados que fueron los filibusteros a la falda del cono sin haber encontrado ser viviente, se detuvieron un instante para respirar, pues se hallaban completamente rendidos, y en seguida se metieron por en medio de la maleza y de las matas espinosas y bajo los árboles que crecían en las pendientes, decididos a llegar a la cumbre para vigilar los movimientos

del enemigo y deliberar acerca de lo que había que hacer sin temor a que los sorprendieran.

Necesitaron dos horas de rudo trabajo, pues se vieron obligados a abrirse paso con los sables de abordaje por entre aquellas masas de vegetación, hasta que por fin pudieron llegar a la cumbre, la cual aparecía casi desnuda, pues en derredor no había más que alguna maleza y rocas. La Luna surgió entonces, y a su luz pudieron distinguir perfectamente la carabela, anclada a unos trescientos pasos de la playa, y a las tres chalupas paradas en el sitio donde había quedado destrozada la canoa india.

Los marineros habían desembarcado; pero no se atrevían a meterse en la espesura, por temor de caer en alguna emboscada. Acamparon en la orilla, en derredor de algunas hogueras que seguramente habían encendido para librarse de los voraces *zanzaras* que revoloteaban en nubes sin fin por la costa del lago.

—¿Esperarán al día para darnos caza? —dijo Carmaux.

—¡Sí! —contestó el Corsario con voz sorda.

—¡Rayos! ¡La fortuna protege demasiado a ese tunante!

—¡O el Demonio!

—¡Sea la una o el otro, esta es la segunda vez que se nos escapa de entre las manos!

—¡No solamente eso, sino que está a punto de atraparnos entre las suyas! —añadió el hamburgués.

—¿Y qué quieres hacer si toda la tripulación de la carabela viene al asalto de este islote? —preguntó Wan Stiller.

—¡También asaltaron los españoles la casa del pobre notario de Maracaibo, y nosotros encontramos el medio de marcharnos sin que nos molestasen!

—¡Sí! —dijo el Corsario Negro—; pero no estamos en la casa del Notario, ni tenemos un conde de Lerma que nos ayude!

—¿Estaremos condenados a terminar nuestros días en la horca? ¡Ah! ¡Si viniese el Olonés en nuestro socorro!

—Todavía debe de hallarse ocupado en saquear Maracaibo —dijo el Corsario—. Creo que por el momento no debemos aguardar nada de él.

—¿Y qué espera usted permaneciendo aquí?

—¡Ni yo mismo lo sé, Carmaux!

—¡Pensemos, Comandante! ¿Cree usted que el Olonés se detendrá todavía mucho tiempo en Maracaibo?

—Ya debiera estar aquí; pero se habrá detenido para perseguir a los españoles que se refugiaron en los bosques, pues ya sabes el odio que les profesa.

—¿Le ha dado usted una cita?

—Sí; para que me esperase en la boca del Suana o del Catatumbo —contestó el Corsario.

—Entonces, tenemos la esperanza de que llegue de un día a otro.

—¡Eh, mil truenos! ¡Yo creo que no va a estarse eternamente en Maracaibo!

—Ya lo sé.

—Pero ¿estaremos todavía nosotros vivos o libres? ¿Crees que Wan Guld va a dejarnos tranquilos en la cumbre de este monte? ¡No, amigo mío! Nos cercará por todas partes, y lo intentará todo para que caigamos en su poder antes de que lleguen los filibusteros. ¡Me odia demasiado para dejarme en paz y, probablemente, a estas horas estará mandando colgar de algún penol la cuerda con que hayan de ahorcarme!

—¿Es decir que no le ha bastado la muerte del Corsario Verde y la del Corsario Rojo? ¿Es un perro hidrófobo ese viejo miserable?

—¡No; no le ha bastado! —dijo con voz sombría el Corsario—. ¡Quiere, necesita la completa destrucción de mi familia! ¡Pero aún no me tiene en su poder, y no desespero de vengar a mis hermanos!

—¡Sí, quizás no se halle lejos el Olonés, y si nosotros pudiéramos resistir algunos días!

—¡Quién sabe! Pudiera suceder que Wan Guld pagara sus traiciones y sus delitos.

—¿Qué tenemos que hacer, Capitán? —preguntaron ambos filibusteros.

—¡Resistir el mayor tiempo posible!

—¿Aquí? —preguntó Carmaux.

—¡Sí; en esta cumbre!

—Será preciso que nos atrincheremos.

—¿Y quién nos lo va a impedir? Hasta que salga el Sol, tenemos cuatro horas de tiempo.

—¡Truenos! ¡Wan Stiller, amigo mío, no hay que perder ni un minuto! Apenas salga el Sol, los españoles vendrán, seguramente, a arrojarnos de aquí.

—¡Yo ya estoy dispuesto! —contestó el hamburgués.

—¡Mientras usted vigila, Capitán, levantaremos unas trincheras que pondrán a dura prueba las manos y los lomos de nuestros adversarios! ¡Vamos, hamburgués!

La cima del monte estaba cubierta de grandes pedruscos desgajados, seguramente, de una gran roca que se erguía en el punto más elevado, a guisa de observatorio. Los dos filibusteros rodearon los pedruscos mayores para formar como una especie de trinchera circular, baja, pero suficiente para resguardar a un hombre tendido o arrodillado. Labor tan fatigosa duró dos horas; pero los resultados fueron magníficos, porque detrás de aquella especie de pequeño, pero macizo muro, podían resistir largamente los filibusteros, sin miedo a que los tocasen las balas de sus adversarios.

Sin embargo, todavía no estaban satisfechos Carmaux y Wan Stiller. Si aquel obstáculo parecía suficiente para defenderlos, era incapaz de impedir un asalto repentino. Así, pues, para lograr por completo su intento descendieron al bosque e improvisando con algunas ramas una especie de angarilla, transportaron en ella hasta la cumbre del monte grandes haces de plantas espinosas, con las cuales formaron una muralla peligrosa para los enemigos.

—¡He aquí una fortaleza que, aun cuando pequeña, dará qué hacer a Wan Guld, si quiere venir a cogernos! —dijo Carmaux frotándose las manos alegremente.

—Pero falta una cosa preciosa para una guarnición, aun cuando sea poco numerosa — hizo notar el hamburgués.

—¿Qué cosa?

—¡Ay! ¡Aquí no tenemos la despensa del notario de Maracaibo, amigo Carmaux!

—¡Mil rayos! ¡Me había olvidado de que no tenemos ni siquiera un bizcocho que roer!

—Y, como ya podrás suponer, nosotros no podemos convertir estas piedras en otros tantos panecillos.

—¡Amigo Wan Stiller, recorramos el bosque dando una batida! ¡Si los españoles nos dejan tranquilos, iremos en busca de provisiones!

Levantó la cabeza hacia la roca donde se había puesto en observación el Corsario para vigilar los movimientos de los españoles, y le preguntó:

—¿Se mueven, Capitán?

—Todavía no.

—Entonces, aprovecharemos este tiempo para ir de caza.

—¡Pues idos; yo vigilaré!

—En caso de peligro, nos avisa por medio de un tiro de arcabuz.

—¡Convenido!

—¡Vamos, Wan Stiller! —dijo Carmaux—. ¡Le daremos un avance a los árboles, procuraremos matar alguna pieza!

Los filibusteros cogieron la angarilla que les había servido para transportar los espinos, y se metieron en la espesura.

Su ausencia se prolongó hasta el amanecer; pero volvieron cargados como mozos de cuerda. Habían encontrado un pedazo de tierra rotuda, quizás por algún indio de las riberas vecinas, y saquearon los árboles frutales que allí crecían. Llevaban cocos, naranjas, dátiles que podían sustituir al pan, y una gran tortuga que sorprendieron en la orilla de una laguna. Economizando las provisiones, tenían víveres para cuatro días por lo menos.

Además de la fruta y de la tortuga hicieron un descubrimiento importante que podía serles de gran ayuda para poner fuera de combate a los enemigos durante cierto tiempo.

—¡Ah! —exclamó Carmaux, que parecía poseído de una gran alegría—. ¡Querido hamburgués! Si al Gobernador y a sus marineros se les ocurre ponernos un cerco regular, los obligaremos a hacer muecas y contorsiones, de las más desagradables que imaginarse puedan! ¡Vive Dios! En estos climas acomete en seguida la sed, y de seguro que para aplacarla no han de ir a beber a la carabela, ni traerán tampoco barriles de agua. ¡Ah! ¡Los indios son unos tunos! ¡El *nikú* hará milagros!

—¿Estás seguro de lo que dices? —preguntó Wan Stiller—. ¡Porque yo no tengo mucha confianza!

—¡Truenos! Lo he experimentado yo mismo; y si no reventé con los dolores, fue por un verdadero milagro.

—¿Y vendrán a beber ahí los españoles?

—¿Has visto algún otro lago en estas cercanías?

—No, Carmaux.

—Pues entonces, no tendrán otro remedio que beber en el que nosotros hemos descubierto.

—Tengo curiosidad por ver los efectos que produce tu *nikú*.

—Ya te ofreceré ese espectáculo a su debido tiempo; verás a una porción de hombres acometidos por terribles dolores de vientre.

—¿Y cuándo vamos a emponzoñar el agua?

—En cuanto tengamos la certeza de que nuestros enemigos se disponen a asaltar la colina.

En aquel momento el Corsario abandonó la cima de la roca que le servía de observatorio, y descendió al pequeño campo atrincherado, diciendo:

—Las chalupas han rodeado a la isla.

—¿Se disponen a bloquearnos? —preguntó Carmaux.

—Y de un modo riguroso.

—Pero nosotros estamos dispuestos a sostener el sitio, Capitán. Detrás de estas rocas y de estos espinos podremos resistir largo tiempo; quizás hasta que llegue el Olonés o los filibusteros.

—Sí; si es que le dan tiempo los españoles. He visto desembarcar más de cuarenta hombres.

—¡Ay! —dijo Carmaux—. ¡Son demasiados; pero cuento con el *nikú*!

—¿Qué es eso del *nikú*? —preguntó el Corsario.

—¿Quiere usted venir conmigo, Capitán? Antes de que lleguen hasta aquí los españoles transcurrirán cuatro o cinco horas, y a nosotros nos basta con una.

—¿Qué es lo que quieres hacer?

—Ya lo verá usted, Capitán. Venga usted, que Wan Stiller permanecerá de guardia en nuestra roca.

Cogieron los arcabuces, descendieron de la colina, y se metieron en medio de los bosques de cedros, palmeras, simarubas y algodoneros, abriéndose paso a través de millares de lianas.

Así bajaron como cosa de unos cuarenta metros, haciendo huir con su presencia a bandadas de monos rojos, y en seguida llegaron al que llamaban pomposamente pequeño lago, cuando no era más que un simple estanque que tendría una circunferencia de unos trescientos pasos.

Parecía un depósito natural, poco profundo y lleno de una porción de plantas acuáticas, especialmente de *mucumucús*, que formaban verdaderos bosques.

Carmaux hizo notar al Corsario que en las orillas del estanque crecían ciertas ramas sarmentosas de corteza oscura que se parecían a las lianas. Las había en extraordinario número enroscadas unas a otras como si fueran serpientes o plantas de pimienta privadas de sostén.

—¡He aquí unos vegetales que proporcionarán a los españoles terribles cólicos! —dijo el filibustero.

—¿Y cómo va a ser eso? —preguntó con ansiedad el Corsario.

—¡Ya lo verá usted, Capitán!

Así diciendo, el marinero había desenvainado el sable de abordaje, y cortó varias de aquellas ramas sarmentosas, a las cuales llaman *nikú* los indios de Venezuela y de la Guayana y *robinia* los naturalistas, y formó varios haces, que dejó en una peña que caía casi perpendicularmente sobre el estanque.

Cuando hubo reunido treinta o cuarenta haces cortó algunas ramas bastante fuertes, y le alargó una al Corsario, diciéndole:

—¡Golpee usted las plantas con ese palo, Capitán!

—Pero ¿qué es lo que quieres hacer?

—Intoxicar el agua de este estanque, mi Capitán.

—¿Con esta especie de lianas?

—Sí, señor.

—¡Carmaux, tú estás loco!

—¡Nada de eso, mi Capitán! El *nikú* emborracha a los peces, y en los hombres produce cólicos tremendos.

—¿Emborracha a los peces? ¡Vamos! ¿Qué historia me estás contando, Carmaux?

—Entonces, ¿usted no sabe cómo se las arreglan los caribes cuando quieren coger peces?

—Se sirven de redes.

—No, Capitán; dejan destilar en los lagos pequeños el jugo de esta planta, y poco después los pescados suben a la superficie retorciéndose desesperadamente y dejándose

coger con la mejor voluntad.

—¿Y dices que produce cólicos en los hombres?

—Sí, Capitán; y como en este islote no hay más estanques, ni fuentes que este, los españoles que quieran sitiarnos se verán obligados a venir a beber aquí.

—¡Eres listo, Carmaux! ¡En ese caso, intoxicuemos el agua de este depósito!

Empuñaron los palos y comenzaron a golpear vigorosamente aplastando las hierbas dichas, de las cuales salía un jugo abundante que caía poco a poco en el lago.

Pronto se colorearon las aguas, primero de blanco, como si se les hubiera mezclado leche, y después adquirieron un bellissimo color nacarado, el cual no tardó en disiparse. Concluida la operación volvió a quedar tan transparente, que no era posible suponer que contuviera una substancia, si no peligrosa, muy poco agradable.

Ambos filibusteros arrojaron al lago los restos sarmentosos, e iban ya a retirarse, cuando vieron multitud de peces que hacían grandes contorsiones.

Los pobrecillos emborrachados con el *nikú*, se debatían como desesperados tratando de huir de aquellas aguas; algunos se dirigían hacia las orillas prefiriendo quizás una asfixia lenta en la arena a la exaltación, seguramente dolorosa que les producía el jugo de planta tan extraña.

Carmaux, que quería aumentar las provisiones para no correr peligro de pasar hambre, se lanzó hacia la orilla, y con unos cuantos palos pudo apoderarse de dos grandes rayas espinosas, de una *piraja* y un *pemecrú*.

—¡Esto era cuanto necesitaba! —gritó dirigiéndose hacia el Capitán, que se había metido por entre los árboles.

—¡Y esto también! —gritó una voz.

Y resonó un disparo.

Carmaux no dio un grito ni un gemido; cayó en medio de una mata de madera de cañón, y quedó inmóvil, como si la bala le hubiera dejado seco.

CAPÍTULO XXXI

EL ASALTO AL ISLOTE



Al oír aquel disparo el Corsario volvió rápidamente atrás, creyendo que el marinero había hecho fuego sobre algún animal, pues no sospechaba siquiera que los españoles de la carabela hubiesen llegado ya a los costados del monte.

—¡Carmaux! ¡Carmaux! ¿Dónde estás? —gritaba.

Un ligero silbido, que parecía de serpiente, pero que conocía muy bien, fue la respuesta que obtuvo. En lugar de lanzarse adelante se ocultó a escape atrás del tronco de un árbol muy grueso, y miró con atención a todas partes.

Entonces fue cuando pudo ver que en las márgenes de un espeso grupo de palmeras ondulaba todavía una nubecilla de humo que iba deshaciéndose lentamente, pues no corría la más leve ráfaga de aire en aquel pequeño claro del bosque.

—¡Han disparado desde aquel sitio! —murmuró—. Pero ¿dónde se ha escondido Carmaux? ¡No debe de estar muy lejos, cuando me ha silbado! ¡Ah! ¡Conque los españoles han llegado ya hasta aquí! ¡Pues bueno, señores míos, nos veremos!

Siempre escondido detrás del tronco del simaruba, el cual le ponía a cubierto de las balas enemigas, se arrodilló y miró con precaución entre las matas, que en aquel sitio eran muy altas. No vio nada hacia la parte del bosque desde donde habían disparado; pero en dirección de un grupo de arbustos y como a unos quince pasos de distancia del simaruba notó un ligero movimiento en la maleza.

—¡Alguien viene arrastrándose hacia mí! —murmuró—. ¿Será Carmaux, o algún español que trata de sorprenderme? ¡Tengo montado el arcabuz, y fallo muy pocas veces!

Estuvo inmóvil durante algunos instantes con el oído pegado a tierra, y oyó un ligero roce que el suelo transmitía con gran nitidez.

Seguro de no equivocarse, se enderezó a lo largo del tronco del simaruba y lanzó una rápida mirada entre las ramas.

—¡Ah! —murmuró respirando satisfecho.

Carmaux se encontraba ya a quince pasos del árbol, y avanzaba con mil precauciones deslizándose por entre la maleza. Una serpiente no hubiera producido menor ruido, ni se hubiera deslizado con tanta astucia para huir de algún peligro o para sorprender a una presa.

—¡El tunante! —dijo el Corsario—. ¡Este es un hombre que sabrá salir siempre de todos los apuros poniendo en salvo el pellejo! Pero ¿y el español que le hizo el disparo? ¿Se lo ha tragado la Tierra?

Mientras tanto Carmaux seguía avanzando en dirección del simaruba y procurando no quedar en descubierto, por temor a que le disparasen otra vez. El valiente marinero no había soltado su fusil, ni siquiera los pescados, con los cuales contaba para regalarlos en la comida. ¡Demontre! ¡No quería haberse fatigado en balde!

Al ver al Corsario dejó a un lado toda prudencia, y levantándose de pronto se reunió con él en sólo dos saltos, poniéndose a cubierto de toda agresión detrás del simaruba.

—¿Estás herido? —le preguntó el Corsario.

—¡Como usted! —contestó riendo.

—¿Es decir, que no te han tocado?

—Eso habrán creído al verme caer entre la maleza como si me hubiesen atravesado el

corazón o hecho añicos la cabeza; pero como ve usted, estoy tan vivo como antes. ¡Ah! ¡Los bribones pensaban que iban a enviarme al otro mundo, como si fuera yo un simple indio! ¡Uf! ¡Carmaux es un tanto ladino!

—¿Y a dónde se ha ido el que te disparó el tiro?

—Seguramente se ha escapado al oír las voces de usted.

—¿Era un hombre solo?

—Uno solo.

—¿Español?

—Era un marinero.

—¿Crees que nos espíe?

—Es probable; pero dudo que se atreva a aparecer, ahora que ya sabe que somos dos.

—Volvámonos a la cumbre; estoy inquieto por Wan Stiller.

—¿Y si nos atacan por la espalda? ¡Ese hombre puede tener compañeros escondidos en el bosque!

—¡Abriremos bien los ojos, y no quitaremos los dedos de los gatillos! ¡Adelante, valiente!

Dejaron el simaruba, y retrocedieron rápidamente con los fusiles empuñados y apuntando hacia las lindes del bosque. De ese modo llegaron hasta unos espesos matorrales, escabullándose entre ellos. Ya allí, se detuvieron para mirar si los enemigos se decidían a aparecer; pero como no asomara ninguno ni se oyera tampoco ruido de ninguna especie, prosiguieron marchando rápidamente trepando por los flancos del montecillo, llenos de rocas y de selvas.

En veinte minutos atravesaron la distancia que los separaba del pequeño campamento atrincherado. Wan Stiller, que hacía la guardia en lo alto de la roca, descendió corriendo a su encuentro, diciéndoles:

—¿Ha disparado usted, Capitán? ¡Porque yo he oído un tiro de fusil!

—No —contestó el Corsario—. ¿Has visto a alguien?

—Ni un mosquito siquiera, señor; pero he podido distinguir que un pelotón de marineros han saltado a la costa, y desaparecido bajo los árboles.

—¿Sigue anclada la carabela?

—No se ha movido de su sitio.

—¿Y las chalupas?

—Están bloqueando la isla.

—¿Has visto si Wan Guld iba en el pelotón a que te refieres?

—He distinguido a un viejo de barba blanca.

—¡Es él! —exclamó el Corsario apretando los dientes—. ¡Que venga ese miserable! ¡Veremos si también le protege la suerte contra las balas de mi arcabuz!

—Capitán, ¿cree usted que llegarán pronto aquí? —preguntó Carmaux, que se había dedicado a recoger ramas secas.

—Quizás no se atrevan a atacarnos de día y esperen a que venga la noche.

—En ese caso, podemos preparar la comida para recobrar algunas fuerzas. Porque le confieso que no sé a dónde ha ido a parar mi estómago. ¡Eh, tú, Wan Stiller, prepara estas dos rayas espinosas! ¡Te prometo un asado tan exquisito, que te chuparás los dedos!

—¿Y si llegan los españoles? —preguntó el hamburgués, que no estaba muy tranquilo.

—¡Bah! ¡Comeremos con una mano, y nos batiremos con la otra! ¡Para nosotros las rayas y para ellos el plomo!

Mientras el Corsario volvía a colocarse en observación sobre la roca, los dos filibusteros encendieron fuego y asaron los pescados, después de haberles quitado sus largas y peligrosas espinas.

Un cuarto de hora después Carmaux anunciaba en tono triunfal que estaba dispuesta la comida. Los españoles no habían aparecido todavía.

Apenas acabaron de sentarse los tres filibusteros, y mientras comían el primer bocado, se oyó retumbar en el mar un formidable disparo.

—¡El cañón! —exclamó Carmaux.

No había acabado de decirlo, cuando la parte superior de la roca que les había servido de observación, rota por una bala de grueso calibre, saltó con terrible estrépito.

—¡Relámpagos! —gritó Carmaux poniéndose en pie de un salto.

—¡Y truenos! —añadió Wan Stiller.

El Corsario se había lanzado ya hacia el borde de la cumbre para ver de dónde había partido aquel cañonazo.

—¡Mil antropófagos! —volvió a gritar Carmaux.

—¿No se puede comer tranquilamente en este condenado golfo de Maracaibo? ¡El Demonio se lleve a Wan Guld y a todos los que le obedecen! ¡Ya se nos ha agitado la fiesta! ¡Dos rayas tan deliciosas aplastadas por completo!

—¡Ya comerás después la tortuga, Carmaux!

—Sí, si nos dejan tiempo los españoles —dijo el Corsario, que había vuelto junto a ellos—. ¡Ya vienen a través de los bosques, y la carabela se dispone a bombardearnos!

—¿Quieren hacernos polvo, por lo visto? —preguntó Carmaux.

—¡No; aplastarnos como a las rayas! —dijo Wan Stiller.

—¡Afortunadamente nosotros somos rayas que pueden hacerse peligrosas, querido! Capitán, ¿se ven ya los españoles?

—Están a unos quinientos o seiscientos pasos.

—¡Relámpagos!

—¿Qué tienes?

—¡Una idea, Capitán!

—¡Échala fuera!

—¡Ya que se disponen a bombardearnos, a nuestra vez bombardearemos a los españoles!

—¿Has encontrado algún cañón, Carmaux? ¿O es que el Sol te ha descompuesto el cerebro?

—¡Ni una ni otra cosa, Capitán! Se trata, sencillamente, de hacer rodar estos peñascos a través de los bosques. La pendiente es muy rápida, y estos gigantescos proyectiles seguramente no han de quedarse en la mitad del camino.

—La idea me parece bien, y la pondremos por obra en el momento oportuno. Ahora, mis valientes, dividámonos, y vigilemos cada uno por nuestra parte. Tened cuidado de alejaros de la roca, si no queréis que os salte a la cabeza algún fragmento.

—¡He tenido bastante con los que me han caído sobre las costillas! —dijo Carmaux metiéndose en el bolsillo un par de *mangos* (fruta americana). ¡Vamos a asomarnos para ver qué es lo que hacen esos insoportables aguafiestas; les aseguro que han de pagar caras mis rayas!

Se separaron, y fueron a emboscarse detrás de las últimas matas, que rodeaban la cumbre, para esperar al enemigo y romper el fuego.

Los marineros de la carabela, estimulados quizás con la esperanza de alguna grata recompensa del Gobernador, treparon animosamente por los costados de la montaña abriéndose paso a través de la espesísima maleza. Todavía no podían verlos los filibusteros, pero les oían hablar y cortar las lianas o las raíces que interceptaban el paso.

Al parecer, subían solamente por dos lados, con objeto de ser muchos y hacer frente a cualquier sorpresa. Un pelotón debía de haber rodeado ya el estanque; el otro, en cambio, parecía haber tomado por un vallecillo muy profundo que estaba cerca.

Cierto ya el Corsario de la dirección que ambos llevaban, decidió poner en práctica inmediatamente el proyecto de Carmaux para rechazar a los que se encontraban metidos en aquella estrecha garganta.

—¡Venid, mis valientes! —dijo a sus dos compañeros—. ¡Ahora preocupémonos de las fuerzas que nos amenazan por la espalda; después ya pensaremos en los que han tomado el camino del lago!

—¡En cuanto a esos, espero que se encargará el *nikú* de ponerlos fuera de combate! —dijo Carmaux—. ¡Con tal que tengan un poco de sed, los veremos huir apretándose el vientre!

—¿Hay que comenzar el bombardeo? —preguntó el hamburgués haciendo rodar un pedrusco de más de medio quintal.

—¡Tíralo! —contestó el Corsario.

Los dos filibusteros no se hicieron repetir la orden, y empujaron hacia el borde con celeridad prodigiosa una docena de grandes pedruscos, procurando que tomasen la dirección del vallecito.

Aquel formidable aluvión se despeñó a través del bosque produciendo el fragor de un huracán, botando, saltando, destrozando a su paso los árboles y aplastando la maleza.

No habían transcurrido cinco segundos, cuando en el fondo del vallecillo se oyeron resonar de improviso, gritos de espanto, y en seguida, algunos disparos de fusil.

—¡Eh! ¡Eh! —exclamó Carmaux con voz de triunfo—. ¡A lo que parece, he cogido a alguien!

—¡Allá abajo veo descender precipitadamente varios hombres! —dijo Wan Stiller, que se había encaramado sobre una roca.

—¡Creo que ya tienen bastante!

—¡Otra descarga, hamburgués!

—¡Vamos allá, Carmaux!

Por los bordes de la cumbre cayeron una tras otra diez o doce enormes piedras. Aquella segunda tanda de proyectiles produjo en el vallecillo los mismos estragos y el mismo ruido que la primera.

Los marineros de la carabela treparon por los declives del valle, procurando evitar que los aplastase aquella tempestad de peñascos. Al cabo desaparecieron apresuradamente debajo de los árboles.

—¡Esos ya no nos importarán por el momento! —dijo Carmaux frotándose las manos con alegría—. ¡Ya se han llevado lo suyo!

—¡Ahora, a los otros! —dijo el Corsario.

—¡Si es que no han atrapado unos cuantos cólicos! —dijo Wan Stiller—. ¡No se ve subir a ninguno!

—¡Callad!

El Corsario fue hacia el borde de la explanada que coronaba la cima del monte, y escuchó durante algunos minutos.

—¿Nada? —preguntó con impaciencia Carmaux.

—¡No se oye rumor alguno! —respondió el Corsario.

—¿Habrán bebido el *nikú*?

—O avanzarán arrastrándose como serpientes —dijo Wan Stiller—. ¡Tengamos cuidado, no nos abrasen con una descarga a quemarropa!

—Quizás se hayan detenido por miedo a que los aplastemos con nuestra artillería —dijo Carmaux—. ¡Estos cañones son más peligrosos que los de la carabela y, además, más económicos!

—¡Prueba a disparar al medio de aquellas plantas! —dijo el Corsario volviéndose hacia el hamburgués—. ¡Si contestan, ya sabremos cómo hemos de arreglarnos!

Wan Stiller se dirigió hacia el borde de la explanada, se acurrucó detrás de una mata, y disparó un tiro al centro de la floresta.

La detonación repercutió largamente bajo los árboles, pero sin éxito. Los tres filibusteros esperaron durante algunos minutos, aguzando el oído y escudriñando minuciosamente la espesura; después hicieron una descarga general apuntando a diversos sitios.

Tampoco esta vez contestó nadie ni se oyó grito alguno. ¿Qué le había sucedido al segundo pelotón, al cual habían visto subir costeano el lago?

—¡Me gustaría más oír una descarga furiosa! —dijo Carmaux—. Este silencio me preocupa, y me hace temer alguna sorpresa de mal género. ¿Qué hacemos, Capitán?

—¡Descendamos, Carmaux! —respondió el Corsario, que parecía inquieto.

—¿Y si están emboscados los españoles y aprovechan la ocasión para tomar por asalto nuestro campamento?

—Permanecerá aquí Wan Stiller. Quiero saber qué es lo que hacen nuestros enemigos.

—¿Quiere usted saberlo, Capitán? —dijo el hamburgués, que se había adelantado.

—¿Los ves?

—Distingo a siete u ocho que se debaten como si deliraran o estuvieran locos.

—¿Dónde?

—Allá abajo, cerca del estanque.

—¡Ja... ja...! —exclamó Carmaux riendo—. ¡Se han regalado con el *nikú*! ¡No vendría mal enviarles algún calmante!

—En forma de bala; ¿verdad? —preguntó Wan Stiller.

—¡No; déjalos tranquilos! —dijo el Corsario—. Reservemos las municiones para el momento decisivo. Además, es inútil matar a gentes que no pueden hacernos daño. Ya que el primer ataque les ha resultado mal, aprovechemos esta tregua para reforzar nuestro campamento. Nuestra seguridad está en la resistencia.

—También nos aprovecharemos de la tregua para comer —dijo Carmaux—. Todavía tenemos la tortuga, un *piraja* y un *pemecrú*.

—Economicemos las provisiones, Carmaux. El sitio puede prolongarse un par de semanas, o quizá más. No sabemos el tiempo que se detendrá todavía el Olonés en Maracaibo. Por ahora no podemos contar con él para salir de la grave situación que nos amenaza.

—Nos contentaremos con el *piraja*, señor.

—¡Vaya por el *piraja*!

Mientras el marinero volvía a encender el fuego, ayudado por el hamburgués, el Corsario trepó por la roca para ver lo que sucedía en las playas del islote.

La carabela no se había apartado de su sitio, pero en la cubierta se advertía un movimiento inusitado. Los tripulantes trabajaban en derredor de un cañón que emplazado sobre la toldilla de la cámara apuntaba hacia arriba, como si se dispusiera a reanudar el fuego contra la cima del monte.

Las cuatro chalupas, estacionadas en derredor de la isla, navegaban lentamente a lo largo de la playa para impedir a los sitiados todo intento de fuga; temor infundado en absoluto, pues los filibusteros no tenían canoa ni chalupa alguna a su disposición, ni les era posible recorrer a nado la enorme distancia que los separaba de la boca del río Catatumbo.

Los dos pelotones que habían intentado la ascensión del monte no debían de haber vuelto a la costa, pues en la playa no se veía ningún grupo.

—¿Habrán acampado bajo los bosques esperando el momento propicio para lanzarse al asalto? —murmuró el Corsario—. ¡Mucho temo que el *nikú* y las piedras de Carmaux hayan producido escaso resultado! ¡Y todavía no aparece Pedro! ¡Si antes de un par de días no llega, creo que voy a caer en manos de ese condenado viejo!

Volvió a descender lentamente del observatorio y se acercó a sus dos compañeros, a quienes dio cuenta detallada de sus preocupaciones y temores.

—¡La cosa amenaza ponerse seria! —dijo Carmaux—. ¿Intentarán esta noche un asalto general, Capitán?

—¡Mucho lo temo! —contestó el Corsario.

—¿Y cómo vamos a hacer frente a tantos hombres?

—¡No lo sé, Carmaux!

—Si intentásemos forzar el bloqueo y apoderarnos de una de las cuatro chalupas...

—¡Creo que has tenido una buena idea, Carmaux! —contestó el Corsario después de un momento de reflexión—. El proyecto no será muy fácil de realizar; pero tampoco lo tengo por imposible.

—¿Cuándo intentaremos el golpe?

—Esta noche, antes de que salga la Luna.

—¿Qué distancia cree usted que habrá entre esta isla y la boca del Catatumbo?

—Unas seis millas escasas.

—Una hora, o quizás menos, de marcha forzada.

—¿Y no nos perseguirá la carabela? —preguntó Wan Stiller.

—Ciertamente que no —contestó el Corsario—, pero sé que en el Catatumbo hay muchos bancos de arena, y si quiere avanzar demasiado, correrá el peligro de embarrancar.

—¡Pues entonces, esta noche! —dijo Carmaux.

—Sí, si antes no nos han preso o muerto.

—¡Capitán, el *piraja* está ya asado y a punto para comerlo!

CAPÍTULO XXXII

EN MANOS DE WAN GULD



urante aquel larguísimo día no dieron señales de vida Wan Guld ni los marineros. No parecía sino que estaban tan seguros de capturar más pronto o más tarde a los tres filibusteros refugiados en la cima del monte, que tenían como superfluo en absoluto dar el asalto.

Seguramente, querían obligarlos a rendirse por hambre y sed, pues al Gobernador le interesaba coger vivos a los formidables filibusteros para ahorcarlos, como hizo con los desgraciados hermanos los Corsarios Verde y Rojo en la plaza de Maracaibo.

Carmaux y Wan Stiller, sin embargo, se habían hecho cargo de la presencia de los marineros. Tomando mil precauciones se aventuraron bajo la espesura, y pudiendo atisbar a través de las hojas numerosos grupos de hombres acampados en la falda del cerro. Pero no vieron ni uno solo cerca de las orillas del pequeño lago, señal evidente de que los sitiadores habían experimentado la toxicidad de aquellas aguas saturadas de *nikú*.

Llegada la noche hicieron sus preparativos los tres filibusteros, resueltos a forzar las líneas antes que esperar en el campamento atrincherado una muerte lenta por hambre y sed, puesto que tenían cerrado el camino para ir a aprovisionarse.

Hacia las once de la noche, y después de haber inspeccionado las márgenes de la plataforma y de haberse convencido de que sus enemigos no habían dejado sus respectivos campamentos, repartidos entre sí los pocos víveres que poseían y las municiones, salieron en silencio del recinto fortificado, y descendieron en dirección del estanque.

Antes de ponerse en marcha determinaron con exactitud las posiciones ocupadas por los españoles, con objeto de dar de improviso en cualquiera de aquellos pequeños campamentos y producir la alarma, cosa que era preciso evitar a todo trance para que no se malograra el atrevido proyecto, único medio que tenían de sustraerse al implacable odio del Gobernador. Ciertamente podía haber centinelas destacados; pero a favor de la profunda obscuridad que reinaba en la floresta, esperaban poder evitar su encuentro a fuerza de astucia y de prudencia.

Arrastrándose como reptiles y muy lentamente para que no rodase ningún canto, llegaron al cabo de diez minutos debajo de los grandes árboles, donde la obscuridad era absoluta. Escucharon durante algunos minutos, y como no oyeran ningún ruido, viendo brillar todavía en la falda del monte las hogueras de los acampados, volvieron a ponerse muy despacio en camino tanteando siempre el terreno con las manos para no hacer crujir las hojas y evitar una caída en cualquier hendidura o sima.

Ya habían descendido como unos trescientos metros, cuando Carmaux, que iba delante, se detuvo de pronto y se escondió detrás del tronco de un árbol.

—¿Qué tienes? —le preguntó en voz muy baja el Corsario, que se había reunido con él.

—¡He oído romperse una rama! —murmuró el marinero muy quedo.

—¿Cerca de nosotros?

—A muy corta distancia.

—¿Habrá sido algún animal?

—No lo sé.

—¿O será algún centinela?

—La obscuridad es demasiado grande para poder ver nada, Capitán.

—¡Detengámonos aquí unos minutos!

Al cabo de algunos instantes de angustiosa expectación oyeron hablar muy bajo a dos personas.

—¡Ya se acerca la hora! —decía una voz.

—¿Están dispuestos todos? —preguntaba la otra.

—Es probable que ya hayan salido de los campamentos, Diego.

—Pero todavía veo brillar las hogueras.

—No se pueden apagar para hacer creer a los filibusteros que no tenemos intención de movernos.

—¡Es sagaz el Gobernador!

—¡Es un hombre de guerra, Diego!

—¿Crees que lograremos prenderlos?

—¡Los sorprenderemos, te lo aseguro!

—¡Pero se defenderán desesperadamente! ¡El Corsario Negro vale él solo por veinte hombres!

—Pero nosotros somos sesenta, y, además, el Conde es una espada formidable.

—¡Esto no es suficiente para ese endiablado Corsario! ¡Me parece que muchos de nosotros iremos al otro mundo!

—Pero los que sobrevivan tendrán su holgorio. ¡Con diez mil piastras, ya hay para comer y beber!

—¡Una bonita cantidad a fe mía, Sebastián! ¡Caray! ¡El Gobernador quiere cogerle, vivo o muerto!

—¡No, Diego; le quiere vivo!

—¿Para ahorcarle después?

—De eso no hay que dudar. ¡Eh! ¿Has oído, Diego?

—Sí, se han puesto en movimiento nuestros compañeros.

—¡Pues adelante nosotros también! ¡Las diez mil piastras están allá arriba!

El Corsario Negro y sus dos acompañantes no se habían movido. Confundidos entre las hierbas, las raíces y las lianas, conservaban una absoluta inmovilidad; pero tenían levantados los fusiles, dispuestos a descargarlos en caso de peligro.

Aguzando la vista vieron confusamente cómo los marineros avanzaban con lentitud apartando las ramas y hojas con precaución para abrirse paso. Ya se habían alejado unos cuantos metros, cuando uno de los dos se detuvo diciendo:

—Tú, Diego, ¿no has oído nada?

—No, camarada.

—A mí me pareció oír un suspiro.

—¡Bah! ¡Habría sido algún insecto!

—¡O alguna serpiente!

—¡Razón de más para que nos alejemos! Ven camarada; yo no quiero ser de los últimos en tomar parte en la lucha.

Después de este breve diálogo continuaron ambos marineros la marcha, y desaparecieron bajo la negra obscuridad que reinaba en el bosque.

Todavía estuvieron los tres filibusteros esperando durante unos minutos, por el temor de que volvieran atrás o se detuviesen cerca. Al fin el Corsario se incorporó sobre las rodillas y miró en derredor de sí.

—¡Truenos! —murmuró Carmaux respirando libremente—. ¡Comienzo a creer que nos protege la fortuna!

—¡Yo ya no daba una piastra por nuestro pellejo! —dijo Wan Stiller—. ¡Uno de esos pasó tan cerca de mí, que por poco me pisa!

—Hemos hecho bien en dejar nuestro campamento. ¡Sesenta hombres! ¿Quién hubiera podido hacer frente a semejante acometida?

—¡Vaya una sorpresa desagradable para ellos, Carmaux, cuando no encuentren más que espinas y piedras!

—¡Se las llevarán al Gobernador!

—¡Adelante! —dijo el Corsario en aquel momento—. ¡Es preciso llegar a la playa antes de que los españoles se den cuenta de nuestra fuga! ¡Si antes dan la voz de alarma, no nos será posible apoderarnos de ninguna chalupa!

Seguros ya de que no habían de encontrar más obstáculos ni correr el peligro de que los descubrieran, los filibusteros descendieron en dirección del lago, tomaron por la vertiente opuesta, y se metieron por el valle sobre el cual habían arrojado los pedruscos, pues

querían ir a la playa meridional del islote con objeto de alejarse de la carabela.

El descenso lo realizaron sin incidente alguno, y antes de medianoche desembocaron en la playa.

Ante ellos, y medio varada en el extremo de un pequeño promontorio, estaba una de las cuatro chalupas. Componían su tripulación dos hombres solamente, los cuales habían saltado a tierra y dormían al lado de una hoguera medio apagada; tan seguros estaban de que no los molestaría nadie, sabiendo que rodeaban la colina los marineros de la carabela y que los filibusteros se hallaban sitiados en la cumbre.

—¡La cosa me parece que será fácil! —murmuró el Corsario—. Si esos no se despiertan, tomaremos el lago sin producir alarmas, y podremos llegar a la boca del Catatumbo.

—¿Tendremos que matar a esos dos marineros? —preguntó Carmaux.

—No es preciso —respondió el Corsario—. No nos incomodarán; por lo menos, eso supongo.

—¿Y dónde están las otras chalupas? —preguntó el hamburgués.

—Veo a una varada a quinientos pasos de nosotros, cerca de aquel escollo —contestó Carmaux.

—¡Pronto, embarquémonos! —dijo el Corsario—. ¡Dentro de unos minutos los españoles se habrán dado cuenta de nuestra huida!

Se aventuraron por encima del promontorio, y pasaron de puntillas al lado de los dos marineros, que roncaban plácidamente. Con un ligero esfuerzo empujaron hasta el agua la chalupa, saltaron dentro y empuñaron los remos.

Habíanse alejado unos cincuenta o sesenta pasos, y comenzaban ya a tener la esperanza de internarse en mar abierto sin contratiempo alguno, cuando de improviso retumbaron en la cima del monte varias descargas, seguidas de algunos gritos. Al llegar a la última explanada los españoles debían de haberse lanzado al asalto del pequeño campamento, convencidos de que iban a coger a los tres filibusteros.

Al oír aquellas descargas en lo alto de la montaña se despertaron bruscamente ambos marineros; y viendo que se había alejado la chalupa y que iban algunos hombres en ella, se dirigieron corriendo hacia la playa con los fusiles en la mano y gritando:

—¡Alto! ¿Quién sois?

En lugar de responder, Carmaux y Wan Stiller inclináronse sobre los remos y arrancaron con furia.

—¡A las armas! —vocearon los marineros, que, aun cuando demasiado tarde, se habían dado cuenta de la fuga de los filibusteros.

Resonaron dos tiros.

—¡Que el diablo os lleve! —gritó Carmaux, pues una bala le rompió el remo a unas tres pulgadas solamente de la borda de la lancha.

—¡Coge otro remo, Carmaux! —dijo el Corsario.

—¡Relámpagos! —gritó Wan Stiller.

—¿Qué sucede?

—¡Que la chalupa que estaba varada en el escollo viene dándonos caza, Capitán!

—¡Ocupaos vosotros en remar, y dejadme a mí el cuidado de detenerla a distancia a fuerza de balas! —dijo el Corsario.

En la cumbre del monte seguían resonando los disparos. Probablemente, al encontrarse los españoles ante aquella doble trinchera de pedruscos y de espinos, debían de haberse detenido por miedo a un lazo o a una sorpresa.

Bajo el empuje de los cuatro remos, manejados vigorosamente por los dos filibusteros, la chalupa se alejaba con rapidez de la isla, dirigiéndose hacia la boca del Catatumbo. La distancia era considerable; pero si los hombres que quedaron de guardia en la carabela no se hubieran dado cuenta de lo que sucedía en la playa meridional del monte, cabía la posibilidad de eludir la persecución.

La chalupa de los españoles se había detenido cerca del pequeño promontorio para embarcar a los dos marineros, que gritaban como condenados; los filibusteros aprovecharon aquel momentáneo retraso para ganar otros cien metros.

Desgraciadamente, las voces de alarma llegaron hasta las orillas meridionales del islote. Los disparos de los dos marineros no habían sido confundidos con los que resonaban en la cumbre del monte, y muy pronto se dieron cuenta de lo sucedido.

Los fugitivos apenas se habían distanciado unos cien metros. Las otras dos chalupas, una de las cuales era bastante grande e iba armada con una pequeña culebrina, se lanzaron tras ellos.

—¡Estamos perdidos! —exclamó involuntariamente el Corsario—. ¡Amigos, preparémonos para vender cara nuestra vida!

—¡Mil truenos! —exclamó Carmaux—. ¿Tan pronto se ha cansado la buena suerte? ¡Pues bueno, sea! ¡Pero antes de morir enviaremos a algunos delante de nosotros al otro mundo!

Así diciendo soltó los remos y empuñó el arcabuz. Las chalupas, precedidas por la más grande, que tripulaba una docena de hombres, se encontraba ya a unos trescientos pasos y avanzaban con furia.

—¡Rendíos u os echamos a pique!

—¡No! —contestó con voz tonante el Corsario—. ¡Los hombres de mar mueren, pero no se rinden!

—¡El Gobernador promete respetar vuestra vida!

—¡Aquí está mi respuesta!

El Corsario apuntó rápidamente el arcabuz e hizo fuego, tumbando a uno de los remeros. En la tripulación de las tres chalupas estalló un grito de furor.

—¡Fuego! —se oyó gritar.

La culebrina relampagueó con estrépito. Unos segundos después la chalupa de los fugitivos se inclinaba hacia la proa y embarcaba agua a torrentes.

—¡A nado! —gritó el Corsario, dejando caer el arcabuz.

Los dos filibusteros descargaron los fusiles contra la gran chalupa, y en seguida se echaron al agua, en tanto que el bote, cuya proa hizo pedazos la bala del cañoncito, se ponía quilla al aire.

—¡Los sables en los dientes y dispuestos para el abordaje! —bramó el Corsario—. ¡Moriremos en la cubierta de la chalupa!

Sosteniéndose a flote con trabajo, los tres filibusteros nadaron desesperadamente, dirigiéndose a la embarcación, decididos a intentar una lucha suprema y a morir antes que rendirse.

Los españoles, que seguramente tenían interés en cogerlos vivos, pues de no ser así les hubiera sido fácil enviarlos al fondo del mar con una sola descarga, cayeron en medio de ellos con unas cuantas remadas; pero de tan mala manera que, al tropezar la proa de la chalupa, derribó a unos encima de otros.

En el acto veinte manos agarraron fuertemente por los brazos a los tres nadadores, los izaron a bordo, los desarmaron y los ataron antes de que pudieran reponerse del encontronazo.

Cuando el Corsario pudo darse cuenta de todo lo que había sucedido se encontró tendido en la proa de la chalupa, con las manos estrechamente ligadas detrás de la espalda, y sus dos compañeros bajo los bancos de proa.

A su lado iba un hombre que vestía un elegante traje de caballero castellano, el cual llevaba la barra del timón. Al verle lanzó el Corsario una exclamación de estupor.

—¡Usted, conde!

—¡Yo, caballero! —contestó este sonriendo.

—¡Nunca hubiera creído que el conde de Lerma hubiera olvidado tan pronto que había sido respetado por mí cuando pude matarle en casa del notario de Maracaibo! —dijo con amargura el Corsario.

—¿Y qué es lo que le induce a creer al señor de Ventimiglia que yo haya olvidado el día en que tuve la buena suerte de conocerle? —preguntó el Conde en voz baja.

—Si no me engaño, creo que ha sido usted el que me ha hecho prisionero.

—¿Y qué?

—Y que me lleva ante el duque flamenco.

—¿Y qué importa eso?

—¿Ha olvidado usted que Wan Guld mandó ahorcar a mis dos hermanos?

—No, caballero.

—¿Ignora usted el odio que existe entre ese hombre y yo?

—No lo ignoro.

—¿Y que me ahorcará también?

—¡Bah!

—¿No lo cree usted?

—Que el duque tenga ese deseo, lo creo; pero usted ha olvidado a su vez que estoy yo aquí. Y añadiré, si usted lo ignora, que la carabela es mía, y que los marineros me obedecen a mí solamente.

—Es que Wan Guld es gobernador de Maracaibo y todos los españoles tienen que

obedecerle.

—Ya ve usted que le he dado gusto haciendo que le prendiesen a usted; pero, por lo demás... —dijo el Conde en voz baja y sonriendo de un modo misterioso.

Después, inclinándose hacia el Corsario, murmuró a su oído:

—Gibraltar y Maracaibo están lejos, caballero, y pronto le daré una prueba de cómo el conde de Lerma se la juega al flamenco. ¡Ahora, silencio!

En aquel instante la chalupa, escoltada por las otras dos embarcaciones, llegaba al lado de la carabela.

A una señal del Conde sus marineros cogieron a los tres filibusteros y los transportaron a bordo de la carabela; mientras tanto, decía una voz con aire de triunfo:

—¡Por fin, también ha caído en mis manos el último!

CAPÍTULO XXXIII

LA PROMESA DE UN NOBLE CASTELLANO



De lo alto de la cámara de popa descendió rápidamente un hombre y se detuvo ante el Corsario Negro, a quien le habían quitado las ligaduras.

Era un viejo de imponente aspecto, con larga barba blanca, ancho de hombros, de amplio pecho, dotado de una robustez excepcional, a pesar de sus cincuenta y cinco o sesenta años.

Tenía todo el aire de aquellos viejos dux de la República veneciana que guiaban a la victoria las galeras de la reina de los mares contra los formidables corsarios de la Media Luna.

Como aquellos valientes viejos, vestía una magnífica coraza de acero cincelado, llevaba pendiente una larga espada, que todavía manejaba con vigor supremo, y suspendido del cinto, un puñal con puño de oro.

El resto del traje era español, de amplias mangas con bullones de seda negra, mallas también de seda de igual color, y altas botas de piel amarilla. Calzaba espuelas de plata.

Miró durante unos instantes y en silencio al Corsario. Sus ojos relucían con siniestro fuego. Al cabo dijo con voz lenta y mesurada:

—¡Ya ve usted, caballero, que la fortuna está de mi parte! ¡Había jurado ahorcarlos a ustedes todos, y cumpliré mi juramento!

Al oír estas palabras el Corsario levantó la cabeza, le lanzó una mirada de supremo desprecio y dijo:

—¡Los traidores tienen fortuna en esta vida; pero ya veremos en la otra! ¡Asesino de mis hermanos, concluye tu obra! ¡La muerte no arredra a los señores de Ventimiglia!

—¡Usted ha querido medirse conmigo —prosiguió el viejo en tono frío— pero ha perdido la partida, y pagará!

—¡Pues bien, traidor; manda que me ahorquen!

—¡No tan pronto!

—¿A qué esperas?

—¡Todavía no es tiempo! Hubiera preferido ahorcarle a usted en Maracaibo; pero ya que los de usted están ahora en aquella ciudad, ofreceré ese espectáculo a los de Gibraltar.

—¡Miserable! ¿No te ha bastado con la sangre de mis hermanos?

Una luz feroz relampagueó en los ojos del viejo duque.

—¡No! —dijo a media voz después de un momento de silencio—. ¡Es usted un testigo demasiado peligroso de lo sucedido en Flandes, para que yo le deje con vida! Además, que si yo no le matase, mañana o pasado me suprimiría usted a mí. Quizá no le odie tanto como usted cree. Me defiendo, o mejor, me deshago de un adversario que no me dejaría vivir tranquilo.

—¡Entonces, mátame, porque si logro escapar de tus manos, mañana mismo reanudaré la lucha en contra tuya!

—¡Lo sé! —dijo el viejo después de reflexionar un momento—. Y, sin embargo, podría usted librarse de la ignominiosa muerte que le espera por su calidad de filibustero.

—¡Ya he dicho que la muerte no me causa miedo! —dijo con fiereza suprema el Corsario.

—Conozco el valor de los señores de Ventimiglia —contestó el Duque a tiempo que una nube obscurecía su frente—. ¡Sí; he tenido motivo, tanto aquí como en otras partes, para

poder apreciar su ánimo indomable y su desprecio a la muerte!

Dio algunos pasos por la cubierta de la carabela con la mirada sombría y la cabeza inclinada sobre el pecho, y en seguida, volviéndose de repente hacia el Corsario, añadió:

—Usted, caballero no lo creerá; pero estoy cansado de la tremenda lucha que ha empeñado contra mí, y me alegraría mucho de que cesara.

—¡Sí!, —dijo el Corsario Negro con ironía—. ¿Y para terminarla me ahorcas?

El Duque levantó vivamente la cabeza, y mirando al Corsario, le preguntó a quemarropa:

—Y si le dejase libre, ¿qué haría usted?

—¡Volver a emprender la lucha de un modo más encarnizado, para vengar a mis hermanos, a quienes has sacrificado inicualemente! —respondió el señor de Ventimiglia.

—En ese caso, me obliga usted a que le mate. Le hubiese concedido la vida para calmar los remordimientos, que a veces me roen el corazón; pero era preciso que usted consintiera en renunciar a la venganza y en volver a Europa. Mas como sé que no aceptará jamás esas condiciones, tengo que ahorcarle, como he ahorcado al Corsario Verde y al Corsario Rojo.

—¡Y como asesinaste en Flandes a mi hermano mayor!

—¡Calle usted! —gritó el Duque, con voz llena de angustia—. ¿Para qué recordar lo pasado? ¡Dejémosle que duerma para siempre!

—¡Concluye tu triste obra de traición y asesinato! —prosiguió el Corsario—. ¡Suprime también al último señor de Ventimiglia! ¡Pero te advierto que no por eso habrá concluido la lucha, porque alguien tan formidable y tan audaz como yo recogerá el juramento del Corsario Negro y el día que caigas en sus manos no te perdonará!

—¿Y quién va a ser ese? —preguntó el Duque con acento de terror.

—¡El Olonés!

—¡Bueno; le ahorcaré también!

—¡Si no es él quien te ahorca a ti muy pronto! ¡Pero se dirige a Gibraltar y dentro de pocos días te tendrá en su poder!

—¿Cree usted eso? —preguntó con ironía el Duque—. Gibraltar no es Maracaibo, y el valor de los filibusteros se hará pedazos al chocar con las poderosas fuerzas de España. ¡Que venga el Olonés y llevará su merecido!

Y volviéndose hacia los marineros, dijo:

—¡Conducid a la bodega a los prisioneros, y que se les vigile con rigor! ¡Habéis ganado el premio que os ofrecí; ya se os dará en cuanto lleguéis a Gibraltar!

Dicho esto, volvió la espalda al Corsario, se dirigió hacia popa y descendió a la cámara. Llegaba ya junto a la escalera, cuando le detuvo el Conde Lerma, diciéndole:

—¿Está usted resuelto a ahorcar al Corsario?

—Sí —contestó el viejo con tono resuelto—. Es un enemigo de España, y junto con el Olonés dirigió la expedición contra Maracaibo. ¡Morirá!

—Es noble y valiente, señor duque.

—¿Y qué importa?

—¡Que da pena ver morir a hombres semejantes!

—¡Es un enemigo, señor conde!

—Pues yo no lo mataría.

—¿Y por qué?

—Ya sabe usted, señor duque, que corre la voz de que su hija de usted ha sido capturada por los filibusteros de las islas de las Tortugas.

—¡Es verdad! —dijo el viejo suspirando—. Pero todavía no se ha confirmado que haya sido presa de los filibusteros el barco en que iba.

—¿Y si es cierto el rumor?

El viejo dirigió al Conde una mirada llena de angustia.

—¿Ha sabido usted alguna cosa? —preguntó con indecible ansiedad.

—No, señor duque; pero pienso que si realmente ha caído en manos de los filibusteros, se podría canjearla por el Corsario Negro.

—¡No, señor! —contestó con tono resuelto el viejo—. Lo mismo puedo rescatar a mi hija pagando una buena cantidad, en caso de que fuese reconocida, cosa que dudo, pues he tomado todas mis precauciones para que viajase de incógnito, y dando libertad al Corsario no tengo la vida segura. Me ha quebrantado la larga lucha que he tenido que sostener contra él y sus hermanos, y ya es hora de que termine. ¡Señor conde, mande usted embarcar a la tripulación, y en seguida póngase a la vela para Gibraltar!

El Conde de Lerma se inclinó sin contestar, y se dirigió hacia proa murmurando:

—¡El noble castellano cumplirá lo que ha prometido!

Las chalupas comenzaban en aquel momento a transportar a bordo a los marineros que habían tomado parte en el ataque al islote, ataque cuyo éxito ya conocen los lectores.

Así que hubo embarcado hasta el último marinero, mandó el conde desplegar velas; pero antes de hacer que levasen el ancla transcurrieron varias horas, lo que hizo creer al duque, que se impacientaba con aquel retraso, que había embarrancado la carabela en un banco de arena y que por esa causa era preciso esperar a la marea para poder ponerse en movimiento.

Hasta las cuatro de la tarde no pudo el velero alejarse del lugar donde fondeara.

Después de haber bordeado a lo largo de la playa del islote, la carabela maniobró de modo que fue acercándose a la boca del Catatumbo, ante el cual permaneció casi al paio a unas tres millas de la costa.

En aquella parte del inmenso lago reinaba una calma casi absoluta, por efecto de la gran curva que allí describía la costa.

El duque, que había subido varias veces a cubierta, impaciente por llegar a Gibraltar, ordenó al conde que dirigiese la carabela al lago, o al menos que mandara remolcarla por las chalupas; pero el flamenco no pudo conseguir nada, pues le habían contestado que la tripulación estaba cansadísima y que los bajos impedían maniobrar con libertad.

A eso de las siete de la tarde la brisa comenzó por fin a soplar, y el velero pudo reanudar la marcha, pero sin alejarse de las playas ribereñas.

Después de cenar con el duque, el Conde de Lerma se puso al timón, teniendo al lado al piloto, y sostuvo con él en voz muy baja una larga plática. Al parecer, le hacía prolijas indicaciones acerca de la maniobra de la noche, con objeto de no tropezar con los muchos bajos que se extienden desde la boca del Catatumbo hasta Santa Rosa, pequeña localidad que se halla a pocas horas de distancia de Gibraltar.

Aquella conversación, un poco misteriosa, duró hasta las diez de la noche, hora en que el duque se retiró a su camarote para descansar; en seguida el conde, dejando la barra y aprovechándose de la obscuridad, descendió a la cámara de marinería sin ser visto por la tripulación dormida, y pasó a la estiba.

—¡Ahora nosotros! —murmuró—. ¡El Conde de Lerma pagará su deuda y después ya veremos qué es lo que sucede!

Encendió una linterna sorda que llevaba escondida en la amplia campana de una de sus altas botas y marcó por debajo de la cámara, enfocando con la luz a algunas personas que parecían dormir tranquilamente.

—¡Caballero! —dijo en voz baja. Uno de aquellos hombres se incorporó y se sentó, a pesar de que tenía los brazos fuertemente atados.

—¿Quién viene a incomodarme? —preguntó el Corsario con mal humor—. ¡Ah! ¿Usted, Conde? ¿Viene usted acaso a hacerme compañía?

—¡Vengo a algo mejor, caballero! —contestó el castellano.

—¿Qué quiere usted decir?

—Que vengo a pagar una deuda.

—No lo comprendo a usted.

—¡Caray! —dijo el Conde sonriendo—. ¿Ha olvidado usted nuestra alegre aventura en casa del notario?

—No, Conde.

—Entonces, no habrá olvidado tampoco que aquel día me salvó la vida.

—¡Es verdad!

—Pues ahora vengo a cumplir mi deuda de gratitud. Hoy no estoy en peligro yo, sino usted, y, por lo tanto, me corresponde la vez para hacerle un favor, que seguramente apreciará.

—Explíquese mejor, Conde.

—Vengo a salvarle, señor.

—¡A salvarme! —exclamó estupefacto el Corsario—. ¿No ha pensado usted en el Duque?

—Está durmiendo, caballero.

—Pero mañana estará despierto.

—¿Y qué? —preguntó tranquilo el Conde.

—Que mandará prender y ahorcar a usted en lugar mío. ¿Ha pensado usted en eso, Conde? ¡Usted ya sabe que Wan Guld no bromea!

—¿Y cree usted, caballero, que puede sospechar de mí? Ya sé que es astuto el flamenco; pero creo que no se atreverá a culparme. Además, la carabela es mía, la tripulación me profesa gran afecto, y si quiere intentar algo contra mí, perderá el tiempo y el esfuerzo.

Créame usted; aquí no quieren gran cosa al Duque, por su altivez y su crueldad, y mis compatriotas le soportan de mala gana. Quizás haga mal en dejar a usted libre ahora, precisamente en el momento en que el Olonés se dirige a Gibraltar; pero ante todo soy un caballero, y debo cumplir un deber de conciencia. Usted ha respetado mi vida en otra ocasión; yo salvaré la de usted ahora, y quedaremos iguales. Si después nos encontramos en Gibraltar, usted cumplirá sus deberes de corsario, yo los de español, y nos batiremos como enemigos encarnizados.

—¡No Conde; no nos batiremos como enemigos encarnizados!

—¡Pues entonces, nos batiremos como dos gentileshombres que militan en distintos campos! —dijo noblemente el castellano.

—¡Así sea, Conde!

—Ahora váyase usted. Aquí tiene usted un hacha, con la que puede romper las traviesas de madera de cualquiera de las portas, y dos puñales para que con sus compañeros se defienda de las fieras cuando se halle en tierra. Una de las chalupas de la carabela nos sigue a remolque; la alcanzan ustedes, le cortan la cuerda y arrancan en seguida hacia la costa. Ni yo ni el piloto veremos nada. ¡Adiós, caballero; espero volver a verle bajo las murallas de Gibraltar y cruzar una vez más mi espada con la suya!

Dicho esto, el Conde le cortó las ligaduras, le dio las armas, le estrechó la mano y se alejó rápidamente, desapareciendo por la escalera.

El Corsario permaneció inmóvil durante algunos instantes, como sumergido en profundos pensamientos, o como si todavía estuviera asombrado de lo grande y magnífico del acto realizado por el castellano. Al cabo, como a sus oídos llegasen algunos rumores, sacudió a Wan Stiller y a Carmaux, diciéndoles:

—¡Amigos, en marcha!

—¿Nos marchamos? —exclamó Carmaux abriendo desmesuradamente los ojos—. ¿Y por dónde, Capitán? ¿Estamos atados como chorizos y quiere usted que nos vayamos?

El Corsario cogió un puñal y a tajos cortó los cordeles que sujetaban a sus dos compañeros.

—¡Truenos! —exclamó Carmaux.

—¡Y relámpagos! —añadió el hamburgués.

—¿Estamos libres? ¿Qué ha sucedido, señor? ¿Se habrá vuelto de improviso tan generoso ese tunante de Gobernador que nos deje ir?

—¡Silencio y seguidme!

El Corsario empuñó el hacha y se dirigió hacia una de las portas, la más ancha de todas, defendida por gruesas trancas de madera. Aprovechando el momento en que los marineros de guardia hacían mucho ruido, pues había que virar de bordo, derribó con cuatro hachazos las traviesas y abrió un boquete suficiente para dejar pasar un hombre.

—¡Cuidado con dejaros sorprender! —dijo a ambos filibusteros—. ¡Si estimáis el pellejo, conducíos con prudencia!

Se deslizó a través de la porta y se suspendió en el vacío, manteniéndose sujeto a las traviesas inferiores. La borda era tan baja, que se encontró metido en el agua hasta los muslos.

Esperó a que una ola fuese a romper contra el costado del velero y se dejó ir, poniéndose a nadar en seguida a lo largo de la borda para que no le viesen los marineros de guardia. Un momento después se reunieron con él Carmaux y Wan Stiller, que llevaban entre los dientes los puñales del castellano.

Dejaron pasar la carabela, y viendo en seguida la chalupa, que iba atada a la popa con una cuerda muy larga, la alcanzaron en cuatro brazadas y, ayudándose unos a otros para mantenerla en equilibrio, se metieron dentro.

Iban a coger los remos, cuando la cuerda que sujetaba la chalupa a la carabela cayó al mar, cortada por una mano amiga.

El Corsario levantó los ojos hacia la popa del velero y en el castillo vio una sombra humana que le hizo una seña de despedida.

—¡Es un noble corazón! —murmuró reconociendo al castellano—. ¡Dios le proteja contra la cólera de Wan Guld!

Con todas las velas desplegadas la carabela proseguía su carrera hacia Gibraltar, sin que ni un solo grito hubiera salido de entre los hombres de guardia. Se le vio todavía durante algún tiempo ir corriendo bordadas, y poco después desapareció a sus ojos el grupo de los islotes.

—¡Truenos! —exclamó Carmaux rompiendo el silencio que reinaba en la chalupa—. ¡Yo

todavía no sé si estoy despierto o si soy juguete de un sueño! ¡Encontrarse atado en la bodega de una carabela, con todas las probabilidades de que le ahorcaran a uno al salir el Sol, y ahora, sin saber ni cómo ni cuándo, verse libre, no es cosa para ser creída fácilmente! Capitán, ¿qué es lo que ha sucedido? ¿Quién le ha proporcionado los medios para poder escapar del furor de ese viejo antropófago?

—El Conde de Lerma —respondió el Corsario.

—¡Ah! ¿El valiente y noble caballero? ¡Si lo encontramos en Gibraltar le respetaremos! ¿Verdad, Wan Stiller?

—¡Le trataremos como a un hermano de la costa! —respondió el hamburgués—. ¿A dónde vamos, Capitán?

El Corsario Negro no contestó. Se había levantado repentinamente y miraba hacia el Norte, escrutando la línea del horizonte.

—Amigos —dijo algo emocionado—, ¿no distinguís nada allá arriba?

Los dos filibusteros se pusieron en pie y miraron en la dirección indicada. Allí donde la línea del horizonte parecía confundirse con las aguas del amplio lago brillaban dos puntos luminosos. Un hombre de tierra quizás los hubiese tomado por estrellas próximas a ocultarse; pero a un marino no le era fácil equivocarse...

—¡Allá arriba brillan dos luces! —dijo Carmaux.

—Son las luces de un barco que viene por el lago —añadió el hamburgués.

—¿Será Pedro que boga hacia Gibraltar? —preguntó el Corsario, al mismo tiempo que en sus ojos relampagueaba vívida luz—. ¡Ah, si fuese cierto, todavía podría vengarme del matador de mis hermanos!

—Sí, Capitán —dijo Carmaux—, aquellos dos puntos luminosos son los faroles de una barca o de un buque grande. ¡Estoy seguro de que es el Olonés!

—¡Pronto, vamos a la playa, y encendamos un hoguera para que venga a recogernos!

Carmaux y Wan Stiller cogieron los remos y bogaron con ahínco dirigiendo la chalupa hacia la costa, que ya no estaba más que unas tres o cuatro millas.

Media hora después los tres filibusteros saltaban a tierra en una especie de bahía bastante amplia para poder contener media docena de veleros pequeños. Aquella bahía se hallaba a unas treinta millas de Gibraltar.

Cercanos ya los puntos luminosos, pudo verse que avanzaban con rapidez.

—¡Amigos! —gritó el Corsario, que se había subido en una peña—, es la flota del Olonés.

CAPÍTULO XXXIV

EL OLONÉS



traídas por la hoguera que nuestros amigos habían encendido, entraron en la bahía a eso de las dos de la madrugada cuatro grandes barcas, que en seguida echaron anclas.

Las tripulaban ciento veinte corsarios mandados por el Olonés, y componían la vanguardia de la flotilla encargada de tomar Gibraltar.

El famoso filibustero quedó bastante sorprendido al ver aparecer tan de improviso al Corsario Negro, pues no pensaba que podría encontrarle tan pronto. Le creía en medio de los grandes bosques y entre las marismas palúdicas del interior, ocupado en perseguir a Wan Guld, y había perdido la esperanza de tenerle como compañero en la toma de la poderosa ciudadela.

Así que estuvo al corriente de las extraordinarias aventuras que acaecieron a su amigo, dijo:

—¡Pobre caballero! ¡No tienes suerte con ese condenado viejo! Pero ¡por los arenales de Olona, esta vez espero que podremos capturarlo, porque cercaremos Gibraltar de modo que no pueda escaparse! ¡Te prometo que hemos de ahorcarle en uno de los palos de tu *Rayo*!

—Pedro, dudo que podamos encontrarle en Gibraltar —contestó el Corsario—. Ya sabes que nos dirigimos hacia la ciudad decididos a tomarla; sabe que he de buscarle casa por casa para vengar la muerte de mis pobres hermanos, y por esa razón temo no hallarle allí.

—¿No les has visto dirigirse hacia Gibraltar a bordo de la carabela del Conde?

—Sí, Pedro; pero ya sabes lo astuto que es. Más adelante ha podido cambiar de rumbo para no verse en el peligro de que le cojan entre los muros de la ciudad.

—Eso es cierto —dijo el Olonés, que se había quedado pensativo—. ¡Ese condenado Duque es más listo que nosotros, y quizá se haya apartado de Gibraltar para ponerse a salvo en las costas orientales del lago! Yo he sabido que tiene parientes en Honduras y en Puerto Cabello, y no sería extraño que tratase de huir del lago para refugiarse allí.

—¿Ves, Pedro, cómo protege la suerte a ese viejo?

—¡Ya se cansará! ¡Ah! ¡Si llego a tener la certeza de que se ha refugiado en Puerto Cabello, no dudaré ni un momento en ir a buscarle! Aquella ciudad merece una visita, y estoy seguro de que todos los filibusteros de las Tortugas me seguirían para meter mano en las incalculables riquezas que allí hay. Si no le encontramos en Gibraltar, ya pensaremos lo que debemos hacer. Te he prometido ayudarte, y ya sabes que el Olonés no ha faltado nunca a su palabra.

—¡Gracias; cuento contigo! ¿Dónde está mi *Rayo*?

—Lo he enviado a la salida del golfo con otros dos barcos de Harris, para impedir que nos molesten los buques de guerra españoles.

—¿Cuántos hombres traes contigo?

—Ciento veinte, pero esta misma noche llegará el Vasco con otros cuatrocientos, y mañana a primera hora daremos el asalto a Gibraltar.

—¿Esperas lograrlo?

—Tengo la convicción de ello, aun cuando he sabido que los españoles han reunido ochocientos hombres resueltos, han dejado intransitables los caminos de la montaña que conducen a la ciudad, y han levantado varias baterías. ¡Tendremos que roer un hueso muy

duro, que nos hará perder mucha gente; pero nosotros venceremos, amigo!

—Estoy dispuesto a seguirte, Pedro.

—Contaba con tu poderoso brazo y con tu valor, caballero. ¡Ven, vamos a cenar a bordo de mi barcaza, y después te acostarás! Creo que tienes necesidad de reposo.

El Corsario, que por un milagro de energía se sostenía en pie, le siguió, mientras que los filibusteros desembarcaban en la playa para acampar en las lindes del bosque hasta que llegara el Vasco con sus compañeros.

Sin embargo, no se perdió aquella jornada, porque una buena parte de aquellos hombres incansables se pusieron en seguida en marcha para explorar las cercanías y ver si podrían caer por sorpresa sobre la ciudadela española. Los más atrevidos de entre los exploradores habían llegado hasta dar vista a los poderosos fuertes de Gibraltar, con objeto de tener una idea clara de las medidas defensivas que adoptara el enemigo, y otros se atrevieron a interrogar a los colonos fingiéndose pescadores náufragos.

Estas audaces investigaciones dieron resultados no muy a propósito para animar tan intrépidos merodeadores del mar, a pesar de hallarse acostumbrados a vencer los más insuperables obstáculos.

Por todas partes encontraban cortados los caminos con trincheras coronadas de cañones y por enormes empalizadas erizadas de espinos. Además, supieron que el comandante de la ciudadela, uno de los más valientes y animosos soldados que por aquel tiempo tenía España en América, hizo jurar a sus soldados que se dejarían matar antes que arriar la bandera patria.

Tan malas impresiones produjeron cierta ansiedad en el espíritu de los más fieros corsarios, que temieron acabar de un modo desastroso la expedición.

Informado en el acto el Olonés de cuanto habían contado los espías, no vaciló su ánimo y en la noche siguiente, reunidos todos los jefes, pronunció aquellas hermosas palabras, conservadas por la Historia^[6], que demuestran la confianza que tenía en sí mismo, y cuánto contaba con el valor de sus corsarios.

—¡Es preciso, hombres del mar, que mañana nos batamos valerosamente! —dijo—. ¡Si sucumbimos, además de la vida, perderemos nuestros tesoros, que tanta sangre nos han costado! ¡Hemos vencido a enemigos mucho más formidables, que los que se han reunido en Gibraltar, y allí ganaremos mayores riquezas! ¡Mirad a vuestro jefe, y seguid su ejemplo!

Llegada la media noche arribaron a la plaza las barcazas de Miguel el Vasco, que iban tripuladas por cuatrocientos hombres.

Los filibusteros del Olonés levantaron el campo y se dispusieron a partir para Gibraltar, ante cuyos fuertes contaban llegar por la mañana, pues no querían aventurarse en un asalto nocturno.

Apenas desembarcaron, los cuatrocientos hombres del Vasco se ordenaron en columnas, y el pequeño ejército guiado por sus tres jefes, comenzó la marcha a través de los bosques, dejando de guardia en las chalupas unos veinte filibusteros.

Carmaux y Wan Stiller, bien descansados y bien comidos, se colocaron detrás del Corsario Negro, pues no querían faltar al asalto, deseosos como estaban de coger a Wan Guld.

—¡Amigo Stiller! —decía el alegre filibustero—, esta vez espero que echemos la zarpa a ese tunante para entregárselo al Capitán.

—Apenas hayamos asaltado los fuertes, iremos corriendo a la ciudad para impedirle que se largue, amigo Carmaux. Yo sé que el Comandante ha dado a cincuenta hombres orden de que se lancen en los bosques para cortar la retirada a los fugitivos.

—Y, además, de que no le pierda de vista al catalán.

—Estoy seguro. ¡Es preciso que encontremos a ese diablo de hombre, porque si no se hará matar!

En aquel momento sintió que le tocaban en un hombro y que una voz bien conocida de ellos les decía:

—¿Es verdad eso, compadre?

Carmaux y Wan Stiller se volvieron vivamente, y vieron al africano.

—¡Eres tú, compadre *Saco de carbón*! —exclamó Carmaux—. ¿De dónde has salido?

—Hace más de diez horas que ando buscándolos a lo largo de la costa corriendo como un caballo. ¿Es verdad que os había hecho prisioneros el Gobernador?

—¿Quién te lo ha dicho?

—Se lo he oído contar a algunos filibusteros.

—Pues es verdad, compadre. Pero como ves, hemos escapado de entre sus manos, con la

ayuda del valiente Conde de Lerma.

—¿Aquel noble castellano a quien hicimos prisionero en casa del notario de Maracaibo?

—Sí, compadre. ¿Y qué les sucedió a los heridos que os habíamos dejado?

—Murieron ayer por la mañana —contestó el negro.

—¡Pobres diablos! ¿Y el catalán?

—A estas horas debe de estar ya en Gibraltar.

—La ciudad, compadre, va a oponer una resistencia desesperada.

—Temo que buen número de los nuestros no cenén esta noche. El comandante de la plaza es un hombre que se defenderá con furor, ya ha cortado todos los caminos y levantado trincheras y baterías.

—¡Espero que no hemos de contarnos entre los muertos, y que, en cambio, ahorcaremos a Wan Guld!

Mientras tanto las cuatro columnas penetraron con cautela a través de los bosques que rodeaban entonces a Gibraltar, precedidos por pequeños grupos de exploradores compuestos en su mayoría por bucaneros.

Ya sabían todos que los españoles, prevenidos de la cercanía de sus implacables enemigos, los esperaban, y que el viejo comandante de la ciudadela había preparado emboscadas para diezmarlos antes que intentaran el asalto de los fuertes.

Algunos disparos de fusil sobre los primeros pelotones advirtieron a las columnas de asalto que ya no estaba lejos la ciudad.

El Olonés, el Corsario Negro y el Vasco, creyendo que se trataba de una emboscada, se apresuraron a alcanzar a los exploradores llevando consigo unos cien hombres; pero pronto supieron que no era un verdadero ataque de los españoles, sino un simple cambio de disparos entre las avanzadas.

Viendo el Olonés que ya los habían descubierto, mandó que se detuvieran las columnas hasta que se hiciera de día, pues quería ante todo ver los medios de defensa de que disponían los adversarios y la clase de terreno, porque notaba que este iba haciéndose pantanoso.

A la derecha erguía una colina cubierta de maleza, y se apresuró a subirla acompañado del Corsario Negro, seguro de que desde allí podría dominar una buena parte de la campiña.

Cuando llegaron a la cumbre comenzaba a clarear.

Una luz blanca, que se tornaba rápidamente en roja hacia la costa occidental del lago, invadía el cielo y teñía las aguas con reflejos rojizos anunciando un día magnífico.

El Olonés y el Corsario dirigieron la mirada hacia una montaña que se alzaba frente a ellos, y en la cual veíanse dos grandes fuertes, y detrás de ellas se extendían grupos de viviendas de blancas paredes y una informe aglomeración de techos y cabañas.

El Olonés arrugó el entrecejo.

—¡Por los arenales de Olona! —exclamó—. ¡Va a ser cosa muy seria asaltar esos fuertes sin artillería y sin escalas! ¡Será preciso hacer prodigios de valor, o si no, nos darán tal zurra, que nos quitarán por mucho tiempo la gana de volver a inquietar a los españoles!

—Tanto más, cuanto que el camino de la montaña ha quedado intransitable, Pedro —dijo el Corsario—. Lo han cortado. Desde aquí veo las baterías y las empalizadas, las cuales tendremos que acometer bajo el fuego de los cañones de los fuertes.

—Y además aquel pantano que nos corta el paso, y que nos obligará a construir puentes volantes. ¿No lo ves?

—Sí, Pedro.

—Si fuera posible costearlo y echar por la llanura... ¡Pero qué!... ¡Si la llanura está inundada! ¡Mira con qué rapidez avanza el agua!

—¡Tenemos que habérmolas con un comandante que conoce todos los recursos de la guerra, Pedro!

—¡Ya lo veo!

—¿Qué piensas hacer?

—Tentar la suerte, caballero. En Gibraltar existen mayores tesoros que en Maracaibo, y podremos realizar una gran ganancia. ¿Qué se diría de nosotros si retrocediéramos? ¡Se perdería la confianza en el Olonés, en el Corsario Negro y en Miguel el Vasco!

—Es verdad, Pedro; y nuestra fama de corsarios audaces e invencibles se eclipsaría. ¡Además, piensa que dentro de esos fuertes está mi mortal enemigo!

—Sí; y yo quiero hacerle prisionero. La dirección de la mayor parte de los filibusteros os la confío a ti y al Vasco que os encargaráis de hacerlos atravesar las marismas para forzar el

camino de la montaña; yo rodearé la margen extrema, y marchando al amparo de los árboles, procuraré llegar sin ser visto debajo de los muros del primer fuerte.

—¿Y las escalas, Pedro?

—¡Ya tengo mi plan! Encargaos de tener distraídos a los españoles, y déjame a mí hacer lo demás. ¡Si dentro de tres horas no está Gibraltar en poder nuestro, dejaré de ser el Olonés! ¡Abracémonos, caballero, por si acaso no volvemos a vernos en esta vida!

Ambos formidables corsarios se estrecharon afectuosamente, y a los primeros rayos del Sol descendieron de la colina.

Los filibusteros habían acampado momentáneamente en las lindes de la selva, ante las lagunas que les habían impedido avanzar, y en cuyo extremo y sobre un montículo aislado vieron un pequeño reducto defendido por dos cañones.

Carmaux, Wan Stiller y algunos otros quisieron apreciar la solidez que ofrecía aquel fango; pero en el acto se hicieron cargo de que no era cosa de fiar en él, pues cedía bajo la presión de los pies, amenazando con engullirse a cuantos se hubieran atrevido a caminar por allí.

Aquel obstáculo imprevisto, que miraban como insuperable, además de los otros a los cuales había que hacer frente en la llanura, y, por último, en la montaña, antes de llegar hasta el pie de los fuertes, enfrió el entusiasmo de no pocos; pero, sin embargo, ninguno se aventuró a hablar de retirada.

El regreso de los dos famosos corsarios, y su decisión de empeñar la batalla en seguida, volvió a enardecer a la mayoría, pues tenían una fe ciega en tales jefes.

—¡Animo, hombres de mar! —gritó el Olonés—. ¡Detrás de aquellos fuertes existen mayores tesoros en qué hacer presa que en Maracaibo! ¡Demostremos a nuestros implacables enemigos que somos siempre invencibles!

Dio la orden de formar dos columnas, recomendó a todos que no retrocedieran ante ningún obstáculo, y después mandó avanzar.

El Corsario Negro se puso a la cabeza de la tropa más numerosa en compañía del Vasco, mientras que el Olonés con los suyos avanzaba a lo largo de la linde del bosque, con objeto de rebasar la llanura inundada y llegar inadvertidamente debajo de los fuertes.

CAPÍTULO XXXV

LA TOMA DE GIBRALTAR



a columna que el Corsario Negro y el Vasco debían conducir a través del pantano que defendía la batería, componíanla trescientos ochenta hombres armados de sables cortos y algunas pistolas, con treinta cargas solamente, pues no habían creído necesarios los arcabuces, por ser armas en absoluto inútiles contra los fuertes, y que, en cambio, los embarazarían mucho en un combate cuerpo a cuerpo.

Pero aquellos trescientos ochenta hombres eran otros tantos demonios que iban resueltos a todo, dispuestos a precipitarse con furia irresistible sobre cualquier género de obstáculos que encontraran, seguros de salir siempre vencedores.

A la orden de sus jefes se pusieron en marcha, llevando cada hombre un haz de leña y gruesas ramas de árboles para arrojarlos sobre el fango y poder avanzar a través de él.

Apenas llegaron a la orilla de aquel vasto pantano, cuando la batería española emplazada en el extremo opuesto lanzó por entre las cañas un huracán de metralla. Era una advertencia peligrosa, pero no suficiente para detener a aquellos fieros depredadores del mar.

El Corsario Negro y el Vasco lanzaron el formidable grito de guerra:

—¡Adelante, hombres del mar!

Los filibusteros se precipitaron en el pantano, arrojando haces de leña y troncos de árboles para preparar el camino, sin preocuparse del fuego de la batería enemiga, que de minuto en minuto era más acelerado y levantaba columnas de agua y fango bajo una incesante lluvia de metralla.

La marcha a través de aquel pantano se hacía cada vez más peligrosa a medida que los filibusteros se alejaban de las lindes de la selva.

No era suficiente para todos el puente hecho con los troncos y los haces de leña.

A derecha e izquierda caían los hombres en el fango, se sumergían hasta la cintura y no podían salir del atasco sin el socorro de sus compañeros. Para colmo de desventura, los materiales que habían llevado consigo con objeto de hacer el camino transitable, no alcanzaban para atravesar el pantano por completo.

Aquellos valientes se veían obligados de trecho en trecho, y siempre bajo el fuego de la batería, a sumergirse en el lodo para levantar los troncos y los haces y llevarlos adelante; labor en extremo fatigosa, y peligrosísima, además, dada la naturaleza de la marisma.

Mientras tanto, arreciaba el fuego de los españoles. La metralla pasaba silbando por entre las cañas, levantando nubes de agua cenagosa e hiriendo a los hombres que iban en primera fila, sin que estos pudieran contestar a aquellas descargas mortales, pues no llevaban más que pistolas.

En medio de aquel atoladero, el Corsario Negro y el Vasco conservaban una sangre fría admirable. Animaban a todos con la voz y con el ejemplo, daban aliento a los heridos, ya se adelantaban, ya volvían a retaguardia para dar prisa a los que portaban los troncos y los haces, e indicaban los lugares más cubiertos de cañas, para no exponer a sus hombres al incesante fuego de la batería.

Aun cuando los filibusteros comenzasen a dudar del éxito de aquella empresa, que consideraban como una verdadera locura, no perdían nada de su valor, y trabajaban encarnizadamente, seguros de que si llegaban a pasar el pantano vencerían fácilmente a los

defensores de la batería.

Pero la metralla seguía haciendo estragos en las primeras filas. Más de doce corsarios heridos de muerte habían desaparecido bajo el fango del palúdico pantano, y otros veinte heridos se debatían en medio de los troncos de los árboles y de los haces de leña. ¡Pero aquellos valientes no se quejaban! Al contrario, arengaban a los compañeros, y rehusaban todo socorro para que no perdiesen tiempo.

—¡Adelante, compañeros! ¡Vengadnos! —decían animosamente.

Tanta tenacidad, tanta audacia, y el valor de los jefes, debían triunfar por fin de todos los obstáculos y de la resistencia de los españoles.

Rebasado el último trozo, después de nuevas pérdidas y de inmensas fatigas llegaron a poner pie en tierra firme. Organizarse a escape y lanzarse al asalto de la batería, fue cosa de un momento.

Nadie hubiera podido resistir el empuje de aquellos hombres terribles sedientos de venganza; ninguna batería, por formidable que fuera y por desesperadamente que la hubieran defendido, habría podido rechazarlos.

Con sables y pistolas en mano hicieron irrupción en los terraplenes del reducto.

Una descarga de metralla tendió en tierra a los primeros, los otros subían al asalto como furias desatadas, matando a los artilleros sobre las piezas, embistiendo a los soldados que se sostenían en su puesto, abrumándoles con el número, y vencéndolos al fin, no obstante su vigorosa resistencia.

Un hurra formidable anunció a la banda del Olonés que el primero y quizás más difícil obstáculo estaba ya superado.

Pero aquella alegría debía durar poco. El Corsario y el Vasco, que se habían apresurado a bajar a la llanura para estudiar el camino que debían seguir, vieron que otro obstáculo les cerraba el paso hacia la montaña.

Al lado de allá de un bosquecillo habían podido distinguir que ondeaba una bandera española, indicando la presencia de otro fuerte del cual hasta entonces no habían tenido noticia.

—¡Por la muerte de todos los vascos! —bramó furiosamente Miguel—. ¿Todavía otro hueso duro que roer? ¡Ese condenado comandante de Gibraltar quiere exterminarnos! ¿Qué me dice usted, caballero?

—¡Pienso que este no es el momento de volver pies atrás!

—¡Hemos sufrido ya pérdidas crueles!

—Lo sé.

—¡Y nuestros hombres están fatigadísimos!

—Les concederemos algún descanso, y en seguida iremos a tomar también esa batería.

—¿Cree usted que sea una batería?

—Lo supongo.

—¿Y supone usted que habrá logrado llegar cerca de los fuertes el Olonés?

—Hacia la montaña no se ha oído disparo alguno; por lo tanto, supongo que debe de haber llegado con facilidad a los bosques sin encontrar obstáculo de consideración.

—¡Ese hombre tiene una suerte decidida!

—Espero que también hemos de tenerla nosotros, Miguel.

—¿Y qué debemos hacer ahora?

—Enviar algunos hombres para que exploren el bosque.

—¡Vamos, caballero; es preciso no dejar que se enfríe el entusiasmo de nuestra gente!

Volviéron a subir la eminencia inmediata al bosque, y enviaron algunos hombres escogidos entre los más atrevidos para que examinasen de cerca la batería.

Mientras se alejaban apresuradamente los exploradores, seguidos a cierta distancia por un pelotón de bucaneros encargados de protegerlos contra las emboscadas, el Corsario Negro y el Vasco mandaron transportar a los heridos al otro lado de la laguna para ponerlos a salvo en el caso de una retirada precipitada, y al propio tiempo dispusieron que se echaran más troncos y haces de leña para tener un camino expedito a sus espaldas.

Cuando terminaron de realizar esta última operación, vieron llegar a los exploradores y a los bucaneros. No eran muy buenas las noticias que les llevaban. En el bosque no había españoles; pero en la llanura se encontraron con una batería formidable defendida por muchas bocas de fuego y un buen golpe de tropas.

No había, pues, más remedio que dar el asalto, si habían de llegar al camino de la montaña. Del Olonés no tenían noticia alguna, pues no oyeron disparos en aquella dirección.

—¡En marcha, hombres de mar! —gritó el Corsario Negro desenvainando la espada—.

¡Hemos expugnado la primera batería y no retrocederemos ante la segunda!

Deseosos de llegar al pie de los muros de Gibraltar, los filibusteros no se hicieron repetir la orden. Dejaron unos cuantos hombres guardando a los heridos y se lanzaron resueltamente bajo los árboles. Marcharon con gran rapidez, esperanzados en sorprender al enemigo.

No era un simple terraplén; era un verdadero reducto, defendido con fosos, empalizadas y muros, en los que se veían ocho cañones que seguramente, vomitarían torrentes de metralla.

El Corsario Negro y el Vasco titubearon.

—¡Ese sí es un hueso bien duro de roer! —dijo Miguel al Corsario—. ¡No va a ser fácil atravesar la llanura bajo el fuego de esas piezas!

—Sin embargo, no podemos volver atrás, precisamente ahora que el Olonés estará ya cerca de los fuertes. ¡Se diría que habíamos tenido miedo, Miguel!

—Si por lo menos tuviéramos algunos cañones...

—Los españoles han clavado los de la batería que les hemos cogido. ¡Arriba al asalto!

Sin mirar siquiera si le seguían o no, el intrépido Corsario se lanzó por la llanura con la espada en la mano corriendo hacia el reducto.

En un principio vacilaron los filibusteros; pero viendo que detrás del Corsario se habían lanzado también el Vasco, Carmaux, Wan Stiller y el negro, se precipitaron a su vez, animándose con ensordecedores gritos.

Los españoles del reducto los dejaron acercarse hasta la distancia de mil pasos, y en seguida pusieron fuego a las piezas cargadas de metralla.

Los efectos de aquella descarga fueron desastrosos; las primeras filas de corsarios rodaron por tierra, mientras que las otras, aterradas, retrocedían precipitadamente, a pesar de los gritos de sus jefes, que los estimulaban a avanzar.

Algunos pelotones trataron de reorganizarse; pero una segunda descarga los obligó a seguir al grueso de la tropa, que se replegaba en desorden hacia el bosque para repasar la laguna.

Pero el Corsario Negro no los siguió. Reunió en derredor suyo diez o doce hombres, entre los cuales estaban Carmaux, Van Stiler y el negro, y se metió por entre algunas espesuras y grupos de árboles que flanqueaban la linde de la llanura; y realizando una rápida marcha, pudo rebasar el campo de tiro del reducto, llegando con facilidad al pie de la montaña.

Apenas había desaparecido entre el bosque, cuando oyó retumbar en la cumbre la artillería gruesa de los fuertes de Gibraltar y resonar los gritos de los filibusteros.

—¡Amigos! —gritó—. ¡El Olonés se dispone a dar el asalto a la ciudad! ¡Adelante mis valientes!

—¡Vamos a tomar parte en la otra fiesta! —dijo Carmaux—. ¡Es de esperar que esta sea más animada, y también más afortunada!

A pesar de hallarse cansadísimos, todos emprendieron con brío la ascensión por la montaña, abriéndose paso con gran fatiga por entre la maleza y las raíces de los árboles.

Entretanto, retumbaba en la cumbre la artillería de los fuertes. Los españoles debían de haber descubierto la banda del Olonés y se preparaban tal vez a una defensa desesperada.

Los filibusteros del famoso Corsario contestaban con una gritería ensordecedora, quizás para hacer creer al enemigo que eran más de los que eran en realidad. Como no tenían fusiles, trataban de asustar con sus gritos a los defensores de los fuertes.

Hasta el pie de la montaña y por todas partes llegaban y corrían las balas de los cañones gruesos. Aquellos grandes proyectiles de hierro señalaban su paso con fragorosos crujidos, derribando árboles seculares, que venían al suelo con enorme estrépito.

Apresurábanse el Corsario Negro y sus hombres para reunirse con el Olonés antes de que este comenzara el ataque contra los fuertes. Como hubiesen encontrado un sendero abierto entre los árboles, en menos de media hora llegaron casi a la cumbre, donde se hallaba ya la retaguardia del Olonés.

—¿Dónde está el jefe? —preguntó el Corsario.

—En la linde del bosque.

—¿Ha comenzado el asalto?

—Estamos esperando el momento oportuno antes de exponernos.

—¡Guiadme a donde esté!

De la banda se destacaron dos filibusteros, que le llevaron por entre las malezas hasta donde estaba el Olonés con otros segundos jefes.

—¡Por las arenas del Olona! —exclamó con alegría el filibustero—. ¡Aquí está un refuerzo que me llega a tiempo!

—¡Refuerzo bien pobre, Pedro! —contestó el Corsario—. ¡Te traigo doce hombres tan sólo!

—¡Doce! ¿Y los demás? —preguntó palideciendo el filibustero.

—Han sido rechazados hacia la laguna, después de haber experimentado gravísimas pérdidas.

—¡Mil rayos! ¡Y yo que contaba con ellos!

—Quizás hayan vuelto a intentar el asalto de la segunda batería, o encontrado otro camino. Hace poco oí retumbar el cañón en la llanura.

—¡No importa! ¡Entretanto daremos comienzo al asalto del fuerte más grande!

—¿Y cómo vamos a escalarle? ¡No tenemos escalas!

—¿De qué modo? Simulando una huida precipitada. Ya están prevenidos mis corsarios.

—¡Entonces, ataquemos!

—¡Filibusteros de las Tortugas! —gritó el Olonés—, ¡al asalto!

La banda de corsarios que había estado hasta entonces escondida debajo de los árboles y entre la maleza, para guarecerse contra las tremendas descargas de ambos fuertes^[7], se precipitaron hacia la explanada al oír la voz de mando de sus jefes.

El Olonés y el Corsario Negro se pusieron a la cabeza y avanzaban corriendo, para evitar a su gente pérdidas demasiado graves.

Los españoles del fuerte más próximo, que era el más importante y el mejor artillado, al verlos aparecer dispararon con metralla para barrer la explanada; pero era ya demasiado tarde. A pesar de que cayeron muchos de los asaltantes, estos llegaron debajo de las murallas y de las torres y treparon por las escarpas disparando las pistolas para alejar a los defensores.

No obstante la desesperada defensa de la guarnición, algunos habían logrado subir, cuando de pronto se oyó resonar la voz tonante del Olonés:

—¡Hombres de mar! ¡En retirada!

Los corsarios, que se encontraban imposibilitados de subir a las torres y a los bastiones, no tan sólo por falta de escalas, sino también por la resistencia que oponían los españoles, se apresuraron a abandonar la empresa y huyeron atropelladamente hacia el vecino bosque, pero con las armas bien empuñadas.

Los defensores del fuerte, creyeron poder exterminarlos con facilidad, en lugar de ametrallarlos con los cañones bajaron rápidamente los puentes levadizos y se lanzaron imprudentemente al campo para caer sobre ellos. Esto era lo que esperaba el Olonés.

Al verse perseguidos, los corsarios se volvieron de frente a un tiempo y acometieron con furioso denuedo a los enemigos.

Los españoles, que no habían pensado en aquel contraataque vertiginoso, sorprendidos por tanta furia, retrocedieron sin orden y en seguida se detuvieron, por miedo a que los corsarios se aprovecharan de su retirada para penetrar en el fuerte.

Una batalla encarnizada y sangrienta se empeñó en la explanada y ante los bastiones. Corsarios y españoles luchaban con igual furor a cintarazos, a sablazos y pistoletazos, mientras que los que permanecían en los glacis disparaban torrentes de metralla que diezmaban juntamente amigos y enemigos.

Ya estaban a punto los españoles —que eran dos veces más en número— de arrojar a los filibusteros y salvar a Gibraltar, cuando en el campo de la lucha apareció la banda de Miguel el Vasco, que había logrado abrirse camino a través del bosque y de la montaña.

Aquellos trescientos hombres, llegados tan a punto, decidieron la suerte de la contienda.

Atacados por todas partes, los españoles se vieron rechazados al interior del fuerte; pero con ellos entraron también los enemigos, con el Corsario Negro y el Vasco, que habían salido ilesos por milagro. Sin embargo, aun cuando rechazados, los españoles oponían una fiera resistencia, decididos a dejarse matar antes de permitir que se arriase la bandera de España.

El Corsario Negro se había lanzado dentro de un amplio patio en donde doscientos españoles combatían con desesperado encarnizamiento, procurando rechazar a los adversarios y abrirse paso a través de sus filas para correr en defensa de Gibraltar. Ya había caído más de un arcabucero bajo la formidable espada del filibustero cuando vio que se le echaba encima un hombre ricamente vestido y con la cabeza cubierta con un amplio sombrero de fieltro adornado con una pluma de avestruz.

—¡Guárdese usted, caballero! —gritó—. ¡Voy a matarle!

El Corsario, que acababa de desembarazarse en aquel momento de un capitán de arcabuceros, que se hallaba muerto a sus pies, se volvió rápidamente y lanzó un grito de estupor.

—¡Usted, Conde!

—¡Yo, caballero! —contestó el castellano saludándole con la espada—. ¡Defiéndase, señor, porque ya no está la amistad entre nosotros; usted combate por el filibusterismo, y yo por la bandera de la vieja Castilla!

—¡Déjeme pasar, Conde! —contestó el Corsario queriendo arrojarse sobre un grupo de españoles que hacían frente a los suyos.

—¡No, señor mío! —dijo el castellano—. ¡O le mato a usted, o usted me mata a mí!

—¡Conde, le ruego que me deje pasar! ¡No me obligue a tener que cruzar el hierro con usted! ¡Si quiere usted batirse, ahí tiene centenares de filibusteros detrás de mí! ¡Yo tengo con usted una deuda de reconocimiento!

—¡No, señor mío; no tiene usted ninguna! Estamos iguales. ¡Antes de que se arrie la bandera, el Conde de Lerma habrá muerto, así como el Gobernador de este fuerte y todos sus valientes oficiales!

Y dicho esto se arrojó sobre el Corsario, atacándole con furia.

El señor de Ventimiglia, que conocía su superioridad sobre el castellano, y a quien se le hacía doloroso tener que matar a tan leal y generoso noble, dio dos pasos atrás, gritando:

—¡Le ruego que no me ponga en la necesidad de matarle!

Mientras en derredor de ellos hervía la lucha con creciente furor, entre gritos, imprecaciones, gemidos de heridos y detonaciones de arcabuces y pistolas, se acometieron con ánimo de vencer o morir.

El Conde atacaba con ímpetu, redoblando las estocadas y cubriendo al Corsario con furioso centelleo de golpes, que este paraba prontamente.

Además de la espada ambos tiraron de los puñales para parar mejor las estocadas. Avanzaban, retrocedían, teniéndose en pie con gran trabajo a causa de la sangre que corría por el suelo, y atacándose siempre con nuevo aliento.

De pronto el Corsario, que había renunciado a la idea de matar al noble castellano, hizo saltar la hoja de su espada por medio de una batida en tercia seguida de un rápido semicírculo, juego que ya le había salido bien en casa del Notario.

Desgraciadamente, rodó cerca de los pies del castellano el capitán de arcabuceros que cayó antes bajo las estocadas del Corsario. Precipitarse encima, arrancarle la espada que todavía oprimía entre los dedos contraídos por la muerte y arrojarse nuevamente sobre su adversario fue cosa de un solo momento.

Al propio tiempo fue corriendo en su ayuda un soldado español.

Obligado el Corsario a hacer frente a aquellos dos enemigos, ya no dudó. De una estocada tendió al soldado y, volviéndose contra el Conde, que le acometía de lado, se tiró a fondo.

El castellano, que no esperaba aquel doble golpe, recibió la estocada en mitad del pecho, y la espada del filibustero le salió por la espalda.

—¡Conde! —gritó el señor de Ventimiglia cogiéndole en los brazos antes de que cayese—. ¡Triste victoria es esta para mí pero usted lo ha querido!

El castellano, que se había puesto tan pálido como un muerto y que había cerrado los ojos, volvió a abrirlos para mirar al Corsario y le dijo sonriendo tristemente:

—¡Así lo tenía dispuesto el Destino, caballero! ¡Por lo menos, no veré arriar la bandera de Castilla!

—¡Carmaux, Wan Stiller! ¡Socorro! —gritó el Corsario.

—¡Es inútil, caballero! —respondió el Conde con voz exánime—. ¡Soy hombre muerto! ¡Adiós, caballero!

Una bocanada de sangre le cortó la palabra. Cerró los ojos, quiso sonreír de nuevo y en seguida exhaló el último suspiro.

El Corsario, más conmovido de lo que él mismo podía creer, depositó en el suelo el cadáver del noble y fiero castellano, le besó en la frente, todavía tibia, recogió suspirando la ensangrentada espada y se lanzó en medio del tumulto de la pelea bramando con voz sollozante:

—¡A mí, hombres de mar!

El combate hervía aún con furor terrible dentro del fuerte.

En los bastiones, en el glacis, en los torreones, en los corredores, hasta en las casamatas, los españoles se batían con la rabia que infunde la desesperación. El viejo y valiente

comandante de Gibraltar, así como todos sus oficiales habían perecido; pero los demás no se rendían.

La matanza duró una hora, durante la cual casi todos los defensores cayeron en derredor de la bandera de la patria antes que entregar las armas.

Mientras los filibusteros del Olonés ocupaban el fuerte, el Vasco con otra gruesa partida acometía al segundo fuerte, que se hallaba a poca distancia, obligando a rendirse a sus defensores después de haberles prometido la vida.

Tan ruda batalla, comenzada por la mañana, terminó a las dos; pero cuatrocientos españoles y ciento veinte filibusteros yacían muertos, parte en el bosque y parte en derredor del fuerte tan obstinadamente defendido por el viejo gobernador de Gibraltar.

CAPÍTULO XXXVI

EL JURAMENTO DEL CORSARIO NEGRO



En tanto que los filibusteros, ávidos de saqueo, se desbordaron como torrente impetuoso por la ciudad ya indefensa, con objeto de impedir que huyesen los habitantes hacia los bosques llevándose consigo los objetos más preciosos, el Corsario Negro, Carmaux, Wan Stiller y Moko removían los cadáveres amontonados en el interior del fuerte, con la esperanza de encontrar entre ellos el del odiado Wan Guld.

Por todas partes se les ofrecían escenas espantosas. Veíanse montones de muertos horriblemente deformados por las estocadas o los sablazos, con los brazos cortados, con el pecho abierto, con el cráneo hundido o saltado; terribles heridas de las cuales todavía manaba la sangre, que corría por el piso del glacis y por las escaleras de las casamatas formando charcos que despedían un olor acre.

Algunos todavía tenían en el cuerpo las armas con que los habían matado; otros estaban estrechamente abrazados a sus adversarios; otros empuñaban aún la espada o el sable que los había vengado. De entre tantos cadáveres salía de cuando en cuando el gemido de algún herido que con fatiga se removía entre masas de hombres inertes, mostrando el rostro pálido y lleno de sangre y pidiendo con apagada voz un sorbo de agua.

El Corsario, que no tenía odio a los españoles, así que veía algún herido apresurábase a desembarazarle de los muertos que le oprimían y rodeaban, y ayudado por Moko y los filibusteros, le transportaba a otro sitio, encargando al negro o a otros que le prodigasen los primeros cuidados.

Habían removido ya todos aquellos montones de desgraciados, cuando junto al ángulo del patio interior, donde había un montón de cadáveres de españoles y corsarios, oyeron una voz que les pareció conocida.

—¡Por mil tiburones! —exclamó Carmaux—. ¡Yo conozco esa voz ligeramente nasal!

—¡También yo! —dijo Wan Stiller.

—¿Será la de mi compatriota Darlas?

—¡No! —dijo el Corsario—; es la voz de un español.

—¡Agua, caballeros, agua! —oyeron decir bajo aquel montón de muertos.

—¡Truenos de Hamburgo! —exclamó Wan Stiller—. ¡Es la voz del catalán!

El Corsario y Carmaux se abalanzaron hacia el sitio, y apartaron rápidamente los cadáveres. Una cabeza empapada en sangre y después dos brazos largos y delgados aparecieron, seguidos de un larguísimo cuerpo cubierto con una coraza de acero, asimismo manchada de sangre y de pedazos de masa encefálica.

—¡Caray! —exclamó aquel hombre al ver al Corsario y a Carmaux—. ¡Eso sí que es una suerte que no esperaba!

—¡Tú! —exclamó el Corsario.

—¡Eh, catalán de mi corazón! —gritó alegremente Carmaux—. ¡Cuánto me alegro, compadre, de volver a verte vivo todavía! ¡Supongo que no te habrán estropeado demasiado los huesos!

—¿En dónde estás herido? —le preguntó el Corsario ayudándole a levantarse.

—Me dieron un sablazo en un hombro y otro en la cara; pero dicho sea sin ofensa, al corsario que me puso así lo ensarté como si fuera un cabrito. ¡En fin, caballeros, les juro

que me produce una gran alegría verlos vivos!

—¿Crees que serán graves tus heridas?

—¡No, señor! Lo que hay es que me causaron un dolor tan agudo que me hicieron caer sin sentido. ¡Dadme de beber, señor; un sorbo tan sólo!

—¡Toma, compadre! —dijo Carmaux alargándole un frasco lleno de agua con aguardiente—. ¡Esto te dará fuerzas!

El catalán que se sentía invadir por la fiebre lo vació con avidez, y después mirando al Corsario Negro, dijo:

—Usted buscaba al gobernador de Maracaibo, ¿verdad?

—Sí —contestó el Corsario—. ¿Le has visto?

—¡Ah, señor! ¡Ha perdido usted la ocasión de ahorcarle, y yo, de devolverle los veinticinco palos!

—¿Qué quieres decir? —preguntó el Corsario con voz silbante.

—¡Que ese bribón, previendo que ustedes vencerían, no ha desembarcado aquí!

—Entonces, ¿a dónde ha ido?

—Uno de los soldados que le acompañaban, y que se quedó en Gibraltar, me dijo que Wan Guld hizo que la carabela del Conde de Lerma le llevase hasta las costas occidentales del lago para huir de los barcos de ustedes y para embarcarse en Coro, donde estaba anclado un velero español.

—¿Y a dónde se dirigirá?

—A Puerto Cabello, pues allí tiene sus posesiones y sus parientes.

—¿Estás seguro de eso?

—Segurísimo, señor.

—¡Muerte y condenación! —gritó el Corsario con terrible voz—. ¡Escaparse otra vez más, cuando ya creía haberle alcanzado! ¡Sea! ¡Aunque se esconda en el Infierno, el Corsario Negro irá a encontrarle allí! ¡Así tenga que agotar todas mis riquezas, juro a Dios que hasta en las costas de Honduras he de buscarle! ¡Y tú vendrás, ya que los dos odiamos a ese hombre! ¡Otra pregunta!

—¡Diga usted, señor!

—¿Crees que sea posible ponerse en su persecución?

—Ya se habrá embarcado a estas horas, y antes de que pueda usted llegar a Maracaibo, el barco en que viaja estará en las costas de Nicaragua.

—¡Bueno; pero en cuanto hayamos regresado a las islas de las Tortugas organizaré una expedición como no se ha visto otra igual en el golfo de México! ¡Carmaux, Wan Stiller, encargaos de este hombre; lo confío a vuestros cuidados! ¡Y tú, Moko, sígueme a la ciudad! ¡Es preciso que yo hable al Olonés!

Seguido por el africano, el Corsario salió del fuerte y se dirigió a Gibraltar.

La ciudad, invadida por los corsarios sin que estos encontrasen apenas resistencia, ofrecía un espectáculo no menos desolador que el del interior del fuerte.

Todas las casas estaban saqueadas; por todos lados se oían los gritos de los hombres, el llanto de las mujeres, los chillidos de los niños, gritos feroces y disparos de armas de fuego.

Por las calles, tratando de poner a salvo los objetos más preciosos, se veían grupos de vecinos perseguidos por los corsarios y bucaneros. En todas partes estallaban sangrientas luchas entre saqueadores y saqueados, y por las ventanas caían a la calle cadáveres que se estrellaban en el suelo.

A veces se oían lamentos desgarradores, lanzados quizás por los notables de la ciudad sometidos a los tormentos que les infligían los corsarios con objeto de obligarlos a decir dónde habían escondido sus riquezas, porque aquellos terribles depredadores del mar, por obtener oro, no se detenían ante los medios más extremos.

Algunas de las casas que ya habían sido saqueadas ardían lanzando nubes de chispas con grave riesgo de incendiar toda la ciudad; imponentes llamas iluminaban la espantosa escena.

El Corsario, acostumbrado a tales espectáculos, que ya había visto repetirse en Flandes, no se impresionaba; pero apresuraba el paso haciendo un gesto de disgusto.

Así que llegó a la plaza central, vio al Olonés en medio de una banda de filibusteros que habían reunido allí a gran número de vecinos, y pesaba el oro que sus hombres continuaban acumulando y que llevaban de todas partes.

—¡Por las arenas de Olona! —exclamó el filibustero al verle—. ¡Creía que ya te habías marchado de Gibraltar, o que estabas ocupado en ahorcar a Wan Guld! ¡Tate! ¡No parece que estés muy contento, caballero!

—¡Cierto que no! —contestó el Corsario.
—Entonces, ¿qué noticias hay?
—¡Que a estas horas Wan Guld navega hacia las costas de Nicaragua!
—¡Se ha escapado otra vez! ¿Pero sois el diablo? ¡Por los arenales de Olona! ¿Es cierto lo que me dices?
—Sí, Pedro; va a refugiarse en Honduras.
—¿Y qué es lo que piensas hacer?
—Vengo a decirte que me vuelvo a las Tortugas para organizar una expedición.
—¿Sin mí? ¡Ah, caballero!
—¿Vendrás?
—¡Te lo prometo! Dentro de algunos días marcharemos, y apenas hayamos llegado a las islas de las Tortugas, reuniremos una nueva flota para seguir a ese viejo bribón.
—¡Gracias, Pedro; cuento contigo!

Terminado el saqueo, los filibusteros se embarcaron en las chalupas que les envió su escuadra, la cual permanecía en la boca del lago.

Además de doscientos prisioneros, de los cuales contaban obtener buenos rescates, llevaban gran cantidad de víveres, de mercaderías y de oro por valor de la enorme cantidad de doscientas sesenta mil piastras, suma que dilapidarían en pocas semanas en fiestas y banquetes en las islas de las Tortugas.

La travesía del lago se efectuó sin incidente alguno. A la mañana siguiente los corsarios subían a bordo de sus barcos para dirigirse a Maracaibo, pues tenían intención de hacer una nueva visita a la ciudad con objeto de volver a saquearla, si era posible.

El Corsario Negro y sus compañeros se embarcaron en el barco del Olonés. *El Rayo* había sido enviado a la salida del golfo para impedir una sorpresa por parte de las escuadras españolas, las cuales se encontraban haciendo crucero a lo largo de las costas del gran Golfo, para proteger las plazas marítimas de México, de Yucatán, de Honduras, de Nicaragua y de Costa Rica.

Carmaux y Wan Stiller no se habían olvidado de conducir con ellos al catalán, cuyas heridas no tenían gravedad alguna.

Como sospecharon los filibusteros, los habitantes de Maracaibo habían vuelto a entrar en la ciudad, esperando, sin duda, que no anclarían otra vez los buques corsarios; así, pues, aquellos desgraciados, que habían sufrido un completo saqueo y que se encontraban imposibilitados para oponer la más mínima resistencia, se vieron en la necesidad de aprontar treinta mil piastras, bajo pena de nuevas rapiñas y de un incendio general.

No contentos todavía, aquellos ávidos depredadores se aprovecharon de la nueva visita para saquear la iglesia, de la cual sacaron los vasos sagrados, los cuadros, los crucifijos y hasta las campanas, para dedicar todo a aprovisionar una capilla que pensaban edificar en las islas de las Tortugas.

A las doce del mismo día la escuadra corsaria se alejó definitivamente de aquellos parajes, y se dirigió apresuradamente hacia la salida del Golfo.

El tiempo se había puesto amenazador, y todos tenían prisa por alejarse de costas tan peligrosas como las citadas.

Hacia la parte de la sierra de Santa María se levantaban negros nubarrones que amenazaban con ocultar el Sol, próximo a ponerse. Por otro lado, la brisa se convertía en viento fuerte.

Las olas iban creciendo poco a poco, terminando por estrellarse violentamente en los costados de los barcos.

A las ocho de la noche, y cuando ya en el horizonte comenzaban a verse los relámpagos, y el mar se ponía fosforescente, la escuadra dio vista a *El Rayo*, que corría bordadas ante la punta de la Espada.

El Olonés mandó disparar un cohete para avisarle que se acercase; al mismo tiempo se echaba al agua la chalupa grande llevando a bordo al Corsario Negro, al catalán, a Wan Stiller, a Carmaux y a Moko.

Al ver la señal y las luces de la escuadra, Morgan puso la proa hacia la entrada del Golfo. La rápida nave del Corsario, se acercó en cuatro bordadas, y embarcó al Comandante y a sus amigos.

Apenas el Corsario puso el pie sobre la cubierta, le acogió un grito inmenso:

—¡Viva nuestro Comandante!

Seguido de Carmaux y de Wan Stiller, que sostenían al catalán, atravesó el Corsario su buque entre dos filas de marineros, y se dirigió rápidamente hacia una figura blanca que había aparecido en la escalera de la cámara.

Una exclamación de alegría salió de los labios de aquel hombre tan fiero.

—¡Usted, Honorata!

—¡Yo, caballero! —contestó la joven flamenca saliendo con presteza a su encuentro—. ¡Qué felicidad verle vivo todavía!

En aquel momento un relámpago deslumbrador rasgó las espesas tinieblas que reinaban en el mar, seguido de un retumbar lejano. La rápida claridad del meteoro iluminó el adorable semblante de la joven flamenca y de los labios del catalán salió un grito:

—¡Ella! ¡La hija de Wan Guld aquí! ¡Gran Dios!

El Corsario, que iba a precipitarse al encuentro de la Duquesa, se detuvo; en seguida, volviéndose impetuosamente hacia el catalán, que miraba a la joven con ojos enfurecidos, le preguntó con voz que no tenía nada de humano:

—¿Qué has dicho? ¡Habla, o te mato!

El catalán no contestó. Inclinado hacia adelante, miraba en silencio a la joven, la cual retrocedía lentamente vacilando, como si hubiese recibido una puñalada en el corazón.

Durante algunos instantes reinó un silencio sombrío en la cubierta de la nave, roto tan sólo por los sordos mugidos de las ondas. Los ciento veinte hombres de la tripulación no respiraban siquiera y concentraban toda su atención ya en la joven, que seguía retrocediendo, ya en el Corsario, que tenía el puño extendido hacia el catalán.

Todos presentían una próxima tragedia.

—¡Habla! —repitió el Corsario con voz ahogada—. ¡Habla!

—¡Esa es la hija de Wan Guld! —dijo el catalán rompiendo el silencio que reinaba a bordo.

—¿La conocías?

—¡Sí!

—¿Juras que es ella?

—¡Lo juro!

Un verdadero rugido salió de la garganta del Corsario Negro al oír la solemne afirmación. Se replegó sobre sí mismo como si hubiera recibido un golpe de maza hasta casi ponerse en cuclillas; pero de pronto se irguió, dando un salto de tigre.

Entre el fragor de las olas resonó su voz enronquecida.

—La noche que yo surcaba estas aguas trayendo el cadáver del Corsario Rojo, juré... ¡Maldita sea aquella noche fatal en que condene a la mujer a quien amo!

—¡Comandante! —dijo Morgan acercándosele.

—¡Silencio! —gritó el Corsario con una explosión de llanto—. ¡Aquí mandan mis hermanos!

Un estremecimiento de terror supersticioso sacudió a la tripulación entera. Todas las miradas se habían vuelto hacia el mar, que brillaba lo mismo que la noche en que el Corsario Negro pronunció aquel juramento terrible creyendo ver surgir de entre las aguas tempestuosas, en cuyos negros abismos estaban sepultados, los cadáveres de ambos Corsarios.

Los filibusteros permanecían mudos, inmóviles, aterrados ante aquella escena. El mismo Morgan no se había atrevido a acercarse al comandante.

De repente la joven se encontró en el borde de la escalera que conducía a la cámara. Se detuvo un instante e hizo con las manos un gesto de muda desesperación; después descendió de espaldas, seguida siempre por el Corsario.

Cuando llegaron al saloncito, la joven duquesa se detuvo de nuevo; pero la energía que hasta entonces la había sostenido le faltó de pronto y se dejó caer desplomada en una silla.

El corsario, cerrando la puerta, gritó con voz ahogada por los sollozos:

—¡Desgraciada!

—¡Sí! —murmuró la joven con voz apenas inteligible—. ¡Desgraciada!

Sucedió un breve silencio, solamente interrumpido por los sordos sollozos de la flamenca.

—¡Maldito sea mi juramento! —volvió a decir el Corsario con ímpetu de desesperación—. ¡Usted, la hija de Wan Guld, de ese hombre abominable a quien he jurado odio eterno! ¡Hija del traidor que asesinó a mis hermanos! ¡Dios mío! ¡Esto es espantoso!

Nuevamente volvió a interrumpirse y en seguida prosiguió con mayor exaltación:

—Pero ¿usted no sabe, señora, que he jurado sacrificar a mi furor a cuantos tienen la desventura de pertenecer a la familia de mi mortal enemigo? ¡Lo juré la noche en que arrojaba al torbellino de las olas el cadáver de mi tercer hermano, muerto por el padre de usted; y Dios, el mar y mis hombres fueron testigos de aquel fatal juramento, que ahora va a costar la vida a la única mujer a quien he querido! ¡Porque usted, señora... morirá!

Al oír la joven duquesa aquella amenaza terrible se levantó.

—¡Pues bien! —dijo—: ¡Máteme usted! ¡Ha querido el destino que mi padre se convirtiera en traidor y en asesino! ¡Máteme usted; pero usted, con sus propias manos! ¡Moriré feliz, herida por el hombre a quien amo tanto!

—¡Yo! —exclamó el Corsario retrocediendo con espanto—. ¡No, no! ¡Qué horror! ¡No; no la mataré!

Cogió a la joven por un brazo y la arrastró hacia la gran ventana que daba a estribor.

Brillaba en aquel instante el mar como si corriesen por las olas chorros de bronce en fusión o de azufre líquido, y en el fresco horizonte cargado de nubes, relampagueaba de cuando en cuando.

—¡Mire usted! —dijo el Corsario en el colmo de la exaltación—. ¡Brilla el mar como la noche en que dejé caer al fondo de estas aguas los cadáveres de mis hermanos, víctimas de su padre de usted!

»¡Están allá abajo; me espían; miran mi barco; veo sus ojos clavados en mí; piden venganza; veo sus cadáveres oscilar entre las olas; han vuelto a flotar, porque quieren que cumpla mi juramento!

»¡Hermanos míos! ¡Sí, quedaréis vengados; pero yo he amado a esta mujer! ¡Velad por ella!».

Un acceso de llanto apagó su voz, que momentos antes parecía la de un loco o de un delirante.

Se inclinó sobre la ventana y miró a las olas, que se amontonaban mugiendo con creciente furor.

En su desesperación se le figuraba ver surgir los esqueléticos cadáveres del Corsario Rojo y del Corsario Verde.

De pronto se volvió hacia la joven, que se le había escapado. De su rostro desapareció toda huella de dolor. El Corsario Negro se convirtió en el terrible depredador del mar, lleno de odio implacable.

—¡Dispóngase para morir, señora! —le dijo con voz lúgubre—. ¡Ruegue usted a Dios y a mis hermanos que la protejan!

Salió del saloncillo con paso firme y, sin volver la cabeza, subió la escalerilla, atravesó la cubierta y llegó al puente de órdenes.

Los hombres de la tripulación no se habían movido. Únicamente el timonel, erguido en la cubierta de cámaras guiaba a *El Rayo* hacia el Norte, siguiendo a las naves filibusteras, cuyas luces brillaban en lejanía.

—¡Señor —dijo el Corsario acercándose a Morgan—, mande usted preparar un bote para echarlo al agua!

—¿Qué es lo que quiere usted hacer, Comandante? —preguntó el segundo.

—¡Sostener mi juramento! —contestó el Corsario con voz casi apagada.

—¿Quién va a bajar al bote?

—¡La hija del traidor!

—¡Señor!...

—¡Silencio! ¡Nos miran mis hermanos! ¡Obedezca usted! ¡Aquí en este barco, manda el Corsario Negro!

Pero nadie se había movido para obedecerle. Aquellos hombres, tan fieros como su jefe, que se habían batido cien veces con valor desesperado, en aquel instante supremo se sentían como clavados a las tablas del barco por invencible terror.

La voz del Corsario Negro resonó de nuevo en el puente de órdenes con acento de amenaza:

—¡Hombres de mar, obedeced!

El contramaestre de la tripulación salió de las filas, hizo seña a algunos hombres para que le siguieran, y por la escala de estribor echó al mar un bote, mandando poner dentro víveres, pues comprendíase ya lo que quería hacer el Corsario con la desgraciada hija de Wan Guld. Apenas habían terminado, cuando vieron salir de la cámara a la joven flamenca.

Todavía llevaba el vestido blanco y los cabellos esparcidos por la espalda y los hombros.

La joven atravesó la cubierta del barco sin pronunciar una palabra y como si apenas

posara los pies sobre las tablas pero marchaba erguida, resuelta, sin vacilar.

Cuando llegó junto a la escala, desde donde el conrtramaestre le indicaba el bote, que las olas hacían chocar contra los costados del buque, se detuvo un instante y se volvió hacia la popa mirando al Corsario, cuya negra figura se dibujaba siniestramente, sobre el cielo, iluminado por vivísimos relámpagos.

Miró durante algunos segundos al feroz enemigo de su padre, que seguía inmóvil en el puente, con los brazos estrechamente cruzados sobre el pecho, le hizo una seña de despedida con la mano, descendió a escape la escalera y saltó a la chalupa.

El conrtramaestre retiró la cuerda, sin que el Corsario hubiera hecho un gesto para detenerle.

De los labios de la tripulación salió un grito:

—¡Sálvela!

El Corsario no contestó. Se inclinó sobre la amura y miró al bote, empujado por las olas mar adentro, haciéndolo oscilar de un modo espantoso.

El viento soplaba con fuerza y en las cavidades del cielo rasgueaban vivísimos relámpagos, en tanto que el ruido de las olas se unía al retumbar del trueno.

La chalupa seguía alejándose. En la proa se destacaba la blanca figura de la joven flamenca. Tenía los brazos extendidos hacia *El Rayo*, y sus ojos parecían clavados en el Corsario.

La tripulación en pleno se precipitó a estribor siguiéndola con la vista; pero nadie hablaba; comprendieron que habría sido inútil toda tentativa para conmover al vengador.

Mientras tanto, el bote se alejaba. Entre las olas fosforescentes y en medio de los resplandores que hacían chispear las aguas destacábase como un punto perdido en la inmensidad de los mares. Ya se levantaba a lo alto de crestas espumeantes, ya desaparecía en los negros abismos, para volver en seguida a mostrarse, como si le protegiera un genio misterioso.

Todavía pudo vérsese durante algunos minutos; al cabo desapareció en el tenebroso horizonte, envuelto en nubes tan negras como si fueran de tinta.

Cuando los filibusteros, aterrados, volvieron los ojos hacia el puente, vieron que el Corsario se doblegaba sobre sí mismo, que se dejaba caer en un montón de cuerdas y que escondía el rostro entre las manos. Entre los gemidos del viento y el fragor de las olas exhalaba a intervalos desgarradores sollozos.

Carmaux se había acercado a Wan Stiller y, señalándole el puente de órdenes, le dijo con voz triste:

—¡Mira, allá arriba: el Corsario Negro llora!

FIN

AUTOR



EMILIO CARLO GIUSEPPE MARIA SALGÀRI (Verona, Italia, 21 de agosto de 1862 - Turín, Italia, 25 de abril de 1911). Nacido en una familia de pequeños comerciantes, Salgari manifestó pronto su pasión por el mar: en 1878 se inscribe en el *Regio Istituto Tecnico e Nautico de Venecia*, aunque nunca llegó a licenciarse. De vuelta en Verona, se dedica por entero a escribir y, en 1883, comienza a publicar por entregas su primera novela: *Tay-See*. A partir de aquí, y hasta su muerte en 1911, Salgari se convirtió en un escritor frenético, acuciado por un estado permanente de necesidad económica. Antes de cumplir cincuenta años, Salgari puso fin a su vida —complicada, triste y llena de desgracias familiares— a la manera tradicional japonesa, cometiendo *seppuku*.

NOTAS

[1] Aquí el autor da como simples merodeadores del mar Caribe y del golfo de México a los corsarios de Inglaterra, Holanda, etc., que hacían el corso con anuencia de sus respectivas naciones. Esos filibusteros los lanzaban las naciones enemigas de España; pero no eran simples particulares. Estos tenían muy buen cuidado de no ponerse a tiro. <<

[2] Don Fadrique Toledo, que es el almirante a que se refiere el autor, además de arrojar a los holandeses del puerto de San Salvador en el Brasil y de realizar otros muchos hechos de armas admirables, en donde hizo prisioneros a más de mil filibusteros ingleses, franceses y holandeses, dio por entonces una batida a los corsarios de las Nieves y las Tortugas, apoderándose de gran número de barcos, de ciento cuarenta y tres cañones, cuarenta y dos pedreros y algunos miles de fusiles, y envió prisioneros a Europa dos mil trescientos corsarios, sin contar los que perecieron en los combates ni los que fueron ajusticiados en las Antillas. (*N. del T.*) <<

[3] No existían en Maracaibo, población casi insignificante entonces. (*N. del T.*) <<

[4] Así andan los escritores extranjeros respecto de conocimientos de la historia. Como no ignoran los lectores, Flandes y Holanda eran Estados dependientes de España por virtud del casamiento de Felipe *El Hermoso* con doña Juana *La Loca*. El duque de Alba fue un mandatario de Felipe II, enviado para restablecer la unidad religiosa y reprimir la insurrección que esto motivó. (*N. del T.*) <<

[5] Los botánicos designan esta planta con el nombre de *hura crepitans*. <<

[6] Por los días de filibusterismo se imprimían en Holanda, Francia e Inglaterra, *historias* semejantes a las que relatan los hechos de José María y otros bandoleros célebres. Claro es que dichas historias no tenían mayor veracidad que la de la fantasía de los que las escribieron. (N. del T.) <<

[7] Nunca los tuvo Gibraltar, que apenas si figuró entre las poblaciones importantes de Venezuela. (N. del T.) <<